

Antología 2005

12° Concurso de
Historias y Cuentos
del Mundo Rural

4° Concurso de
Poesía
del Mundo Rural

2° Concurso de
Fotografía
del Mundo Rural

ANTOLOGÍA

2005





Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa.
Ministerio de Agricultura.

Octubre de 2005

Diseño y Diagramación: Unidad de Diseño de Fucoa.

Corrección de textos: Óscar Aedo

Derechos Reservados
Inscripción N° 150.226 del Registro de Propiedad Intelectual.

ISBN: 956-7215-24-3

Santiago de Chile - 2005 - Fucoa
HECHO EN CHILE
Impreso en: Maval Ltda.

ÍNDICE

13° CONCURSO DE HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

PRESENTACIÓN: Francisco Larenas, vicepresidente ejecutivo, FUCOA.....13

PRÓLOGO GENERAL: Jorge Montealegre, presidente del Jurado.....17

CATEGORÍA A, "HISTORIAS CAMPESINAS"

PRIMER PREMIO NACIONAL: "Identidad",
de Mercedes Gema Pimentel.....21

SEGUNDO PREMIO NACIONAL: "El Vía Crucis de Corinto",
de Fernando Enrique Araya Cerda.....28

TERCER PREMIO NACIONAL: "El Frasco con Almendras",
de Jean Paolo Ducret Allendes.....34

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:

"Los Chaperones del Valle", de Claudio Huerta Valenzuela.....38

"El Wuajcha y el Kamiri", de Gladys Vásquez Poma.....49

"El Pampino", de Juan Carlos Vargas Vernal.....53

"Leyenda de Kapilkullu (El Cerro Castrador)", de Luis Daniel Milanés Mondaca...55

II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

"Cómo el Diablo fue Burlado", de Avelino Hernán Miranda Pérez.....56

"Historia de Terry", de Emma Toledo T.....59

III REGIÓN DE ATACAMA:

"El Minero Enamorado", de Hilda Mercedes Olivares Michea.....61

"La Herradura Voladora", de Luis Herrera Pereira.....68

"¡Niño, no digai na!", de Patricia Kerima Rivera Figueroa.....71

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

"Sabio Consejo de Amores y Sabores", de Jean Seagars Tirado.....73

"Por Chancha y Cochina", de Virgilio de Jesús Varas Wilson.....76

"El Último Ingrediente", de Marjorie Natalia Flores Ibacache.....80



"El Cola de Flecha", de Paola Pinto Lemus.....	86
"Recuerdos de mi Pueblo", de Gabriela Seura Molina.....	91
"Niebla Chorera", de Claudia Jiménez.....	94

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

"Pulento y Pililo", de Claudio Ramón López Ponce.....	95
"La Piojenta", de Ariel Alexis Toledo Ahumada.....	98
"Historia de don José Hallanao" y "Un Puente para El Almendral", de Hernán Ortega Parada.....	104
"El Capataz", de Salvador del Carmen Carreño.....	120
"El Caballo del Callejón Los Morenos" de Cecilia del Carmen Contreras Valenzuela.....	127

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS:

"El Tiempo de las Injusticias, del Miedo", de Juan Manuel Maldonado Frías.....	133
"La Medalla", de Hugo Andrés González González.....	138
"De Regreso al Hogar", de Lucía del Carmen Duarte Vargas.....	144
"Una Vida de Sacrificio", de Rosa Estelvina Duarte Vargas.....	150

VII REGIÓN DEL MAULE:

"La Hija de las Dunas" y "El Niño Bernardo" de Alejandrina Palma Martínez.....	157
"Negro González", de Jacqueline del Carmen Navarro González.....	164
"Siempre en Domingo", de Ximena del Rosario Cancino Cifuentes.....	169
"Último Ramal", de Sara Luisa Patricia Schaffner Vega.....	173

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:

"El Campesino que Se Transformó en Leyenda", de Octavio Fernández Flores.....	176
"Virtual Amor", de Fabiola Sepúlveda.....	180
"El Helado", de Lidia Mansilla Valenzuela.....	185
"Maestro", de Raúl Gustavo Sepúlveda Salazar.....	192

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

"Sopa Misterio", de Gloria Yudith Dünkler Valencia.....	195
"Vuelo de Tierra", de Jaime Jorge Melivilu Huencho.....	200
"Tiempo de Actuar", de Juan Carlos Vásquez Mercado.....	205
"Velasquillo", de Magaly Ester Ulloa Lara.....	209
"Tinglao y los Duendes", de Silvana Ester Igor Ulloa.....	215

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

"La Jacinta", de Hilda Manquepillán Hernández.....	219
"La Tierra que Heredaremos", de Nancy Beatriz Cárdenas Godoy.....	222
"El Viaje de Donatila", de Juan Carlos Herrera Solís.....	228
"Los Molinos de Agua del Abuelo Alejandrino", de María Rosa Cárdenas Águila.....	230

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:	
"La Señalada", de María Elena Castro Nahuel.....	233
"El Truco", de Mirta Oliveros Jaramillo.....	236
"Marcación de Medianeros", de Carolina Alón Vergara.....	238
"Recordando el Pasado", de Selma Oliveros Jaramillo.....	241
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA:	
"Vida, Pasión y Muerte del Poroto", de Juan Carlos Gallegos Ruiz.....	244
"La Truqueada", de Juan Pablo Miranda Carrasco.....	254
"La Animita de la Estancia", de Carmen Gloria Castañeda Gallardo.....	258
XIII REGIÓN METROPOLITANA:	
"El Calcetín", de Osvaldo Molina Vera.....	263
"El Asalto en la Montaña", de Ana del Río Hernández.....	267
"Monthre Yem", de Ricardo Loncón Antileo.....	269
"On Julio, El Colorao", Marco Aurelio Palacios Lizama.....	274

CATEGORÍA B, "ME LO CONTÓ MI ABUELITO".

PRIMER PREMIO NACIONAL: "Cómo Llegó la Quínua a la Tierra", de Karmina Trency Jara Crespo.....	283
SEGUNDO PREMIO NACIONAL: "Saucito Llorón", de Claudio Alejandro Herrera Garrido.....	285
TERCER PREMIO NACIONAL: "La Fiesta de la Trilla en el Sur", de Lucas José Fardella Castillo.....	287
MENCIÓN HONROSA INTERNACIONAL: "El Colibrí", de Mario Alberto Curasi.....	289

PREMIOS REGIONALES

I REGIÓN DE TARAPACÁ:	
"El Lago Casiri", de Javier Jhony Tito Huaylla.....	291
"La Procesión Maldita", de Geraldo Alexis Garrado Garrote.....	293
"Los Nevados del Interior", de Karen Andrea Limache Coussi.....	296
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA:	
"Ayllaco y Quillantay", de Ángela Andrea Fernández Ríos.....	298
"El Carnaval del Valle Lasana", de Gabriel Anza A.....	302



**III REGIÓN DE ATACAMA:**

"La Diosa Tamar y el Fértil Valle", de José Daniel Molina Rojas.....	304
"El Misterio del Duende del Cuarto Oscuro", de Ricardo Elfas Tello Peralta.....	306
"El Sueño de Oro", de Eduardo Andrés Moreno Álvarez.....	308
"El Culebrón", de Pedro Matías Vega Varas.....	310
"Suspiro, la Flor de la Esperanza", de Valentina Antonia Venegas Araya.....	312

IV REGIÓN DE COQUIMBO:

"Los Huesos que Querían Caer", de Jael Rut Ester Brito Muñoz.....	314
"Las Onzas de Oro", de Jorge Eduardo Paz Araya.....	316
"El Niño Puma", de Marjorie Estefanía Araya Plaza.....	318
"Los Tordos y las Loicas", de Ronald Esteban López Juica.....	320
Un Viaje con mi Familia", de Jimena Francisca Cofré Segovia.....	321
"El Engaño", de Felipe Andrés Araya Araya.....	323

V REGIÓN DE VALPARAÍSO:

"Escuelas de Campo", de Pablo Marcelo Olivares Leiton.....	325
"La Carga de Plata", de Luis Enrique Villarroel Aguilar.....	330
"El Jinete Fantasma", de Vladimir Jesús Pereira Caica.....	332

VI REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O "HIGGINS:

"Mi Ángel de la Guarda", de Margarita Valenzuela Acuña.....	334
"La Historia de Benito", de Javier Matías Osorio Osorio.....	337
"¿De Dónde Viene Nuestra Fuerza?", de Angélica Regina Salas Arellano.....	339
"La Mujer que Cumplió su Sueño Junto a su Caballo", de Juan Fernando Atenas Donoso.....	342

VII REGIÓN DEL MAULE:

"Los Bueyes que Mató un Rayo", de Carla Valesca Guzmán Valenzuela.....	345
"Entierros", de Jacqueline Stephanie Garrido Barrueto.....	346
"Mujer Campesina", de Bernardita Isabel San Martín Rojas.....	349
"La Familia del Campo", de Camila Valladares Pereira.....	351
"El Caballo Misterioso", de Esteban Enrique Muñoz Montecino.....	353

VIII REGIÓN DEL BIOBÍO:

"El Cargadero de Nieve", de Sebastián Andrés Rivera Carrasco.....	354
"La Vida de una Mujer Antigua", de Marcela Ruth Aníñir Llancao.....	356
"La Cascada de la Novia", de Claudia Lorena Maldonado Figueroa.....	358
"El Avión Estrellado", de Max Alejandro Lepe Soto.....	361
"El Peuchén", de Alexis Abram Rivera Carrasco.....	363
"La Niña Endemoniada", de Diego Alberto Roca Pinto.....	365
"Los Enamorados", de Maricela Alejandra Muñoz Godoy.....	366

IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA:

"La Chueca", de Marcela Beatriz Levín Curinao.....	368
"Casi me Come el León", de Gonzalo Andrés Igor Ulloa.....	369
"Mi Historia entre Mapuñancú y Canadá", de Jimena Muñoz Castillo.....	371

X REGIÓN DE LOS LAGOS:

"El Niño Campesino", de Marcela Alejandra Aichele Castillo.....	374
"El Pescador", de Róbinson Orlando Raimilla Allancán.....	375
"El Chivo", de Daniel Alejandro Mancilla Díaz.....	377
"El Ternero Fenómeno", de Elio Alejandro Alvarado Uribe.....	378

XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO:

"Genio y Figura, Dolfy y sus Travesuras", de Belén Atenea Paz Orellana Lagos.....	379
"El Cofre de Vidrio", de Elizabeth Marcela Norambuena Gómez.....	386
"La Mula Ruana", de Paola Moldenhauer Foitzick.....	387

XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA:

"La Aparición del Caleuche", de Alejandro Blas Glucevic Almonacid.....	389
"El Indiecito Astuto", de David Velásquez Velázquez.....	392
"El Castigo", de Valeria Soledad Ampuero Uribe.....	395



4º CONCURSO DE POESÍA DEL MUNDO RURAL**CATEGORÍA A, MAYORES DE 18 AÑOS**

PRIMER PREMIO NACIONAL: "Romance de la Alumna Traviesa" y "Pirquinero", de Bartolomé Segundo Ponce Castillo.....	401
SEGUNDO PREMIO NACIONAL: "Mujeres Virtuosas", de Eliana María Sepúlveda Alcamán.....	406
TERCER PREMIO NACIONAL: "El Infierno", de Raimundo Hernán León Morales.....	408
MENCIONES HONROSAS:	
"Viaje Interior", de María Isabel Paineo Espinoza.....	410
"Buena Levadura", de Ricardo Altamirano Aravena.....	412
"El Campesino Aniñado", de Iván Juan Villafaña Cofré.....	414

CATEGORÍA B, MENORES DE 18 AÑOS

PRIMER PREMIO NACIONAL: "El Mar de Los Choros", de Fernando Barrera Flores.....	419
SEGUNDO PREMIO NACIONAL: "La Oveja Pepa", de María Cecilia Vera Rifo.....	420
TERCER PREMIO NACIONAL: "Temporera", de Crisma Brisila Valenzuela Rodríguez.....	421
MENCIONES HONROSAS:	
"Vida en Los Choros", de Ángelo Marín Bahamondes.....	422
"Mi Comuna de Colchane", de Eddy Challapa Mamani.....	423
"Cielo", de Carolina Magali Torres Hernández.....	424
"A Nosotros", de Mario Esteban Cifuentes Morales.....	425
"Caminando por mi Pueblo", de Melissa Beatriz Tapia Tapia.....	427
"Payas", de un colectivo de alumnos de 3º, 4º y 6º Básico de Nuestra Señora de la Divina Providencia.....	429
"El Vaquero", de Pablo Carrasco Gómez.....	431

2º CONCURSO, CHILE O UNA LOCA FOTOGRAFÍA RURAL

CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO

PRIMER PREMIO: Alexis Javier Díaz Belmar.....	435
SEGUNDO PREMIO: César Antonio Jopia Quiñones.....	436
TERCER PREMIO: Nualik Burucker Bowen.....	437

MENCIONES HONROSAS:

Paula Andrea Sanhueza González.....	438
José Rozas Devia.....	439
Claudio Alonso Jirón.....	440

CATEGORÍA COLOR

PRIMER PREMIO: Rodrigo Romo Muñoz.....	441
SEGUNDO PREMIO: Paula Andrea Sanhueza González.....	442
TERCER PREMIO: Nualik Burucker Bowen.....	443

MENCIONES HONROSAS:

Fernando Aparicio Bernat.....	444
Eduardo E. Corvalán Muñoz.....	445
Roberto Patricio Bugueño Olivares.....	446





PRESENTACIÓN

El proceso de la globalización universal, en la comunicación y en otras esferas de las acciones humanas, ha provocado un fenómeno de recogimiento hacia culturas específicas, que comienzan a presentarse como el origen o el pretexto de separatismos o conflictos territoriales, con una reivindicación cultural que crece también a escala local. En algunas latitudes ha generado conflictos que paralizan los esfuerzos del desarrollo. Ejemplos de casos extremos se aprecian día a día en los informativos de la televisión o en las páginas internacionales de los periódicos.

Pareciera ser que en muchos países las diferencias culturales localizadas preparan competencias que justifican las fugaces rivalidades entre pueblos, aldeas y barrios, pero éstas pueden servir para encauzar las pasiones individuales y colectivas que no encuentran su curso de aplicación. Por oposición, la búsqueda o la reconstrucción de una identidad propia constituyen la razón de individuos, grupos o localidades motivadas por un deseo de pertenecer a una sociedad que los identifique. De esta manera, es necesario puntualizar que la connotación cultural regional está constituida por las especificidades legadas por el pasado, que se encuentran aún vivas, como pueden ser la lengua o el habla regional, los gustos, los comportamientos colectivos e individuales, o los mitos, las historias o las leyendas, que atesoran parte de esa riqueza. (*)

En la actualidad, la era de la uniformización, impuesta en nombre de la igualdad, se introdujo en nuestros hogares para no salir de ahí fácilmente. Los teóricos de los Apocalipsis sociales sostienen que este proceso camina hacia su propia destrucción, porque no es posible sostener tal grado de igualdad cuando subsisten diferencias tan marcadas entre los pueblos y que ahora hay que mantener o volver a encontrar la riqueza que conlleva la diversidad.

(*) La Cultura, un Incentivo para el Desarrollo Local, Bernard Kayser



El campo constituye, especialmente, un yacimiento cultural latente. Ello explica las diferencias existentes entre regiones, localidades y pueblos, entre generaciones y grupos sociales. Sin embargo, sobre esa cultura se construye una nación. La recopilación de estos elementos fundamentales del país que reside en la ruralidad, que constituye parte fundamental de nuestra identidad como Nación, es la razón de los concursos que organiza la Fundación de Comunicaciones del Agro, FUCOA.

En esta oportunidad, la Antología 2005 reúne los mejores trabajos presentados en Historias Campesinas, Me lo Contó mi Abuelito, Poesía y Fotografía, certámenes que se desarrollaron durante este año y que contaron con la más alta participación de cuentos, poesías y fotos que algún otro concurso literario tenga en el país. Por ello, la organización de un evento de tal magnitud es una gran tarea, en la que contamos con el gran apoyo del Ministerio de Educación, sobre todo en la parte dedicada a los escolares de los sectores rurales. Fructífera alianza de varios años, que se traduce en otro importante hito que es el libro Me lo Contó mi Abuelito, con los cuentos infantiles de los niños de las escuelas rurales, que se distribuye a todo Chile y que pasa a ser un texto colaborador en el desarrollo de las cualidades intelectuales de niños.

Pero un concurso que llegue a las alturas que ha alcanzado esta iniciativa debe tener un jurado idóneo, que esté en condiciones de apreciar en la justa medida los aportes que son enviados. Es así como en la versión 2005, presididos por Jorge Montealegre Iturra colaboraron con gran dedicación: Pía Barros, Sonia Montecino y Floridor Pérez, en Historias Campesinas; Sergio José González, Marcia López, César Millahueique, Mario Salazar, con la presencia de Beatriz González del Ministerio de Educación, Me lo Contó mi Abuelito; Raquel Barros, Alejandra Basualto y Elikura Chihuailaf para Poesía del Mundo Rural. Para fotografía, Silvia Suárez, Patricio Mac Mahon y Humberto Kameid. A todos ellos nuestro especial reconocimiento.

Podríamos afirmar que estamos contentos con el resultado de trece años de labor en este ámbito, que se inicia con una tímida edición que reúne 33 cuentos campesinos, correspondientes al primer concurso efectuado 1992, en el que se recibieron alrededor de 400 trabajos.

Hoy presentamos esta Antología 2005, que es la síntesis de la participación masiva de adultos y niños en los cuatro eventos literarios efectuados este año, que en esta oportunidad incluye los premiados del 2º Concurso de Fotografía del Mundo Rural. Pero esto no es todo. Nos falta mucho más por hacer, muchas más escuelas rurales a las que llegar, muchos más escritores, poetas y fotógrafos ocultos que descubrir.

Sin embargo, sentimos que con estos certámenes estamos aportando a la reivindicación cultural de nuestro país, porque las historias, cuentos y las poesías pertenecen a la esencia de nuestra identidad, los que junto con la fotografía estamos documentando para las próximas generaciones. Así, los estudiosos dispondrán de los testimonios escritos y los documentos gráficos de una época de nuestra historia, con los cuales podrán reconstruir el pasado de cara al futuro.

Santiago, octubre de 2005

Francisco Larenas Bouquot
Vicepresidente Ejecutivo
Fundación de Comunicaciones del Agro, FUCOA





PRÓLOGO

ESPEJOS DE LA IDENTIDAD

En el último tiempo se habla, desde diversos rincones, del "Chile profundo". Seguramente se quieren decir diversas cosas con aquella expresión que, como todas las que se ponen en boga, comienzan a desgastarse. Tal vez en estas líneas aportemos a ese desgaste o reforcemos un uso que nos parece pertinente. La convocatoria a escribir historias, poemas, leyendas desde el mundo rural es un llamado a una parte ineludible de ese Chile profundo. Es decir, a una cultura plural que se expresa en diversos territorios y comunidades y lenguajes; que, sin embargo, como piezas distintas atraídas por un imán tienden a encontrarse en una "cultura nacional" que las integra y las diferencia al mismo tiempo.

Esta convocatoria ya tradicional que hace FUCOA, le pide al mundo(s) rural(es) que se escriba a sí mismo y, ahora, que se lea así mismo. Que complete el proceso de creación, aportando a la construcción de esa identidad inasible que evoluciona con los tiempos. Es en la escritura y la lectura —y la tradición oral— donde se fijan, se reproducen y se proyectan las señas de identidad. (Y, casualmente, uno de los cuentos premiados este año se titula "Identidad"). En nuestras escrituras y lecturas está la preservación de nuestro lenguaje. El registro y transmisión de la memoria de nuestras culturas originarias, locales, los rasgos de nuestra nacionalidad. La historia, las tradiciones, los mitos. Las nostalgias y utopías colectivas.

Escribir, leer, contar es una propuesta que mejora la calidad de vida, especialmente en un mundo al que se le vincula con los trabajos más arduos y con la lejanía respecto de los beneficios culturales, entre otras exclusiones de tipo social. La escrituras y lecturas que aquí se proponen —y las que surgen de los diversos mundos, incluido el mundo rural— son un factor de felicidad, al proporcionarnos placer, desarro-



llo de la imaginación y la memoria. Nos humaniza al lograr sintonía con las subjetividades, con los afectos, con las pasiones, con el humor, con los goces y dolores que nos conectan con nuestra interioridad y con el prójimo.

Todas estas señas encuentran alguna línea, en algún surco, de las decenas de escritos que llegan a este concurso desde todo Chile. Ya es un tesoro incalculable.*




Jorge Montealegre Iturra
Presidente del Jurado



13º CONCURSO DE
HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA A
"HISTORIAS CAMPESINAS"



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

IDENTIDAD

Mercedes Gema Pimentel Bahamondes
40 años
Técnico Agrícola
San Felipe

Debo decirles que me llamo Juan Adasme aunque, claro, nadie me conoce por ese nombre. Todos me llaman "El Juanito de las vacas". La verdad es que he ido cargando ese apodo desde que era chico. ¡Ya me tienen aburrido! Lo único que quiero es que me digan Juan Adasme. Primero: porque en dos semanas más cumpliré 16 años; y, segundo: porque mi taita hace tiempo que vendió las vacas y ahora solo tenemos cabras, así que no sé por qué la gente insiste en llamarme así. El otro día pasé una tremenda vergüenza cuando me encontré con la niña que me gusta. Ella venía con la Pamela y la muy tonta le dijo: — Este es mi primo, "El Juanito de las vacas"—. Yo mismo le había dicho que me presentara a su amiga, pero ¡no de esa manera!

— Y ¿adónde tení las vacas —me dijo, largándose a reír en mi cara. Y hasta ahí no más llegó la ilusión, porque nunca más me volvió a mirar. Así que esto no puede seguir, estoy decidido a parar este asuntito. Hasta en la escuela me dicen así, aunque los más grandes no me dicen nada, pero sospechosamente se ponen a mugir como las vacas cuando me ven y se ponen a reír.

Como les contaba, este sobrenombre me lo pusieron cuando era chico, tenía entre ocho y nueve años y todo fue por culpa de doña Epifania,



tan re' copuchenta y habladora la señora que esparció por todo el pueblo y más allá de la provincia el asuntito de las vacas, y a pesar que han pasado tantos años, todavía se acuerdan. Claro que yo también me acuerdo. Cómo no me voy a acordar de aquel tiempo.

Por ese entonces, mi taita tenía su buen ganado: cuatro vacas, dos vaquillas, tres terneros y un caballo pa' la carreta y el arado. Como yo soy hijo único, al volver de la escuela le ayudaba a mi papá con los vacunos. Les daba pasto y agua, y a veces también les limpiaba el establo. Aunque esa pega era la única que no me gustaba mucho. Pero darles pasto me agradaba, porque las vacas se venían solitas hacia mí a buscar su alimento; eran tan re' buenas pa' comer que cuando se les acababa el heno, había que llevarlas a un pedazo de terreno que arrendaba mi papá y que estaba verdecito de alfalfa. Las vacas comían con tantas ganas que hasta me daban deseos de comer pasto a mí. Como no me atrevía, me conformaba con cortar algunos manojos y oler intensamente la alfalfa siempre tan fresquita y húmeda. Mi papá se levantaba muy temprano a ordeñar las vacas, cuando yo me iba pa' la escuela en la mañana él ya tenía los baldes llenos. Después mi mamita hacía los quesos y los salía a vender a la carretera. Yo la acompañaba los fines de semana y me gustaba mucho verla sonreír de puro contenta cuando los autos se detenían y las personas le compraban hartos quesos.

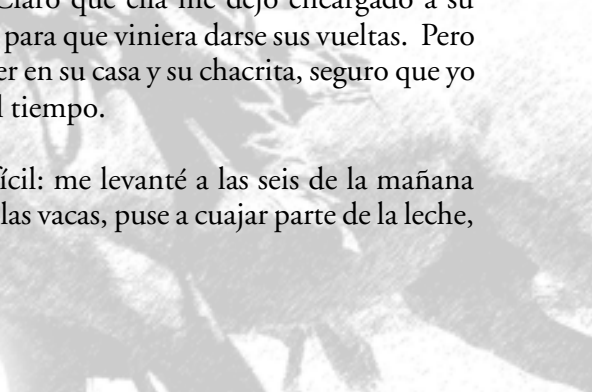
Por aquel tiempo empezó el lío del sobrenombre. Todo ocurrió cuando se murió la tía Evangelina, la hermana mayor de mi mamá que vivía en Santa Filomena, un pueblo más al interior de Casas Chicas, que es donde vivimos nosotros. Por lo que mi mamita tuvo que partir con mi papá. Ella se puso un vestido negro y mi papá una chaqueta oscura y zapatos negros. Se veía bien distinto mi papá, yo nunca lo había visto tan arreglado. Según él mismo dijo: "la última vez que me puse chaqueta fue cuando te bautizaron". Es que hay tres cosas que él no se saca nunca: el poncho, la chupalla y las botas. Ellos dijeron que tardarían tres días entre el velorio y el funeral de mi tía. Se despidieron de mí y se las emprendieron en la carreta. Yo siempre he pensado que estos velorios, aparte de la pena y todo eso que da, son casi como una fiesta; ya que las familias se juntan, todos comparten, preparan almuerzos y comidas en ollas grandes para los deudos y para todos los

conocidos que llegan de todas partes. Durante toda la noche, al calor de un brasero o de una fogata grande, algunos recuerdan anécdotas que vivieron con el finado, junto a un vaso de vino tinto. Sin embargo, yo encuentro más bonitos los velorios del angelito o del santo, porque rezan por las almas cantando a lo divino o recitando en décimas. Y eso lo hacen cuando se muere algún niño o celebran al Santo Patrono o a la Virgen; a esos sí que me gusta ir.

Cuando mis papás se fueron al velorio yo estaba feliz, no porque se hubiera muerto mi tía Evangelina, no, pobrecita. Tan mala suerte. ¡Miren que morirse por culpa de un par de brevas! Es que era muy tentada, también. Fue por eso que le dio por encaramarse sobre el cajón de la letrina que estaba al fondo del sitio. Quería alcanzar unas brevas gorditas que colgaban de la higuera. Como las ramas se cruzaban justo por arriba del baño, mi tía que era bien bajita se subió al retrete y se empinó para agarrarlas, pero no podía lograrlo. Antes de darse por vencida, se dio mayor impulso y ¡zas! Que se fue con brevas y todo al fondo del pozo negro. Lamentablemente, no pudieron sacarla con vida.

Esto lo supe, porque se lo escuché a mi mamá en la cocina, cuando se lo contaba bajito a mi madrina para que yo no fuera a oír los detalles; pero como estaba escondido debajo de la mesa, terminándome de comer una hallulla con chicharrones, me enteré igual. A mí sólo me dijeron que había sido de muerte natural, entonces yo pensé que le llamaban así cuando la gente se moría en la naturaleza misma, como fue el caso de mi tía. En fin, la cosa es que yo estaba feliz por que en tres días no iba a ir a la escuela, iba a estar a cargo de las labores que hace mi papá y tomaría toda la leche que yo quisiera al pie de la vaca sin que nadie me retara, y me comería toditas las tortillas de rescoldo que mi mamá dejó hechas. Claro que ella me dejó encargado a su comadre, o sea a mi madrina, para que viniera darse sus vueltas. Pero como ella tiene tanto que hacer en su casa y su chacrita, seguro que yo iba a pasar solo la mayoría del tiempo.

Mi primer día no fue tan difícil: me levanté a las seis de la mañana imitando a mi viejito, ordeñé las vacas, puse a cuajar parte de la leche,





hice hervir el resto, les di pasto, les limpié el establo, les puse el ternero, y les lavé los bebederos. ¿Por qué será que siempre hago todo bien justo cuando nadie me ve?

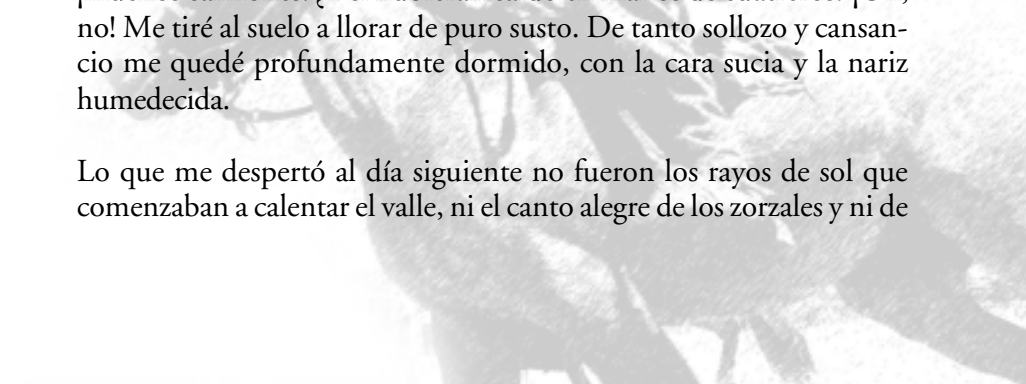
Después vino mi madrina a traerme el almuerzo. Luego saqué las vacas a pastar y algunas tenían tanta leche que tuve que llegar a ordeñarlas otra vez, tal como me dijo mi papá. Casi al anochecer me entré a la casa, estaba tan agotado que me tiré al tiro a la cama. Ni siquiera me acordé de las tortillas.

El segundo día me puse un poco más flojo y me levanté más tarde, cuando el sol estaba más alto, así que las ordeñé y las alimenté no más. Del aseo al establo, ni hablar. Es que seguía tan re' cansado también. Pronto llegó mi madrina con un cariñito: una cazuela nogada, y por ahí anduve tomando fuerzas. Así que en la tarde saqué a las vacas a dar su paseo acostumbrado. Algunas paseaban, otras rumiaban y este rotito echado de espalditas sobre la alfalfa. Se pasó la tarde, y volví con ellas al establo sin dificultad. Sin embargo, cuando quise ordeñarlas, ¡ahí empezó el problema! Yo tiraba y tiraba de las ubres y no salía una gota de leche. Intenté con otra que también se veía cargadita y tampoco. Comenzaron a mugir todas al mismo tiempo y a alborotarse. Al principio no sabía qué les pasaba, después pensé que quizás estaban echando de menos a su amo y no querían que un cabro chico como yo les estuviera apretando mal sus ubres tratando de sacarles leche. Normalmente, ellas aceptaban que les diera pasto y las sacara a pasear, pero ahora no querían que ni me les acercara siquiera. Como mi papá y mi mamá siempre dicen que no hay que dejar que a las vacas se les acumule la leche, porque se enferman, yo estaba re' nervioso imaginando que cuando ellos llegaran al día siguiente las iban a encontrar a todas enfermas por mi culpa; y si como solución les ponía el ternero, ellos se tomarían toda la leche y capacito que se arrebataran también. Así que pensé que lo mejor era conversar con ellas, tal como lo hacía a veces mi taita. Les dije que se portaran bien, que las iba a ordeñar con mucha suavidad, y hasta le conté una historia de la linda vaquita que acompañó al Niño Jesús en el pesebre. Ellas ni si inmutaron, continuaron mirándome feo, así de reojo, como si no me creyeran nada. En mi desesperación comencé a alzar un poco la voz, en realidad bastante, y

les dije bien enojado que las iba a llevar a toditas a un lugar donde tienen una máquinas con mangueras y en tres minutos les sacarían toda leche hasta dejarlas secas. En ese momento, ellas empezaron a mugir más intensamente respondiéndome quizás con los peores garabatos de su idioma. Fue entonces que confirmé que estaba frente a una rebelión de las vacas y, sin saberlo, a instantes de que marcaran para siempre mi identidad como "el Juanito de las vacas". Claro, porque la vaca más grande me dio una tremenda patada y se salió del establo rompiendo la cerca, siendo seguida por las demás. Yo corrí detrás de ellas, y las que antes eran mansitas para el arreo ahora parecían caballos desbocados, y haciéndose las sordas no querían oír mis chiflidos, menos aun cuando, a todo pulmón, las llamaba a cada una por su nombre. Menos mal que los terneros habían quedado amarrados en otro lugar del establo y no pudieron sumarse a la fuga.

Las rebeldes se metieron en las siembras de los vecinos, se comieron los brotes, pisotearon los cultivos, se metieron por diferentes caminos del pueblo y llenaron de estiércol la plaza y la entrada de la capilla. Llegó la noche y yo aún continuaba con mi caña de arreo corriendo y gritando detrás de ellas. Luego de varias horas de persecución, el cansancio y la desazón me impedían continuar. Me senté en una piedra grande que había en el polvoriento camino que conducía a la escuela, mientras veía con tristeza cómo aquellas manchas blancas se confundían a lo lejos en el negro de la noche. Me puse a llorar desconsoladamente, pensando en qué explicación le daría a mi papá cuando llegara. Yo, que creía que ya era como él, continuaba siendo un niño torpe, que en su ausencia no había sido capaz de cuidar bien el ganado. ¿Debería esperar a que la buena voluntad de algún vecino las fuera a dejar a la casa, al reconocer la marca en la oreja que les tenía mi taita? ¿Y si hubieran llegado a la carretera y las atropelló un camión? O ¿muchos camiones! ¿Y si hubieran caído en manos de cuatrerros? ¡Oh, no! Me tiré al suelo a llorar de puro susto. De tanto sollozo y cansancio me quedé profundamente dormido, con la cara sucia y la nariz humedecida.

Lo que me despertó al día siguiente no fueron los rayos de sol que comenzaban a calentar el valle, ni el canto alegre de los zorzales y ni de





los gorriones. No, no fue eso. Fueron las tremendas risotadas de doña Epifania, de quien les hablaba al principio, que a gritos llamaba a las vecinas para que vinieran a ver. Mis compañeros que a esa hora iban camino a la escuela también se detuvieron a mirar y las risas fueron a coro. Yo me acomodé para pararme del suelo y quedé patitioso con lo que vi. Casi se me salieron los ojos de las cuencas cuando noté que muy pegaditas a mí, como haciendo un círculo alrededor mío, se habían echado finalmente las vacas a dormir a mi lado. Me paré avergonzado con la cara roja como tomate.

— ¡Miren el ternero que tuvo la vaca! —dijo uno de los que miraban.
— Ya no se rían, no ven que es novio de ellas—, agregó otro.
— Buena, poh, "Juanito de las vacas"—, gritó alguien.


Fue ahí que lo escuché por primera vez y en ese momento me reí con ellos. No porque encontrara gracioso el apodo, sino de puro contento porque las vacas habían regresado sanas y salvas. Además que pensé que pronto se olvidarían del tema y dejarían de molestarme. Me encaminé hacia la casa, aún en medio de las risas y los palmoteos en la espalda, mientras que doña Epifania se encargaba de ir de casa en casa contando la manera en que me había encontrado esa mañana. Las vacas me siguieron a paso lento, mansa y obedientes como antes. Luego en el establo se dejaron ordeñar sin la más mínima señal de rebeldía en mi contra y yo cumplí con mis deberes como si nada hubiera pasado. Al mediodía llegaron mis padres; cuando les conté lo sucedido ellos ya lo sabían: doña Epifanía los había atajado llegando el pueblo.

Pasaron los días, los meses y casi a los dos años de transcurridos estos hechos, mi papá se decidió a vender las vacas. El motivo fue que se entusiasmó con un proyecto de crianza de cabras, y compró hartas cabras. Les vinieron a hacer unos cursos de capacitación, para la explotación de sus productos y le ha ido re' bien. Ahora, hasta orégano le ponen a los quesos. Los compradores los vienen a buscar en camionetas refrigeradas y se los llevan a Santiago pa' los supermercados; ya no tenemos que ir con mi mamita a la carretera. Nuestros quesos son los mejores de la zona y mis papás son súper conocidos ahora, pero, pese a mis pronósticos, la gente todavía me llama por mi sobrenombre y

con decirles que hasta los santiaguinos se enredan explicando que le compran los quesos de cabras al papá del "Juanito de las vacas". Nadie entiende. Yo tampoco entiendo.

Pero, díganme una cosa: ahora que conocen toda la historia y que saben que ya ha transcurrido harto tiempo, que están al tanto de que voy a cumplir 16 años, que sospecharán que a doña Epifania ya ni el habla le sale de tan vieja que se puso, que ya tienen claro que estoy en edad de andar echándole el ojo a las chiquillas, y saben también que ya ni rastros quedan de las vacas... ¿No creen ustedes que sería maravilloso que de una buena vez me llamaran simplemente, Juan Adasme?





SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL VÍA CRUCIS DE CORINTO

Fernando Enrique Araya Cerda
40 años
Contador Auditor
Peumo

Corinto es una localidad de la zona central, específicamente de la Región del Maule. Es un lugar hermoso, lleno de viñas y campos fértiles, que tiene historias bastantes particulares. Su nombre lo asemeja a esos lugares bíblicos. Por supuesto, como todos aquellos parajes rurales, está lleno de historias sagradas, de duendes, de ánimas, de tesoros escondidos y de otras historias no tan sagradas.

En esta comarca existen dos grandes celebraciones que son verdaderos hitos y en donde participan todos los habitantes del lugar: La Fiesta de la Vendimia y el Viernes Santo, con su forma bastante especial de celebrar el Vía Crucis.

La Fiesta de la Vendimia es precisamente una fiesta con palabras grandes. Se realizan actividades campestres todo el día: carreras a la chilena, corridas de perros, palo encebado y todas aquellas actividades típicas de nuestros campos. Al final del día todo termina con un baile, amenizado por la mejor orquesta de la zona, que dura hasta las tantas de la madrugada, cuando el último comensal despliega sus pasos un tanto zigzagueantes hacia su humilde morada.

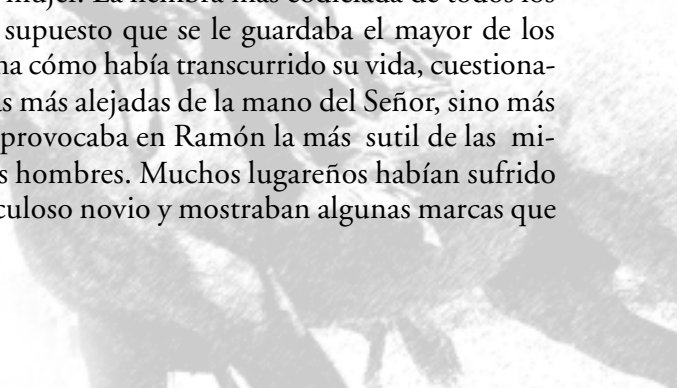
A la semana siguiente, se celebra, bajo un ambiente de mucha religiosidad y fervor, el Viernes Santo. Es una actividad en donde el respeto por las Sagradas Escrituras se apropia de cada habitante. Tanta es la

devoción por esta efeméride, que los habitantes tratan de recordarlo de la manera más real posible. Se vive el sufrimiento del Señor, cómo Jesús nos entregó su vida por librarnos de nuestros pecados. En esta perspectiva, el Vía Crucis es prácticamente un calvario en Corinto, literalmente hablando.

Los habitantes que personifican a los personajes principales también son bastantes particulares. Ramón, que por años ha representado al musculoso "Centurión", aquel romano despiadado y cruel, cree que él es una perfecta reencarnación de éste, y se preocupa de su físico de una manera extrema. Los habitantes de Corinto también lo creen así, y en más de alguna oportunidad, este lugareño ha sufrido los desmanes de los más religiosos que le han tratado, después del deguste de algunos mostos frugosos, de la manera más inhumana posible, por todos los padecimientos que ocasionó a Jesús.

Jacinto, que ha encarnado también por años al personaje de Jesús, tiene una vida muy especial. Es un hombre delgado, de un largo y enrulado cabello rubio, y de una prominente barba. Él se cree Jesús, de todas maneras. Es más, algunas de las señoras de avanzada edad le han atribuido algunos cuestionados milagros.

Un año, el jamás imaginado, sucedió un hecho que quedó en la memoria de todos los habitantes de Corinto, y que ha pasado de generación en generación. En la celebración de la Fiesta de la Vendimia todo marchaba muy bien. Se desarrollaron las actividades típicas de cada año sin contratiempos. El día fue fenomenal. Un hermoso día azul, con un calor apropiado por la festividad. El problema se ocasionó por la noche cuando se disfrutaba del meneado baile. Sucede que Ramón, el centurión, fue acompañado de su hermosa novia, la Chabela, que era un monumento de mujer. La hembra más codiciada de todos los machos del lugar. Por supuesto que se le guardaba el mayor de los respetos, no por la forma cómo había transcurrido su vida, cuestionada por lo demás por las más alejadas de la mano del Señor, sino más bien por los celos que provocaba en Ramón la más sutil de las miradas libidinosas de los hombres. Muchos lugareños habían sufrido los "abátales" del musculoso novio y mostraban algunas marcas que así lo indicaban.





El baile transcurría muy bien. A medida que fueron pasando las horas, el escenario cambió radicalmente. Jacinto, el famoso Jesús, estaba bastante contento, producto de unos vinillos de más, y lo demostraba bailando cuanto rasqueado tocaba la orquesta de Los Hermanos Ovalinos, gran dúo ranchero de Talca. Ramón, ustedes ya saben a quién me refiero, también se tomó unos vinos en exceso pero, distinto a lo que uno imaginaba, cada vez se iba poniendo más introvertido, hasta el punto de no hablar nada, de no poder hilvanar alguna frase coherente y menos ponerse en pie para intentar bailar un poco, que era precisamente lo que quería hacer Chabela, quien estaba totalmente aburrida de lo poco sociable de su mentado novio. Esa transformación llegó a tal punto en Ramón, que vino un momento en que prácticamente estaba dormido en la mesa. Sus amigos que lo acompañaban se quedaron ahí velando su sueño, no por la amistad por supuesto, sino más bien resguardándose de los posibles arrebatos que le pudiera ocasionar en Ramón el hecho de no verlos cuando despertara.

Fue en estas circunstancias cuando ocurrió lo inesperado. Jacinto, el tranquilo y reposado protagonista del Vía Crucis, invitó a bailar a la Chabela. Ella, quizás producto de la fatalidad del destino, aceptó gustosamente. Los comentarios de ahí en adelante se hicieron cada vez más voluptuosos, producto de la gran imaginación de la gente de campo. Para peor, y no sé por qué circunstancias, Jacinto y Chabela salen del baile cómo si nada. No se sabe a ciencia cierta cuántos minutos u horas estarían afuera, pero esto le puso el condimento que faltaba para la gran historia de Corinto.

El baile terminó como de costumbre, sin alborotos ni nada que se le pareciera. El gran dúo ranchero fue despedido como los héroes de la noche. Se fueron pagados, bien comidos y bien enturbiados también por los efectos del famoso vinito aquel.

Algo quedó en el ambiente ese día. Una complicidad silenciosa sabida por todos y que se hablaba soterradamente en cada rincón y en cada casa.

Como siempre suele suceder, el afectado, Ramón, supo dentro de la semana siguiente lo que había sucedido en su ausencia, si pudié-
ra-

mos definir así su estado en el día del baile. La persona que se lo dijo estuvo varios días sin asomarse a la vida pública, y cuando apareció no quería acordarse del tema. Algo le pasaba que no podía pronunciar bien las palabras.

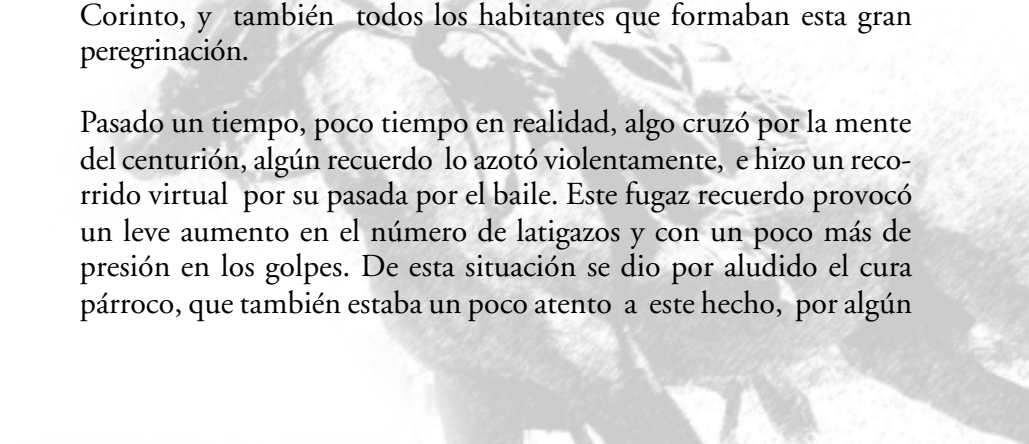
El cura párroco dio las campanadas de aviso para dar comienzo a la Misa de Viernes Santo. El Vía Crucis con sus trágicos sucesos y desmanes daba pronto inicio. Los personajes ya estaban listos para encarnar, como todos los años, a los grandes protagonistas del calvario de Jesús. El recorrido donde se sucedían las doce caídas del Señor iba desde la capilla hasta el cementerio local. Eran aproximadamente un par de kilómetros de distancia.

El cura comandaba la procesión montado en una carreta preparada para la ocasión. Atrás, a pocos metros, venía Jesús con la cruz a cuestas. Al lado, el brutal y sangriento centurión, el romano para algunos, Ramón para los no creyentes de Corinto.

Por algún motivo, y en ese año en particular, todos los habitantes de Corinto asistieron a la procesión. Algo raro pasaba en el ambiente y se presumía que podía acontecer lo que todos, de una u otra manera, esperaban que aconteciera.

Todo marchaba bien, hasta las dos primeras caídas. Jesús, con su cruz en los hombros, y el romano, con sus azotes histriónicos que en nada perjudicaban la salud de Jacinto, hasta ese momento. También estaban otros lugareños que hacían los papeles de los doce apóstoles, la María Magdalena, representada por la Lucha; y la Virgen María, personificada impecablemente por doña Clementina, que es otro caso especial en Corinto, y también todos los habitantes que formaban esta gran peregrinación.

Pasado un tiempo, poco tiempo en realidad, algo cruzó por la mente del centurión, algún recuerdo lo azotó violentamente, e hizo un recorrido virtual por su pasada por el baile. Este fugaz recuerdo provocó un leve aumento en el número de latigazos y con un poco más de presión en los golpes. De esta situación se dio por aludido el cura párroco, que también estaba un poco atento a este hecho, por algún





comentario, al parecer, de un feligrés que lo había advertido de lo ocurrido en el famoso baile.

La peregrinación seguía, también las caídas del Señor, y cada vez los latigazos eran más fuertes, lo que hacía pensar que existía un pequeño malestar en el Centurión, es decir en Ramón de Corinto. A medida que avanzaba este recorrido, los latigazos fueron haciéndose cada vez más pronunciados y, en la quinta o sexta caída, la cosa iba de mal en peor. El centurión le iba dando como bombo en fiesta a Jacinto, es decir, a Jesús de Corinto. Los hombros, piernas y el tungo se lo llevaban coloreando y dale que dale con él.

— Aquí me las pagai todas, parecía decir Ramón.

Tenía el Diablo metido en la cabeza, según el comentario de las señoras más añosas del lugar. No te gustó bailar con la Chabela, ahora aguanta no más.

La cosa se iba tornando cada vez más oscura. El párroco trataba de disimular este hecho hablando cada vez más fuerte y dando mayores argumentos bíblicos por todos los sufrimientos que tuvo que soportar el Salvador, y del cual cada uno de ustedes se está dando cuenta en este mismo momento, y demos gracias al señor. Amén.

Ramón, el centurión, dale que dale con Jesús.

Los habitantes de Corinto ya no venían en procesión sino más bien haciendo un círculo alrededor de estos dos grandes héroes. En todo caso nadie lo hizo pensando en lo que todos pensaban, más bien, el comentario era que no se escuchaba al cura y por eso se iban acercando a la carreta.

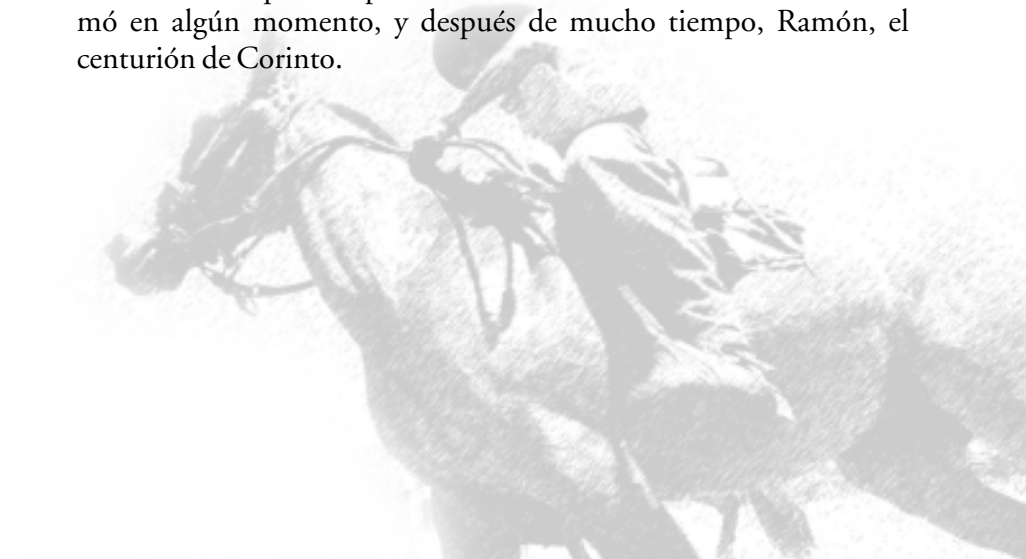
La cosa ya no daba para más. Por ahí en la octava caída, Ramón estaba totalmente transformado, fuera de sus casillas y seguía dándole a Jacinto pero cada vez con más ahínco. Jacinto no tenía pelo que no estuviera chamuscado de tanto latigazo recibido. En ese momento el hombre no aguantó más, me refiero a Jacinto, el Jesús de Corinto, tiró la cruz para el lado y se fue contra Ramón, combo y combo con él. El cura no tuvo ningún argumento sagrado para mitigar o emular

este nuevo acontecimiento y no le quedó más remedio que tirarse de la carreta y tratar de despegar a Jacinto de las mechas del Ramón. En esa labor estaba la Virgen María, la María Magdalena y todos los apóstoles, pero nada se podía hacer, Jesús y el romano estaban dándose por donde cayera. Algunos, los más arriesgados, por supuesto, estaban haciendo apuestas, no por Ramón como se esperaba, sino más bien por Jesús, es decir Jacinto, principalmente aquellos que habían sufrido en algún momento los arrebatos de la personalidad del centurión de Corinto.

La cosa no se podía solucionar. En algún momento la Virgen María pidió parlamentar pero no hubo respuesta, más aún cuando los apóstoles también tenían sus apuestas de por medio. Decisión salomónica, el cura párroco dio por terminado el Vía Crucis, este año, en la octava caída, por las razones obvias del caso.

Fue el año jamás pensado, quizás el menos esperado, pero sin lugar a dudas es el año más recordado de todos los habitantes de Corinto. Cada vez que se puede, sobre todo en aquellos velorios que se prestan para hacer remembranzas de los difuntos, siempre se habla de aquellos habitantes que formaron parte de este particular grupo que personificaban a los personajes bíblicos de las Sagradas Escrituras.

Chabela no asistió a este evento por compromisos contraídos con anterioridad, eso es lo que se pudo entender ya que también sufrió algún inconveniente que le impedía modular de buena manera. Esto lo afirmó en algún momento, y después de mucho tiempo, Ramón, el centurión de Corinto.





TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL FRASCO CON ALMENDRAS

Jean Paolo Ducret Allendes
35 años
Comerciante y Profesor
Antofagasta

Tengo un hermano que vive en Pichilemu, él está casado con Catherine y de ese matrimonio nació mi sobrino Matías. Ellos profesan la religión Testigos de Jehová y salen juntos cada fin de semana a predicar. Aunque yo no soy Testigo, conozco bien cómo es su trabajo de predicación.

Un fin de semana recorrían los alrededores de Pichilemu visitando a las personas que viven en las parcelas fuera del círculo urbano de la ciudad, es un trabajo de predicación en terreno bastante agotador, pues la lejanía que existe entre casa y casa es muy a menudo de varios kilómetros.

Catherine iba con una hermana (hermana o hermano le llaman los Testigos de Jehová a sus compañeros bautizados en su misma religión), cumpliendo con esta labor de predicar por las parcelas, llegaron a una vieja casa de madera, tocaron a la puerta y les abrió una ancianita, obviamente no le preguntaron su edad, pero debe haber tenido unos noventa años. La ancianita las recibió muy cordialmente, incluso invitándolas a pasar un momento a su humilde casita.

La amabilidad de la anciana no les llamó la atención, pues es normal que la gente del campo reciba muy cordialmente a los visitantes. Lo

que sí les causó impresión fue que la ancianita viviera sola a tan avanzada edad.

La viejecita les contó que tenía cuatro hijos uno de ellos vivía en San Fernando, ese era el único que la visitaba, aunque sólo semana por medio. En todo caso, ella reconocía que a su hijo no le gustaba que viviera sola y en varias oportunidades la había invitado a vivir con su familia.

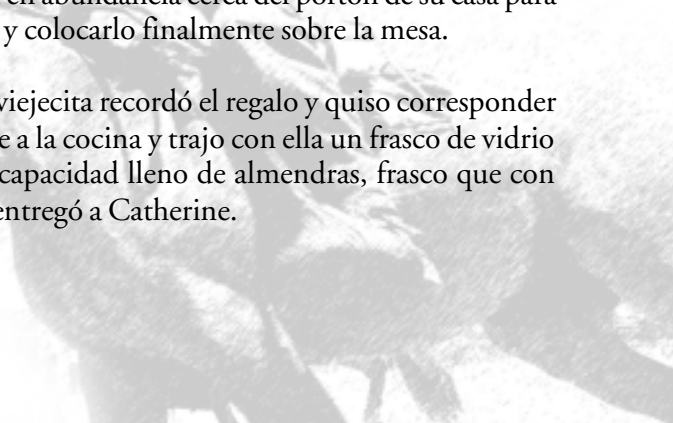
Sin embargo nunca la ancianita se iría de su parcela, nunca dejaría a sus animales, nunca dejaría de cuidar su huerto. La gente que vive en el campo siente un apego a la tierra muy distinto al que sentimos los ciudadanos y era imposible que esa anciana mujer dejara esa casita de madera donde vio nacer y crecer a sus hijos, donde vivió con su esposo y donde lloró cuando este murió en la misma cama donde duerme cada noche.

Al ver esto Catherine avisó a su congregación de la situación de esta ancianita, así quedaron de acuerdo en que sin importar quiénes salieran a la predicación, siempre algún hermano Testigo la visitaría.

El apego que sintió Catherine por la viejecita fue instantáneo, y no se limitaba en esfuerzos para ser ella quien la visitara, aunque siempre acompañada de otras hermanas.

Así un buen día decidió llevarle un regalo a la ancianita, en realidad era sólo un pequeño engaño, pero era algo que Catherine necesitaba hacer para demostrar la simpatía que sentía por ella. De más está decir lo agradecida que estaba la ancianita con el pequeño florero, tanto le sorprendió y agradó el regalo que fue inmediatamente a buscar algunas flores de las que crecían en abundancia cerca del portón de su casa para ponerlas en el florero y colocarlo finalmente sobre la mesa.

A la siguiente visita, la viejecita recordó el regalo y quiso corresponder a tanta generosidad, fue a la cocina y trajo con ella un frasco de vidrio como de dos litros de capacidad lleno de almendras, frasco que con una enorme sonrisa le entregó a Catherine.





La predicación continuó ese día con los Testigos sirviéndose de vez en cuando alguna almendra que generosamente Catherine compartía con sus hermanos. De más está decir que mi hermano Raúl y mi sobrino Matías fueron los que más disfrutaron de estos deliciosos frutos, pero eran tantos que llegaron a casa con casi todo el frasco.

Raúl le sugirió a Catherine que utilizara las almendras para cocinar un queque, de esos que tan sabrosos hacía con nueces, pero en esta ocasión sería con almendras en abundancia, el siguiente fin de semana lo cocinaría, así aprovecharía para servirlo en una once que tenían acordada con sus hermanos.

El queque quedó delicioso, y disfrutaron de éste en la once junto a los hermanos de religión, luego de esta reunión había sobrado más de la mitad del enorme queque, así que lo guardaron.

Al otro día la congregación visitaría nuevamente el sector donde vivía la ancianita, Catherine decidió llevarle de regalo la mitad sobrante del queque, pero guardando una pequeña porción para su familia.

Llegaron a la casita de la ancianita, luego de todos los saludos y luego de toda la alegría que demostraba la viejita con estas visitas, Catherine le entregó la mitad del queque. De más está decir que Catherine se sentía orgullosa de su creación culinaria, pues había recibido muchas felicitaciones de todos los que lo probaron.

Aquí recibieron con sorpresa, aunque mejor sería decir con estupefacción, la revelación de la ancianita que con su eterna sonrisa les dijo: "Muchas gracias, mi'jita, pero sabe una cosa, a mí no me gustan las almendras, pero mi hijo siempre me trae de esos chocolates con almendras enteras y como a mí no me gustan, chupo los trozos de chocolate y las almendras que me quedan en la boca las voy guardando en el frasquito que le di".

Dicen que a una elevada edad, la gente se vuelve como niños y realizan acciones que no son con maldad.

En realidad no supe qué pasó con el resto del queque, supongo que lo botaron, tampoco supe los comentarios y reacciones de los comensales del queque, aunque creo que debieron ser muy variados.

Catherine sigue visitando a la viejecita, aunque ahora le pregunta por el origen más exacto de las cosas que ésta le regala. Para ser más franco, ahora le pregunta directamente si estuvo chupando el regalo.

Después de todo esto, y puede que sea curioso, ocurrió que Catherine nunca más cocinó otro queque tan sabroso como aquel con almendras. Debe ser porque los otros queques no tenían ese ingrediente que podríamos llamar "exótico", aunque no creo que haya nadie de paladar tan excéntrico para copiar la receta original.





**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
I REGIÓN DE TARAPACÁ**

LOS CHAPERONES DEL VALLE

Claudio Huerta Valenzuela
46 años
Capacitador del Agro-Ambiental.
Arica

Los Montescos y los Capuletos
deben rendirse ante el amor y la pasión de los enamorados...
Williams Shakespeare.

EL VALLE

El valle de Azapa, como una vena abierta en medio del desierto más árido del mundo, salitroso, solitario, polvoriento... con una vasta historia de esfuerzo... por donde bajaba serpenteando el pequeño río al que los lugareños llamaban San José... desemboca en las cálidas aguas de la ciudad de San Marcos de Arica. Sus habitantes, en gran parte llegados desde las alturas de la sierra boliviana, hombres orgullosos con estirpe de los nobles incas... Carangas, Lupangas, Pacaxes..., fueron gestando el crecimiento de poblados y asentamientos, de sembrados que se fueron cubriendo de olivares, dando un reconocimiento mundial a las famosas aceitunas de Azapa... y allá, por los años treinta, cuando toda actividad social, religiosa y cultural de valle se desarrollaba en el sector de Alto Ramírez y el poblado de Las Maitas, surge esta historia que trasciende hasta hoy...

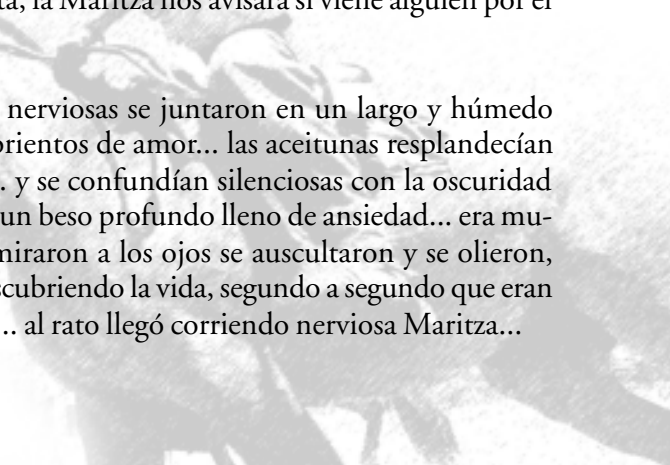
EL ENCUENTRO

Justo ahí, al cruzar la segunda curva de la carrera de caballo al pelo, Justino Romeo cruzó la fatal mirada con esa moza preciosa de la Rosalía Supanta. Desde aquel momento mágico no pudieron ser los mismos. Ahora Justino el campeón, el rey de esta fiesta en Alto Ramírez, el héroe de la carrera al pelo, no pudo más que buscar la manera de acercarse a los labios dulces y adolescentes de Rosalía, la que por medio de una amiga se concertaron para un encuentro furtivo bajo el olivar de pago de Gómez...

Creí que no vendrías... es que está muy oscuro y mis primos no me dejan sola ni a sol ni a sombra... son muy celosos... y si descubren que nos juntamos solos aquí en el olivar... mejor me voy... No, no te vayas, creo que no podría vivir sin un beso tuyo... ¿así...? eso es lo que tú sólo quieres... bueno no solo eso... yo te observo desde que ustedes llegaron a las parcelas del Alto San Miguel... te vi por primera vez allá en el chival, te veías muy linda entre las flores del Chuve, como si te coronaran los picaflores de cora danzando sobre tu pelo... desde entonces solo sueño contigo.

...Yo no te había visto antes... bueno, sí, pero no podía acercarme, cuando bajamos las cruces en mayo pasado tú eras el elegido por el curita... creía que eras un especie de Cristo negro cargando la cruz cerro abajo... ahí supe que quería conocerte... sólo conocerte... bueno algo más... ven acércate... estamos predestinados... no, pues, si nos ven mis primos... puede ser muy peligroso para ti... no, nos verán. La noche esta re oscura... ven, ven dame tu mano... bueno, pero solo aquí, bajo este árbol... no seas tonta, la Maritza nos avisará si viene alguien por el camino...

Las miradas intensas y nerviosas se juntaron en un largo y húmedo beso de dos seres hambrientos de amor... las aceitunas resplandecían bajo la luna del olivar... y se confundían silenciosas con la oscuridad nocturna y cómplice... un beso profundo lleno de ansiedad... era mucho más que eso... se miraron a los ojos se auscultaron y se olieron, como dos cachorros descubriendo la vida, segundo a segundo que eran la luz de una eternidad... al rato llegó corriendo nerviosa Maritza...





"Ya vienen... Justino... tienes que irte los chaperones son como cuatro... ya pu', si descubren que los estoy cuidando a mí me va a llegar..."

Un último beso, por favor, sólo para dormir tranquilo... no, ándate, vete ahora, Justino. No soportaría si te hicieran algo...

Justino robó un beso rápido ante los ojos aterrados y amorosos de la Rosalía... y luego se perdió en la oscuridad del olivar amparado por los frondosos árboles del valle... entre tanto los gritos de búsqueda de los primos se hacían cercanos... Arnoldo impuso la voz como si tratara de un policía...

— A ver, qué estaban ustedes haciendo aquí tan solas...

— Nada, dijo Rosalía. Solo estábamos orinando pues, acaso uno no puede mear tranquila po, repitió Maritza en forma burlona... Las estamos buscando hace una hora ... no sé para qué se alejan tanto, aquí siempre andan mandingas fantasmas, argumentó el chaperón... Así que debemos marcharnos de inmediato para el alto pues... ya pues, Chalia, apúrate... tú crees que eres mi padre ... no, pues, no lo eres...

Así, entre rezongos nerviosos de Rosalía y Maritza se alejaron rumbo hasta el poblado de Las Maitas... tratando de alcanzar a los chaperones del valle.

LOS CHAPERONES

Su origen de bolivianos puros los hacía sentirse muy importantes entre los habitantes del valle de Azapa, más de alguno ya conocía la fiereza cuando se trataba de defender la honra de sus hermanas y primas... su sangre no podía mezclarse con otras sangres. Esto podría degenerar la raza, este era una de las tantas premisas que articulaba una especie de cofradía secreta que los unía por un orden natural de desconfianza y estirpe de señorío de la pacha... Arnoldo Supanta lideraba el celo de aquel grupo, a veces arengaba con aspaviento de vino y alcohol, pobre del que ose colocar una mano en algunas de mis parientas, se las verá conmigo y con mis hermanos... Así en cada fiesta de carna-

val y fiesta de las cruces, no quitaban los ojos de sus primas y hermanas, a fin de que ningún masa se les acercase con propósitos amorosos...

EL CAMPEÓN

Justino Romeo vivía con su abuelo, Arquímedes, descendiente directo de los antiguos africanos traídos desde el continente negro, sangre lumbanga... cimarrón de piel tostada por la sal y el sol... su humilde rancho enclavada en el sector de pago de Gómez, dependiendo directamente de las migajas del patrón que gozaba de un inquilinaje heredado por los antiguos hacendados, que poco a poco fueron amasando fortunas a costa del sudor de los esclavos... Arquímedes añorando su juventud, tratando de criar a este nieto rebelde, que le hacía recordar su propia adolescencia encabritada por las injusticias de su raza... A veces el abuelo sentado alrededor de las incandescentes brasas de ramas secas, en noches de luna oscura... contaba y recontaba su historia y la historia del origen de sus abuelos y de cómo lograron una libertad controlada por el patrón sin ninguna posibilidad de tener tierras para su propia labranza... a veces contaba que escapó enrolado en el ejército chileno para ir a sofocar revueltas de los mineros del salitre, su batallón fue llevado a la escuela Santa María, y esa triste mañana de 1907... cuando los mineros que bajaron desde la pampa, arengados por sus líderes en petición de sus derechos fueron masacrados por los soldados bajo las órdenes del coronel Silva Renard... yo ante las órdenes de fuego no pude disparar ...me negué a disparar, porque ese minero pobre era igual que yo, moreno de raíces humildes, peleando por sus derechos, desarmados y angustiados por el hambre... Cada vez que contaba este episodio caían lágrimas de sus ojos cimarrones... y proseguía su relato, diciendo que al negarse a disparar el teniente Robles lo ajustició de inmediato por negarse a una orden de sus superiores, con tal suerte que el disparo del teniente dio en la hebilla de su cargador lo que por el impacto lo arrojó sobre una mampara de la casa del doctor Marín, quedando maltrecho y semiinconsciente... a lo que fue socorrido por el buen doctor que veía la horrible masacre desde su ventana... 3.600 fueron los mineros muertos, 3.600 las vidas que fueron segadas por orden de los dueños de las minas... la sangre quedó secándose al sol durante meses, el olor a muerte se mantuvo durante años frente al



mercado de Iquique... Arquímedes fue escondido durante algunos días para luego ser llevado oculto en un barco hasta la ciudad de Tacna, para luego volver a ocultarse en el valle para siempre, temiendo que la justicia militar lo detuviera y nuevamente lo ajusticiaran.. así cada vez que el abuelo contaba este triste episodio se estremecían los muros bajo su llanto y se descascaraba el adobe ante su triste historia.

LA PELEA

Varios días, Justino y Rosalía se estuvieron viendo a escondidas bajo la mirada atenta y vigilante de la gorda Maritza. Cuando el amor clandestino crece bajo el olivar del valle, la Luna se hace cómplice de un amor furtivo... amor mío... cada día pido a Dios que no nos pillen mis primos... no piense leseras, mi vida... ahora solo pensemos en este mágico momento... mira lo que te tengo de regalo.. ¿qué es?.. es una corona de flores de chuves... Justino la colocó sobre su negra cabellera, y dijo.. te ves hermosa con esas flores rojizas.. es así como te vi por primera vez hace algunos años... los chuves atraen a los picaflores del valle... Justino mi vida, me gustaría que este momento nunca terminara y estemos juntos para siempre... pero como ves mi gente no permiten que nos amemos libremente... se lamentaba Rosalía. Justino la consolaba con la dulzura que solo el amor hacía brotar desde lo más profundo de su alma ...ya verás todo es posible si hay amor... Rosalía estaba temerosa pero valiente frente a lo que tendría que ocurrir tarde o temprano... Después de una semana y ahí frente al almacén del chino Pablo Ku, se encontraron los chaperones con Justino y sus amigos, ambos bandos estaban decididos a lavar la afrenta de los dos enamorados...

Así que tú eres quien está acosando a mi prima.. y yo soy dueño acaso de ella... ven, ven a ver si eres tan hombrecito, machuca, ...así con cuchillo en mano, Arnoldo conminó a Justino a hacerle frente, mientras los demás estaban a la expectativa de los acontecimientos ... con que querís dártelas de machito, huevón, ...con mi familia nadie se mete, menos los esclavos negros como tú, mandinga del diablo, Arnoldo no terminó de hablar cuando los golpes de cuchillos se hicieron presentes, la tensión del momento crecía entre los dos bandos... después de unos cuantos ruedos de estocadas sin dar en el blanco, el cuchillo de

Arnoldo rozó el brazo de Justino levemente, pero el arma de Justino fue más certero, ya que una estocada da en el medio del pecho del chaperón... muchos años después las mismas escenas de masas y chaperones se repetirán en el valle y en la ciudad de Arica muchas veces con resultado de muerte de alguno de los contrincantes... Esta vez Arnoldo cae herido sangrando mortalmente de su pecho... los chaperones entran en pánico y él desbande se desata por entre los olivos del lugar... Justino no puede creer lo que acontece, Arnoldo está en el suelo auxiliado por uno de sus primos... lo mataste, lo mataste mierda.. asesino, asesino... a lo lejos se divisa la policía que vienen de a caballo por el potrero... todos corren... Justino se pierde entre los matorrales atormentado por tan violento episodio.

Pasan los días y Justino vive escondido, pide a unos amigos poder juntarse con su amada Rosalía, pero Arnoldo se debate entre la vida y la muerte... después de varios intentos Justino logra un encuentro, Rosalía lo increpa... qué hiciste Justino, qué le hiciste a mi primo... ahora parece que se va a morir... solo pude defenderme amada mía... fue por ti mi amor... ellos querían separarnos y nos enfrentamos en Las Maitas y él sacó la peor parte... yo también fui herido... pero por qué no lo evitaste Justino ahora se cobrarán venganza si Arnoldo muere... sabes, mi vida, mi abuelo dice que tengo que esconderme, los pacos pueden meterme preso y ahí mi abuelo no lo soportaría... amor, amor mío yo solo pienso en ti, este amor es muy grande, vámonos juntos, escapemos al sur... Justino amor mío que no puedo, pero quiero dejarte claro que te amo con toda mi alma... sé que los carabineros te andan buscando, y no van a parar hasta que te encuentren ...Justino abraza a su amada y en un beso largo y triste se marcha diciendo ...espérame volveré cuando todo se calme para que estemos juntos para siempre... una última mirada a los ojos de su amada sella este trágico momento de los enamorados...

Justino vagó por pueblos y ciudades cercanas, hasta que logró ingresar en el ejército, para hacer su servicio militar a modo de poder ocultarse de sus captores... por lo menos ahí estaba seguro de no ser encontrado... después de meses, las vueltas que tiene la vida, los acontecimientos políticos de esta zona del país se encendían por injusticias sociales... los sindicatos mineros entraron en conflicto con el Estado y nueva-



mente se llamó al ejército para disolver el conflicto... la efervescencia de los mineros liderado por un tal Luis Emilio Recabarren que estaban alzados en procura de sus derechos, ahí en la oficina salitrera San Gregorio, la Noria Alianza, detuvieron a los cabecillas después de apalear al resto y mandarlos pa' la casa con unas patadas en el culo, el capitán de los militares mandó a palomear rotos, lo que consistía en lanzar en carrera a los mineros presos hacia la pampa abierta y hacerle puntería con los soldados, el que se salva se salva.. a menudo no se salvaba ninguno.

Esta vez el capitán colocó una hilera de soldados frente a la pampa, los hizo cargar sus fusiles y los arengó diciendo: todos estos desalmados, son la carroña que no deja que nuestra patria crezca y se desarrolle con orgullo y tranquilidad, pero nosotros tenemos que cumplir la ley, y ellos deben ser ajusticiados, vamos a palomearlos y si el Señor Dios quiere se salvan, y si es su voluntad deben morir, así que ... —No, no es posible mi capitán —interrumpió bruscamente su discurso Justino, ese muchacho, con lágrimas en los ojos y hablar nervioso... ante el recuerdo vivo de la historia contada por su abuelo, se rebeló con decisión ante las palabras del capitán... — mi capitán esos hombres son gente como uno, yo no voy a dispararles... mi abuelo dice que todos somos iguales... que nadie es dueño de la vida de nadie... frente a esto los demás soldados solo guardaban silencio cómplice, el capitán no podía creer esto... así que tenemos un comunista de mierda infiltrado en nuestras filas... desarmen a este mierda vendepatria, ...a lo que los soldados acceden, ya maricón, pa ser soldado hay que ser valiente y vo desgraciado no le serví a la patria ...así que también te vamos a palomear,... desde un rincón emocionado miraba con su rostro curtido y arrugado por el sol, Efraín Cárcamo, minero de toda una vida, rebelde ante la injusticia del patrón... Justino fue dejado junto a los mineros que serían palomeados, Efraín se acercó al muchacho y le habló en voz baja, ya caurito, llegó la hora de la verdad, solo tení que correr en zigzag, y atenerte a tu suerte, corre cincuenta pasos zigzaguea, así tal vez te podí salvar, corre cerca de mí, sé donde hay calicatas pa escondernos...

Justino asustado y descompuesto, no podía aceptar esa situación y gritó a sus camaradas de armas, muchachos, ustedes son como yo, yo no

tengo miedo a la muerte ni me achico frente a la injusticia... los soldados solo guardaban silencio y miraban hacia otros lados... prosiguió anta la mirada furiosa del capitán y los sargentos... Algún día ustedes no serán soldados y serán obreros y trabajadores como estos hombres que hoy serán masacrados como lo fueron en la escuela Santa María de Iquique... A callar, mierda, gritó el sargento Arroyo. Mi capitán a este huevón yo lo despacho al tiro... No sargento, dijo el capitán a este lo voy a palomear yo solito... nunca se me escapa un palomo, así que a correr, mierdas... quedó el tropel de mineros corriendo eran como veinte... a pampa abierta, el capitán y sus clases gozaban con este dramático espectáculo, cuando ya habían corrido unos treinta metros el sargento mandó a disparar... apunten bien, muchachos, quiero dos por uno (aludiendo a dos balazos en cada cuerpo)... La primera ráfaga dio en el blanco de cuatro hombres, cayeron los más lentos y más viejos, mordiendo la tierra salina que los vio nacer, amar y morir, el fuego luego se hizo discreción, Justino y Arnoldo no se perdían de vista ante la loca carrera entre la vida y la muerte, los disparos silbaban ante la brisa del desierto, algunos soldados desviaban su puntería un poco más alto para no darle a Justino, mientras arengaba a sus soldaos, ya, mierdas, apunten a la cabeza para despacharlos al tiro.. estos huevones son una plaga.. a tiempo que con su fusil solo buscaba la silueta del muchacho entre los mineros que corrían. Justino corría veloz como alma que lleva en pena y luego de cincuenta metros aproximadamente, cambiaba su dirección, el capitán lo tenía en la mira, y no lograba apuntarle, sus pensamientos se escuchaban en voz alta .. gallito... así quietito, ahí, mierda, se me escapó de nuevo... en el trayecto Efraín y Justino iban sorteando los cuerpos de los mineros muertos, Efraín lo dirigía mientras corría, ya caurito falto poco no aflojé ahora, corre hacia esas rocas, el capitán miró al sargento y dijo ahora lo cazo y jalo con sutileza de un cazador y dio en el blanco cuando Justino llegaba hasta los riscos de una loma, dando en medio del muslo del muchacho, un solo grito que se apagaba con el ruido de los disparos, mientras la sangre brotaba a borbotones, mierda cabro te dieron, gritó Efraín Cárcamo, el muchacho, apretaba los dientes el que solo lo miraba aguantando el dolor y lograba arrastrarse al alto de los riscos, no es mucho caurito, solo fue una bala con entrada y salida... por suerte está oscureciendo... Justino lo miraba en silencio... el minero, levantando la mirada sobre los riscos... se preguntaba, cuántos nos habremos sal-



vado... y divisando un cuerpo el cuerpo de un compañero le grita... Gutiérrez, flaco, cómo estás, a lo que este responde... bien compañero, bien. Efraín vuelve a preguntar, hay otros, parece compañero, vi a flores y a Vicente encaramarse en la loma, de los demás no sé... ahora el curtido minero, realiza un torniquete en el muslo del muchacho... ya caurito con esto te salvaste por un pelo de que no te volaran la diuca... Justino en medio de tanto dolor logró sonreír ante el comentario del minero... para salir de este lugar, tendremos que esperar la oscuridad... otro cumpas nos vendrán a buscar para darnos sepultura... tal vez nos tendremos que arrastrar hasta un pozo que queda cuarenta metros más arriba y ahí estaremos seguros... por si vienen los milicos a rematarnos...

Por su parte el capitán hacía gala de su certero disparo ante su suboficiales... ven donde pongo el ojo pongo la bala, a mí no se me escapa ni un palomo, ya me he echado como treinta... y riendo, de sus hazañas mandó a formar, dando la orden a los soldados Castillo y Ventura para que revisen el perímetro y rematen a los heridos y me cuentan los cadáveres... Los soldados conscriptos, se miraron y solo dijeron a la orden mi capitán y salieron de trote hacia la pampa... al primero que encontraron fue al cholo Domínguez, minero del cantón la Noria, famoso por desafiar a los patrones, su vida se había extinguido con un balazo en la nuca y su sangre quedó regada sobre el bendito caliche de la pampa, caliche que sacó tantas veces a punta de capacho desde que era un mocoso... más allá los cuerpos de otros mineros, y el cuerpo del canuto Ortiz, cuando los vio les dijo desangrándose mortalmente, remátame caurito, quiero estar con el Señor esta misma tarde, el soldado más joven dijo, no soy capaz mi sargento, a lo que este respondió, es fácil, mierda, no veí que te lo está pidiendo, este comunacho se volvió cristiano a última hora, dele un tunazo ahí donde no duele, en la boca... repitieron la misma operación incluso con algunos que ya estaban muertos, contaron trece... mira pelao, decía el sargento hay que echarse uno más por que trece es mala suerte... el joven soldado avanzó hasta la loma y vio agazapado el cuerpo de Justino herido, los miró y hizo como si no lo hubiese visto, mientras el sargento preguntaba hay otros más por ahí cabro, y este respondió nervioso, no mi sargento no queda nadie, parece que escaparon mi sargento... ya cabro volvamos se está oscureciendo... y aquí cuando oscurece es una boca

de lobo y aparece la llorona... el joven soldado dejó caer su morral de provisiones en forma disimulada, y guiñándole un ojo a su antiguo camarada se aleó trotando detrás del sargento de regreso hacia la oficina San Gregorio.

Precisamente fue cayendo la noche fría, fue adormeciendo los cuerpos de los sobrevivientes... a lo lejos unas sombras nocturnas se acercaban esperando un milagro, ver a sus compañeros vivos o heridos para poder socorrerlos... algunas mujeres provistas de botellas de tecito caliente y unos panes duros como la dura realidad de los mineros de la pampa... Cárcamo, compañero Cárcamo, Anselmo, Bustillo, contesten, compañero Ortiz... no pregunten compañeros el canuto ya no está con nosotros... somos pocos los que aún vivimos... ¿y este milico?, preguntaron al ver a Justino medio muerto de frío... este es de los nuestros.. es un cumpa que no quiso dispararnos y también lo palomearon... ahora hay que esconderlo porque si lo pillan lo rematan altiro... hay que bajarlo p'al puerto y meterlo en vagón de tren como encomienda ...este cumpa ha perdido mucha leche y tiene un plomo en el potó... dijo en forma chistosa Efraín Cárcamo... y prosiguió, ya cumpa vamos moviéndonos hasta la Noria ahí podremos reponernos y organizarnos compañeros.

Así pasaron los meses ...entre tanto Rosalía Supanta con sus hermanos y primas volvían del campo santo de San Miguel de Azapa... Arnoldo el jefe de los chaperones había fallecido por las heridas de pelea..., lloraban madres y hermanos en el medio de la gente... juraban venganza eterna...

Días después llegó la gorda Maritza donde Rosalía, corriendo como loca por el olivar, con una trágica noticia de un diario de Iquique, traía los ojos desorbitados... mira Chalia, mira lo que dice aquí en este periódico.. el Justino se murió, lo mataron los mineros en una revuelta de la oficina San Gregorio, aquí lo dice clarito, hace un mes parece que lo enterraron en la pampa, el ejército lo dio por desaparecido en combate... ahí Rosalía que había contenido el llanto por semanas por la muerte de su primo, rompió a llorar amargamente, y no se detuvo en mucho tiempo... su madre sin entender su desdichada pena, la llevó donde la mama Nena, la que le dio agüita de manzanilla y le lavó el cabello repetidamente con hojas de chololo, un cocimiento de pacay,



para que bajara la pena, pena que escondía en el fondo de su vientre, fruto de un amor atormentado... la mama Nena puso toda su experiencia para expulsar el mal que Rosalía guardaba como trágica consecuencia de un amor prohibido... Rosalía cayó en un profundo trance producto de las yerbas de la meica... esta ñusta sabedora del trágico fin de su amado... ya no quería vivir si él estaba muerto.

Justino Romeo estuvo escondido entre las maestranzas de los ferrocarriles y casas de humildes obreros del gran puerto, y cuando ya se sintió mejor de su herida, se embarcó a lomo de mula de los aguateros para volver donde su amada Rosalía... el viejo pampino del arriaje, no preguntó nada, era un secreto a voces y nadie conversaba con los muertos... —si todos los periódicos lo decían tendría que ser cierto po'— ...después de semanas y con el lomo partido... divisó a su recordado valle, solo quería ver y besar a su amada... no había dormido en días tenía ojos de becerro medio muerto y la piel curtida por el sol del desierto... cojeaba arrastrando su pierna izquierda, pero al fin llegó hasta la rancho de su abuelo... — Mire, tata... hice lo que usted hizo en su tiempo... respeté a los hombre pobres y ellos también me respetan— el abuelo lo abrazó con emocionada dulzura... bien mi perro siempre supe que tú no habías muerto. Bien ahora puedo descansar tranquilo ya te has hecho un hombre— ahora anda donde la Rosalía, tengo entendido que ella no se encuentra muy bien desde la noticia de tu muerte... el muchacho, con la vista nublada ingresó en la rancho de su amada, ante el estupor de los chaperones que no podían entender cómo un muerto podía caminar y abrían paso ante la presencia de Justino... todos guardaban silencio, hasta la gorda se quedó con la boca abierta sin entender qué realmente sucedía... Justino acercándose tembloroso al ver a su amada Rosalía moribunda.. ella apenas podía hablar... y preguntó con susurro lastimero... ¿usted me había olvidado?... jamás pude olvidarla, amor mío... y la besó con ternura... ella con los ojos entumecidos, los cerró y dijo te amo, Justino te amo... regresaste por mí ... sí, mi vida ya estamos juntos... todo se transformaba creando una atmósfera de paz, dejaron de cantar las gallinas y los chivos... entonces la gorda trajo una corona de chuves con flores rojizas anaranjadas y las depositó sobre el cabello de Rosalía... ahí quedaron dos cuerpos trenzados en uno solo sellados con el último beso mientras los picaflores del valle revoloteaban entre las flores del chuve.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
I REGIÓN DE TARAPACÁ

EL WUAJCHA Y EL KAMIRI

Gladis Vásquez Poma

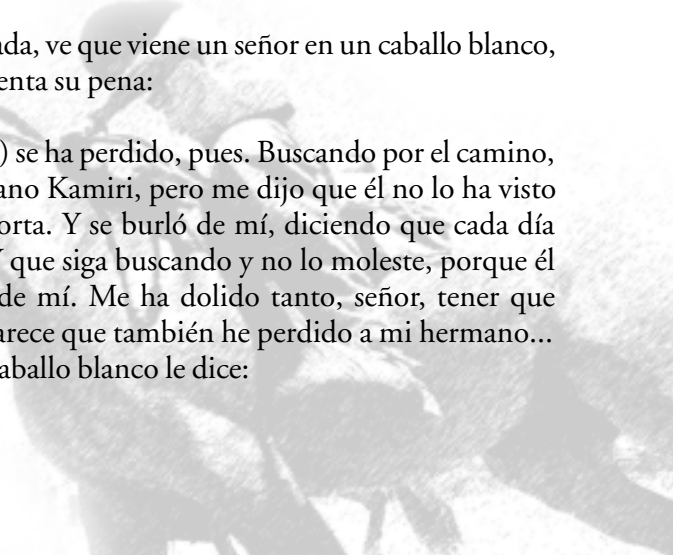
Dirigenta aymara y ganadera del sector altiplánico Parcco-Viluyo
General Lagos

En una estancia del altiplano, en la comuna de General Lagos, hacia la parte que limita con Perú, vivían dos hermanos. Uno era wujcha (pobre), porque tenía poquita tama (ganado camélido). Y sufría mucho, ya que el otro hermano que era un kamiri (ricachón), no lo ayudaba en nada y pasaba mirando su gran rebaño de gordos karwas (llamos) y bien lanudos aipachos (alpacos).

Un día, al wujcha se le perdió un llamito. Y se lamentaba mucho y se fue muy temprano a buscarlo por ahí las pampas, iranas (1) y tolares (2). Pero nada, sólo el viento que sopla y agita los pajonales.

Al bajar por una quebrada, ve que viene un señor en un caballo blanco, al que se acerca y le cuenta su pena:

— Mi jilacayu (llamito) se ha perdido, pues. Buscando por el camino, le pregunté a mi hermano Kamiri, pero me dijo que él no lo ha visto y que tampoco le importa. Y se burló de mí, diciendo que cada día voy a ser más pobre. Y que siga buscando y no lo moleste, porque él no quiere saber nada de mí. Me ha dolido tanto, señor, tener que perder mi llamito. Y parece que también he perdido a mi hermano... Entonces el señor del caballo blanco le dice:





— Bájate tu sombrero. Mira que yo te doy este maíz blanco y este otro maíz amarillo. Los vas a llevar a tu casa, pero no lo muestres a nadie, sino que ándate y no voltees. En tu rancho, tiende un awayu (3) en el suelo y esparces los maíces.

El wuajcha obedeció. Caminó sin mirar atrás, llegó a su casa, tendió un awayu y esparció los granos. Cuando miró no lo podía creer: el maíz blanco era plata y al amarillo, oro. O sea, ya no era wuajcha, sino un hombre rico. Compró mucha tama, arregló su casa y construyó buenos corrales. Su mujer y sus hijos eran felices y todos agradecían y convidaban con buenas mesas (4) a la Pachamama (5) y a los achachilas (6) que viven en los cerros.

En eso, el otro hermano, el soberbio, mira hacia el terreno del wuajcha y ve con mucha extrañeza los cambios en la casa, los corrales nuevos y la gran cantidad de animales pasteando. Todo era más y mejor que lo que él mismo tenía. No puede ser, dijo, y va a averiguar:

— ¿Qué pasó? —preguntó. Y el hermano que había sido wuajcha le cuenta todo. Entonces kamiri dice: Yo también voy a hacer lo mismo y voy a tener mucha tama, una casa inmensa y unos tremendos corrales.

Se vistió mal cacharpeado, más pobre que un wuajcha, y se fue llorando por el camino, hasta que se encontró con el mismo señor del caballo blanco.

— ¿Qué te pasa, hombre?

— Mire, pues, caballero. Se me ha perdido mi jilacayu, tan bonito y regalón que era; y no lo encuentro por ninguna parte. Ni por los bofedales (7) ni por los cerros, ni las quebradas. Nadie sabe nada. No sé qué hacer, caballero. Ojalá que alguien pudiera ayudarme.

— Mira, te voy a dar un consejo. Bájate el sombrero.

El kamiri hizo caso, el señor le puso saliva en dos puntos de la frente y le recomendó:

— Ahora puedes ir, pero no te vas a bajar el sombrero hasta llegar a tu casa, ¿me entiendes?

El hombre se puso a caminar, pero al pasar por entre un yaretal (8) y un mogote (9) le dio comezón en la cabeza. La picazón se convirtió en un escozor tan grande que el hombre se asustó y comenzó a rascarse como loco y el sombrero cayó al suelo.

Y siguió caminando a su casa. Como se sentía raro, se pasó la mano por la frente y tocó una cosa así como cachos. ¿Por qué que me estarán saliendo cachos?, se preguntaba asustado.

En eso llega a la entrada de su casa y su hijito y su esposa se asustaron mucho. Tanto que la mujer pensó que era un condenado (10), así que soltó al perro que salió corriendo y ladrando al hombre con cachos que se acercaba. Y el kamiri tuvo que arrancarse al campo. Mientras tanto, por la noche, el que había sido wuajcha se acordó de su hermano y se preguntó qué habría sido de él.

Como el kamiri no estaba en la casa, salió a buscarlo a la pampa. Se puso a llamarlo a gritos: ¡Hermano, hermano! Nadie, ni el eco, respondió a su llamado.

Solamente alcanzó a escuchar unos relinchos como "taruk, taruk, taruk", seguidos de una especie de galope que se fue perdiendo en la distancia.

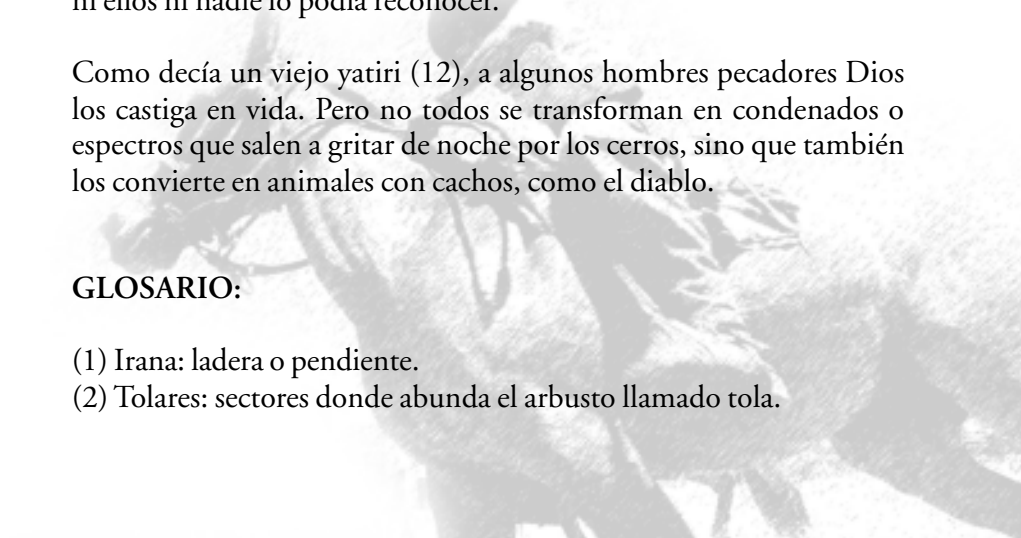
Pero su hermano no apareció nunca más.

Es que el kamiri había quedado convertido en taruka (11) o venado y ni ellos ni nadie lo podía reconocer.

Como decía un viejo yatiri (12), a algunos hombres pecadores Dios los castiga en vida. Pero no todos se transforman en condenados o espectros que salen a gritar de noche por los cerros, sino que también los convierte en animales con cachos, como el diablo.

GLOSARIO:

- (1) Irana: ladera o pendiente.
- (2) Tolares: sectores donde abunda el arbusto llamado tola.





- (3) Awayu: manta de franjas de colores.
- (4) Mesas: ceremonia para agradecer a las deidades andinas.
- (5) Pachamama: Madre Tierra.
- (6) Achachilas: espíritus de los achachis, ancianos o antecesores.
- (7) Bofedales: vegas andinas.
- (8) Yaretal: sector donde abundan las plantas llamadas yaretas.
- (9) Mogote: cerro de baja altura, generalmente aislado.
- (10) Condenado: alma en pena, persona que ha sido castigada en vida por su grandes pecados.
- (11) Taruka: Huemul del Norte, venado
- (12) Yatiri: sacerdote aymara (encargado de "levantar la mesa"); también cumple funciones de adivino y curandero.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
I REGIÓN DE TARAPACÁ

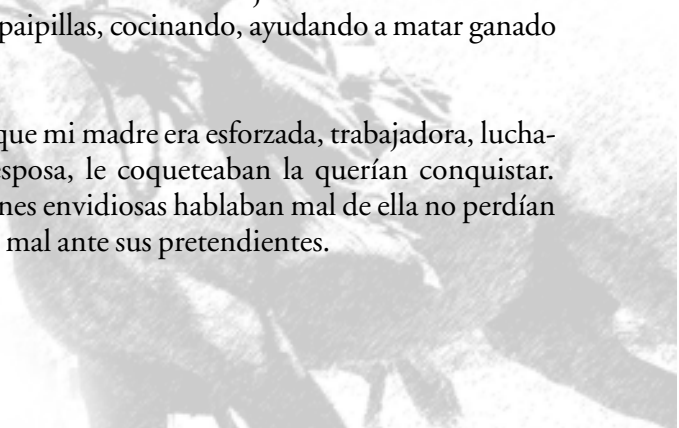
EL PAMPINO

Juan Carlos Vargas Vernal
35 años
Egresado de Pedagogía General Básica
Arica

Cuenta mi padre que siendo él muy pequeño, incluso, no habiendo nacido todavía, su progenitor se aventuró a buscar trabajo en la pampa salitrera, pues en aquellos tiempos la gente comentaba que era muy próspera y que el salitre se vendía a buen precio en los mercados internacionales.

Pues mi abuelo era uno de aquellos que se atrevió a buscar nuevas oportunidades de trabajo para él y su familia, ya que en aquellos tiempos sólo el marido decidía y como él era muy dominante, por no decir machista... mi padre en eso andaba cuando yo nací... mi madre, muy preocupada, no tenía noticias de él, hace ya mucho tiempo. Fueron pasando los años y mi madre ya perdía las esperanzas de que estuviera con vida... pobre, mi madre, cómo luchaba por darme el pan de cada día... yo fui testigo de su esfuerzo solo trabajando la chacra haciendo tortillas para vender, sopaipillas, cocinando, ayudando a matar ganado y muchas cosas más.

Algunos jóvenes al ver que mi madre era esforzada, trabajadora, luchadora, la pedían para esposa, le coqueteaban la querían conquistar. Mientras tanto las jóvenes envidiosas hablaban mal de ella no perdían oportunidad de dejarla mal ante sus pretendientes.





Hasta que un día, yo ya había cumplido mis ocho añitos, llega un caballero gordo negro que yo nunca había visto, entró a la casa agarró un saco de semilla de papa que estaba guardando mi madre tenía sembrar, cogió un puñado de semilla de papa y lo echó en una olla con agua y lo estaba cocinando, yo vi al desconocido tenía la cara negra quemada por el sol y usaba unas ropas harapientas y rotas parecía un mendigo.

Yo por mi parte me asusté de su mirada, y fui corriendo a la chacra a contarle a mi madre que había un extraño en casa para que fuera y lo corriera. Mi madre se extrañó de que alguien anduviera por allí y se metiera a su casa como un ladrón agarró un palo y se dirigió rumbo a la casa.

Cuando llegó a la casa los dos se miraron y el hombre la golpeó le tiró de las mechas y le dijo que le habían llegado comentarios de su infidelidad y que anduvo con otros hombres, mi madre por su parte le reprochó por no escribir ni una carta para saber que estaba vivo o en qué condiciones, mi madre le hablaba con lágrimas en los ojos.

Yo por mi parte estaba confundido, mi madre me había hablado de mi papá, que se había ido por un tiempo a la pampa salitrera y que no regresó por que seguramente estaba con otra vieja o algo le había pasado. Entonces las demás personas se enteraron de la llegada del marido de mi madre y las malas lenguas la acusaron de adúltera y los Jilakatas del pueblo, (autoridades originarias), la condenaron a bañarse desnuda en una planta que la denominamos ataphilla, (planta que crece en el campo), la cual al más mínimo roce con la piel, provoca ardor e irritación durante dos semanas. De todas maneras mi madre lo cumplió, por otra parte al viejo le llamaron la atención. Mis padres anduvieron enojados por un tiempo, no se hablaban, no se dirigieron la palabra durante unos meses, pero pasado un tiempo papá se disculpó le pidió perdón y tiempo después nace mi hermana Hilaria, desde ese entonces vivimos como una familia completa.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
I REGIÓN DE TARAPACÁ

LEYENDA DE KAPILKULLU
(EL CERRO CASTRADOR)

Luis Daniel Milanés Mondaca
51 años
Profesor Rural
Arica

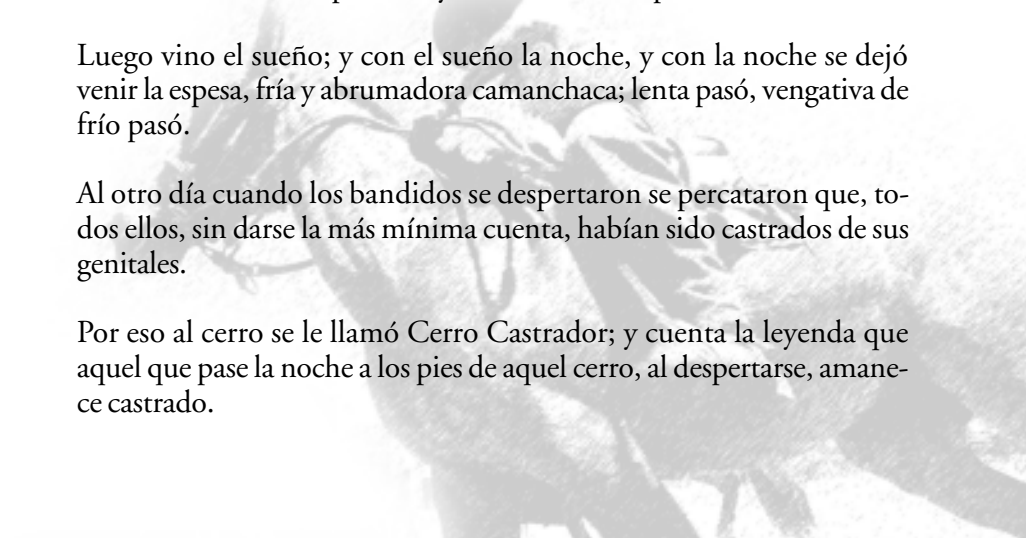
Por allá por los tiempos en que los chaskis transitaban en caravanas reales, por el Camino del Inca, sucedió esta historia.

Una de esas caravanas transitaba por el camino que pasaba por el Cerro Kapilkullu, cerca del pueblo Cobija, comuna de Camarones. En esta real caravana, que venía desde el Cusco, iba una de las princesas del Imperio Inca, acompañada por un centenar de fornidos guardias. Tras el cerro, escondidos, estaban unos bandidos del lugar, los cuales, sin misericordia y de manera sanguinaria atacaron y mataron a todos los soldados. Sólo dejaron viva a la princesa y a sus acompañantes. Los bandidos hicieron fiesta, y luego sin clemencia ultrajaron, violaron y masacraron a la bella princesa y a sus fieles acompañantes.

Luego vino el sueño; y con el sueño la noche, y con la noche se dejó venir la espesa, fría y abrumadora camanchaca; lenta pasó, vengativa de frío pasó.

Al otro día cuando los bandidos se despertaron se percataron que, todos ellos, sin darse la más mínima cuenta, habían sido castrados de sus genitales.

Por eso al cerro se le llamó Cerro Castrador; y cuenta la leyenda que aquel que pase la noche a los pies de aquel cerro, al despertarse, amanece castrado.





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

CÓMO EL DIABLO FUE BURLADO

Avelino Hernán Miranda Pérez

55 años

Profesor

Calama

Cierta vez un campesino se encontró con el diablo, su esposa y sus tres hijas. Al verlo, éste se asustó mucho y quiso irse, pero el diablo lo calmó y le dijo que si cumplía tres penitencias, le daría a una de sus hijas; en caso contrario, se lo llevaría con él a sufrir las penas del infierno.

Como primera penitencia, le dijo al campesino que le trajera pan. Una de las hijas que escuchó lo que decía su padre, se acercó al campesino y le sugirió que fuera al campo con una canasta y un mantel blanco.

Este al llegar al lugar indicado se tendió a descansar y pensar cómo llenar la canasta con lo pedido, pero el cansancio lo venció y se durmió. Al despertar grande fue su sorpresa al comprobar que la canasta estaba llena de pan. El diablo no se sintió satisfecho y le dijo que tenía que cumplir una segunda penitencia, para lo cual le pidió que en esta oportunidad debía traer la canasta llena de uvas.

Apesadumbrado y pensando cómo lo haría para cumplir en esta ocasión, vio nuevamente cómo se acercaba la hija del diablo la cual le dijo reiteradamente que fuera al campo con la canasta y el mantel blanco.

Como la vez anterior el campesino cansado de la caminata se tendió y volvió a dormirse, mas su asombro nuevamente fue mayúsculo al ver repleta la canasta con uvas grandes y dulces que hasta probó algunas que habían caído de ella.

Al llegar el campesino hasta la presencia del diablo y con la canasta repleta de uvas, éste se sintió indignado y desconcertado de cómo el campesino pudo haber cumplido ambas penitencias.

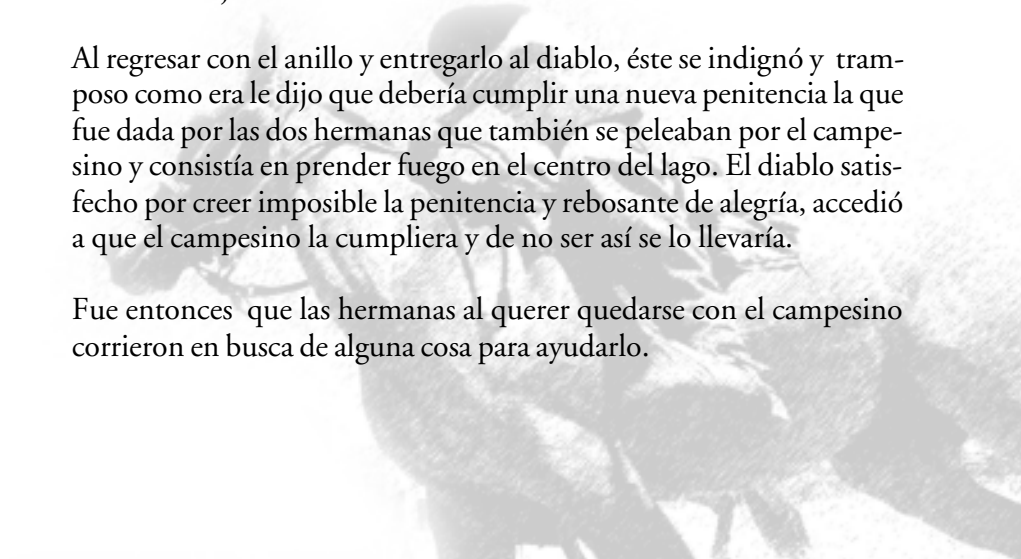
A todo esto, las otras hermanas escuchaban atentamente a su padre y al campesino, mas una de ellas dijo que lo que había pedido su padre había sido muy fácil y la otra que era más vanidosa le pidió al campesino que buscara en el lago un anillo que se le había caído días atrás.

La hermana que le había tomado cariño al campesino, volvió a acercarse a él y le dijo que llevara un saco atado a una cuerda y lo lanzara al lago y que además llevara una fuente y un cuchillo.

El campesino al llegar al lago hizo lo que se le había sugerido y una vez recogió éste y al abrirlo encontró dentro del saco un pez y nada más, con lo que se sintió decepcionado y abrumado, porque tendría que ir al infierno a sufrir las penas. Mas, decepcionado como estaba y hambriento, cogió la fuente y el cuchillo y abrió al pez; pero su asombro fue tan inmenso al encontrar en su interior el anillo por lo cual lanzó varios gritos de júbilo por sentirse a salvo y poder elegir a su amada en una de las hijas del diablo.

Al regresar con el anillo y entregarlo al diablo, éste se indignó y tramposo como era le dijo que debería cumplir una nueva penitencia la que fue dada por las dos hermanas que también se peleaban por el campesino y consistía en prender fuego en el centro del lago. El diablo satisfecho por creer imposible la penitencia y rebosante de alegría, accedió a que el campesino la cumpliera y de no ser así se lo llevaría.

Fue entonces que las hermanas al querer quedarse con el campesino corrieron en busca de alguna cosa para ayudarlo.





En ese instante la hermana que ya le había ayudado antes, encontró una botella que al tomarla le fue arrebatada por una de las hermanas, lo mismo que hizo la otra con aquella que la tenía y corrió a entregársela al campesino, el que la recibió sin saber para qué y se dirigió al lago.

En el trayecto éste no veía la utilidad que dicha botella le podía prestar para encender fuego en el lago, sin embargo, se fijó que sí tenía sangre fresca en su exterior.

Al llegar al lago se sentía deprimido, abatido y renegando contra el diablo por no haber cumplido éste su promesa.

Daba y daba vueltas pensando cómo podría hacerlo para encender el fuego que se había perdido y tanta fue su cólera que fue donde había dejado la botella y tomándola la tiró al lago, vio cómo ésta al chocar con el agua por la parte que contenía la sangre se inflamaba y ardía en ella.

A todo esto, el diablo se había acercado con su familia a ver al campesino cómo lo había hecho para encender fuego en el lago y grande fue su sorpresa al ver que éste lo había logrado y no le quedó nada más que cumplir su promesa. El campesino al momento de elegir a la hija del diablo, recordó la sangre vista en la botella y se dijo a sí mismo que esa sería una pista para elegir a su prometida, pero recordó también quién le había dado consejos anteriores y para no dejarla en evidencias díjole al diablo que elegiría, aún sin saber, a la que tuviese el dedo cortado.

Su elección fue haciéndola revisando las manos de las doncellas y su satisfacción fue plena al comprobar que la que presentaba el dedo cortado era aquella que él ya había elegido de antemano.

Una vez elegida la prometida, el diablo con su esposa y sus dos hijas se fueron y nunca más se les vio.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

HISTORIA DE TERRY

Ema Toledo T.
Población Corvallis
Antofagasta

Mi perrito es muy regalón se llama Terry llegó a los 4 años de edad a mi hogar ha sido un animalito sufrido desde que nació; pero supo ganarse el cariño de todas nuestra familia especialmente de la abuelita que actualmente tiene 85 años de edad. Llegó a nuestro hogar con el nombre de Cachupín pues yo le cambié a Terry. Yo ignoraba que había sido castrado quizás cuándo, pues mi sorpresa fue cuando lo llevé a vacunar y la doctora lo examinó y me dijo que esto era un crimen que se había cometido con este animal. Yo averigüé entonces. Resulta que él antes estaba en otro hogar y el militar era un alcohólico empedernido y sus celos lo llevaron a esto; porque pensó que el Terry le había robado el cariño de su esposa que eran sus atenciones más por el perro que por él, lo maltrató y le hizo eso más lo fue a botar a un basural herido y maltratado así lo encontró un joven que pasaba en un auto por allí y vio que una manada de perros vagos lo estaban maltratando... Lo quitó y lo llevó a su hogar tratándole bien, pero por razones de traslado se lo dio a un carabinero y este por el mismo motivo me lo hizo llegar a mi casa.

Terry es muy fiel a su ama y familia, no deja entrar a nadie a la casa, es muy habiloso, juguetón. Le hemos enseñado a dar la mano, hacerse el muerto y da las gracias cuando come y encuentra rica la comida hace sonar su fuente. Le tenemos todos sus utensilios para el aseo es muy



cuidador no deja que nadie entre, el patio es estilo colonial espanta a los intrusos. Ha sufrido tres veces lo han querido eliminar tirándole la albóndiga pero lo hemos salvado. Se hace respetar por todos y es muy querido. Cuando salimos cuida la casa muy bien. Una vez estuvo perdido por un mes se extravió no dio con la casa lo buscamos y no lo encontrábamos pero dio con un antiguo hogar y este señor don Alfonso lo llevó de nuevo a nuestro hogar. Nosotros ya lo sentíamos perdido y grande fue nuestra alegría especialmente de la abuelita que no quería comer pero cuando lo vio fue como si se hubiera sacado un premio su alegría fue contagiosa ya que hacía días que no comía se sirvió con agrado todo y Terry con amor le lamía las manos y se acercaba con cariño a la abuelita. Volvió a reinar la paz en el hogar había vuelto la dicha del rey de la casa el famoso señorito como le dicen las vecinas, por envidia. Su dormitorio es la lavandería de la casa donde el mismo corre su frazada y se acuesta. Además cuida nuestro hogar y la de la vecina se pasea por la azotea de las dos casas porque en el barrio hay muchos malandrines y drogadictos en esta población después de la 10 hrs. Uno tiene que dejar con llave todo y punto. Avisa para ir a hacer sus necesidades, nos han ofrecido dinero por él, pero por nada lo vendimos, es un perro muy servicial. Además cuando se metieron hace un año muchachotes al jardín pedimos algo que nos defendiera porque somos mujeres solas que vivimos con 2 ancianos en total 6 personas y pedimos al Señor algo y nos llegó el Terry que nos trajo y nos vino de perilla. Es muy servicial, útil y fiel a su amo, no se va con cualquiera. El veterinario le puso de sobrenombre "El gran terrícola" y lo quiere mucho porque lo educamos muy bien. Va a la playa con la familia y lo que más le gusta es andar en auto. La vecina Filomena dice que su perro no deja entrar extraños a mi hogar por eso le da comida. Es vegetariano y le damos comida para perro. Es inteligente y habiloso. Por eso yo escribo esta historia que es real y verídica no sé si como cuento, o fábula para que la gente ame a los animales y los trate bien porque son igual que un niño o planta que necesitan cuidados y no maltratarlos... su frazada el mismo la pone al sol y la coloca en su lugar. Esta historia o fábula ojalá tenga buena acogida de parte de ustedes y sirva para otras personas. Nosotros somos felices con este animalito especialmente los abuelos que han depositado su cariño en él y están más pendientes que nosotros del perrito Terry. Mi abuelita lo abrazó y él con sus patitas le hace gracia.

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
III REGIÓN DE ATACAMA

EL MINERO ENAMORADO

Hilda Mercedes Olivares Michea

55 años

Calificador de derechos previsionales en Hospital de Chañaral.

Chañaral

Frota sus manos y luego busca en sus bolsillos los cigarros; enciende uno y se pasea, acomoda el gorro para que cubra las orejas del frío, a esta hora de la madrugada se deja sentir, y continúa esperando que el camión pase a buscarlo. Impaciente, Lucho continúa su paseo.

El viejo camión una vez más sube con los mineros hacia la mole pétre, antes de que el sol empiece a dorar los cerros. El ronco traquetear y su vaivén los ha adormecido, otro tanto hace el sol acariciante y los rudos hombres van soñando con los filones, hurgando en las entrañas de la árida tierra. Resoplando va por caminos sin caminos, dejando una estela de tierra que se mete por las hendidias, subiendo cerros hasta llegar al campamento "Las Ánimas". Lucho se estira, se despabila, antes de comenzar su oficio infatigable, miles de hombres han sentido el llamado de las soledades, sucumbieron al deseo de ganar dinero, pronto estos tres hombres se internarán por las quebradas.

— Ya, gancho, ya llegamos, será hasta 15 días más, pu —dice Lucho. Y en una nube de polvo se aleja, Esteban manejando su camión hacia El Salado. Atrás ha dejado a esos tres jóvenes pirquineros que fueron a tentar la fortuna, dejar sus cacharpas y la mercadería sobre el camastro y preparan sus capachos, para aprovechar el día hay que partir de



inmediato, y empiezan a caminar entre el terral y la puna, por recónditos rincones, en las quebradas, en los socavones. Y después de una fatigosa jornada, donde la terrible resolana pampina, la sed, el hambre, los haya cansado, regresan al campamento en la soledad del desierto. En cada cerro horadado está la mano de un minero, en su búsqueda constante barreno en mano rasguña a la madre tierra sin más que el viento y el sol. Ese sol que se hace más fuerte que quema su espalda, caminando van ensimismados, absortos en sus pensamientos, el que va más atrás es Lucho, joven, blanco de grandes ojos verdes, es el que hace de Jefe de la cuadrilla, tiene más conocimiento sobre las minas, empezó siendo niño, acompañaba a su padre, donde fuera, hasta los cabarets, para cuidarlo, así que precozmente aprendió el arte del amor, ha sido su segundo hogar. Pero no siempre se gana, Rosita no quiere nada con él por el hecho de que frecuenta esos lugares, cada vez que bajan con pago, se refugiaban en "El Ensueño" donde eran atendidos como reyes, esa es la razón por que Rosita lo rechaza, por la compañía de las mujeres de mala vida. El amor lo ha consumido y no ve salida, no puede vivir sin ella, y lleva una sola idea en su enajenada mente, eliminarse, lo hará ahora, en este viaje, cuando su padre y Manuel se adelanten, o tal vez en la noche, cuando estén durmiendo.

¿Cuántos serán suficientes? Dos en el estómago, uno en el cuello ¿cómo será mejor? Y vuelve a maquinarse su plan.

Será fácil, los cartuchos de dinamita están a su alcance, nadie culpará a nadie, si alguien se entera, será ¡un tiro mal disparado! Nada más. El día se ha hecho interminable para Luis que golpea con más fuerza contra las rocas, es un desvarío, ha de terminar hoy con su existencia gris. La noche ha llegado, sus compañeros están acostados a buena hora, fue cargando su capacho con los cartuchos de dinamita y las guías, fue llenando su capacho de nostalgias, con el recuerdo de Rosita y siente su corazón oprimido, camina alumbrado solo con la luz de la luna por el sendero que da una quebrada y se va internando por ella hasta llegar a un cerro gris de rocas envejecidas y saca los elementos para su acción suicida, con un poco de miedo y otro de excitación mide las guías que rodeará su cintura, en una al cuello, la otra en cintura, dos cartuchos, dos serán suficientes, con su mano temblorosa va acomodando la carga y se tiende en el suelo, busca los fósforos, lo

acerca a la mecha, pero en su agitación la llama se apaga, lentamente vuelve a encenderlo y piensa en Rosalía, su dolor crece, y aparece su carita de pena y se imagina él rodeado de mujeres. Sin embargo la que ama lo ha despreciado, este pensamiento lo hace decidirse, hay que ponerle punto final. Un solo estruendo y ya no existirá, un solo estampido y dejará de sufrir.

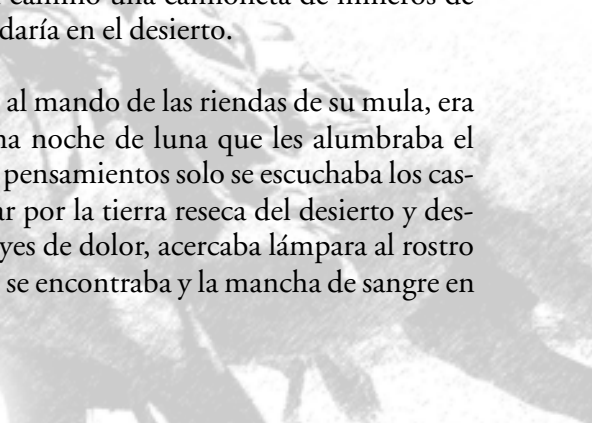
Juan ya Aurelio duermen extenuados después de un día arduo de trabajo, cuando sintieron la explosión, tiraron las cacharpas y se buscaron en la oscuridad, bien sabían que escuchar explosiones en la noche es inusual y un mal presagio apareció en su mente.

— El Lucho, gancho, no está el Lucho —grita Aurelio.

— Mi hijo, grita Juan, y corre por la soledad del desierto a pies descalzos, en la oscuridad buscan indicios de donde ocurrió.

— Allá, gancho, allá se ve una luz. Corrieron hasta la quebrada donde se veía esa pequeña luz, con sus pies sangrantes, sin importar su dolor físico, el dolor de su corazón era mayor, su Lucho, su único hijo, se había quitado la vida, mientras corre escucha el latir acezante de su corazón, mientras se acercan oyen gritos y quejidos ¡Su Luchito vive! Lo encontraron entre ayes y quejidos, la cara era una masa sanguinolenta y terrosa y una herida en un costado de su tórax, Juan quiso abrazarlo pero se contuvo podía dañar más a su hijo, con los gritos y las carreras despertaron a los mineros de los otros rucos y vinieron en su ayuda, trajeron dos tablas y pronto improvisaron una camilla y lo fueron izando hasta sacarlo de la quebrada, la carreta de Humberto estaba preparada para bajar con él a Chañaral con suerte alcanzarían a llegar, con suerte encontrarían en el camino una camioneta de mineros de otros puntos, sino la vida quedaría en el desierto.

Él se fue a su lado, Humberto al mando de las riendas de su mula, era noche de luna, felizmente una noche de luna que les alumbraba el camino, ensimismados en sus pensamientos solo se escuchaba los cascos de "Flor" la mula, al trotar por la tierra reseca del desierto y desprendiendo las piedras y los ayes de dolor, acercaba lámpara al rostro de su hijo para observar cómo se encontraba y la mancha de sangre en





la sábana se agrandaba más y más, el cansancio lo fue adormeciendo, los quejidos de Lucho se hacían más lejanos, el sueño lo venció, buenos kilómetros había que recorrer en la carreta no había otra opción, no existía posta ni caseríos que no fueran El Salado y Chañaral.

— Socito ya vamos llegando, despierte —dice Humberto.

— Ahí recién se acuerda Juan que va acompañando a su hijo y se encucilla para revisarlo, hace poco rato que ha aclarado, las últimas estrellas titilantes se retiran para dar paso al señor sol; con mucho cuidado, a pesar de sus gestos bruscos, busca el corazón de Lucho sobre su camisa, late débil pero aún late, está dormido o inconsciente por la sangre que ha perdido. Fuera del Hospital, sentado en una banca con sus manos entrelazadas como en plegaria, Juan espera que alguien salga y le dé una noticia de cómo se encuentra su hijo, no sabe cuánto tiempo lleva allí. Se abre una puerta y un hombre con delantal hasta la pantorrilla le dice:

— Ya hombre, hay que derivar a Copiapó, que lo vea un oculista.

— Parece que va a perder el ojo derecho, después que termine la transfusión porque el cabro perdió harta sangre, te diré, ya entra para que des los datos del muchacho —dice el doctor que termina su monólogo y desaparece. Nuevamente Juan, el alegre, el risueño, ha quedado mudo, incapaz de preguntar, mansamente sigue al médico que se perdió tras la puerta mientras daba los datos, ve que se abre otra puerta que dice pabellón y en una camilla viene su Lucho, corre detrás de la camilla para poder verlo.

— Rapidito, rapidito, que ya nos vamos —refunfuñea la auxiliar.

— Doctor ¿puedo ir yo? —pregunta Juan

— Buen hombre, súbete no más.

Se sienta al lado del chofer, afirma entre sus manos el saco harinero que siempre lleva a cuestas, es como su maleta, su paquete inseparable que contiene una muda, la pinta dominguera, esta vez está más llena porque lleva una parada para su Lucho, los documentos y algunos billetitos para los gastos que haya. Hacía Copiapó, cuando se dé cuenta, el Lucho de que por causa de él conoció la capital de la provincia, no lo va a creer, si hasta un hospital va a ver, dicen que es muy grande dos pisos y con un ascensor, sonrío y piensa Juan mientras se acomoda en su lado, y se abriga con su propia tibieza, ya siente los efectos de este

ayuno, después, después tomará una taza de té o Cocoa Raff que tiene más calorías, y vuelve a dormirse.

Lanza un grito y trata de afirmarse, ha saltado del asiento al sentir la sirena de la ambulancia que con su ulular se abre paso entre los camiones que pasan por la carretera.

—Ja, ja, Ja, se asustó, amigo —se burla el chofer.

Restregándose los ojos, dice Juan: "me había dormido".

— Estos creen que la carretera es de ellos. Sabe amigo, es que llevan los metales a la Sali Hochschild, pal muestreo —dice Juan

— Qué destino el del minero ,amigo, se revientan el espinazo picando piedras, acarreándolas en carretilla y cuando van al pesaje, se van a panteón.

— Si pú, mala cosa es ser minero, pero los pobres no sabemos trabajar en otra cosa, el destino pues, compañero, el destino, hasta que la suerte nos acompañe y encontremos una veta güena -contesta Juan, a quien pareciera que se le destrabó la lengua y no calla.

— Yo no sirvo para eso, estoy acostumbrado a la ciudad, estoy seguro que me volvería loco con todo ese silencio y la soledad.

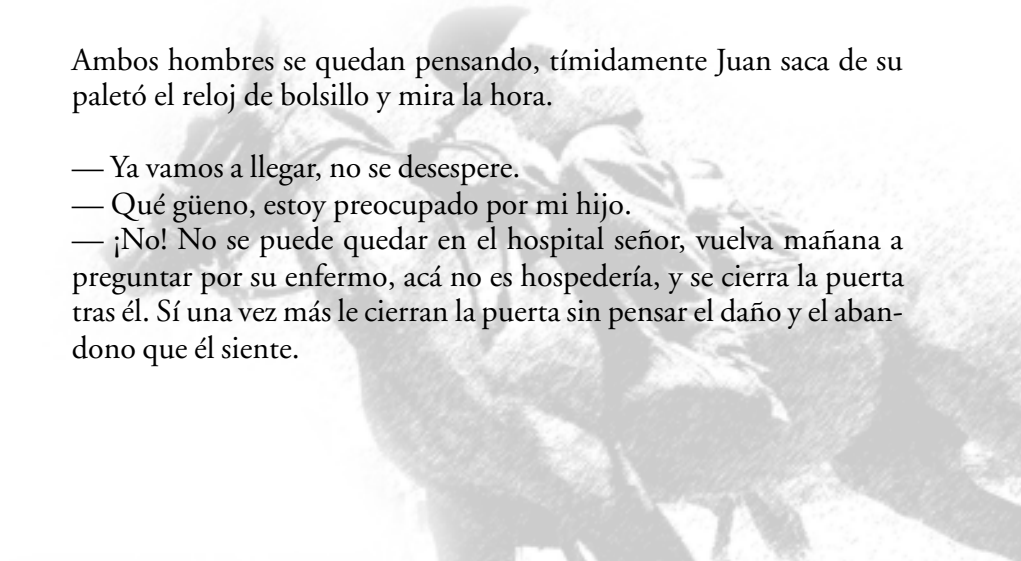
— No es pa tanto, ganchito. Con el tiempo uno se acostumbra. A mí me pasa lo contrario, cuando vengo a la ciudad, imagínese ahora voy a conocer Copiapó. Dicen que por estas zonas también hay un buen mineral llamado Chañarcillo.

Ambos hombres se quedan pensando, tímidamente Juan saca de su paletó el reloj de bolsillo y mira la hora.

— Ya vamos a llegar, no se desespere.

— Qué güeno, estoy preocupado por mi hijo.

— ¡No! No se puede quedar en el hospital señor, vuelva mañana a preguntar por su enfermo, acá no es hospedería, y se cierra la puerta tras él. Sí una vez más le cierran la puerta sin pensar el daño y el abandono que él siente.





Qué hacer, qué hacer, falta tanto para la noche, más aún para que llegue el día nuevo, y ya el ruido de la ciudad le molesta, espera en una esquina y sin quererlo detiene su galope una victoria tirada por dos caballos negros.

- Barata la vuelta, señor, ¿gusta un paseo?
- ¿Por toda la ciudad, caballero? —asustado consulta Juan.
- Sí, por toda la ciudad y con una buena conversa.

Se sube, pero no dentro de la carroza, sino al lado del cochero, que él va contando cosas desconocidas para él, mientras le muestra la ciudad, qué diferente huele el ambiente, el aroma a pimientos y a tierra mojada entra por su nariz hasta quedar fijada en su memoria, donde tiene impregnada su tierra seca, olor a minerales. De punta a punta recorren, pueblo San Fernando hasta el cerro "La Cruz"; la historia del "Padre Negro", de allí a la Iglesia de San Francisco, en la Alameda para rematar en la estación de ferrocarriles.... y luego el sueño en una residencial. Al despuntar el día volvió al hospital bien pintao a ver a su niño.

- Tiene que esperar la visita del doctor, señor, espere afuera
- Pasa hombre, en fin debes saber que a tu hijo lo operamos anoche, perdió el ojo, pero lo vamos a mandar a La Serena, para que le pongan una prótesis, puedes pasar a verlo.
- Una pro..., una ¿qué, doctor?
- Un ojo de vidrio, eso es hombre.
- Lucho, hijo, ¿cómo te sientes?
- Más o menos, no más taitita, me duele todo el cuerpo.

Está policontuso, dijo el médico.

- ¿Poli... qué?
- Eso mismo pregunte yo, es igual que machucao.
- Te tenís que ir pa La Serena, me dijo el doctor.
- Tan lejos, papá, tengo un poco de miedo, no conozco.
- Tenís que ser valiente hombre, si es por tu bien.
- Y ¿qué me van a hacer allá?
- Te van a colocar un ojo de vidrio, el otro se voló.

Consuela a su hijo, que llora amargado, de nada sirvió su rebeldía de querer partir de este mundo, solo ha conseguido separarse más de las personas que ama.

Han pasado los años y Lucho continúa con su oficio, martillando las rocas siderales, con su piel curtida por el sol, con su lenguaje silencioso, viviendo en la soledad de los cerros, por los derroteros y aguadas, sin su amante padre, sin su Rosita. Con su mente embotada producto del estampido que voló su ojo, se ha vuelto más huraño y recorre largos caminos con su capacho a cuestras soñando con riquezas, buscando en todos los recodos las vetas, rasguñando en los piques.

De cuando en vez baja a Pueblo Hundido o Cuba, cuando está buena la ley, cuando no se va a panteón, entonces lo único que hace es beber porque las muchachas de los cabarets lo rechazan, se ha vuelto grosero con ellas, las trata con rabia y desprecio nunca volvió a saber de Rosita. Ahora solo tiene en sus recuerdos de cuando fue un joven buen mozo y conquistador, las cicatrices de su accidente se ocultan entre arrugas, y la prótesis prendida mira en forma fija, así deambula El Tuerto Lucho de un lugar a otro, esperando el final en algún recodo de su vida. Otro recuerdo que atesora en su mente es la felicidad que mostraba su padre cuando conoció la capital de la provincia de Atacama Copiapó. Algún día usted que recorre el desierto lo ha de encontrar, sentado en una roca tratando de sacarse las esquirlas incrustadas en sus brazos y en su rostro, que quedaron como un mudo recuerdo de esta fatídica noche.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
III REGIÓN DE ATACAMA

LA HERRADURA VOLADORA

Luis Herrera Pereira
70 años
Ex Chofer
Copiapó

Eran exactamente las 6.00 de la tarde de un día viernes 18, del mes más lindo del año...

Cansado pero contento venía llegando a la ciudad Carmelo... después de haber tenido un día, donde todo había sido un éxito.

El patrón lo había felicitado por los trabajos realizados días anteriores, especialmente por los arreglos de la casa, donde la señora muy cordial le había dicho: "Carmelo, lo que le hizo a mi jardín es una delicia, usted tiene manos de ángel". Además ese día le pagaron el mes adelantado y también le dieron el aguinaldo navideño.

Su mente, desbordante de alegría, pensaba en los regalos que iba a comprarles a sus hijos y Sra. cuando en el camino polvoriento, encuentra una herradura brillante, que parece del caballo que recién había perdido.

Sin pensarlo dos veces, hizo lo que las creencias populares aseguran que es verdad. Y dijo para sí mismo. Para que siga mi buena suerte.

Cerró los ojos, y lanzó la herradura con toda su fuerza hacia atrás, la que justo fue a caer a las ruedas de un camión que pasaba por ahí. Esta rebotó con más velocidad y fue a parar a la tribuna de un político que se dirigía arduosamente a su adeptos, con palabras tan bonitas, que todo lo que decía parecía que fuera verdad...

Como todo político chanchero, no se enojó, por la ofrenda que parece le hubieren tirado.

Muy por el contrario, Con voz más alta y con fino humor, preguntó:

— ¿A quién se le perdió un zapato?

A lo que Carmelo, presto contestó, no es zapato Sr. Diputado es la herradura de plata de la buena suerte, que le dará el triunfo. Y agregó con seguridad. Créalo.

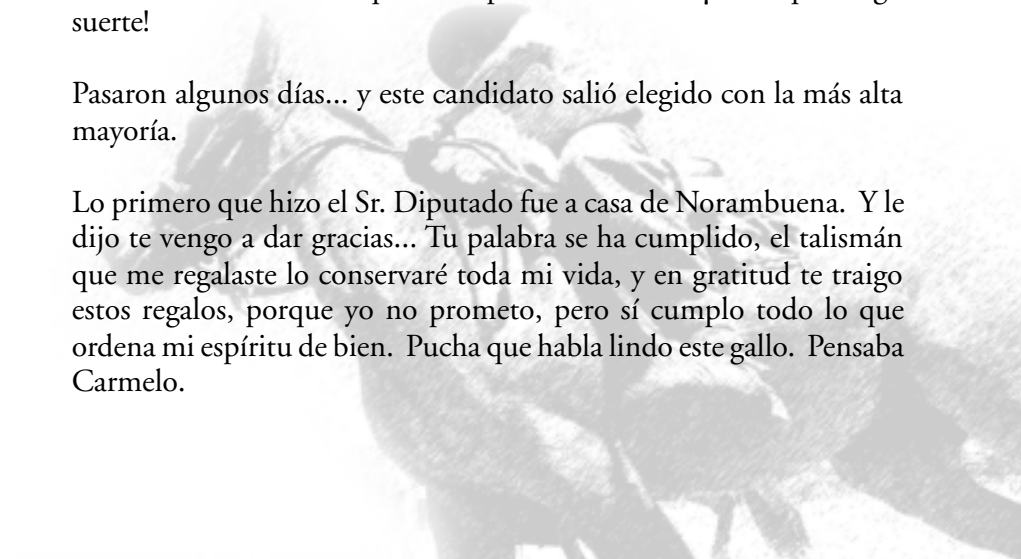
Tú profecía se cumplirá, buen hombre... Pero dime ¿cómo te llamas, campesino? Carmelo Norambuena con voz firme se escuchó, y toda la escasa concurrencia lo aplaudió.

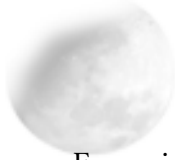
Este acontecimiento era el broche de oro de este día, sensacional.

Norambuena era tan feliz, que al caminar, sus pies no tocaban la tierra. La nube de la ilusión lo llevaba flotando suavemente por el aire. Se le escuchó clarito, cuando quizás sin pensarlo exclamó ¡Putas que tengo suerte!

Pasaron algunos días... y este candidato salió elegido con la más alta mayoría.

Lo primero que hizo el Sr. Diputado fue a casa de Norambuena. Y le dijo te vengo a dar gracias... Tu palabra se ha cumplido, el talismán que me regalaste lo conservaré toda mi vida, y en gratitud te traigo estos regalos, porque yo no prometo, pero sí cumplo todo lo que ordena mi espíritu de bien. Pucha que habla lindo este gallo. Pensaba Carmelo.





Enseguida el Diputado hace una seña... y aparece un camión cargado con obsequios... supera con creces lo que Norambuena había soñado en toda su vida.

¡Trémulo de emoción! Carmelo no podía decir palabra alguna. Un nudo en la garganta se lo impedía.

Y cuando estaba listo para doblar sus rodillas ante tan generoso señor, suena el despertador.

Eran exactamente las 6.00 de la mañana.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
III REGIÓN DE ATACAMA

¡NIÑO, NO DIGAI NA!

Patricia Kerima Rivera Figueroa

53 años

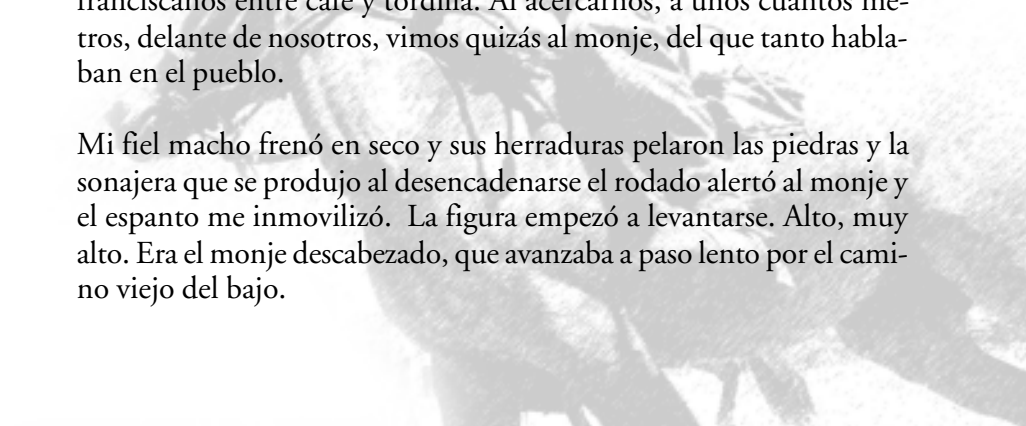
Funcionaria Pública de Salud

Vallenar

Toda la gente se recogía a la oración y enllavaban las puertas. Al caer las sombras de la tarde sólo se escuchaba el cantar de los grillos inquietos entre las hierbaluisas y chépicas. Al menor ruido se desataban los aullidos de los quiltros y retumbaba la caja geológica del valle de El Tránsito dando un marco desacostumbrado al ambiente.

Ese día por más que apuré el tranco el "Mocoso", un poco viejo ya, se notaba cansado por el áspero y largo camino. Bajábamos del cerro, del Tatul, donde hacía una semana habíamos ido a dejar el ganado al llano de la cumbre, para pastar. Pero este animal, que presentía ese silencio raro y mi desconfianza, menos se apuraba. Hasta que entramos al atajo para encaminarnos al rancho. Y a lo lejos, por el sitio de las Ruiz, se divisó una persona con un ropaje extraño, una suerte de túnica de los franciscanos entre café y tordilla. Al acercarnos, a unos cuantos metros, delante de nosotros, vimos quizás al monje, del que tanto hablaban en el pueblo.

Mi fiel macho frenó en seco y sus herraduras pelaron las piedras y la sonajera que se produjo al desencadenarse el rodado alertó al monje y el espanto me inmovilizó. La figura empezó a levantarse. Alto, muy alto. Era el monje descabezado, que avanzaba a paso lento por el camino viejo del bajo.





Nos quedamos tiosos por mucho rato. Ni respirábamos. Silencio. Ya era casi noche. El monje siguió avanzando... no había nadie, no vio a nadie. Se sacó el capote, botó la caña con que levantaba la capucha, hizo un bulto, lo escondió entre los matorrales, y en ese momento se percató que había alguien cerca. Caminó hacia mí. Me dijo una frase que no sé si era de ruego o de amenaza, no entendí. Y a tranco vivo se perdió camino abajo. El "Moroso" todo sudado y yo por las mismas, salimos del escondite. El Tembleque, con la piel engranujada. Pero, creí reconocerlo. Por su modo de caminar. Juraría que hasta sabía su nombre. Pesqué la rienda del animal y caminé a su lado para botar el miedo, hasta alcanzar la calle, la primera casa, donde Gaytán nos daba una pieza para vivir.

Al tiempo supe el nombre del "monje". Y entendí su historia de apariencias. Ya no tuve dudas de cómo se llamaba, cuando se casó con la enamorada que iba a visitar, en alguna de las adormiladas noches de los transitinos.

Ahora recuerdo su frase ¡Niño, no digai na!

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

SABIO CONSEJO DE AMORES
Y SABORES

Jean Seagars Tirado
64 años
Vicuña

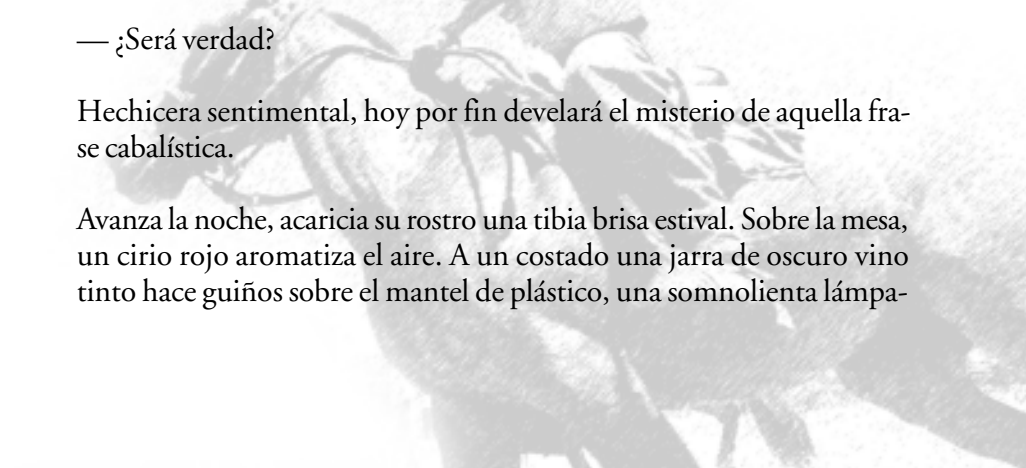
El límpido cielo despidiendo el afanoso último día de la temporada de cosecha de uvas dejó escapar rojas llamaradas en un atardecer de fuego. La joven mujer miró sus manos ásperas, rugosas y agrietadas por la ardua labor, suspiró aliviada y se levantó con agilidad. Debe apurarse. Hoy en la noche él vendrá a visitarla a su casa por primera vez. Es cierto que esta relación que le quita el aliento y le ha robado la serenidad la atemoriza. Tiene miedo, miedo a perderlo, a no saber retenerlo a su lado para siempre.

Recuerda a su abuela Dionisia, hoy ya fallecida, que siempre decía y repetía a sus hijas, mientras cocinaba que no se olvidaran que a los hombres se les conquistaba por el estómago. Sonrió pensando:

— ¿Será verdad?

Hechicera sentimental, hoy por fin develará el misterio de aquella frase cabalística.

Avanza la noche, acaricia su rostro una tibia brisa estival. Sobre la mesa, un cirio rojo aromatiza el aire. A un costado una jarra de oscuro vino tinto hace guiños sobre el mantel de plástico, una somnolienta lámpa-





ra ilumina la habitación en luces y sombras, invade la plácida estancia densa fragancia a romero y leña

En el fogón se dora y cuece lentamente el afrodisíaco plato que ella diligente y esperanzada ha preparado, profetizando que en buen augurio ha de atar a su vera al amado para siempre.

Mientras aguarda, ya preparada para la ocasión, acomoda la blusa roja que él alabó cuando se vieron por primera vez, durante la corta de uvas, en el luminoso Valle del Elqui en donde laboraban ambos como temporeros. Se mira nuevamente en el espejo, eleva su mano y se ordena sobre los hombros la cascada de renegridos cabellos. Sobresaltada divisa apenada la maltratada piel de su diestra, suspira desalentada. En ese instante recios golpes a la puerta se dejan oír, es él que acaba de llegar.

Conversan alegres, vuela el tiempo, ya es hora de servir la mesa, se levanta de su asiento, él la sigue con la mirada, de pronto un leve olor a albahaca le acaricia la nariz, ella regresa portando en sus manos una rojiza budinera de greda que deja exhalar humeante toda la fragancia deliciosa de un dorado pastel de choclo. A él le tiemblan las fosas nasales, sus papilas degustativas se humedecen, traga fuerte, ella con certero corte troza un pedazo y lo coloca sobre el plato de él, luego ella coge su parte.

Comienza él, toma el tenedor, lo hunde en la pulpa amarilla y lechosa, lo eleva hasta la boca y lo coloca con suavidad, lo saborea lentamente, sensual, los ojos entrecerrados suspirando profundo traga; la punta de su lengua se asoma voluptuosa danzando entre sus labios, la mira gratamente sorprendido, coge las copas y escancia vino sobre ellas, le pasa una y sincero exclama, mirándola a los ojos:

— Por nosotros, por el amor que te tengo, por tu buena mano y por supuesto por el mejor pastel de choclo que he probado en mi vida.

Ella, sonrojándose, miró sus manos, las que a la luz del halago recibido se tornaron blancas, suaves, hermosas, elevó la vista hacia la pared del cuarto y desde el muro el retrato colores sepia de Doña Dionisia, le sonrió cómplice, ella respondió emocionada:

— Por nosotros, por nuestro amor.

Mientras alzaba la copa hasta sus labios, entrecerró los ojos y dijo para sí misma en un brindis al aire

— Por ti abuelita, mi vieja linda y sabia.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

¡POR CHANCHA Y COCHINA!

Virgilio de Jesús Varas Wilson
56 años
Río Hurtado

El atardecer se arrastraba hacia la noche. Gemía en las guitarras de los grillos o silbaba en el pico agorero de una tenca anunciando la cercanía de su fin.

Raúl Vivanco, al paso brioso de su macho negro, subía el sendero que serpenteaba por entre quiscos, litres y piedras tendidas a lo largo de la ladera.

El cielo, que se empezaba a irisar con diferentes tonos anaranjados, y la tranquilidad, vestida con ropaje de melancolía, no lograban abstraer de sus pensamientos al campesino.

El pensar de Raúl se encontraba fijo en el fundo "Los Lirios". Para él todo su presente, pasado, futuro estaban ligado al fundo y a su dueño, don Abelardo.

Raúl Vivanco, el Negro, había crecido en esas tierras. Y al igual que su padre había recibido de manos del patrón, una mujer para casarse, un pedazo de tierra para sembrar, una pequeña casita para vivir y un montón de víveres como salario.

"Y todo esto, por trabajar de sol a sol" —pensó, Raúl, desplegando sus labios en una sonrisa.

El Negro, nunca había logrado entender por qué la gente hablaba de EXPLOTADOR cuando se referían a su patrón.

"Seguramente le tienen mala" —se decía, cada vez que pensaba en el asunto.

— No, en mi vid´hay tres cosas güenas: On Abelardo, mi vieja muerta y mi´hija —dijo mirando, cara a cara, las primeras estrellas que empezaban a abrir sus pétalos luminosos.

Al terminar de subir el cerro, hombre y bestia fueron acogidos por una pequeña planicie, donde se destacaba la silueta de una choza custodiada por unos álamos centenarios. Bajo estos unas, achiras alzaban sus flores, como brasas encendidas y aromáticas, en homenaje a la longevidad de los árboles.

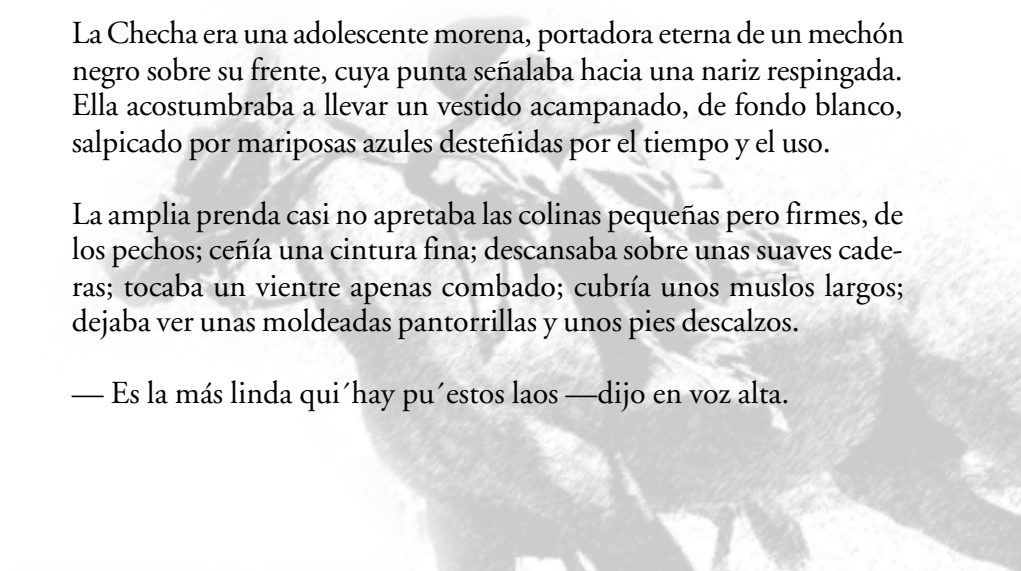
— ¿Qué´stará haciendo la Checha? —se preguntó, al notar la falta de humo saliendo del horno y la ausencia de movimiento alrededor de la casa.

Al nombrar a la muchacha, de inmediato surgió en su mente la imagen quinceañera de su hija.

La Checha era una adolescente morena, portadora eterna de un mechón negro sobre su frente, cuya punta señalaba hacia una nariz respingada. Ella acostumbraba a llevar un vestido acampanado, de fondo blanco, salpicado por mariposas azules desteñidas por el tiempo y el uso.

La amplia prenda casi no apretaba las colinas pequeñas pero firmes, de los pechos; ceñía una cintura fina; descansaba sobre unas suaves caderas; tocaba un vientre apenas combado; cubría unos muslos largos; dejaba ver unas moldeadas pantorrillas y unos pies descalzos.

— Es la más linda qui´hay pu´estos laos —dijo en voz alta.





En ese instante, Raúl, fue invadido por una ola de bondad y fantasía. En ella veía un coche forrado con suave paño. El coche corría sobre ruedas livianas, cuyo balanceo invitaba a dormir. Veía a su hija, vestida como una reina. Los tibios rayos del sol iluminaban el rostro de la muchacha, mientras dormía, con la cabeza apoyada sobre el hombro paterno.

El bufido del macho se deslizó por la hierba, subió a las flores, trepó los árboles y desde allí saltó a los oídos del Negro, despertándolo de su sueño.

Una sensación de pena y desesperación fue oprimiéndole el pecho.

— Algún día su taita tendrá pa' darla loqui'desea —murmuró, emocionado, mirando el cielo y siguió su camino.

— ¿Onde se habrá metío esta niña? —se preguntó, una vez más, al notar la inmovilidad que rodeaba la casa y su entorno. La respuesta llegó desde las matas de achiras.

¡Más, más, muévete más. Así, así.... te quiero, te quiero...

Raúl atraído por la voz masculina rozó las ijadas del animal guiándolo, con firmeza, hacia las plantas.

Allí estaba su pequeña. Bajo un corpachón varonil, ondulando sus caderas, con ritmo endemoniado, como si en ello le fuese la vida. Los dedos, de ambas manos, incrustados en los glúteos desnudos de don Abelardo, quien repetía enloquecido:

— Así, así.... te quiero... te quiero...

El rostro del padre, vertiginosamente, cambió del negro al blanco; del blanco al rojo; del rojo al morado.

— ¡¿Qui'estai haciendo?! —gritó, enfurecido, bajando del macho con el rebenque en la mano.

Se acabó el ondular.

Se terminaron las palabras.

Hombre y niña quedaron petrificados.

— ¡¿Qui´estai haciendo, te´igo?! —repitió el Negro.

— Perdóname, Negro, todo fue culpa mía... —gimoteó Abelardo.

Raúl avanzó a grandes zancadas y tomando por el hombro, lo arrancó de encima de su hija.

— ¿Qui´estai haciendo? —repitió, al iniciar la azotaina con el rebenque.

— Cálmate, hombre —casi murmuró Abelardo.

Sin embargo el Negro Vivanco, enloquecido, siguió golpeando a la Checha mientras vociferaba:

— ¡Chiquilla, chancha, cochina, ¿qui no tení cama onde revolcarte? ¿Qui no ví que le´nsuciái con tierra las güeas al patrón...? —





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL ÚLTIMO INGREDIENTE

Marjorie Natalia Flores Ibacache

27 años

Psicóloga de Proyecto de Integración aplicado en la
Escuela Básica del Tambo
Salamanca

— ¡No te vayas hija, resiste! — escuchó clamar desesperada a Pabla desde la puerta. — Tú abuela y yo queremos que te quedes con nosotras.

Entró al cuarto sigilosa, sintiendo el corazón palpitar en sus sienas. Se sentó a los pies de la cama en que yacía su nieta moribunda. Mirando al cielo, Luz María cerró fuertemente su puño en un ademán de sostener el poder que aquella bruja le había augurado hacía un buen tiempo atrás, el mismo que ahora, cuando más lo necesitaba, sentía se diluía como las gotas de lluvia que se esparcían impetuosamente por el techo de su rancho.

Era una noche de temporal, uno de los peores que se habían visto en los últimos tiempos y que le hizo evocar vívidamente esa tarde en que ya no resistía más la picazón de cabeza que le provocaban los miles de parásitos que convivían y se paseaban impertérritos por su cabello, cuello y hombros mientras su madre, tajante hasta el máximo, no le permitía ni siquiera pensar en sacar de su pequeño cráneo el sombrero protector de maleficios oscuros que le había otorgado la clarividente y que hacía arder con más furor su cuero cabelludo.

Bajo la tenue luz de las velas y con la punzada del dolor en las entrañas, comenzaron a resurgir polvorientos los recuerdos que atesoraba desde la infancia. Brotaron ante ella muchas imágenes acomodadas en su

memoria, desandando uno a uno los pasos del largo camino recorrido que la habían transformado en quién era ahora. Por la pequeña ventana de la habitación, junto con el viento invernal, pudo vislumbrar cómo entraban a golpe los pedazos de su historia.

Había nacido en las bellas tierras del interior de Ovalle, paisaje que baña y nutre de vitalidad a todo ser palpitante el colosal río Hurtado. Morada por su condición de asfixia, la comadrona le hizo estallar un grito de presencia. Pequeña y desgarrada, desde que dejó entrever su fenotipo tan peculiar solió confundirse con el follaje. Su acentuada y particular característica camaleónica hacía que fuese necesario revisar hasta tres veces un lugar para corroborar que estaba o no en éste. "Parecía ánima", decía su abuela, en el tiempo en que se encontraba aún con vida, pues aparecía y desaparecía por doquier.

Su madre, en un principio, agudizaba su cuadro de asma ante tan extraños acontecimientos, pero al cabo de un tiempo Doña Agustina, bruja y yerbatera reconocida por esos lares, ya le había amortiguado la angustia con sus acertadas orientaciones: "Cuide mucho a esta pequeña, ñora; mire que trae un don bien grande que ayudará mucho a la gente de estas tierras". Fue por eso que después de curarle el cuerpo le recomendó, con tono de orden a su progenitora, usar un gorro de intenso color rojo para que ningún ser o espíritu maligno le arrebatara la cualidad cedida por el Divino. Eso sí, no debía sacárselo ni a sol ni a sombra durante el transcurso de un año, fuese que jugara, comiera, durmiese o hasta, incluso, le lavaran el pelo. Sólo así preservaría aquella beneficiada virtud.

Pudo acordarse que tenía como ocho años en ese entonces, pero luego de esa edad las memorias que aparecían en su cabeza se tropezaban con grandes abismos con tonalidad onírica. Pese a ello, nunca olvidaría el único evento claro que consideraba marcó un antes y un después en el camino presagiado por Doña Agustina para ella, el momento místico en que se le presentó Miguel, un ser azul que le susurraba suavemente al oído todo lo que Dios le había deparado en esta vida y que la acompañó e instruyó en los primeros pasos de la sanación.

Le resultaba extraño ahora. Siempre sintió que la forma que aplicaba como método curativo era lo correcto. Así era su don. Pero en esta



fatídica ocasión, en la que se encontraba en juego la vida de su nieta, presentía que algo faltaba para completar el rito.

— ¿Qué es lo que falta? ¿He hecho todo como debe de ser? ¡Miguel, ayúdame!

Con la agitación de la pesadumbre removi6 pedazos de su adolescencia, cuando sin saber exactamente si la misma naturaleza, su ángel protector o el porcentaje menos de sangre que le habían dejado el ejército de piojos criados en cada punto de aquel deshecho accesorio de color rojo, pudo cultivar el arte de la medicación a través de las hierbas. Su modo de operar consistía en observar profundamente la orina de su consultante y en un breve lapso de trance casi hipnótico podía interiorizarse en el cuerpo y a veces en el alma del enfermo, diagnosticando acertadamente su padecimiento. No hubo persona que no se curó bajo sus manos santificadas. Sólo en una ocasión, cuando zambulló su ojo agudo en la orina de un cristiano que permanecía en cama camino a la cortadera y que sus parientes habían traído lo más rápidamente posible en un viaje a caballo de más de doce horas, vio claramente dentro del líquido amarillento, un ataúd. "Regresen con calma" les anunció "que el hombre por el cual recurren a mí ya descansa en paz".

Parecía todo tan perfectamente planificado que no dudaba en que la mano del Creador estuviera guiando su vida, por eso no entendía por qué se encontraba en esos momentos mirando impotente a su nieta batirse entre la vida y la muerte. La plenitud que sentía al armonizar con los designios del Universo no sintonizaba con el terror que la inundaba con sólo pensar perder a alguien de su sangre y menos bajo la responsabilidad de sus procedimientos.

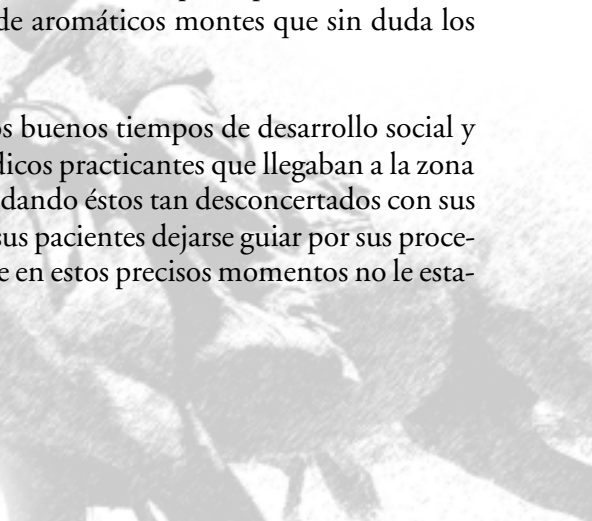
— No te vayas, mi amor, no lo hagas por Dios —siguió susurrando ansiosamente Pabla.

La tormenta comenzaba a agitarse más. El ruido de la lluvia le acrecentaba su pánico. Con el deterioro que estaba dejando la condición climática disminuían las posibilidades que llegara algún medio de movilización que le ayudara a trasladar a su nieta a Ovalle. Su corazón se hizo un nudo.

Recordó con eso que en su camino no todo le había resultado fácil. En los comienzos de su juventud y de su ejercicio como curandera fue considerado controversial el oficio que Miguel y la yerbatera le habían deparado, por lo que fue perseguida incesantemente por las autoridades tanto políticas como eclesiásticas de la región. Pintaban su puerta del mismo color que la debió de proteger unos años antes y que paradójicamente usaban como señal de advertencia para los que osaran a dejarse embrujar y sanar por fuerzas demoniacas. Nunca entendió cuáles fueron las razones para que las cosas se dieran tan confusas. Sí sabía por su tatarabuela que desde sus antepasados siempre habían reinado las yerbateras, santeros, componedores de huesos y otros aliviadores que ayudaban de alguna manera a sostener tanta pobreza, aislamiento y carencia sanitaria de esa zona. Atribuía tal animadversión, que hacía recordar la oscura Edad Media, al cura Lorenzo, un hombrecito de poca envergadura física pero de gran poder de convicción que con su contagiante fanatismo hacía chillar en contra de ella hasta el más hereje y contrario a la Iglesia. No la dejó tranquila hasta que lo trasladaron a una pequeña localidad de la región de Aysén como resultado de acusaciones que se hicieron en su contra por el expresivo cariño que demostraba en las piernas de las penitentes adolescentes.

Con el pasar de los años y el cúmulo de testimonios agradecidos de su ejercicio privilegiado que daban las innumerables personas que día a día desfilaban por su casa y que estoicamente atendía por sólo "lo que se pueda pagar", se fue disipando la polémica. Hasta los mismos que la condenaban a quemarse en las llamas eternas del infierno por sus prácticas ocultistas llegaban a pedir hora en tiempo de pestes, saliendo de su rancho con un paquetito de aromáticos montes que sin duda los curarían de sus malestares.

En los últimos tiempos, en los buenos tiempos de desarrollo social y urbano de la región, a los médicos practicantes que llegaban a la zona se les advertía de su fama, quedando éstos tan desconcertados con sus resultados que aconsejaban a sus pacientes dejarse guiar por sus procedimientos mágicos, los mismos que en estos precisos momentos no le estaban resultando.





— No te vayas, pequeña, quédate con nosotras —seguía exclamando agitada Pabla. — Tu abuela y yo te queremos.

Miró cómo la tristeza de su hija le había opacado el brillar de la mirada y cómo los años se acumulaban sobre la piel de su unigénita. ¡Tan rápido había corrido la vida!

Se irradió en su mente la época en que se empezó a gestar la idea de ser madre, aquel periodo en que fue haciéndose curandera prestigiosa al mismo tiempo que vieja. e sentía maravillada con el cumplimiento de la tarea que le había designado Dios, pero como todo en esta vida y como le habían advertido las tantas mujeres que componían su familia matriarcal, no podía tenerlo todo y el amor no sería la excepción.

Llenó su corazón de puro monte seco y hierba amarga que le habían entregado unos cuantos. Sabía en lo más hondo de su ser que la felicidad conyugal no había sido predestinada para ella, pero aun así, y contra todo designio, luchó hasta rasgarse el alma por encontrar a aquella persona que sanara su profunda soledad sentimental. Aún así no lo logró. Los hombres que la tomaban como pareja lo hacían como trofeo o por creencias superticiosas. Nunca pudieron armonizar con tremendo aura que llevaba sobre la cabeza debido a su don. Les perturbaba el hecho que le saliera tanta luz de ojos, oídos y boca al hacer el amor. Definitivamente los asustaba, sin contar el poco tiempo que les podía brindar al dedicarse tan devotamente a su labor.

El vacío del corazón fue suplido con el nacimiento de su hija. Fue por eso que se decepcionó tanto cuando Pedro Céspedes no quiso reconocer a Pabla sólo por el hecho de ser hembra, enterándose muy tarde que era de su tradición aceptar como suyos sólo a los hijos varones, habiendo dejado a una docena de mujeres en este mundo como hijas ilegítimas y Pabla sería una más. Hasta cuando la llamó para disculparse en su lecho de agonía, rechazó con frenesí a aquel hombre que había hecho brotar el amor y el rencor más grande que había sentido jamás por alguien y cuando estuvo bajo tierra descansando eternamente, pateaba su tumba y escupía su foto cuando lo recordaba.

De su única hija natural nació Lucinda, bella niña de ojos rasgados que ahora permanecían inconscientes.

— No te vayas —gemía incansablemente Pabla al ver a su hija sin reacción.

Luz María apretó nuevamente su puño para invocar a sus ancestros y a los ángeles que la habían inspirado. Sabía que cada minuto corría en contra de la vida de su nieta. Necesitaba estar tranquila, había hecho todo lo indicado. ¿Qué faltaba?, no lo sabía. Junto con toda su tribu familiar, en una frenética búsqueda antes que empezara la tempestad, habían logrado juntar las cien hierbas necesarias para el brebaje. No podía perder la fe ahora. Había salvado a tanta gente de las manos de la muerte que no podía ser este caso la excepción.

La lluvia siguió rugiendo y los potentes movimientos de los árboles estallaron como látigos, apagando sus vestigios.

Conmovida, se recostó al lado de Lucinda, abrazándola suavemente. Puso su cara en el vientre de la niña y le acomodó su mano en el pecho para no perder de vista los latidos de su corazón. Comenzó a llorar profundamente y sus gruesas lágrimas llegaron hasta el suelo. Rezó por todo lo que estaba pasando y dio gracias por la maravillosa vida que había llevado. Se sentía una niña de nuevo, con una intensa paz. Hacía tiempo que no recordaba tantos momentos vividos y tantas experiencias acumuladas en el cuerpo. El calor quemante de la angustia la había acercado a su esencia, a los elementos más hondos de su alma. Ya le parecía más cerca el día en que debía de cerrar su ciclo.

Le pareció que la furia de la tormenta comenzó a declinar y que el ruido del viento se alejaba cada vez más.

— ¿Qué es lo que falta? Daría mi sangre, mi alma y hasta mi vida para completar la pócima que salve a mi nieta.

— ¿Qué es lo que falta? ¿Qué es lo que falta? —siguió repitiendo mientras se fundía con el sueño. ¿Cuál es el último ingrediente?...

En ese instante un rayo rompió el cielo con un grito ensordecedor.

— ¡No te vayas por favor, mamá, resiste! —exclamó hondamente Pabla.

— Tu nieta y yo queremos que te quedes con nosotras...



MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL COLA DE FLECHA

Paola Pinto Lemus
33 años
La Campana, Vicuña

Cuando llegué a trabajar a ese campo de uva, pensé que estaba llegando a los quintos infiernos, por la lejanía del lugar. Estaba metido entre unos cerros a pocos kilómetros de llegar a Combarbalá; yo venía desde La Serena, y cuando el minibús, lleno de sacos de papas y gallinas a medio faenar, serpenteaba entre colinas y parronales infinitos, me vino un mareo tan grande que, mezclado con los olores de mi transporte, me hicieron tener una emergencia estomacal muy bochornosa.

En el bus, iban algunos trabajadores más que se dirigían al mismo lugar que yo; llegamos a una placita muy simpática en un pueblo, y nos quedaba aún unos 30 minutos a bordo de una micro que parecía sacada del tiempo de la Colonia, ya no daba más de vieja, la pobre, y saltaba como rana en matadero. Al bajarnos, me percaté de mi miserable aspecto luego de pasear la mirada por mis compañeros de viaje, dábamos lástima, con el pelo y la ropa llenos de polvo, y mi "mochila" de estrella de cine, que tenía la misma edad de la micro, al parecer.

Nos llevaron con el administrador y él, un hombre grande con ojos de bonachón, nos destinó a nuestros dormitorios; bueno, hasta ahí, el viaje estaba siendo, con todo, relativamente normal. Las piezas eran chiquititas,

con 3 camarotes cada una, parecía campo de concentración a primera vista. Luego descubrimos que, en realidad, casi lo era.

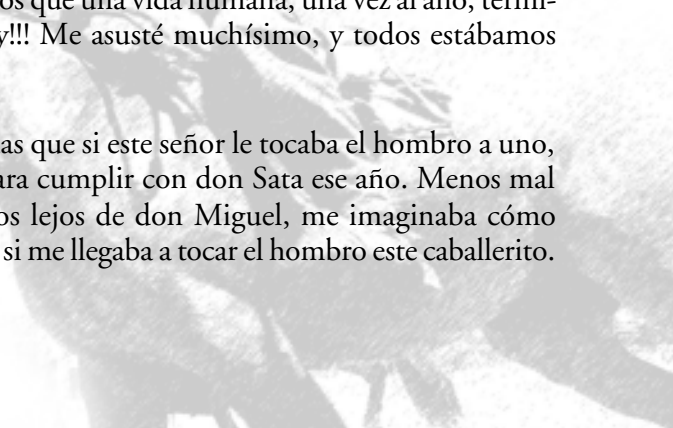
El campo era muy bonito y verde, y se veía mucha uva por todos lados. Los dueños eran personas de mucho dinero, y tenían 3 campos más en la zona. Era tan grande, que para todos los lugares a donde uno mirara se veían sólo parras y más parras. Me entró un pánico enorme al darme cuenta que ya no saldría de allí sino hasta 1 semana más, y eso sería igual por más de 4 meses. No había teléfonos públicos cerca, no había movilización, y lo peor, estaba tan lejos de mi hija, que lo único que hacía cada noche era llorar hasta quedarme dormida.

El trabajo era agotador, caminábamos bajo el sol y en medio de parras todo el día, todos los días. Los encargados, aunque estaban agotados como nosotros, daban órdenes todo el tiempo: "¡saca ese racimo, ese no, está verde! ¡No tires la uva! ¡Avanza más rápido!".

En el almuerzo, se repetía el menú casi siempre en la ensalada: se veía algunos trocitos de tomates escondidos entre unos gruesos trozotes de cebolla, como partida en cuatro solamente, simulando una ensalada a la chilena, y el segundo, una sopa que casi siempre ocultaba un misterio inconmensurable, porque no se sabía de qué estaba hecha.

Pero el pánico sería más grande cuando nos contaron que el dueño, don Miguel, tenía negocios oscuros con el "cola de flecha". Yo pensaba que ése era otro patrón de por ahí, y no entendía el miedo de la gente. No sabía cómo estaba de equivocada: el "cola de flecha" no era otro sino el diablo; nuestro patrón tenía, al parecer, pacto con el de negro para tener más uva siempre. Y eso no sería nada, el canje a cambio de la plata era ni más ni menos que una vida humana, una vez al año, terminando la cosecha. ¡¡¡Ay!!! Me asusté muchísimo, y todos estábamos iguales de asustados.

Decían las malas lenguas que si este señor le tocaba el hombro a uno, es que era el elegido para cumplir con don Sata ese año. Menos mal que nosotros estábamos lejos de don Miguel, me imaginaba cómo estaría mi niña de triste si me llegaba a tocar el hombro este caballerito.





Un buen día se escuchó que iba un cura al fundo, y se armó la tremenda pelotera entre los trabajadores. Todos corrían hacia las micros para irse a sus pueblos, porque decían que el cura Marcelo iba a hacer un exorcismo, y tal vez necesitaba ¡sacrificios humanos! Mi terror se hizo mayúsculo tratando de ver hacia dónde arrancaba, al río, al cerro, no conocía mucho a la otra gente, así es que no me podía ir con nadie más. Estaba helada de miedo. La cuestión, al final, era que el cura iba a bendecir el campo para que la cosecha fuera buena, y no pudo bendecir a nadie, porque quedamos como 4 pelagatos en el campo, no más. "¡Ah!, Pensé, esta gente es más tonta, no sabe no lo que habla", y me quedé muy tranquila.

Al otro día, los trabajadores volvieron a trabajar todos tiritones, los herejes, y muy luego nos olvidamos del incidente. Yo andaba más tranquila ya, y me paseaba hasta tarde por los terrenos para pasar la pena. Y encontré una amiga, la Yayi, simpática ella.

Pero llegó un día en que dijeron que iba don Miguel al campo, y casi sin creerlo, todos siguieron trabajando tranquilamente. "Mish", pensé yo, "no era na cierto lo que decían del viejito", se veía tan desvalido el pobre ancianito, con sus canitas, y su andar lento.

En la tarde, bajé tranquila a mi pieza, comimos con la Yayi, y después fuimos a ver un cuartel de uva donde habíamos estado cosechando ese día. Tuvimos que cortar tanta fruta, que quedaron sólo los palos parados, no quedó ni un grano para los pájaros, unos "turcos" negros que se reían de mí con su canto lento y lastimoso. Paseamos por ahí, recordando nuestras familias, y de repente, detrás de un estanque, nos saltó un gato negro grande, y no supimos ni de los zapatos, corriendo por la ladera, del tremendo susto que nos dio el bendito animal.

Llegamos a la pieza, y mejor nos acostamos, estábamos sudadas como mulas.

Al otro día, nos llamaron los jefes, estaban muy enojados, y uno de ellos, el que andaba con nosotros en terreno, estaba pálido. Resulta que don Miguel fue al cuartel que habíamos cosechado el día anterior,

y estaba lleno de uva, por todos lados, fruta jugosa, grande y roja, lista para cosechar. Nos trató de "mensos, ciegos" y otras palabrotas más fuertes. No entendíamos nada. De repente, miré a la Yayi, y ¡tate!: nos acordamos del gato negro en el parrón, porque cuando llegamos a trabajar nos dijeron que el diablo se vestía de gato, de perro, de lo que fuera, para engañar a la gente. Ahí casi me hice pipí de susto, y lo único que quería era salir corriendo de ese lugar. La Yayi ya ni hablaba, estaba como papel, la pobre.

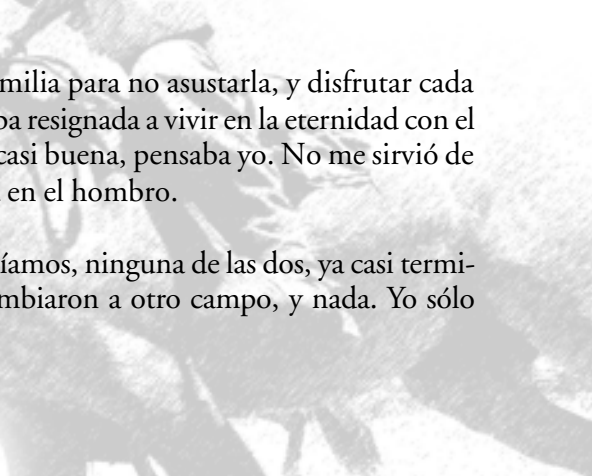
A duras penas pasó ese día, hasta con el administrador del campo medio burlón y medio asustado, y al llegar abajo, nos llamaba el dueño otra vez. "Ahora sí, no nos salvamos", pensamos.

Efectivamente, éramos las únicas dos mujeres que tenían que ir a trabajar en el "Packing" a embalar uva. Y este señor nos quería felicitar por nuestro buen trabajo, y el empeño y etc., etc. Yo no quería felicitaciones, quería puro escapar.

Entramos de tal manera que don Miguel no alcanzara a tocarnos el hombro, ni siquiera a rozarnos (porque además, tenía fama de fresco, para embarrarla más todavía). Miramos hacia adentro, y como no lo vimos, entramos más tranquilas. Pero para nuestra mala suerte, el vejete tramposo, conociendo nuestro miedo, se metió entre unos pilares, y se puso entre nosotras dos, y ...¡nos abrazó a las dos!, si hasta un beso nos estampó en la mejilla a cada una. Esa sería toda nuestra historia, pensamos, y de ahí en adelante, sólo vivíamos para esperar si amanecíamos al otro día. Las demás personas nos miraban, entre maliciosos y tristes, por nuestra mala suerte. "Son tan jóvenes, y con niñitos", nos decían los muy pícaros.

No quise decirle nada a mi familia para no asustarla, y disfrutar cada momento con mi niñita. Estaba resignada a vivir en la eternidad con el mandinga. Y yo que traté ser casi buena, pensaba yo. No me sirvió de nada y todo por una palmada en el hombro.

Pasaron los días, y no nos moríamos, ninguna de las dos, ya casi terminaba la cosecha, hasta nos cambiaron a otro campo, y nada. Yo sólo





sentía la mirada penetrante de don Miguel cuando nos veía por ahí, y entonces recordaba que nos quedaba poco, pero ya se acercaba el final, y la suerte estaba echada. Hubo más personas que corrieron la misma suerte, así es que eso nos tranquilizaba. Al menos, no nos iríamos solas al infierno. Las ganancias seguramente iban a ser buenas ese año, por tantos muertitos que iba a haber.

Terminó la cosecha, nos fuimos con la Yayi, jurando no volver jamás a esos lugares; claro, íbamos a estar bajo tierra muy pronto. Hasta que un día, meses después, supimos que don Miguel había muerto. Nos quedamos heladas. Y con pena y esperanza pensamos que, si él se había ido, tal vez el mandinga ya no nos necesitaría a nosotras. ¡Uf! Fue tal nuestro alivio, a pesar de sentir lo que le pasó al caballero, que nos abrazamos, felices de seguir vivas todavía, y confiando en que Diosito nos defendería si el de negro nos mandaba a llamar; total, el trato ya estaba pagado si el patrón había partido (no precisamente al cielo digo yo). Me encomendé tanto al Señor, que en adelante, he vivido ya 3 años con tranquilidad, esperando que don Miguel también se hubiera escapado del "cola de flecha". Nunca lo sabré con certeza, como tampoco sabremos si fue el gato el que hizo brotar más uva del parrón esa noche negra.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

RECUERDOS DE MI PUEBLO

Gabriela Seura Molina
50 años
La Higuera

La Higuera data de muchos años, quizás un par de siglos. El lugar estaba lleno de minerales se extraía de sus cerros vírgenes el oro, cobre, de muy buena ley de un color verde "verde esperanza".

Hasta este lugar llegó mucha gente de distintos puntos de nuestro país, personas de buen corazón y con muchas ganas de trabajar, eran hombres rudos, con mucha fuerza y de gruesas espaldas que trabajaban de sol a sol, porque solo ellos podían soportar el duro trabajo de rajar el cerro.

Con martillo y cuña en mano se iban internando en la dura roca haciendo laberintos de grandes profundidades que alcanzaban el agua y aún así continuaban su trabajo; para ellos lo único que importaba era llegar al corazón de la veta. El mineral lo extraían de las minas Santa Rosa, María Teresa, El Jote, El Escorial. Cargaban el metal en unos capachos a sus espaldas, trabajaban con herramientas manuales como, la cuña, el combo, este es un martillo gordo y pesado, el capacho lo fabricaban ellos mismos con cueros de cabra, cocido con hilo grueso y firme, el mineral lo bajaban a unas canchas, dónde tenía que ser escogido, para luego embarcarlos lo llevaban en carretas tiradas por mulas o caballos. Lo llevaban a la fundición que existía en Cruz Grande, un pueblo que está ubicado hacia la costa ya que después lo enviaban en barco.



En aquellos años no tenían movilización para viajar a La Serena. Lo hacían en carretas.

La Higuera se dividía en dos Higueras; una alta y una baja, tenían una cancha que la llamaban "cancha brava", se desafiaban a pelear por creerse unos mejores que otros, salía un bravo de una, y un bravo de otra, hasta haber un vencedor. A pesar de la rudeza de estos hombres eran limpios y leales.

Existía una iglesia muy bella era como una catedral, esta ya no existe. Se terminó con un gigantesco incendio donde no quedó nada. Esta se encontraba ubicada en un cerro que hoy en día lo llamamos Cerro de la Cruz. Cuando celebraban fiestas religiosas concurría gente de la Higuera Alta y Higuera Baja.

Detrás de este cerrito también se encuentra un cementerio, se dice que por estas tierras pasaron los indios huyendo de los españoles y se piensa que en ese cementerio pudiese haber indios o españoles enterrados y junto a ellos tesoros.

Pasamos a una Higuera diferente cuando ya la minería no existía o más bien dicho había pero muy poco mineral, los dueños de casa tuvieron que emigrar se fueron al norte específicamente a El Salvador, dejando ellos a sus familias existía una escuelita chiquita pero muy acogedora los profesores venían de La Serena, se alojaban aquí de lunes a viernes teníamos cursos de primero a octavo y luego terminando la enseñanza básica teníamos que irnos a La Serena a un internado. En este pueblo siempre escaseó el agua, traían agua con bomba y la vaciaban a un estanque, lo que la gente acarrea en tarros o baldes ayudándose con unos ganchos o ruedas. Me explico, los ganchos eran dos alambres gruesos y duros, lo ponían en un palo y lo ponían a sus hombros, esto lo hacían hombre y mujeres, la rueda era cuadrada, se ponía a la orilla de cada tarro.

En aquellos años del "Tofo", mineral que queda frente a La Higuera, llegaba la electricidad, no se sufría de esto, más escasa fue el agua. Había personas que eran dueños de burros y llegaban al pueblo a vender agua, cargaban los barriles a cada lado del burro amarrándolos con un cor-

del. En aquellos años costaba como \$50. Las casas eran construidas de barro con una leña que se llama churque, combinaban esto y paraban las paredes o de ladrillo. También habían casas, sus calles polvorientas no existían calles.

La juventud era muy juguetona pero respetuosa, siempre los juegos eran después de onces, nos juntábamos y jugábamos a las escondidas o a los pistoleros, para las onces se encendía un brasero lleno de carbón y se tomaba mate, con queso de cabra asado o charqui. Se jugaba al trompo, a las bolitas y las niñas jugaban con muñecas, las que no tenían muñecas se fabricaban con piedras planas, les ponían ojos, nariz, boca, con unas hojas de un monte o maleza típica de esta zona se llama melosa.

En este pueblo hay un hermoso teatro que es la reliquia y orgullo de nuestro pueblo. Fue restaurado ya que estuvo por caerse. Existe también una casona que antes, hace muchos años, fue el correo; tenemos también una casona muy grande, ahí existía en aquellos años las oficinas de pago a los trabajadores y una especie de muestras de mineral, para ver qué ley tenía, sacaban muestras del mineral. Hoy es el centro de salud, bueno esa es la historia de este pueblo que lleva por nombre La Higuera y que se llama así ya que los primeros habitantes que descubrieron esta zona eran de apellido Higueras, gente adinerada.

Hoy mi pueblo querido ha cambiado mucho, está más bien constituido, con muchos más habitantes, sus casas de madera sus calles pavimentadas el camino que va hacia la carretera de nuestro país también está pavimentado; son 3 km hacia el pueblo. Ante era una huella toda polvorienta, pero son recuerdos que no se olvidan y una quiere mucho al lugar que la vio nacer y crecer.





**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IV REGIÓN DE COQUIMBO**

LA NIEBLA CHORERA

Claudia Jiménez
26 años
Temporera aceitunas
La Higuera

Se cuenta en el pueblo de Los Choros que la neblina espesa es constante por tres días, se dice que es un anuncio de una desgracia fatal para algún familiar de algún poblador del pueblo de Los Choros.

Como por ejemplo, hace algunos años pasó algo similar, ya que después de esa neblina falleció don José Luis Vergara y otras personas más y en distintos años ha ocurrido lo mismo y para constancia de esa historia, ahora, el 20 de junio de 2005, apareció la neblina chorera y ese día a las 02,30 de la madrugada falleció la madre de don Ramón, de Guillermo, de Eduardo, la abuelita de la alumna de la escuela Vanesa Morales, señora que fue residente del pueblo por muchos años.

Para más, con las similares condiciones de la neblina falleció también una persona de la posada llamada la Paty, que queda a la justa entrada de la quebrada de Los Choros. Al parecer con esto se ratifica que la llegada de la niebla chorera es fatídica y da mucho temor, ¿verdad, leyenda o simplemente casualidad?

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO**

PULENTO Y PILILO

Claudio Ramón López Ponce
26 años
Agricultor
Quintero

— ¡Perros de mierda, no sirven pa' na! —venía gritando Nacho, un joven espigado y de aspecto gracioso. Traía consigo dos flacos perros "zorreros", nuevos aún. Venían amarrados de sus cuellos, al trote.

Nacho era hijo del dueño de casa y venía de correr el zorro en "el morro", que era como llamaban a una de las lomas cercanas a la casa.

El pueblo se llama Cerro Blanco y está a unos veinticinco kilómetros de la Carretera 5 Norte, entrando por Quilimarí, en la Cuarta Región. Es allí donde me dirijo cada cierto tiempo a descansar y a visitar a la familia. En esa oportunidad no quise acompañar a Nacho en su aventura, así que salió con su hermano menor, el Segua.

Los perros traían sendas marcas y arañazos en los ojos, la cara y el cuerpo, lo que indicaba que el zorro se había escapado. Pero no importaba. Allí nada es estrictamente un fracaso o una victoria. Los días pasan lentamente entre los quehaceres del campo: sacar la leche a las cabras temprano, tomar el desayuno, dar la comida a los animales y luego al cerro; a caminar, a cabalgar, a correr el zorro, a los conejos o a la tierra de hoja. Claro que ese día era especial. Había chanco muerto, ahí mismo, donde tío Necho, el papá de Nacho,



Segua y mi esposa. El chancho muerto es todo un acontecimiento en Cerro Blanco. Vienen de varios lugares: Las Mulas, Los Maquis o del Infiernillo.

Tío Necho prepara todo. Es él quien hace las prietas para la venta; los arrollados. Troza la carne y pone a cocer la cabeza. Su esposa, Doña María, se encarga de cocer la grasa para guardar y de los chicharrones. Segua conecta las baterías y las ampolletitas de doce voltios. Olvidaba mencionarles que una de las cosas que más me gusta es que no hay electricidad: ni tele, ni celulares y solo radios a pila. Mientras tanto, Nacho, al tiempo que les da la comida, sigue peleando con los perros.

— ¡Háganse pa'llá, perros de mierda, flojos, no sirven pa'na!
— ¡Mañana mismo les pego un tiro a cada uno!

Al caer la tarde comienza a llegar la gente. Se prepara la mesa, se sirven las copas y comienza el juego: El monte. Si el monte, es así como se definirán los ganadores de la cabeza y el costillar.

Han llegado muchos y sólo algunos juegan por las presas de chancho. Los otros vienen a apostar. Entre estos últimos se encuentra Manuel, un hombre de buen carácter y amigo de perder en El Monte. Nacho, que no ha tenido un buen día (por lo de los perros a los que acusa de ineptos), se decide a jugar.

— ¡Te juego, Manuel. ¡Dos lucas a la sota!
— ¡Ya, po'h, yo le voy al siete de velo!
— ¡Cinco lucas al rey!
— ¡Cinco al tres!
— ¡Cuatro al uno!

Y así se fue la noche. Entre copas, perdedores que se retiraban y ganadores que seguían apostando. Tío Necho y doña María sacaban buenas cuentas de lo vendido antes de ir a descansar y lentamente el alba se apoderó del cielo. Todo había salido bien, salvo un detalle. Nacho Huerta le debía dieciocho lucas a Manuel.

— ¡Sigamos jugando, pos, negro. Hasta que me paguís las dieciocho no más! —le dijo este último.

— ¡No, tai loco. No veí que puedo perder más!

— ¡Entonces, págame otro día!

— ¡A vos te gustan los perros! ¿ No?

— ¡Claro!, ¿ Qué, tení? —dijo Manuel, mientras abría los ojos, como poniendo atención.

— ¡Tengo dos zorreros y son re güenos. Hoy día no más pillaron dos zorros y por poquito no más se les arrancaron como tres. Te los vendo en dieciocho lucas y queamos a mano!

— ¡Si son güenos, ya! ¡Pero, me los llevo ahora mismo!

— ¡No hay problema! —remató Nacho y se los pasó.

Manuel se subió a su mula y tomó la soga larga con que Nacho había amarrado los perros, siempre juntos, del cuello. Manuel había avanzado no más de cincuenta metros cuando se detuvo. Se volvió y gritó:

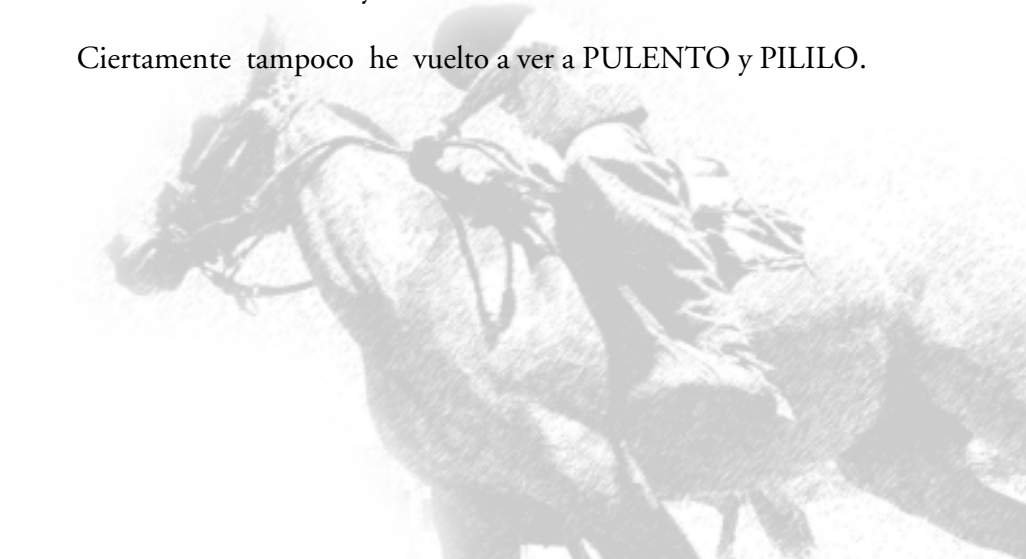
— ¿Y cómo se llaman?

Nacho pensó rápido, como para que se fuera luego, — ¡PULENTO y PILILO! —y con una sonrisa en los labios se dijo...

— ¡Y, además, me ahorraste dos tiros!

Desde entonces no he vuelto a ver a Manuel para saber cómo le fue. Nacho no toca el tema y solo se ríe.

Ciertamente tampoco he vuelto a ver a PULENTO y PILILO.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA PIOJENTA

Ariel Alexis Toledo Ahumada

34 años

Trabajador agrícola y pequeño agricultor
Olmué

Antes del padre de mi padre, no eran tantas las casas, y las noches lo eran más oscuras, entre senderos y lomas habitaba una especie de señora, que todos la llamaban Piojenta.

Ella deambulaba por todos lados del pueblo dejando de huella un olor inconfundible, además tenía como facultad un encanto divino con los animales domésticos, como perros y gatos de los vecinos, así en el transcurso de su vida fue reuniendo un gran rebaño de mascotas.

Por ello el mandamás del pueblo le ofreció todo un cerro para que ella viviese, pero esto tenía una condición, que esta señora visitara el pueblo única y exclusivamente para buscar provisiones.

Dicha mujer no era de complicaciones y sin pensarlo mucho aceptó, pero también puso su condición, la cual consistía en que nadie del pueblo visitara su cerro llamado por todos La Piojenta.

Y que además ella haría lo que se le ocurriera con su territorio.

Todos aceptaron y la mujer prontamente se fue a vivir, alejada de todo el mundo. Buscó donde podría armar su ruca, después de tanto andar encontró entre dos grandes piedras una pequeña excavación y en ese

mismo lugar eligió su aposento, por supuesto que la acompañaban casi todos los perros y gatos del pueblo.

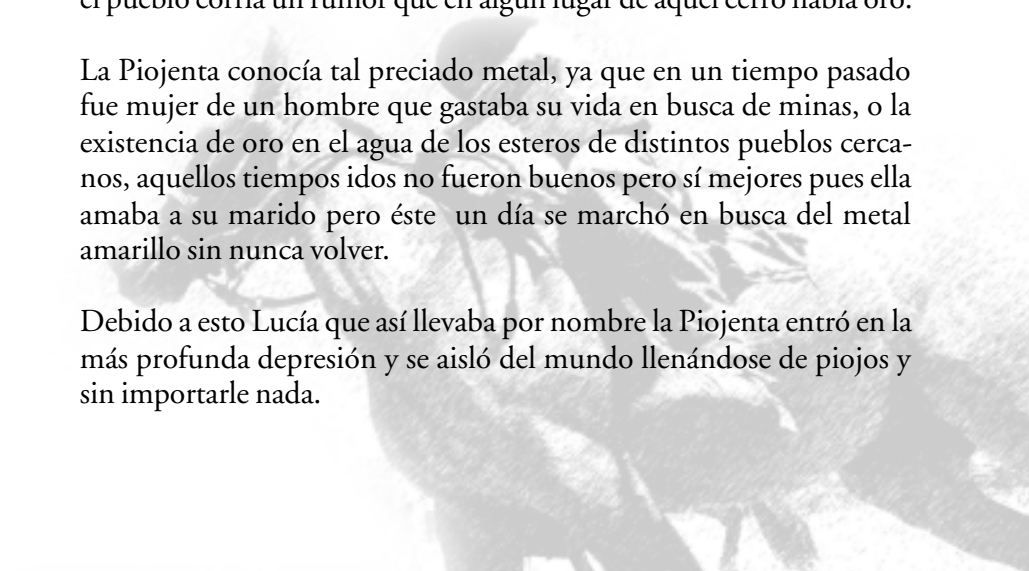
Pasaron días sin mayores sobresaltos para ambas partes pero en el trato existía un pequeño gran detalle que no se consideró. De pronto la mujer reuniría el dinero o especies para cambiarlas por comida, ropa, ya que se vestía de harapos viejos y de algún desecho que dejaban las señoras a su alcance.

Por esta razón obligadamente la Piojenta tenía que bajar al pueblo por las noches a buscar comida en alguna cocina que hubiese sobrado algo de comer. Cierta día de verano, muy caluroso por lo demás, en el lugar se sintió un gran temblor y produjo algunas grietas en los cerros del pueblo, también en la ruca de la Piojenta ella muy enojada por la situación vivida, se preparaba a buscar otro lugar donde vivir lejos de aquel pueblo.

Donde no tuviera que robar comida por las noches y pudiera vivir con todos sus perros y gatos, mientras juntaba sus harapos un conejo que venía perseguido por sus perros no encontró mejor lugar para esconderse que la grieta de la ruca de la Piojenta, el conejo velozmente se metió y los perros lo siguieron escarbando con sus manos, la Piojenta observaba muy atenta pues veía comida en aquel conejo, grande fue su sorpresa cuando de la tierra se dejaba ver una piedra de color extraño. Hizo retirar los perros para apreciar mejor aquella piedra ya que en el pueblo corría un rumor que en algún lugar de aquel cerro había oro.

La Piojenta conocía tal preciado metal, ya que en un tiempo pasado fue mujer de un hombre que gastaba su vida en busca de minas, o la existencia de oro en el agua de los esteros de distintos pueblos cercanos, aquellos tiempos idos no fueron buenos pero sí mejores pues ella amaba a su marido pero éste un día se marchó en busca del metal amarillo sin nunca volver.

Debido a esto Lucía que así llevaba por nombre la Piojenta entró en la más profunda depresión y se aisló del mundo llenándose de piojos y sin importarle nada.





En ese momento algo inundó la mente de Lucía pues esa piedra podría ser oro y ella lograría ir tras de su marido perdido, se arrodilló y con sus manos siguió excavando hasta rompérselas y cayendo desmayaba, el otro día ya más recuperada primero fue en busca de comida tapó la piedra con algunas ramas de romero.

Como era de día claro comió frutos silvestres que logró encontrar, ya en su ruca que no era tal, sacó las ramas y se sentó a observar el hallazgo, no estaba segura pero algo le decía que aquello era lo que pensaba.

Entonces mucho pasó por su mente, cómo hacerlo sin romper el trato con el mandamás del pueblo, y sin que la descubrieran primero lloró, recordando a su marido, que sólo Dios sabía donde está, y porque nunca volvió, sus perros y gatos a su lado también parecían llorar unos apretados contra otros.

Después de mucho llorar miró a sus mascotas y digo sólo nosotros sabemos de esto y espero no le cuenten a nadie, porque con esto obtendremos comida, las mascotas le entendía y la rodeaban con cariño.

Mañana haremos un viaje a otro pueblo donde buscar a alguien que nos compre un pedacito de piedra, así antes de que el sol ilumina el cerro la Piojenta iba en busca de la posible comida, siete horas de viaje por cerros y llanuras hasta llegar a un pueblo donde nadie la conocía, reunía fuerzas y llamaba a las casas que encontraba a su paso pero la gente al verla la corría a ella y sus mascotas, ya no le quedaba cuerpo sino corazón el cual pedía sobrevivir, varios días recorrió algunos pueblos alimentándose de despojo.

Ya desesperada enfrentó a un hombre pidiéndole por favor le escuchara solo un momento, el hombre complicado aceptó, Lucía tenía claro que no sería fácil convencerlo de que ella tenía algunos gramos de oro por ello, tan solo mostró el pedacito de piedra diciendo mientras desmayaba se lo cambiaba por comida.

Después de un rato el hombre volvió trayendo comida, la mujer avanzada en su hambruna comió, por supuesto sin olvidarse de sus fieles mascotas. Hasta ya no querer más, luego sacó de sus ropas el metal.

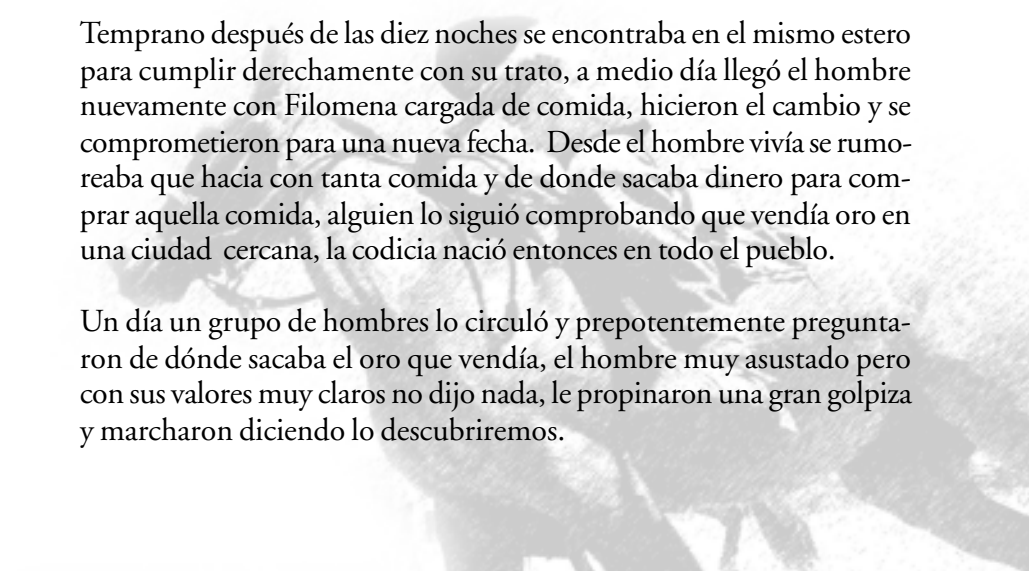
Cerrando de esa manera el trato con el hombre. Este recibió el pago por su comida y preguntó si tenía más replicó, si usted me da comida para mí y mis mascotas yo le consigo más oro. Los ojos de aquel hombre parecieron salirse de sus órbitas, pero claro que le traigo más comida, para una semana le traeré, bien pero me demoraré en traerle lo suyo porque tengo que ir a buscarlo muy lejos, el hombre que no era de malos pensamientos creyó en Lucía, y digo espéreme aquí mismo hasta el atardecer para traer su comida. Ella no tenía otra opción por eso se preparó a esperar, como hacía mucho calor, se acercó a un estero para mojarse y encontrarse con el atardecer que no sería el mismo de todos los días.

Ya oscuro la mujer pensó que el hombre no vendría, y aparecería el mismo dolor de antes, pero en eso un ruido interrumpió su pensamiento, era el hombre y traía consigo una mula cargada de comida, llévala digo y cuando usted llegue a su pueblo la deja libre y ella sabrá volver, Filomena se llama agregó, aquí mismo nos encontramos después de diez noches. De esta manera Lucía emprendió el viaje de regreso a su cerro ahora con comida y debiendo un trozo de piedra, el camino se hizo corto y nuevamente ante sus ojos estaba su pueblo, subió hasta su ruca, para comprobar que nada había cambiado y efectivamente nada había cambiado.

Entonces solo faltaba cumplir con su salvador, tenía dos noches para descansar, para luego seguir por su ruta ya conocida.

Temprano después de las diez noches se encontraba en el mismo estero para cumplir derechamente con su trato, a medio día llegó el hombre nuevamente con Filomena cargada de comida, hicieron el cambio y se comprometieron para una nueva fecha. Desde el hombre vivía se rumoreaba que hacía con tanta comida y de donde sacaba dinero para comprar aquella comida, alguien lo siguió comprobando que vendía oro en una ciudad cercana, la codicia nació entonces en todo el pueblo.

Un día un grupo de hombres lo circuló y prepotentemente preguntaron de dónde sacaba el oro que vendía, el hombre muy asustado pero con sus valores muy claros no dijo nada, le propinaron una gran golpiza y marcharon diciendo lo descubriremos.





Ya se acercaba la fecha acordada con Lucía para el cambio de comida por oro, tomó algunas precauciones y marchó al encuentro, todo se realizó con inusual normalidad corría un viento cálido y muy seco, el hombre pensó que debía de advertir a la mujer de la situación por la vivida y así lo hizo, también dijo que debía de cuidarse ya que la podían seguir.

Pusieron fecha para un nuevo encuentro y la piojenta marchó, después de dos días de viaje, Lucía se dio cuenta que alguien la seguía, ella era una mujer poco aseada pero inteligente, al comprobar que la seguían cambió el curso de su habitual ruta, para intentar ganar un poco de tiempo, pues era claro que iban detrás de su oro. La Piojenta había escuchado alguna vez a su marido de esconder oro y quemar vetas, por ello se dispuso a llegar lo antes posible a su ruca apreciar la hermosa piedra que se dejaba ver con generosa voluntad y hacerla desaparecer para siempre.

Antes de cualquier cosa dio gracias a Filomena por traerle en su lomo la comida, a sus perros por cuidarla y a sus gatos por regalonearla. Y aclamó al alma de su marido que en alguna parte de la tierra se encontrara para no equivocarse en tal importante decisión y seguir correctamente los pasos definitivos.

Ya una vez hecho todo esto, comió, lloró y se marcó del lugar, quienes la seguían pronto dieron con la huella de la Piojenta, llegando hasta su ruca, dieron vuelta todo pero nada encontraron, más adelante tropezaron con la noble Filomena que regresaba a casa, también algunos perros y gatos pero del oro y la Piojenta nada. Luego llegó más gente y prácticamente barrieron el cerro y nada.

Pasó el tiempo y el hombre llegó al mismo estero de siempre esperó y esperó días y noches aquella mujer misteriosa, de casi nula palabra y de un fuerte olor no apareció más.

El rumor que en el cerro La Piojenta había oro aumentó, muchos buscadores acudieron el llamado de sus instintos, hasta el mismo hombre dueño de Filomena para ver si encontraba algún rastro que le indicara que había sucedido con Lucía pero nada.

A la sombra de un frondoso quillay el hombre cayó en un sueño profundo que inundó su mente y alguien respondió a su pregunta, al otro día el hombre ya más sereno se fue a su pueblo, en el camino había una posada y decidió tomarse un trago, ya con algunos en el cuerpo relató su historia, algunos la escucharon otros se rieron lo cierto es que el cerro La Piojenta sigue ahí mismo desafiante y aún muchos buscan el secreto que se llevó consigo aquella mujer que un día la aislaron del mundo.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

HISTORIA DE
DON JOSÉ HALLANAO

Hernán Ortega Parada
72 Años
Administrador de empresa
Olmué

En la parte baja del Valle Simpson, cercano al río Mañihuales, vivía hace unos cincuenta años don José Hallanao, personaje muy conocido por los ganaderos de Coyhaique y Puerto Aisén. Y en los bancos también, pues era dueño de una fortuna considerable en animales y terrenos con título. Era un mapuche llegado desde Cautín, de esos que hicieron rumbo en el Neuquén y que después trabajaron como peones para la Sociedad Industrial del Aisén. Más bien bajo de estatura, grueso de tronco, piel quemada en el rostro, cabellos hirsutos y renegrecidos, nariz gruesa como un bulbo, lo que acusaba desde lejos su afición al vino. Sin embargo, lo más llamativo en sus facciones era el paño generalmente gris que en diagonal sobre su cabeza tapaba el hueco donde existió el ojo izquierdo y remataba en el nudo de la nuca. Aun cuando usara sombrero, su ojo derecho era un carbón brillante.

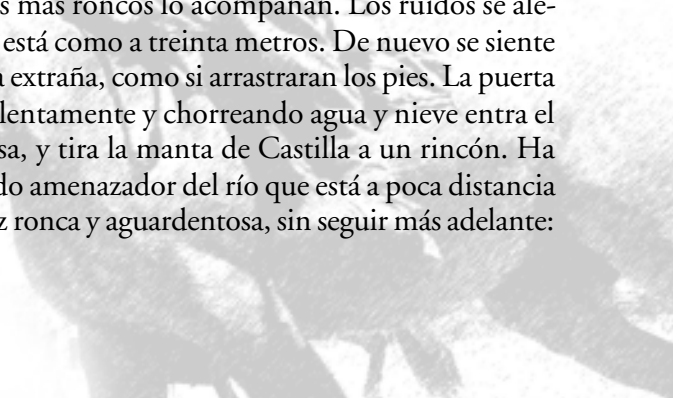
Era cercano el mediodía de una primavera que todavía mostraba la mano de un invierno duro e implacable. La nieve cubría todos los cerros que se alcanzaban a ver desde la ciudad de Coyhaique. Un camino sinuoso de tierra y ripia unía el interior con la costa; era una huella barrota que después de muchos cambios hacia la derecha, a la izquierda, arriba y abajo, empalmaba con el Farellón, camino tallado a dinamita pura en la roca, allá por los años treinta.

Terminando de bajar la cuesta avanzaba a tranco lento un caballo con un jinete envuelto en poncho de Castilla; el hombre iba dormido de puro borracho y el paño que cruzaba su cara indicaba a las claras su identidad. Había perdido el sombrero y se balanceaba peligrosamente de un lado a otro, pero el caballo amaba a su dueño y lo conducía con docilidad hasta el hogar, distante ocho o diez kilómetros de la ciudad. Después de toda una noche de tomatera, los amigos habían instalado en la montura a don José, como muchas veces anteriores, y dejaron libre a la cabalgadura. Algo molestaba al animal y era un paño que también cubría su sano ojo izquierdo.

Mucha gente que se cruzó en automóviles y camiones vio el cruel espectáculo y la noticia de tamaña broma se desparramó por todos lados.

Al día siguiente, José Hallanao partió a caballo, furioso, rumbo a Coyhaique, con la intención de matar al culpable.

Aquel invierno se presenta implacable. Los fríos atroces de los últimos días han desencadenado una violenta nevazón que ya va por la segunda noche. Aislada en el rancho del campo, la vieja está arrebozada en su camastro sufriendo miedo y rabia. Masculla maldiciones en contra del viejo que anda desde el día anterior perdido en las tomas, allá en Coyhaique. La vela oscila su llama desde la palmatoria que está en el velador y mueve espantosas siluetas en los muros y el cielo indefinibles. El viento se cuele por todas las rendijas. El fogón de la cocina expele algunas bocanadas de calor que luego se pierden en las tinieblas sin entrar al dormitorio. El último leño está convertido en unas pocas brasas que ya se mueren. El quiltro que la acompaña, sin moverse del lado de la fuente de calor, alza de pronto su cabeza, mueve las orejas y se pone a ladrar alegremente. Afuera cruje la nieve bajo las patas de un caballo, y unos ladridos más roncós lo acompañan. Los ruidos se alejan hacia el galpón que está como a treinta metros. De nuevo se siente crujir la nieve, en forma extraña, como si arrastraran los pies. La puerta de la cocina se abre violentamente y chorreando agua y nieve entra el esposo, el dueño de casa, y tira la manta de Castilla a un rincón. Ha entrado también el ruido amenazador del río que está a poca distancia de allí. Y él grita con voz ronca y aguardentosa, sin seguir más adelante:





— ¡Levántate, vieja, tengo hambre y frío!

La vieja se levanta, pero furiosa. Toma la palmatoria y se la arroja contra el cuerpo, a la vez que la peor maldición sale de su boca.

Nunca han recibido así al hombre y calcula, entonces, que la mujer está verdaderamente enojada. Agarra su manta, de la pared descuelga una bota con vino y sale al exterior sin cerrar la puerta. El perro grande que venía con él, lo acompaña apegado a sus piernas, moviendo la cola. Se dirigen al galpón, donde ambos se arrellanan en la paja del attillo, mientras el viejo hace gorgorear el tinto en su garganta. Y se olvidan de todo, tras el agotador viaje. El caballo, en la oscuridad, mastica su ración.

La mujer ha vuelto a la cama y todavía reza maldiciones. No puede conciliar el sueño. Escucha la furia de la ventisca azotando el rancho. Todo se estremece y cruje. Pierde la noción del tiempo. El quiltro que la cuida, llamado Kiko, sigue echado junto al fogón ya mustio. A través de la puerta abierta se cuele un infierno arremolinado. Desde las montañas se descargan innumerables cascadas que van a entregar sus aguas sordamente al río Simpson. Todos esos signos de la naturaleza hacen encoger el alma. La vieja no se atreve a levantarse para cerrar la puerta. La negrura es absoluta, salvo el ventanuco del dormitorio, desde donde penetra una fría palidez a través del vidrio. Ella tiene la vista clavada en esa esperanza de luz, pero ve con espanto que un bulto se delinea en ese espacio y un par de ojos chispeantes observan hacia el interior. Da un chillido. El quiltro se pone a gimotear de terror. Pronto el ladrido se transforma en un aullar de muerte. Ahora los ojos verdosos flotan dentro del dormitorio y muy cerca de los pies de la vieja. Ella quiere articular palabras, o pedir ayuda, pero se desmaya.

Los aullidos del quiltro fueron percibidos por el perro grande que dormía en el galpón y, muy inquieto y nervioso, se puso a ladrar. El viejo despierta y adivina que algo malo ocurre, pues el Mancha nunca se vuelve loco como en esta ocasión. Sigue al perro hasta la casa. No hay ruidos. Todo está oscuro al interior. Pero en el umbral de la puerta está el Kiko, tendido y con el cuerpo sanguinolento abierto.

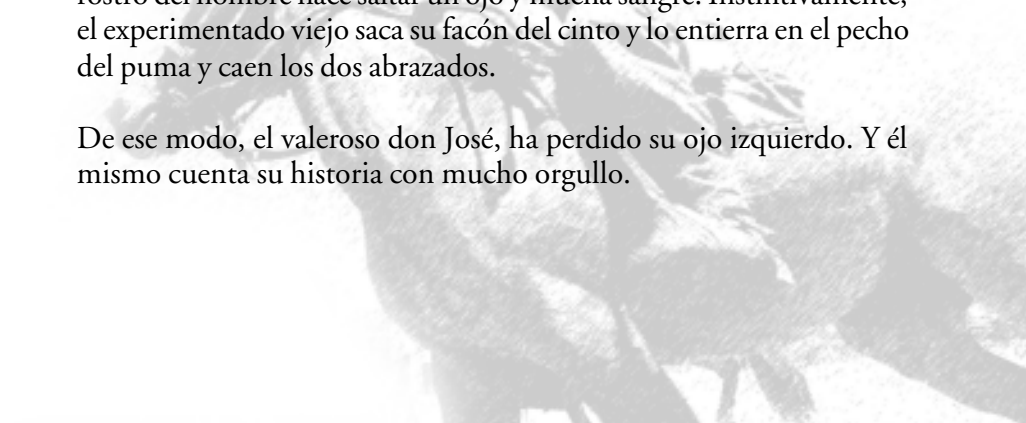
A la mañana siguiente, la historia se aclara. Las huellas de un enorme puma están por varias partes, especialmente en torno a la casa, bajo los aleros, y en el cuerpo del pobre Kiko. En el corral de las ovejas, cinco de ellas están desangradas, con las gargantas abiertas, y falta una.

Don José ha hecho venir a sus hijos hasta el hogar paterno y organizan la cacería del puma. El hombre ha jurado a su mujer portarse bien de ahí para adelante, pero también promete dar muerte a ese animal.

Cuatro hombres suben penosamente la empinada ladera del cerro norte, que encierra con el río y los farellones del sur, que constituyen una muralla chorreante de agua el estrecho valle del Simpson. El Mancha olfatea las huellas del puma. Si pillan al animal asesino, éste morirá a balazos de escopeta y rifles. Les cierra el paso una gran masa de quilas, impenetrable. Van a la casa dos hombres jóvenes y vuelven con palas, chuzos, picotas, baldes y cordeles. Además, traen una pierna de cordero recién muerto. Durante horas trabajan los cuatro en un terreno húmedo y blando para cavar un pozo de más o menos tres metros de profundidad. Dejan la carne en el fondo y cubren la boca del hoyo con ramas. Todos vuelven al hogar, donde una gran columna de humo invita al descanso y al buen manyar.

Al día siguiente se reencuentran los hombres y con el Mancha furioso, en torno a la trampa. Esta ha funcionado perfectamente. El puma está en el fondo y ruge desafiante. El exaltado perro no se controla y se desliza temerariamente al interior. Don José quiere salvar a su fiel compañero y trata de apuntar con la escopeta hacia la bestia salvaje, pero también él cae al vacío. El hoyo es estrecho y el puma ya tiene mal herido a Mancha, y súbitamente tiene otro enemigo. Un zarpazo al rostro del hombre hace saltar un ojo y mucha sangre. Instintivamente, el experimentado viejo saca su facón del cinto y lo entierra en el pecho del puma y caen los dos abrazados.

De ese modo, el valeroso don José, ha perdido su ojo izquierdo. Y él mismo cuenta su historia con mucho orgullo.





UN PUENTE PARA EL ALMENDRAL

— Hace falta un puente aquí —dije como al descuido, como una queja desde el interior de la cabeza.

Si tú hubieras estado allí, habrías observado también el descenso del agua desde su silla de piedras hasta las partes inferiores del valle, para envejecer bruscamente allí entregando a veces pozones dulces y otras, incesantes cantatas. Si tú naces allá arriba verás que siempre el viento corre por los faldeos arañando los bosques y matorrales hasta las cumbres. Tú descienes y tampoco sabes la razón.

— Claro que sí —confirmó el señor Totti, echando una mirada en abanico sobre el lugar exacto.

— Yo pongo los materiales. Del bosque podemos sacar los troncos y las varas; además, tengo alquitrán, brea, clavos, grampones y alambre galvanizado.

Quien completaba el triángulo, ofreciendo cosas, obligándome a mirarlo en forma especial, era el señor Vicentini.

Este país tú no lo conoces. Pero, si te pones de pie y te inclinas a mirar el suelo a tu alrededor, verás que en torno a tu sombra hay muchas cosas que no habías visto. También verás tu propia razón de ser. Poca gente llega a El Almendral, tajo alto entre los cerros de Til Til y los de Colliguay, país de colibríes, de abejas y de perros que vagan enterrando las narices en el polvo individualizando la frescura de las huellas de conejos o de zorros. Pocos suben el camino angosto —desde la base poniente de la Cuesta La Dormida—. La cuesta es una vía ardua, difícil, donde los automóviles apuran hasta el último cambio para seguir a tumbos, hasta el punto en que parece que van a hacer un infarto de motor. Si te atreves a caminar por El Almendral, puedes subir llenándote los zapatos de pedruscos grises y amarillos y, los pulmones, de aire prensado de rosas y eucaliptos. Puedes llegar, si tienes capacidad de maravillarte, hasta el interior de antiguos huertos abandonados. Viejas e incestuosas higueras cuentan la historia. Se puede descubrir un tapiz de violetas

bajo las naves religiosas de canelos y molles. Y grandes paltos que sacan brillo a sus frutos con el viento. Hacia el paredón que cierra el oriente, cumbres a dos mil metros. Ahí navegan aguiluchos y cernícalos. Bajo el monte ralo que atrapa el verde muy en lo alto, algunas vacas, la cornisa, el pitihue, las tórtolas que prueban formaciones aéreas.

El señor Totti es un industrial próspero, mediana estatura, nariz gruesa, gruesos labios, cráneo brillante. Los cabellos se han refugiado en las sienas. Siempre habla en forma práctica y en positivo. Cien metros más allá del esterillo, edifica su casa de campo sin haber solucionado aún la pasada vehicular. Una áspera y pedregosa hondonada es la culpable. Sus materiales de construcción los acarrear a lomo de un burro gris. ¿Todos son grises? Cajas toscas de madera cuelgan a cada lado del arzón.

— Yo pago la mano de obra.

Fue el aporte del señor Totti.

El señor Vicentini ha comprado una parcela semiabandonada, unos quinientos metros más allá. Nadie vive en el rincón más acogedor del estrecho valle.

A tiro de escopeta se puede herir el costado del cerro poniente en ciertas angosturas. El último poblador nativo está muy abajo, en la corriente, desde nuestro punto de observación. Son pobladores viejos. Si fueran jóvenes, cultivarían maíz aprovechando terrenos. Si vivieran en ellos los ancestros, estarían picota en mano sacando oro y cobre en cualquier punto de estos cerros. Puedes ver el antiguo canal de agua tallado en la piedra a más de mil quinientos metros de altura.

Hace tiempo que deseaba hablarte de lo que pasó en ese lugar durante el verano de 1982. Se oponía un sentimiento de historia secreta, posesiva. Pero, ¿cómo censurar la música del agua?

Aquel día estábamos los tres, debido un poco al azar, sobre el borde más alto del disminuido y murmurante arroyo. Un industrial próspero ocupa siempre la piedra más alta. Un médico es también una sólida torre. Ante ellos, un aventurero común no es locuaz. Y allí



estábamos por motivos diferentes, recién llegados, un poco apátridas. Por último, no sé qué diferencias pueden haber entre hombres de pie junto a una quebrada montina.

¿Adivinas qué puedo haber ofrecido yo, restos de un pobre sueldo mensual, sin hogar estable, sin bienes, con mucho sueño, con mucho agosto de todo?

— Yo me hago cargo de la obra.

Los golpes en el vidrio me hicieron estremecer. Había dormido profundamente. Medio cuerpo desnudo al aire sin tener sensación de frío. Tenía la cabeza pesada, llena de plomo, y muy pocas ganas de abrir los ojos. Pero el sol inundaba la camioneta carry-all a través del circundante ventanal. Al lado afuera, en correcta formación, cuatro peones a la espera de instrucciones. Chuzo al hombro, picota y pala en mano, martillo, serrucho, machete agresivo, caja de clavos, alambre, todo; toda una ferretería.

Eran las ocho en punto de aquella mañana de lunes.

Excitado por la urgencia de acción, arreglé mi lecho angosto a la vez que me ponía pantalón y camisa azul índigo. Café con agua caliente del termo. Por el camino de ascenso, doy mordiscos a un pan amasado latigudo.

En quince minutos estábamos los cinco enfrentando el sitio de trabajo. Nunca en mi vida había sospechado estar en trance igual. Sin embargo, debía cambiar la rutina y la oxidación de un año sin horizontes por un tiempo sin igual bajo el bosque, las estrellas, el sol. Estar solo era mi único deseo. Me habían facilitado la carry-all para la huida veraniega. Y yo también necesitaba el puente. El fondo alto del valle —el bosque tapizado de violetas, las sombras de los paltos—, era mi meta. El puente, una palabra que tendría que tomar dimensión física.

Los trabajadores me contaron que ya tenían listos dos troncos y una treintena de varas gruesas; todo de eucalipto, por supuesto. Habían puesto manos a la obra a las cinco de la mañana. Aprecié las dimensio-

nes de los dos largueros y les dije que necesitaba otro poste y cincuenta palos más. Uno de los mocetones se acercó al bosque y del corazón de un arbusto extrajo una motosierra a bencina, manual. Hizo una señal y se perdió en la arboleda de un lomaje que subía desde el acantilado del arroyo. Se fue haciendo crujir con fruición hojas y ramas secas. A la hora volvió y manifestó que tenía listo el otro poste. Lo fuimos a ver. Era un tronco que en la base yo solo rodeaba a medias con mis brazos. Y enorme de largo. De todo el bosque, era el último eucalipto derecho. Aquí la naturaleza habla y protesta. El árbol, tronchado, se había deslizado de copa hacia un desnivel lleno de zarzas y maquis.

La tarea de arrastrar el gigante se fue desarrollando con palancas y cuñas de madera; y con chuzos aplicados por manos maestras. Se le acomodaba, se le giraba, se le guiaba por entre los hermanos vivos —que parecían temblar—. Yo solía detenerme a recuperar oxígeno y para echar una mirada perpetuadora entre las sombras matizadas de todos los verdes de la Creación y el rebote desflecado del sol por entre los ramajes altos. Una red sumergida de luces y siluetas fantasmales. Un olor intenso a madera recién abierta. Una sensación de entrega, de sudores y de relación orgásmica violenta. Más allá, los trabajadores utilizaban su mejor lenguaje, como el que se inscribe en pentagrama de risas y de palabras naturales para nombrar con las partes del cuerpo del hombre y de la mujer. Expresiones pintorescas, diseñadas en imágenes desde las cosas más diversas de la acción, del pensamiento y del entorno. Además, con la misma soltura que utilizan para pisar alfombras de hojarasca, hacen sonar los fundillos como activando detonadores, como echando una bocanada de aire distinto en el cielo perla del amanecer. Al menos, eso parecía a mi sensibilidad de animal extraño. Pero, me divertía.

No es necesario que el árbol derribado haya concedido una flor —si la flor es sólo la boca de labios suaves—, también están las raíces. Si pretendes eliminar el árbol como ser, tendrás que extraer a cualquier costo su raíz; si no éstas presionarán sobre tu conciencia y hasta sobre la tumba. Y se erigirán más fuertes, incluso con el zumo de tu sangre. Aquí, en El Almendral, para facilitar el deslizamiento del monstruo, cortaban otros árboles. Como quien dice: para obtener un prisionero hay que matar a todos los vecinos. Muchas veces, trozaban especies sólo para obtener un rodillo. Para virar el gigante un metro, de cente-



lleantes machetazos cortaban dos o tres eucaliptos nuevos. Pensé de primeras que era sapiencia. Luego, no. No. Sentí el dolor de pequeños huérfanos. Era excesivo y picante el olor de corteza viva, desollada. Jerarquizado, dije que nunca más. Trabajando los diez brazos al doble de esfuerzo se hicieron movimientos de avance, de retroceso, de viraje, de acomodación al fin. Y el árbol húmedo, limpio, cuerpo de morgue, se fue ladera abajo en derechura a su destino, cruzó un pequeño sitio limpio mientras suspendíamos la respiración, hasta que fue a asomar la punta como un bauprés justo sobre el lugar del futuro puente. Fue colgado con sogas y bajado a pulso lentamente. Al fin quedó el cuerpo blanco, descortezado, jabonoso, con huellas de lucha en la montaña, atravesado sobre el agua y adquirió, sin saber por qué, la textura, el aroma intenso y la seducción de un cuerpo en apoteosis. Inventar la vida dentro de otro cuerpo es vivir. El árbol entregaba su sangre y empalidecía. Había que tomarlo en peso por última vez. Catorce metros. Entonces vi que los hombres, sin aviso alguno, tiraban las herramientas tras unos arbustos y se marchaban camino abajo, animosamente. Sólo dijeron: "A la una y media volvemos". Consulté mi reloj. Era mediodía exacto. Y miré las copas de los árboles, rumorosas, juguetonas, preocupadas sólo del propio crecimiento. "¿Por qué estoy aquí?", murmuré. Bailotearon las ramas y el sol hirió mis ojos. Excesiva luz para un hombre que sabe escasamente de sí mismo.

La primera jornada terminó alrededor de las siete de la tarde. A las cuatro había sólo un larguero en su lugar: un extremo empotrado en el cerro, casi a nivel donde moría el camino viejo, y, el otro, en el suave terraplén de la orilla contraria. Ya no teníamos fuerzas para el segundo tronco. Bastó pensar la situación para que surgieran, desde la senda que venía de la boscosidad húmeda con violetas, cuatro hombres más. Uno de ellos, camionero, fuerte como un oso, peludo como un oso. Todo el equipo —dieciocho brazos—, con alegría, puso el segundo larguero, de un santiamén, cerca del otro. Yo tenía las piernas acalambradas y los brazos temblequeando y arañados. Sólo recién tomaba conciencia de que el puente se iba a hacer a mi gusto. Todos me consultaban. Al término, cotorreaban las peripecias del día, comentaban todo lo hecho como si lo estuvieran haciendo de nuevo, como si fuera el primer día de clases. ¿Clases de qué, cuando ellos son el bosque? Pero, humanos al fin, ya hablaban del asado con que tendría que

inaugurarse la obra vial. Se había trabajado a fuerza bruta excesiva y recién el llamado Rogelio, el más vivaz y pintoresco, se acordó que en su rancho tenía guardado un tecele para mil quinientos kilos.

Anochece. La camioneta había quedado estacionada en una especie de plazoleta o ensanche del camino, unos cien metros más abajo. Con un balde de agua me proporcionaba el beso de los dioses: desnudo, sacarme la tierra y la sal de la frente, del cuello, de todo el cuerpo.

El camino fue calado en las costillas de un cerro, mientras las casas, perdidas entre parrones e higueras, se alineaban muy espaciadamente por toda la Quebrada El Almendral. Aparecían estrellas en el cielo vibrante de azul metalizado. Me duchaba y bebía hasta ahogar la garganta. Limpio, fresco al fin. Cocinilla a gas, útil, sensata.

Desde las casas lejanas subía con fuerza la música de cumbias y rancheras, sin pausa, como si ese valle no fuera el país de la magia, de las minas secretas, de los encantamientos del bosque. Chillaban los niños. Voces agudas, aun estando muy cerca unos de otros. Puse atención. Son como choroyes en el trigal. Las madres los llamaban a gritos, estando —deduje— al otro lado de la puerta; y hasta usaban ellas mismas el punto de origen del nacimiento de los críos cuando, al parecer, no obedecían con prontitud. Algún mocoso se ponía a llorar. ¡Cuánto amor, oh loba de los tiempos! Y cuánta vida hasta las once o doce de la noche. A esa hora dejó de cantar Julio Iglesias.

Toda la Vía Láctea hecha un joyel, fulgurante, nítida, un esplendor. Hora de iniciar en silencio el camino de los pies livianos y la respiración lenta, hasta el cierre de las alianzas.

Caminaba por el bosque oscuro, cromado apenas por la luna. Tuve sed y bebí junto a las raíces de los árboles nacidos del agua, de bruces en el césped blando. Cuando alcé la vista, caminaba hacia mí por el arroyo un bellissimo alazán, se dejó acariciar el cuello, enredé los dedos en la tuza, sus grandes ojos eran suaves y aterciopelados. De un brinco monté en la hermosa yegua, la que me llevó a través de la arboleda hasta dejarme frente a la puerta de una pequeña casa de barro y de madera situada en paisaje de alturas. Solamente la vi sólida, igual que la montaña que la rodeaba. Desmonté, acaricié el pelaje del hermoso ani-



mal, besé su cuello y traspuse la puerta. En una habitación de imprecisa luz me esperaba una dama de pelo corto y claro, túnica griega. Ella tomó mis dedos y me buscó en la mirada. En sus ojos, un lenguaje de vasta antigüedad pero también una señal juvenil, casi de niña. Me señaló la cruz ansada. Vi amontonarse la tela en el suelo, a sus pies, y desde ésta se desprendió una bandada de miles de pájaros que animó el espacio del alba.

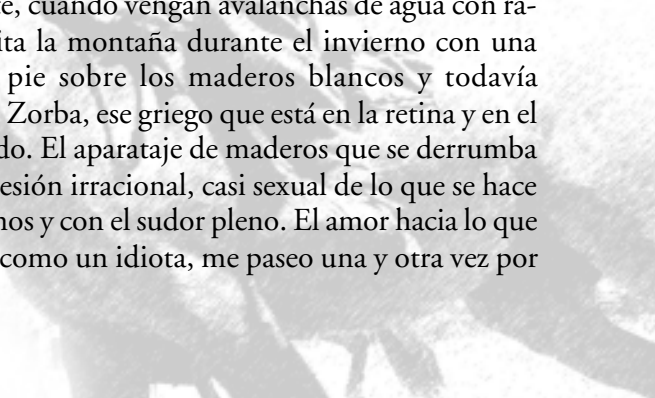
El martes en la tarde estaban los tres rollizos de eucalipto en su lugar, paralelos sobre el mediano vacío hasta el agua. Firmes, dóciles, muertos en trance de rigidez. Las puntas alquitranadas, envueltas en lana de vidrio y recubiertas con brea caliente que solidificaba al minuto. Las puntas, con calcetines negros y duros contra la humedad de diez o quince años. Don Zacarías, de la familia de los Figueroa, con más de doscientos años en el lugar, contó que en el bosquecillo que domina el vado, por donde habíamos hecho deslizar el tronco maestro, vivía en la época de su abuela una bruja, una mujer añosa dedicada a atender consultas de las hembras del lugar. Practicaba hechicerías. Les dijo que nunca se iría de allí. Había fallecido de mucha edad, vieja, pero muy vieja, víctima de una peste; y porque nadie se atrevió a quemarla, tomaron su cadáver con palos largos y lo depositaron en el centro de una lona; la envolvieron sin tocarla, la enterraron en el faldeo del cerro próximo, del oriente, en un lugar donde nadie se acordaba y donde no quedó ninguna señal. Entonces, muy serios, corroboraron los otros tres peones que en las noches se sentían mascullidos y lamentos en el lugar. Que pasaban cosas extrañas. Terminé sonriéndome del asunto. Señalé con la diestra el probable lugar de la choza y dije que debió tener linda vista. Lo único extraño que me pasó ese día fue que un pequeño chorro de brea hirviendo cayó en mi mano derecha; ahogué un gemido de dolor, se humedecieron mis ojos, después no sentí nada salvo las molestias de una curación y de un vendaje provisorio. La brea mostró el metacarpo del índice derecho.

Tercer día: el puente avanza con lentitud. Con palos de sesenta kilos, el viaducto lleva dos tercios de cubierta. Y hay que hacer el terraplén de la cabecera sur, para conectar con el camino que lleva al bosque con violetas. Con la mano izquierda y con la fuerza de tres dedos de la otra, yo trabajaba algo y dirigía. No podía quedarme quieto mientras los hom-

bres movían piedras enormes y cargaban postes como ercillescos caupolicanes. Los travesaños fueron amarrados uno a uno, después de que Rogelio hacía cortes en cruz para fijar los alambres y no pudieran rodar sobre sí mismos.

Como a las cuatro de la tarde ardía la fiebre del verano, trabajaban en silencio y este silencio me llamó la atención. Faltaba Rogelio. Fui al bosque y lo encontré roncando sobre un amplio lecho de aromáticas cortezas de eucalipto. Diríase que la borrachera de las savias y los olores espesos como cremas verdes habían hecho su efecto. Entonces, pienso que toda mi educación es falsa, que toda mi idea del ser especial es prestada y que tengo que devolverla; que todo el Universo es un engaño forjado con las mentirillas de tus ojos y los míos, de tu temor y de mi temor; todo, un escudo miserable, por desgracia casi eterno, porque la naturaleza es más grande y la gozamos en un minuto de su instinto materno y progenitor. Simplemente eché de menos el verdadero equilibrio, el placer de existir, la libertad de la piel para dar su humedad y recibir las flores. El amor que la cruz hace penetrar en las profundidades. Y dejé a Rogelio durmiendo tranquilo.

Atardecer. La gente se ha retirado. De algún modo, siempre provoqué para mí este privilegio de estar vivo y narcisista sobre una obra que me pertenece. Me lavo ahora en el arroyo. He trabajado a torso desnudo y tengo la espalda quemada y la nariz despellejándose. Lavado, nuevo, bajo el fresco de la tarde, renaciendo con ese aire que baja de la montaña, me siento como atando las conversaciones que trae el ciudadano de la noche. Casi feliz. Entonces, me paseo por encima de la obra. Bajo a las piedras del lecho para observar el puente desde allí. Toco sus vigas. Cambiando, lo miro desde lejos procurando descubrir puntos débiles en las cargas de fuerzas que pueden entrar en juego cuando reciba peso de tráfico o, simplemente, cuando vengán avalanchas de agua con ramas y piedras que vomita la montaña durante el invierno con una largueza increíble. De pie sobre los maderos blancos y todavía jabonosos, me acordé de Zorba, ese griego que está en la retina y en el corazón de todo el mundo. El aparataje de maderos que se derrumba en la gran ladera. La posesión irracional, casi sexual de lo que se hace con las fuerzas de las manos y con el sudor pleno. El amor hacia lo que se crea. Sonriendo solo, como un idiota, me paseo una y otra vez por





encima del puente inconcluso pensando que mi obra no sufrirá la suerte de la griega ni tampoco la del oriente, esa joya del coronel inglés. Acaricio un larguero, paso la mano por su vientre, y tiene el color y la textura de un cuerpo desnudo de mujer joven, su leve respiración y hasta la sensación de empezar a quejarse.

De rodillas en el bosque azul, tomaba el agua con las manos en cuenco y la sentía reconfortar mi piel como un baño de leche materna. Algo vibraba dentro de mí y que no se escurría. Pensaba en la suerte de un hijo que se trae y que se llevan. Y esta nueva temporada de dulce gozo era larguísima pero no perdonaba el dolor suave enquistado en el pecho. Tendía la mirada hacia la foresta tranquila y veía descender las hojas, miles de hojas, como un gran libro picado en la altura. Y todo sin ruido. Ahora eran miles y miles de pájaros que giraban en el espacio como una red negra móvil y caprichosa, ya dibujaban una espiral más arriba aún, ya se desplomaban formando un abanico cuyas múltiples líneas volvían a adquirir energía y dejaban una flor en medio del espacio granate del atardecer. Entonces me atrevía a investigar entre mis manos y veía la mullida barca. La depositaba en la hierba y me retiraba. La barca crecía y se transformaba en una joven durmiente.

Cuarto día. Faltaba madera. Había que tronchar más eucaliptos finos, gráciles. Limpiarlos de ramas, cortar a la medida y pelar las cortezas, lo que renovaba la intensa emanación de sus savias. Los restos, las hojas recién heridas, encajonaban el bosque con el olor que impelía a respirar con más fuerza como para que nunca se retirara de las mucosas nasales. Qué ensueño caminar por las calles de la gran ciudad y sentir el perfume de la madera. Ese olor será inolvidable y lo recordaré en cada bosque que distinga aun a la distancia o que simplemente evoque. La mente, en ese lugar, ya no funcionaba como calculadora ni como regla de horarios, de obligaciones, de cifras, ni siquiera de ideas, nada de recuerdos de una familia, esparcidos los libros y los escritos personales. Descubro que es la nostalgia, la inconformidad, el deseo de posesión, lo que arrastra pensamientos que se escriben. Y esa nostalgia no está aquí, junto al puente. Sudar el cuerpo del día, agotar el músculo, tomar el opio verde hasta saturar los alvéolos. Se duerme de manera áspera, inquieta, con visiones dulces y otras, tormentosas. La luz del día hace tornar el orden. ¿Qué orden? Los eucaliptos envuelven y embalsaman.

¿De qué vivía la bruja?

Como a las seis de la tarde apareció el señor Totti, duro y firme como un moai. Venía a ver su casa. No quiso decirlo, pero, venía a ver el puente. Fue cordial. Se rió al verme enterrado, hediondo a sudor y con una mano vendada. Debió hacer observaciones técnica a la obra según pensaba yo. Él es ingeniero. Miró por arriba y por abajo. Vio los refuerzos tendidos bajo las cabeceras, los puntales en diagonal para quitar la cimbra. Riéndose aún, siguió hasta su propiedad. "Ni Zorba el Griego", expresó nada más. No supe si se burlaba. No se dirigió para nada a los otros hombres. Mis hermanos se habían retirado a un rincón y con respeto indiano esperaban. "¡Ya, niños, a terminar el puente", les dije paternal y el primero en obedecer fue el viejo Zacarías. Me hablaban a diario del asado con que se festejaría el término del monumento. Cuántas garrafas de vino. Un cordero es poco. Ojalá alguien traiga guitarra. Qué fiesta linda. El señor Vicentini había ofrecido la merienda para el domingo a las doce. Y qué nombre le íbamos a poner. Alguien dijo que Las Ortigas, por el nombre del arroyo en ese lugar. Que venía bien Almendral. Que a lo mejor Puente Negro, por la cantidad de brea y alquitrán. Que el santo del día. Yo no reflexioné. Sentía una modorra interior, cerebral, y sólo me preocupaba un madeiro, una piedra, una grampa. Yo no podía pensar y eso no se los decía. Me preguntaban. Recuerdo un "No sé". El licor de eucalipto me llenaba la cabeza. Tenía mi frente empapada y el sudor abría caminos de tierra ocre en el pecho. Deslicé un vistazo hacia el bosquecillo verde. El bosquecillo verde desapareció y quedó sola, aislada, una choza de barro y palos rústicos; por entre su débil techumbre de pasto coirón tejía hilos hacia el cielo el humo lento de un fuego interior.

A los hombres de la comunidad no afecta el esfuerzo. Llegaban antes de las ocho de la mañana. Tomaban durante el día mucha agua natural con los "choqueros". A las doce partían al almuerzo y la siesta. En la segunda jornada, detenían el laboreo a las cuatro clavadas y prendían fuego con ramas y virutillas. Sobre las brasas, finas varas hacían un trípode. Del vértice, pendían con alambres cuatro tarros conserveros, negros de humo. El interior de las latas —por qué milagro—, siempre limpio, reluciente. En ellos bebían su choca: agua con té a granel y azúcar. Algunos amenizaban con un pedazo de pan rubio, grueso, oloroso.



Esa noche soñé una escena wagneriana inundada de luces verdes y azules. De fondo, una hilera de enormes cipreses que rozaban nubes negras. Desde las aguas inmóviles de un lago emanaban retazos de niebla. Ciertas voces entonaban una marcha lúgubre y monótona. Venía el coro desde una orilla. De ese punto lejano pero nítido avanzaba una columna de seres encapuchados. Los cofrades no avanzaban sobre el agua sino conjuntamente con una especie de plataforma oscura que se iba alargando y elevando con lentitud, al compás de las notas monocordes, y, conforme avanzaban con esa morosidad angustiosa, se iba conformando un arco que tendría que caer en la orilla opuesta. Los encapuchados avanzaban y eran seguidos por niños también de túnicas negras, con velas encendidas en sus manos. La escena duró toda la noche y sólo desapareció sin ruido cuando quemó el sol de la mañana.

Sábado, dieciocho horas. La obra está terminada. El camino de acceso, limpio. Y se ha hecho un buen terraplén sobre una de las cabeceras, la de salida, con fuerte pendiente hacia arriba. Dos palas y una miserable carretilla de metal fue el equipo para eso. Cuando la motosierra emparejó las puntas de los travesaños, emergió el puente en su mejor forma estética. Se taparon rendijas con varillas. Todo listo. Dos hombres, un poco enamorados de lo hecho, estuvieron un rato largo extra, echando agua con un tarro sobre el terraplén. "Para asentar el terreno, patroncito". Yo quería que se fueran pronto, de inmediato. "Le vamos a echar otro poco de agua". Yo contaba las pulsaciones de mi corazón para que se retiraran. "Quedó lindo el puente, ¿no?". Dieron un último vistazo, como a un bebé recién nacido, y se fueron. Terminaban los trabajos forzados para mí pero habría hecho cien más, porque en el fondo se ocupaba un cálido y duro tiempo para no pensar. Un tercio de mis vacaciones metido allí. Las manos adoloridas. Deseos de tenderme para siempre y buscar la potranca de la noche. Tendido sobre las largas corizas frescas, en el centro del joven y robado bosque. Los desechos húmedos, el aire pegajoso y cálido de los eucaliptos, todo, a lo mejor, el vientre original y perfecto. Vi con enorme alivio la cantidad de varas nuevas que emergían alrededor de troncos mutilados, verde claro, tiernas, suaves como las manos verdes de un hijo amoroso. Y crecían directas. Las mecía el viento colado en la arboleda. Y vendría el bosque fuerte de nuevo. Si no viniera el hombre, la selva apretada de vida

siempre está dispuesta para la preñez. Por eso, ¿de qué vale la historia, ese prefacio siempre mal escrito de la humanidad?

Por fin a solas. Sentado observando el andamiaje. Me paré. Lo fui a inspeccionar como algo nuevo. Sólido. Pesado. Ochenta travesaños con más de sesenta kilos cada uno, daban casi cinco toneladas sobre tres enormes vigas y gruesos puntales, firmes cabeceras. De repente me acordé que en mi bolso de herramientas había un metro plegable. Todo el puente se había hecho sin la menor medida ni cálculo. Ninguna lienza, ningún nivel, nada. Pero ahí estaba en la realidad.

— ¡Que venga la lluvia, que venga la crecida!

Hablé fuerte sin darme cuenta, parado en el centro, mirando hacia la escalinata de piedras que subía bajo los arcos de molles, peumos, boldos. Me sorprendí. Estaba sobre lo mío. Como si el puente fuera un cuerpo de mujer. Ni signo, ni ornamento. El mejor puente se desnuda y es nuestro. Amo entrañablemente ese cuerpo que resalta blanco, con el mismo color de la dama de túnica que yo desvestí al abrir los ojos sobre el sombrío verdor de la espesura. Yo pongo con amor mi sensibilidad en la larga cadena que viene de la espina hasta el infinito. Y habrá que entender que el árbol es más fuerte que nosotros quizás porque no piensa ni sueña. ¿Es verdad que no piensa ni sueña?

El domingo, alrededor de las diez, empezaron a llegar autos con gente extraña, bulliciosa. Pasaban de largo junto a la estúpida camioneta. Dejaban nubes de polvo amarillo cuando el sol descargaba con fuerza sus rayos. Por ahí pasó el señor Totti aplastando la bocina del Land Rover lleno de pasajeros. A través de la tierra en suspensión vi dibujarse caras y manos. Después, los autos de la familia Vicentini. También iban bocinando. No es coincidencia que los apellidos como los Figueroa vayan siendo reemplazados por los de otros hemisferios. No saben quienes cultivaron la tierra aquí por primera vez ni quien plantó higueras y vides.

Mientras, empacaba mis cosas lentamente, tragando tierra, sudor y el hecho amargo de no ser el primero en inaugurar el artificio. Yo espera-



ba a mis amigos: don Zacarías, Rogelio, el otro y el otro. Los veía llegar con el tranco cansino, seguro y firme a pesar de todo, subiendo la cuesta del camino culebreante. No aparecían. Miré los árboles: habían huido los zorzales, los tordos y el chiflador. Cerca de las trece apareció un muchachito rubio, como asustado, extraño en el reino natural, en lo alto de la curva que lleva al puente. Y desde allí dijo: "¿Usted hizo el puente, señor?". Me hice como que no escuchaba. "Mi mamá dice que está listo el asado". Enterré la cabeza. "Señor, está listo el asado". Y desapareció. Parece que él tenía miedo. Subí a la camioneta. Calenté el motor. Y empecé a rodar por las sinuosidades de la huella. Hasta que apareció. En verdad, el puente casi no se veía de tanta gente encima y alrededor. Había un humo debajo del peumo, junto al arroyo. Todas las personas manejaban cosas que iban desde las manos hasta las bocas. Y movían las mandíbulas. Hablaban con la boca llena. Se disputaban el producto de la parrilla de fierro. Bellas mujeres se movían con sus presas calientes en la punta de un cuchillo o de un tenedor. Yo avanzaba lentamente y no divisaba a mis amigos campesinos, aquellos que deberían estar allí para ser homenajeados. Algunos forasteros hacían señas amistosas con los vasos de bebidas o vino. Niños. Muchos niños. Muchachitas adolescentes, quebradizas, blancuchas. Hombres jóvenes, barrigones, como budas en shorts. Miré hacia el bosquecillo justo cuando la camioneta puso el tren delantero en la cabecera del puente y yo metía primera para enfrentar bien la pasada y el terraplén de subida del otro lado, y seguía pensando en mis amigos. ¡No estaba el bosque! ¡Divisé la casucha de la vieja, ardiendo, ardiendo! Y después de pestañear vi a la bruja parada al borde del terreno alto, señalando con el descarnado índice al gentío.

Aceleré bruscamente y la camioneta dio un brinco hacia adelante.

Agité una mano a la muchedumbre y les grité con toda el alma:

— ¡ El puente es de la bruja! ¡El puente es de la bruja!

Me concentré en el volante y, dando tumbos, disparando una cortina de tierra y pedregullos del terraplén, huí con la sola idea de perderme en el fondo del valle, solo, más solo que de costumbre.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

EL CAPATAZ

Salvador del Carmen Carreño

75 años

Tractorista

Casablanca

Era una mañana de septiembre años atrás, una mañana como eran todas en ese fundo del Valle de Curacaví. En ese rincón llamado La Patagüilla, don Ernesto Rojas era el capataz del campo. Él tenía la misión de cuidar animales de los extensos cerros de ese fundo, después de rodear los animales de trabajo al corral donde los inquilinos lo iban a buscar para los diferentes trabajos que eran aptos, bueyes y caballos todos mansos. Esa mañana había amanecido camanchaca en ese rincón y el frío calaba, por eso don Ernesto andaba con su buen poncho de pura lana que había comprado en un viaje a la capital.

Como de costumbre después del desayuno se fue a recorrer los campos donde se criaban muchos animales, él tenía que ver la parición de las vacas, ayudarla, y también al pequeño ternero, para que su madre la amamantara bien. A media falda del cerro corría un canal de regadío llamado Las Mercedes en el cual se había instalado una planta eléctrica de nombre Carena, por ese motivo el canal era un gran torrente de aguas servidas provenientes del río Mapocho. Debido a eso el canal fue agrandado y se construyó una meza por la cual se podía cabalgar libremente sin peligro. Don Ernesto, hombre tranquilo, buen servidor gozaba de mucho respeto y amistad de todos los que lo conocían, casado con doña Juanita, tenía 3 hijos: 2 hombre y la menor era una jovencita ya de 16 años. Don Ernesto decía que ella eran sus ojos, pero



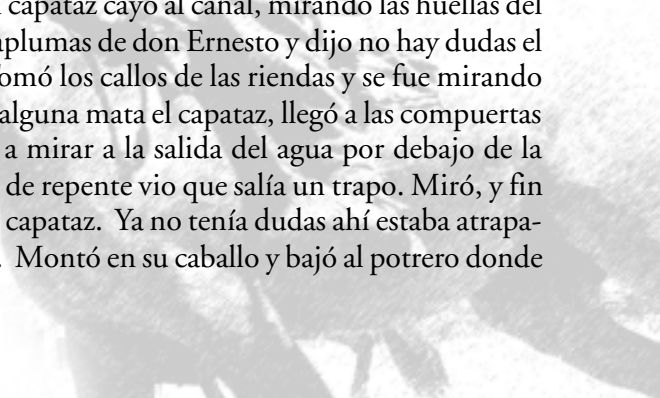
la verdad era que a todos los quería mucho, y esa mañana como de costumbre se fue al campo por la meza del canal, tenía una piara de 4 caballos para su trabajo, 2 eran del fundo y 2 de él.

Ese día montaba su caballo rosillo que él llamaba Chiquitín, porque lo había criado de que su yegua lo parió, era de buen andar, como araña para subir los cerros y muy mansito. Él decía, mientras caminaba, luego quemará fuerte el sol y me tendré que sacar el poncho; miraba hacia el plan y su casa se veía por unos claros que se hacían donde ya la niebla se iba disipando, seguro la Juanita a la tarde me tendrá una sartenada de prietas con papas cocidas como me gusta a mí, es tan güena cocinera mi Juanita, cavilaba mientras el Chiquitín iba a buen andar. De repente sale una bandada de codornices volando con gran alboroto, por encima de la cabeza del caballo y que le dio media vuelta violentamente botando al distraído Ernesto, con tal mala suerte que quedó colgando de un estribo, con su zapato apretado y su tobillo doblado dislocado o roto. Él no era cobarde y dijo qué hago, por la chuata, me duele re tanto el pie; lo primero tengo que hacer es que el caballo no se siga moviéndose mucho y le comenzó hablar tranquilo a Chiquitín. Le decía: chito, chito, le decía, pero el caballo estaba nervioso y asustado y se movía lo que le causaba gran dolor, cómo salgo de ésta pensaba mientras el caballo no estaba tranquilo pues tenía todo el peso del hombre cargado a un lado. Don Ernesto no veía nada, su cabeza estaba tapada con el poncho y además el sombrero lo tenía con el fiador porque esa mañana corría viento y él se afirmó el sombrero de manera que no se le fuera a caer al canal. Con todos esos problemas y sin poder resolver ninguno, pensó veré si puedo sacar la cortaplumas y cortar el zapato, pero el cuchillo se había caído del bolsillo, entonces dijo no me queda otra cosa que tratar de sacar el pie del estribo, cómo pudo afirmó una mano en el suelo y trató de sacar el pie, pero fue peor porque al hacer fuerzas la espuela clavó las costillas de Chiquitín y éste se dio otra revuelta saliendo disparado el capataz, cayendo al torrente del canal.

Hundiéndose en esas aguas malolientes de un color gris oscuro, luchó y luchó hasta sacar la cabeza fuera del agua y comenzó a luchar por ganar el lado del cerro pues al otro lado del canal estaba revestido con bloques de concreto, por eso él luchaba por irse al otro lado pues había

unas matas de chilca de las cuales él pretendía en su desesperación tomarlas, lo que al fin logró, pero su peso y la fuerza del agua hicieron estériles sus esfuerzos al tomarse de unos ganchos éstos cedieron con raíz y todo pues estaban como parches adosados a la roca, dos veces se tomó de otras ramas las cuales cedían a su peso quebrándose de inmediato. Él decía ayúdame Dios mío, que la compuerta esté cerrada, él se refería a la compuerta del canal de desagüe donde vacía el agua sobrante del canal la cual va a caer al estero Puangue, 15 kilómetros más abajo. Él no dejaba de luchar y ya el agua aumentaba su velocidad pues a 200 metros estaban las compuertas las cuales estaban un poco levantadas saliendo más de la mitad del caudal de agua, por lo que en esa parte se formaba un torbellino de agua arremolinada en el cual entró violentamente el capataz, pero él no claudicaba y seguía luchando por salir de ese remolino que lo llevaba de un lado para otro todos sus intentos fueron en vano pues de repente su poncho se fue al fondo y lo tomó la salida del agua por debajo de la compuerta llevándose el cuerpo del capataz. Seguramente su espíritu siguió en su cuerpo, y su vida pasada como una película y decía allá veo salir el humo de la cocina donde la Juanita debe estar cocinando, pero tengo frío. El Chiquitín me habrá botado al canal, no puede ser, mi caballo, regalón no puede hacerme eso, si yo lo crié desde que tuvo la Colorá, cuando estaba chiquitito yo le ponía unos collares de papel en el cuello y le salía disparado saltando y corcoveando hasta que los botaba, y volvía despacito a donde estaba yo para que le diera unos terrones de azúcar.

Era tan bonito y por eso le puse Chiquitín. Media hora después llega don Pancho al lugar del accidente del capataz, él era el cuidador del canal y al ver el caballo solo dijo es el Chiquitín del capataz, y empezó a llamarlo: Capataz, estás por ahí, gritaba. Como no recibía respuesta se bajó de su caballo y fue a revisar a Chiquitín, encontrando el zapato apretado en el estribo, el capataz cayó al canal, mirando las huellas del caballo encontró el cortaplumas de don Ernesto y dijo no hay dudas el hombre cayó al canal. Tomó los callos de las riendas y se fue mirando por si estaba tomado de alguna mata el capataz, llegó a las compuertas y nada, entonces se fue a mirar a la salida del agua por debajo de la compuerta y ahí miraba de repente vio que salía un trapo. Miró, y fin reconoció el poncho del capataz. Ya no tenía dudas ahí estaba atrapado el cuerpo del capataz. Montó en su caballo y bajó al potrero donde



había varios trabajadores y el mayordomo don Luis llega galopando y les dijo, vieron al capataz, sí contestó don Luis, oiga vaya rápidamente a dar aviso al patrón porque don Ernesto cayó al canal y está atrapado en las compuertas, es verdad don Pancho preguntaron otros trabajadores, sí es cierto, mientras usted va don Luis yo iré a ubicar a don Segundo para que venga a abrir las compuertas, y salió galopando a buscar al encargado del canal de desagüe. Don Luis llegó a las casas del fundo y buscó al patrón y le dio la mala noticia de lo ocurrido al capataz, éste le pregunto y es verdad lo que dice don Luis. Sí es cierto, patrón.

El patrón no podía creer lo que oía y buscó a otros trabajadores y les dijo pidan dos ganchos moreros y suban uno a cada lado del asiento trasero del auto, y salió al potrero donde estaban los otros trabajadores y les dijo sigan para arriba a las compuertas, todos salieron corriendo detrás del auto, el patrón dejó el coche en el plan y subieron el cerro donde los esperaba don Pancho que seguía los movimientos del poncho que salía por debajo de la compuerta. Ahí llegó y preguntó cómo lo sacaremos, yo creo dijo don Segundo, lo primero cerraré las compuertas y ustedes bajen donde está el primer escalón del canal y están listos para cuando abra la compuerta donde está el cuerpo. Una vez que salga, cierro de nuevo la compuerta ustedes cogen el cuerpo porque llevará muy poco agua será fácil sacarlo. Todos se prepararon, empezaron a esperar las señas que el agua bajara su nivel. Don Segundo empezó a cerrar la compuerta y solo salía un poco de agua esperó la seña desde abajo y empezó a levantar la pesada puerta, de repente salió violentamente el cuerpo del capataz voló por el tremendo salto que da el agua cuando abren esa compuerta, el agua sale tan violenta que se levanta 2 a 3 metros.

Don Segundo cerró de nuevo la compuerta y bajó donde esperaban el cuerpo el que pronto apareció lentamente en el caudal, los trabajadores lo acercaron a la orilla con los ganchos y lo sacaron del agua con su pie doblado puesta estaba quebrado y suelto, por ese motivo se salió del zapato.

El patrón no podía contener las lágrimas, pues don Ernesto era muy apreciado por él, les dijo a los hombre que lo transportaran a una engarilla que hicieron con el mismo poncho de él, él patrón les dijo lo

llevaré a Curacaví para que puedan certificar su muerte. Le dijo a don Pancho usted me podría acompañar como testigo de este accidente, con todo gusto señor respondió todo sea por mi gran amigo don Ernesto. Fueron al hospital y el médico lo examinó y dijo, tendré que llamar a Carabineros para poder dar el pase para su entierro, todo debe ser legal señor, dijo el patrón. Mientras el Mayordomo fue con la triste noticia donde la familia que no podía creer lo sucedido al capataz. La más afectada era Juanita la hija de él pues era su regalona y la más querida. Don Guillermo que así se llamaba el patrón pasó a un servicio mortuorio que había en el pueblo y escogió un buen ataúd y les dijo a los empleados donde debían enviarlo lo más pronto.

Llegó con el finado a la casa donde se vivieron las escenas más triste entre los familiares de don Ernesto mientras lo vestían para el viaje sin regreso; llegaron con el ataúd, una vez puesto el cuerpo dentro don Guillermo le dijo a los hijos, yo deseo velar los restos de su padre en la capilla de mi casa por lo tanto no arreglen nada y en una hora más lo vengo a buscar.

En el fundo paralizó todos los trabajos y todos querían colaborar en algo por don Ernesto, don Guillermo llamó a varios trabajadores y los llevó a la casa patronal y los puso a levantar un techo con carpas. Ala salida de la capilla pusieron las bancas que habían y otros construyeron más bancas las que esa noche no dieron abasto para tanta gente que acudió al velorio de ese hombre tan querido en ese lugar. Al otro día el dueño del fundo vecino ofreció la carroza para llevar el finado hasta el cementerio, otro vecino puso su camión a disposición de don Guillermo de manera que el cortejo lo componían dos autos y dos camiones repletos de gente, funeral nunca visto en la zona.

Una vez en el cementerio ya abierta la fosa, don Guillermo quiso despedir a su empleado pronunciando sentidas palabras, apreciando las virtudes que él tenía como hombre campesino, servidor intachable, de una voluntad a toda prueba. Terminó diciendo, don Ernesto que Dios lo tenga en su Reino y por que se lo merece reciba este aplauso de todos sus amigos que tuvimos el honor de conocerlo y que lo recordaran siempre. Por primera vez una persona muerta en su funeral recibía aplausos y un discurso lo que en esa zona fue una novedad. Termina-



dos todos los momentos de más pesar de los familiares, la vida comenzó a vivirse de otra manera, el hijo mayor tomó el puesto del capataz, mientras tanto todos comentaban la triste muerte de ese hombre de bien y sentían profundamente este hecho. Pero también había un animal que sentía lo ocurrido, y seguramente en sus instintos tenía sentimientos, se sentía el culpable de esa desgracia y tomó una decisión cruel. Los hijos del Capataz lo tenían en la pesebrera pero iban a darle más pasto y le ponían más agua y él no comía ni tomaba agua, entonces los jóvenes dijeron el Chiquitín esta triste lo soltaremos en el potrero con los demás animales, cuando lo soltaron el caballo salió lentamente y se puso bajo un espino, al otro día fueron a verlo y ahí mismo estaba, con la cabeza casi tocando el suelo, los muchachos se acercaron a verlo y no pudieron contener las lágrimas al ver como le corrían las lagrimas las que ya formaban dos pequeños charcos frente a sus ojos. Ellos comprendieron lo que le pasaba al noble animal y abrazando su cuello lloraron largo rato junto a él, le hablaban y lo palmoteaban haciéndole cariño, pero él seguía tal como lo encontraron. Entonces decidieron llevarlo de nuevo a su pesebrera, le pusieron pasto nuevo, agua y él seguía sin dar señales de que deseaba comer. Así pasaron tres días y Chiquitín no deseaba seguir viviendo sin su dueño. Una mañana cuando los niños fueron a verlo, estaba estirado en el suelo, ellos corrieron a verlo y él los miraba con unos ojos donde le corrían lágrimas. Era su mirada tan triste, que toda la familia arrodillada al lado de él lloraban abrazados al cogote del noble animal que seguramente sentía ser el culpable de la tragedia de su amo, rodeado de todos al poco rato estiró sus patas y como queriendo levantarse movió su cabeza y cerró los ojos para siempre. De más está decirlo la gran pena para la familia del capataz de ver el sacrificio del caballo por no tener a su amo a su lado.

Chiquitín fue enterrado cerca de su pesebrera para que no fuera devorado por otros animales y cuando los jóvenes pasan por ese lado lo recuerdan con mucho cariño y dicen: "dónde estará Chiquitín, con mi padre".

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

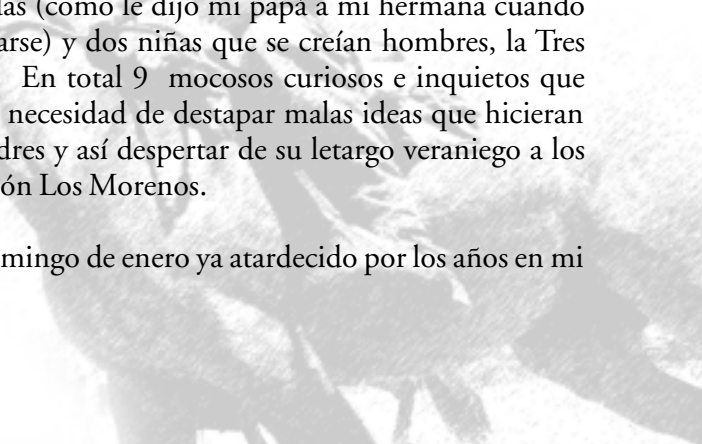
EL CABALLO DEL CALLEJÓN
LOS MORENOS

Cecilia del Carmen Contreras Valenzuela
50 años
Profesora Básica
Los Andes

La tarde calurosa, quieta, añeja, se dejaba caer en los rincones sombríos de aquel callejón solitario y polvoriento en donde nos juntábamos a jugar, a pata pelá, con las manos teñidas de tierra, la barriga llena de sandía y el ombligo al aire, los cabros de la cuadra.

Teníamos entre 5 y 11 años, estaba el Pimpollo, chiquillo gordo, negro como el carbón y baboso, al hablar mostraba un hilo de saliva que caía de su boca o se juntaba en su lengua formando una espuma blanca como si un caracol estuviera a punto de salir de entre sus dientes. También está él Pele, que era destacado por sus patadas en la cancha; el Mocotuna, un rucio que siempre pasaba con los mocos colgando; yo, el Mataguagua, como me decían todos porque mi papá era lechero y también estaban nuestros respectivos hermanos, los hijos de nuestras hermanas descarriadas (como le dijo mi papá a mi hermana cuando tuvo guagua sin casarse) y dos niñas que se creían hombres, la Tres Cocos y la Muñeca. En total 9 mocosos curiosos e inquietos que sentían la imperiosa necesidad de destapar malas ideas que hicieran rabiar a nuestros padres y así despertar de su letargo veraniego a los habitantes del Callejón Los Morenos.

Aún recuerdo ese domingo de enero ya atardecido por los años en mi memoria...





Vacacionábamos en el potrero y en la calle, era una tarde en blanco y negro. Los árboles polvorientos, casi dormidos de calor, tocaban con sus ramas grises de polvo el reseco suelo de ese trocito de ciudad pueblerina y pobre de Los Andes.

Estábamos sentados en el suelo, bajo la sombra de un árbol, cuando el Pimpollo empezó a contar unas viejas historias que había escuchado de su Tata.

Una de sus historias decía que en ese mismo callejón había vivido hace mucho tiempo el diablo, decía que su tatarabuelo había hecho pacto con el mandinga entregándole su alma y a cambio había recibido mucha fortuna y suerte, por eso a pesar de su facha (era más feo que el mismo Satanás) se había casado con una mujer muy bella, rubia y de ojos azules. Eso era verdad, lamentablemente para el Pimpollo había heredado el lado negativo de la familia. Todos hablaban y opinaban con respecto a sus historias terroríficas, yo encerrado en mis ocho inocentes años empecé a sentirme algo inquieto, pero no podía irme, no podía demostrar miedo, ¡No, no podía!, me tratarían de gallina, de mujercita y quien sabe de cuántas cosas más. A pesar de mi ficticia valentía, un suave hielo empezó a recorrer mi espalda. Así que apreté los dientes y sonreí como diciendo ¡qué tontos, mire que creer en esas historias fantásticas!

También nos contó que su padre había visto al mismísimo diablo comiéndose una de sus cabras. Estábamos en eso cuando al Pelé se le ocurrió una "gran idea" por lo menos así dijeron los otros chiquillos:

— ¿Por qué no hacemos que el Diablo venga?

Yo creo que nadie creía que ese personaje existiera, así que después de un profundo silencio el Pimpollo dijo:

— ¡Qué buena idea!

— Yo sé como llamarlo, dijo el Mocotuna, limpiándose la nariz con la manga brillante de su raída polera del Trasandino.

— ¿Cómo lo haremos?, preguntaron las mujeres del grupo haciéndose las valientes.

— Hay que tener velas, una botella, un trapo negro.
— Yo tengo velas —dije, para compartir con el grupo.
— Yo traeré lo demás, dijo el Pimpollo que era el líder, y levantándose del suelo dijo:
— Nos juntaremos aquí mismo en una hora más y pobre del que no venga.

Nada más decir, salí corriendo a mi casa a buscar las velas. Traté de entrar sin que me vieran, pero el ojo agudo de mi padre me localizó en el instante mismo en que me escondía detrás de la carreta.

— Ven, chiquillo moledera, anda a buscar el cuajo que esta leche se va poner rancia.
— Ya voy apá —dije sin protestar, subí corriendo las escalas crujientes de la autoconstrucción de madera y adobe que era mi hogar, tomé el cuajo y escondí las velas entre mis pantalones.

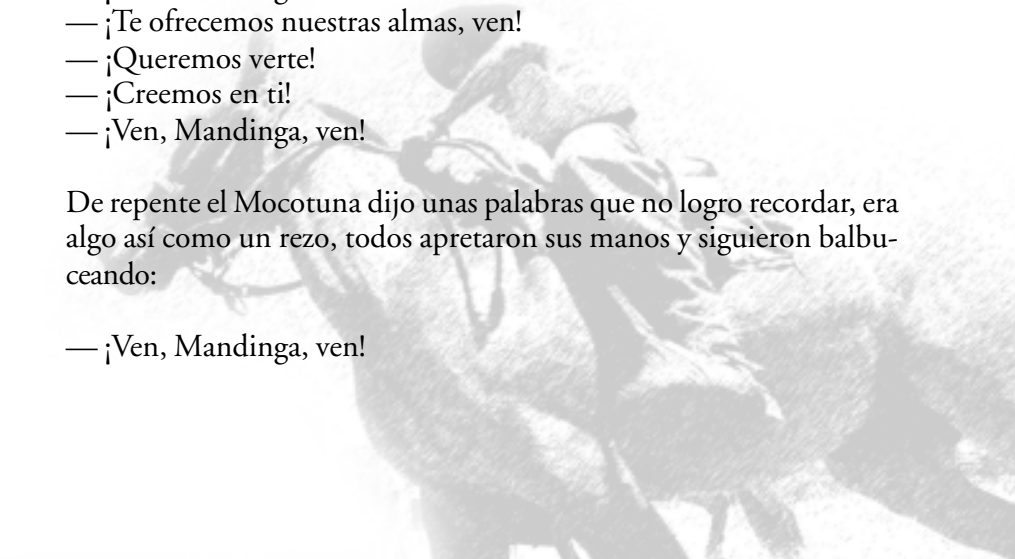
No recuerdo cómo logré llegar a tiempo a la esquina causante de mis pesadillas por muchos años, pero ahí estábamos todos, hasta las niñas llegaron a tiempo.

El Pimpollo tomó las velas, las encendió, puso el paño negro debajo de una botella en que la que sujetó las velas, nos sentamos cruzando las piernas y tomados de las manos comenzamos la ceremonia:

— ¡Ven, Mandinga, ven!
— ¡Te ofrecemos nuestras almas, ven!
— ¡Queremos verte!
— ¡Creemos en ti!
— ¡Ven, Mandinga, ven!

De repente el Mocotuna dijo unas palabras que no logro recordar, era algo así como un rezo, todos apretaron sus manos y siguieron balbuceando:

— ¡Ven, Mandinga, ven!





Tanto y tanto repetíamos lo mismo que ya estaba aburriéndome del versito cuando sentí que algo se movía delante de mí, al abrir los ojos vi un hermoso, brioso, negro y brillante caballo que se encontraba a menos de dos metros de nosotros. El animal nos miraba, movía la cabeza y rascaba el suelo con su pata izquierda. Era muy bello, un gran ejemplar. Todos los chicos se dieron cuenta de la inesperada visita.

Nos levantamos del suelo lentamente, con la curiosidad viva tanto en nuestras manos como en nuestros ojos nos acercamos para tocarlo. Necesitábamos tocarlos, necesitábamos sentir la suavidad de su pelaje. Nos acercamos sigilosamente, algo miedosos, pero ¡no podíamos dejar de tocarlo! El primero en hacerlo fue el Pelé, lo acarició y acarició sin parar, luego lo hizo el Pimpollo y no sé cómo en un segundo estábamos todos acariciando al animal. En un dos por tres el Mocotuna que era experto en saltos y cabalgaduras se subió al caballo...

— ¡Vengan, súbanse! —dijo, sonriendo como embrujado.

— ¡Vengan, vengan!... gritaba soltando una risa que llenó todo el lugar. Yo retrocedí. Me dio miedo su mirada, me dio miedo la forma cómo reía. Al retroceder pude ver que el animal también sonreía mostrando sus amarillos y grandes dientes. ¡Oh, Dios! Jamás olvidaré esa mueca que al formar una media luna con la comisura de sus labios enmarcaba sus ojos de tal forma que parecían sobresalir de sus órbitas.

Todos se fueron subiendo, el Pelé, el Pimpollo, las mujeres. Entre mi inconciencia, pensé que ya no cabrían más niños sobre el lomo del animal, pero el caballo se estiraba, crecía y crecía semejando un resorte que era estirado desde sus extremos por un ser invisible, infinitamente poderoso y fuerte. El animal se estiró dando lugar a cuanto niño se subiera sobre él. Mi hermano chico fue el último en subirse, mi sobrino y yo no lo hicimos, teníamos mojados los pantalones y no podíamos movernos, yo sólo atinaba a apretar su pequeña mano entre la mía, las dos sudadas y frías por la tensión del momento.

El caballo se estiro tanto que ya medía como cuatro metros de largo. De repente se percató de mi presencia, sus ojos llameantes se depositaron en mi cuerpo y quizás dándose cuenta que mi mirada era diferente a la de los otros niños, lanzó un bufido, tiró fuego por la nariz, rascó el

suelo con las patas hasta sacar chispas del polvo gris y salió volando con los niños en su lomo dejando a su paso una nube de polvo y llamas que trataba de envolvernos...

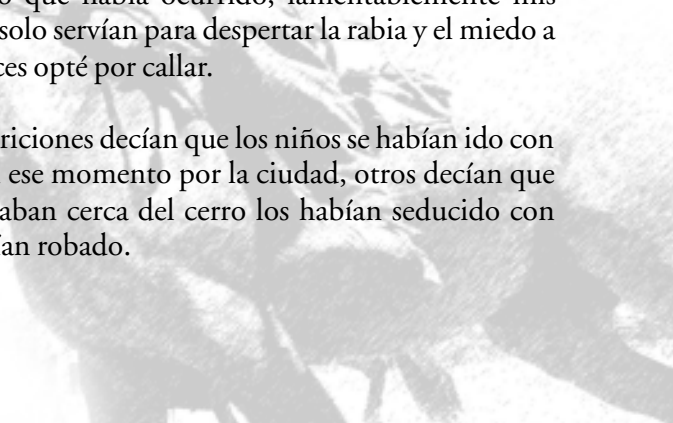
¡Todos esos niños en su lomo!

Todos gritaban tratando de soltarse y al mismo tiempo sujetarse para no caer al suelo. Traté de seguir su vuelo, pero el polvo chispeante pinchó mi cara y cegó mis ojos...

Cuando la nube de polvo empezó a dispersarse vi un bulto tirado en el suelo, algo pequeño e inmóvil. Era la Muñeca que había caído de ese terrorífico vuelo, cuando logré que mi garganta diera signos de vida, empecé a gritar despavorido, los vecinos salieron de sus casas con palos, escopetas, chuzos o lo que tuvieran a mano sin siquiera poder pronunciar una palabra vieron el horror que mostraban mis ojos. Mi mano alargada mostraba el pequeño bulto que yacía inconsciente sobre el suelo ya medio oscuro por el atardecer...

A veces no se distingue bien el paso del tiempo, pero todo cambia. El callejón se escondió entre cimientos de concreto, ahora un camino amplio, brillante y ruidoso serpentea hasta las faldas mismas de la cordillera, un enjambre de casitas multicolores se estacionaron en el potrero, ahí mismito donde se encontraron semi aturdidos y sin recordar nada de lo que habían vivido, los otros niños, pasajeros fortuitos de aquel vuelo infernal. Mi hermano estaba entre ellos, pero el Pimpollo, el Mocotuna y el Pele jamás regresaron, los buscaron por todas partes, rastrearon el cerro, el río y cuanto lugar se les venía a la mente, pero de los niños nada, era como si se los hubiera tragado la tierra, traté de explicar inútilmente lo que había ocurrido, lamentablemente mis entrecortadas palabras solo servían para despertar la rabia y el miedo a lo desconocido, entonces opté por callar.

Para explicar las desapariciones decían que los niños se habían ido con un circo que pasaba en ese momento por la ciudad, otros decían que los gitanos que acampaban cerca del cerro los habían seducido con galanterías y se los habían robado.





A pesar de mi silencio, el rumor de la presencia del mandinga en "El Callejón Los Morenos" empezó a crecer entre los habitantes de "Centenario". El progreso trató de esconder en el tiempo esta historia, pero los viejos sabemos que en las tardes quietas y solitarias de verano, se escuchan los gritos desesperados de los niños que tratan de regresar a sus hogares, entonces nos persignamos y rezamos un Padrenuestro...

Estoy cansado, no sé si con alegría o pesar observo que todo ha cambiado... Lentamente me dirijo a casa. Sin querer paso bajo el árbol que nos prestó su sombra dominical, aquel fatídico día. Un frío aterrador recorre mi cuerpo... Levanto mis ojos al cielo y veo dos grandes, gordas, blancas y armoniosas nubes que me saludan agitando sus rollizos brazos...

¡Si hasta el tiempo ha cambiado!

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL TIEMPO DE LAS INJUSTICIAS,
DEL MIEDO

Juan Manuel Maldonado Frías

33 años

Psicólogo, con especialidad en Desarrollo Rural y Psicología Comunitaria
Graneros

Durante el tiempo de los Gentiles, el pueblo estaba construido desde el otro lado de la quebrada, la quebrada esa en donde queman la ropa de las mujeres durante la ceremonia que se hace siete días después de haber muerto, la ropa y poquitas pertenencias que se queman de los hombres se hace en la otra quebrada, en esa que está al lado izquierdo cuando se llega al pueblo. También suelen sacrificar la mascota del difunto o difunta si es que hubiese tenido alguna, con la excepción de los gatos. Como sea, la quebrada a la que se hace ahora referencia es la otra, esa que está del otro lado, allí en las faldas del canal Llipi-Llipi era donde más antes estaba el pueblo, ahí donde todavía quedan algunas paredes de barro y piedra, también espíritus. Fue en el tiempo cuando los Gentiles previeron la llegada del Sol cuando decidieron construir el pueblo nuevo desde este lado de la quebrada, siguiendo así las instrucciones de los que anunciaron la llegada del Sol, desde entonces, hace miles de años que el pueblo ha estado aquí, después de los Gentiles, desde mucho antes de los Incas, de los Españoles, del Perú, de Chile.

Allí cerquita del Sol, a tres mil quinientos cincuenta y un metros de altura, construyeron el pueblo nuevo, pueblo bendecido y fecundado por volcanes cuyas formas redondeadas de sus pampas parecieran que



fuesen un gigante racimo que se recuesta desde las mismas puntas nevadas de Los Taapacas, canales empedrados van pasando por quebradas dando nombre y vida a cada rincón del pueblo. En la inmensidad del silencio el agua iba sonando Putire Putire Putire razón por la cual, desde entonces comenzaron a llamar al pueblo Putire Marka, Putre.

Durante el tiempo de la dictadura militar de Augusto Pinochet es que supieron haber muchas injusticias aquí en el pueblo. No mucho tiempo después de que los militares tomaron control del Gobierno también tomaron propiedad de los terrenos de Markapampa, ahí donde habían buenas tierras comunitarias y la cancha de fútbol, ahí donde habían tierras de Pachallampe, esa fiesta en que los aymaras del lugar bailamos y sembramos papas, en todo ese amplio terreno es que construyeron el primer Regimiento, el Huamachuco, luego trajeron los caballos, muchos caballos trajeron, primero nos informaron de que iban a hacer uso de los corrales comunitarios durante un tiempo, desde aquel mismo día nunca más hemos tenido los corrales de vuelta, ni hoy día cuando ellos ni siquiera los usan. Sobre los mismos corrales que habían sido construidos más antes por los abuelos, los militares levantaron sus nuevas caballerizas, esas grandes bodegas de ladrillo que están en Pampa Lluzcuma. Allí en nuestros corrales ellos pusieron sus caballos.

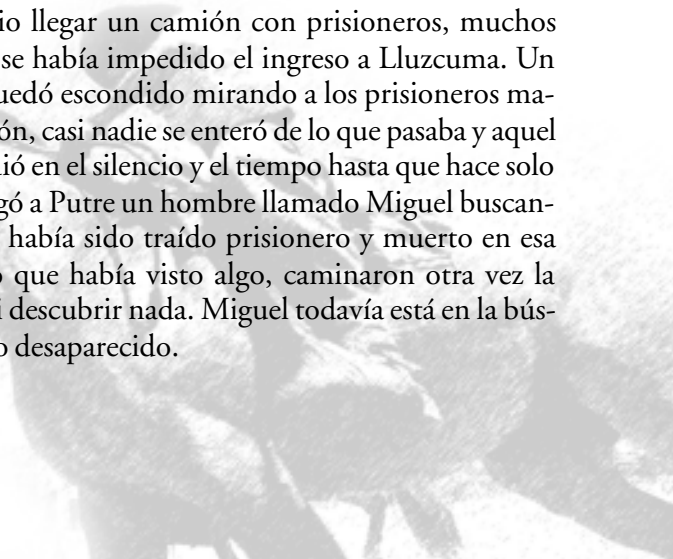
A veces también venía un veterinario, pero él solo venía a ver los caballos del Regimiento, sus caballos siempre estaban enfermos, de las patas sabían enfermarse los caballos. Mire como es la cosa, los militares por eso de ser tan ordenados y disciplinados limpiaban todos los días las caballerizas mojando y escobillando todo el suelo de concreto, entonces los caballos nunca juntaban paja o la propia mierda que les podría haber servido para temperar esas frías bodegas de ladrillos, no como los muros altos de piedra y barro con el que más antes se habían construido nuestros corrales comunitarios.

En un comienzo llegamos incluso a pensar que podría ser una buena alternativa económica la llegada del regimiento al pueblo por el hecho de que iban a necesitar pasto para sus caballos y les podríamos vender de nuestra alfalfa, pero no fue así porque ellos traían el pasto desde Santiago y cuando se les acababa, cosa que les pasaba a menudo, ellos, los militares, soltaban sus caballos allí en la pampa y como nuestros

predios no tienen cercos, los caballos sabían malograr los cultivos y comer de nuestra mejor alfalfa, pero qué podíamos hacer, nada, ¿a quién ibas a reclamar?, ¿a los carabineros?, ¿al gobierno? No teníamos a nadie, también teníamos miedo.

Todo eso que está detrás de las caballerizas pertenecía a los Luque y los militares les expropiaron todo, incluso la casa donde vivían, allí pusieron las canchas de tiro y por todas partes pusieron letreros que dicen: "No entrar, propiedad privada", cada vez que podíamos rompíamos los letreros y los escondíamos por ahí entremedio de las chilcas. Todo aquel terreno pertenece a la familia de Esteban, quien por aquel tiempo estaba cumpliendo su Servicio Militar en Arica y no sabía nada de lo que estaba pasando aquí con su familia, incluso cuando terminó su Servicio Militar llegó al pueblo todavía de uniforme ya que había decidido continuar una carrera militar, le habían ofrecido incluso la posibilidad de llegar a ser suboficial. Allí hasta la misma casa expropiada llegó Esteban buscando a su familia, pero ellos no estaban, se habían tenido que ir al pueblo, una vez que Esteban los encontró y supo lo que había pasado, ahí mismo se quitó el uniforme y desde entonces viene peleando que le devuelvan las tierras de su familia, los abogados y autoridades llenan a Esteban de esperanzas y oficios, pero nadie hace justicia a la lucha de Esteban, aun cuando todos sabemos que las tierras y la casa que están detrás de las caballerizas, han sido siempre de los Luque. Esas tierras donde los militares levantaron canchas de tiro y las huellas de sus pesados vehículos rompieron para siempre los cultivos.

Por allí una tarde se vio llegar un camión con prisioneros, muchos militares custodiaban, se había impedido el ingreso a Lluzcuma. Un abuelo del pueblo se quedó escondido mirando a los prisioneros maniatados bajar del camión, casi nadie se enteró de lo que pasaba y aquel extraño bus casi se perdió en el silencio y el tiempo hasta que hace solo un par de años atrás llegó a Putre un hombre llamado Miguel buscando un compañero que había sido traído prisionero y muerto en esa pampa. Con el abuelo que había visto algo, caminaron otra vez la pampa sin encontrar ni descubrir nada. Miguel todavía está en la búsqueda de su compañero desaparecido.





Mal es que le supieron pegar a Huanca una noche en que se lo llevaron detenido al Regimiento, allí mucho y mal es que le supieron pegar. De una fiesta se había ido Huanca esa noche cuando se encontró con una patrulla militar quienes le detuvieron y pidieron identificación, Huanca estaba aburrido de esos trámites, mire que para salir de la casa hay que llevar identificación, Huanca era de aquí del pueblo desde el tiempo de los gentiles, no era él el que recién había llegado.

"En mi tontera de borracho, en mi ignorancia, por esas hueás tontas que hacemos solo cuando estamos borracho, es que con enojo les dije que yo era del MIR, sin tener idea de lo que MIR significaba. Eran ellos, los milicos, los que siempre preguntaban si nosotros éramos del MIR". Por Mirista es que lo llevaron directamente al Regimiento, allí mal le supieron pegar a Huanca, hasta que se cansaron, mal le pegaban al mismo tiempo que le preguntaban por sus conexiones en el MIR. Un MIR que Huanca absolutamente ignoraba. Todavía les tiene miedo a los milicos Huanca, les evita incluso la mirada.

Camino a Ancache hay unas quebradas que cortan los cerros a filo como garganta del diablo, son unos filones que cortan en seco y en mortal caída, es una quebrada que nunca nadie ha subido, allí fueron algunos viejos del pueblo a tirar sus escopetas o cualquier arma de fuego que tenían y usaban para ahuyentar guanacos y tarucas que llegan a comer la alfalfa y perjudicar los cultivos. Los militares que construyeron dos Regimientos alrededor del pueblo nos habían prohibido las armas de fuego.

Poco tiempo después que terminaron de construir el Regimiento Huamachuco, comenzaron a construir el otro Regimiento, el Pacoyo, ese que está allá arriba en el pueblo, también lo construyeron sobre tierras comunitarias. Así Putre quedó en medio de dos regimientos construidos bajo la paranoia de la guerra.

En Putre, en ese pueblo que hasta entonces se podía escuchar el silencio, cientos de soldados se preparaban para la guerra, habían ráfagas de metrallas, disparos, humo y pesadas bombas que hacían remecer la tierra, por ese entonces las gallinas no ponían, los animales mal parían, las vacas no querían dar la leche y a veces por las mañanas, junto al

alba, cuando las familias se preparaban para ir a trabajar la tierra, se encontraban con soldados en sus casas, en traje de guerra, con fusil y las caras tiznadas, diciendo que nadie podía salir de la casa, porque "el pueblo estaba tomado", así los habitantes de Putre debían quedarse prisioneros en sus propias casas, en su propio pueblo, con la preocupación de que los animales estarían todo el día en el corral sin comida y sin agua, nadie regaría las habas, el orégano, ni tampoco las papas.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

LA MEDALLA

Hugo Andrés González González
52 años

Labores docentes en el Liceo Ignacio Carrera Pinto y en Colegio
Santa Inés
San Vicente de Tagua Tagua

Dicen que esto ocurrió en un fundo de los alrededores de San Vicente de Tagua Tagua a comienzos del siglo XX, cuando aún en el léxico del agro chileno no se conocían las palabras justicia social y reforma agraria.

Mientras presenciaba un partido de fútbol en una de las canchas de la Rinconada del Tambo, uno de los lugareños, sabio, venerable y respetado anciano, a raíz de lo que le comenté que cuando llegaran las misiones del padre Alberto Jara pensaba ir a la misa de madrugada, me refirió la siguiente historia:

— Ya que usted habló de las misiones, le voy a contar algo que ocurrió durante el desarrollo de éstas en un fundo de más allá a comienzos de siglo.

El dueño de esa gran propiedad agrícola, que tenía sus güenas hectáreas, estaba llegando al término de su vida, pero aún se comportaba como un señor feudal cualquiera, de esos que tanto hablan los libros de Historia de la Edad Media. Incluso los pobres inquilinos recordaban que el patrón, cuando aún "se la podía", exigía las mozas más apetitosas que contraían matrimonio dentro de sus dominios el arcaico derecho de "pernada".

Conforme entraba en años, ese caballero, cuyo nombre de pila era Jaime, se ponía más cicatero, desconfiado y tirano con sus desdichados trabajadores, los cuales por necesidad tenían que aguantar sin chistar sus abusos. En los corrillos de trabajadores que se juntaban a desgranar maíz en los galpones, cuando las lluvias de agosto les impedían trabajar en los potreros, no faltaba el que decía:

— ¡Chi, este viejo retamborea'o es tan apreta'o que ni un pe'o se tira pa' no compartir con otros la hediondez!

Viendo que sus días aquí en la tierra estaban llegando a su término y que don Sata pronto se lo llevaría al averno para alegría de todos los que sufrían, el jutre comenzó a ordenar las cosas para hacer el traspaso de su extensa propiedad al único hijo, que a la fecha cursaba su último año de agronomía en la universidad.

Un problema que le quitaba el sueño al longevo latifundista era saber qué trabajadores le robaban y cuáles no, pues para nadie era un secreto que los inquilinos, debido a lo miserable de la paga que recibían, la cual incluso a veces era "recortada", habían ideado otra forma de pagarse con especies de propiedad de don Jaime, tales como zapallos, cebollas, porotos e incluso aves de corral.

Cierto día de 1914, la solución llegó a las puertas del fundo. El padre Pérez venía a hacer las "misiones" durante esa semana. La llegada de ese buen religioso revolucionó a las gentes del lugar, las madres que tenían crías chicas empezaron a amononarlas pa' que fueran bautizadas, los chiquillos más grandes tuvieron que dejar de pelotear o ir al cerro, para dedicarse a la preparación de la primera comunión o de la confirmación y más de algún "huaso ladino" que vivía a "la mala" con su mujer, o como dicen los bien hablados vivían "amancebados", tuvieron que prepararse para arreglar esa situación tan poco cristiana.

La capilla del fundo estaba recién construida y ese año tendría su inauguración oficial. Todos recordaban la mansa pelea que hubo entre el patrón viejo y el nuevo cuando se decidió la construcción de ese templo para Dios. El joven Diego, que siempre llegaba de la capital cargado de libros, le argumentaba al progenitor:



— ¡Mire, papá, no cree que es más urgente construir una escuela para que los niños de los inquilinos aprendan a leer y escribir y así mejoren su nivel de vida!

Airado, don Jaime le respondió:

— Diego, esa gente no necesita saber más de lo que se requiere para trabajar la tierra. Si los educamos, mañana estarán reclamando por sus derechos, porque de seguro que van a leer sobre la Revolución Francesa y sobre ese tal Carlos Marx. Bueno, además de todo yo soy el dueño del fundo y aquí se hace lo que yo diga, así que deja de lado tus sugerencias "liberales" y vuelve a tus libros.

La marcha de las misiones se desarrollaba sin novedad, hasta que un día el padre Pérez tuvo que ir por toda la jornada a San Vicente. Como salió de madrugada, nadie lo vio partir.

— ¡Ésta es la mía!, murmuraba don Jaime mientras se ponía la sotana del curita. ¡Ahora voy a saber quién es quién entre mis peones! Se metió en la capilla que estaba en penumbras, tocó la campana y llamó con la voz más dulce que pudo a los campesinos pa' que fueran a confesarse. Obedientes los inquilinos lo hicieron y, por temor a Dios, dijeron to' o lo malo que habían hecho, desde las cura'eras, las pega'as de nuca y hasta las golvizas que algunos les propinaban a sus "iñoras" y a sus retoños. La pregunta que más tardaban en responder era la que con insistencia les hacía el "pairecito":

— Dime, hijo, ¿le has robado algo al bueno de tu patrón?

Avergonzados, confesaban que sí, que de repente el Diablo los tentaba y le robaban algunas cositas.

El "religioso" con dulzura les decía:

— No te preocupes, hijo, como penitencia tendrás que rezar hartito y llevar esta medallita de la Virgen que te voy a regalar, el tamaño de ella está en relación con lo que has robado, al que robó menos le toca la más pequeña y al que robó más le corresponde la de mayor tamaño.

En ese fundo había un "puta maire" que se llamaba Fermín Rosales, pero nadie lo llamaba por sus nombres, sino por su apodo, que era "El Lechuza", debido a sus hábitos nocturnos. De día, ese badulaque era un ejemplar trabajador, pero en la noche se transformaba en un verdadero demonio, salía y "arrastraba" lo que podía. Era tanto lo que robaba que los viejos, al verlo, le decían: "¡me con' que es cazadora esa lechucita!". El hombre era cuarentón, vivía solo en una de las casas del fundo, pues según él, casarse era perder el tiempo y complicarse la vida, "total lo que hace un casa'o yo pue'o hacerlo soltero". Efectivamente lo hacía así, porque por allá en un fundo vecino tenía una "Chei", con la cual se desahogaba pasionalmente, incluso los "cahuineros" decían que había teni'o con ella un par de "lechucitos". Cuando este pillo se fue a confesar, el jutre le dio la medalla más grande, pues era el que más le robaba, creo que hasta anda'a aparraga'o por el peso de ella.

Parece que la gracia de don Jaime no le cayó na'a de bien al "jutre güeno" del cielo, ya que esa misma tarde el patrón comenzó a sentirse mal y en la noche entre gritos de arrepentimiento "paró las chalas". Después de los funerales, don Diego reunió a los trabajadores y les dijo:

— A contar de mañana, yo me haré cargo del fundo, quiero que todos ustedes estén aquí en el patio a las 8 y que traigan puestas las medallas que les dio el padre Pérez cuando los confesó.

Al día siguiente, con puntualidad inglesa, todos se formaron, luciendo en sus pechos las medallas que iban de menor a mayor tamaño. El patrón nuevo los miró a todos y al notar que uno no la tenía, les señaló:

— Mi padre los engañó, el otro día no fueron confesados por el padre Pérez, sino por él que se puso los hábitos de ese buen religioso y esa medalla que les dio a cada uno como penitencia tiene la cuantía de lo que ustedes robaron. Antes de morir me pidió que los despidiera a todos por ladrones y sin pagarles un peso, pero no haré tal cosa, todos merecemos una segunda oportunidad. A contar de ahora las cosas van a ser muy distintas aquí y Fermín Rosales, que es el único que no lleva una medalla, por su honradez y fidelidad a mi padre, será a contar de este momento mi capataz.



Cuando se fue don Diego, le llovieron las felicitaciones a "El Lechuza", pero nadie se explicaba cómo era que no tenía la medalla que le había entregado el patrón viejo luego de su confesión, la que era casi del porte de una rue'a de carreta.

Sonriente y calmado, Fermín comenzó a contar:

— Lo que pasó es que ayer fui al estero Zamorano a pegarme una bañá, ya que esta noche tengo que ir a "lachar" y no voy a ir to'o cochino. Con respeto me saqué del pecho la medalla y la dejé encima del pasto, no sin antes decirle a la madre de Jesús:

— ¡Virgencita, perdóneme, pero voy a dejarla aquí un ratito mientras me saca to'o el piñén! No me crean loco, pero estoy seguro que al terminar de decirle eso, ella me cerró un ojo.

Luego de hacer una pausa pa' ordenar las palabras, "El Lechuza" siguió contando:

— Cuando que'é limpiquito, me puse la ropa y busqué la medalla, pero no la pu'e encontrar y es por eso que no la tengo en mi pecho. ¡No sé por qué, pero creo que a mí la Virgen me dio una segunda oportunidad, pues si el nuevo patrón hubiera visto el tamaño de mi medalla, seguro que me mete preso.

Desde ese día, tal como lo dijo don Diego, las cosas cambiaron hartito en el fundo. Al lado de la capilla se construyó una escuela primaria, donde los niños y los viejos aprendieron a leer y a escribir, los salarios fueron más justos y el trato del jutre fue más humano con los inquilinos. El hombre se hizo querer por to'a la "gallá", menos por los dueños de los otros fundos que lo veían como un "mal ejemplo".

Fermín Rosales, que era mi padre, agradecido de la Virgen María, fue al día siguiente a buscar la medalla y la encontró a la vista de to'os encima de una mata de galega. Nunca contó lo que habló con ella, pero desde ese entonces, le cambió el rumbo a su vida. Partió a caballo a buscar a mi madre y en la misma capilla del fundo, el padre Pérez los casó y me bautizó a mí y a mi hermano mayor. De ahí pa' adelante la

gente, que por la escuela esta'a más letrá, empezó a llamarlo con el sobrenombre de "ex Lechuza" y esta medalla que llevo en mi pecho, me la dejó de herencia cuando se murió. ¡Mire, lea lo que dice en la parte de atrás!

Cogí la inmensa medalla, que era más grande que los pesos de los tiempos de nuestros abuelos, miré por unos instantes el sereno y bello rostro de la Virgen María, luego la di vuelta y leí:

Virgen del Carmen querida
Que un día cualquiera
Cambiaste pa' siempre mi vida
Te llevaré en el corazón hasta que muera.

Fermín Rosales, diciembre de 1914.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

DE REGRESO AL HOGAR

Lucía del Carmen Duarte Vargas
34 años
Auxiliar de Enfermería
Nancagua

Falta muy poco para llegar, desde aquí se siente el olor a pasto verde y puedo escuchar las hojas que se mecen en los árboles mientras cruzamos la cuesta. Pareciera como si con sus ramas nos quisieran abrazar al acercarnos cada vez más.

Es increíble el tiempo que ha pasado, las cosas que han sucedido en todos estos años, las historias por contar.

Desde aquí puedo divisar los troncos que en forma de asiento quedaban a un kilómetro de la entrada de la Casa Grande. Aún acogen al caminante que desea descansar por un momento, o están allí simplemente llenándose de recuerdos.

Cómo olvidar, si parece que fue ayer cuando junto con los demás chicos pasábamos tardes enteras jugando a ser mayores, ahí la inocencia todavía era dueña de nuestros corazones.

Recuerdo las escapadas que hacíamos a un cerro que estaba frente a la casa, era realmente emocionante ir a buscar los caballos y las vacas, internándonos cada vez más en el bosque que estaba más arriba.

Los animales eran de don "Tito", su dueño, en realidad, el dueño de todo aquel campo, él era el empleador y patrón de mis abuelos, quienes vivían en una casa que tenían detrás de la Casa Grande.

Yo, desde muy pequeña, solía irme de vacaciones para allá, en el verano sobre todo, aunque muchas veces a mis papás no les parecía muy bien; decían que les podía incomodar la visita a mis abuelos, ya que ellos simplemente eran los empleados del lugar; pese a que nunca vi el trato de patrón a sirviente, sino más bien un trato de amistad de ambas partes.

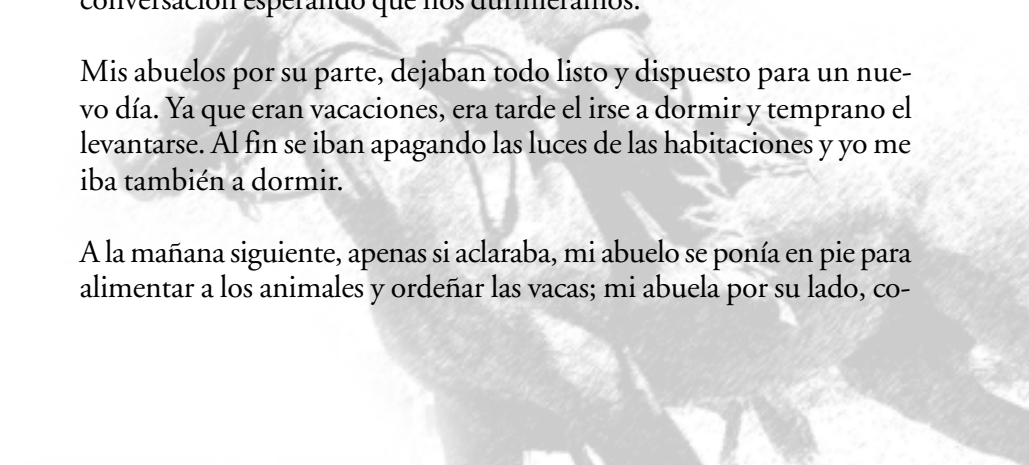
Don Tito y su esposa iban a la hacienda cada vez que podían, un festivo, un fin de semana, y sobre todo en verano, pasaban a recogerme justo después de Navidad ya que el Año Nuevo lo pasábamos allá todos juntos, mis papás y mis hermanos (somos cuatro, soy la número tres, un hombre y tres mujeres)

Ellos sólo se quedaban lo que duraba el Año Nuevo, mis padres trabajaban y mis hermanos no tenían ningún interés en ir a encerrarse en un lugar donde sólo se escuchaba el cacareo de las aves y donde una tarde entretenida significaba ir al cerro en busca de alguna aventura, o simplemente quedarse tendido en el pasto leyendo un buen libro. Eso para ellos era realmente desagradable. De cualquier modo yo me las arreglaba para pasarlo bien.

Nos juntábamos un grupo de diez niños más grandes que yo y menores también. Todos nietos de don Tito y la señora Inés, su esposa. Recuerdo las eternas y entretenidas noches que pasábamos jugando a las cartas y a las escondidas, mientras los adultos agotaban los temas de conversación esperando que nos durmiéramos.

Mis abuelos por su parte, dejaban todo listo y dispuesto para un nuevo día. Ya que eran vacaciones, era tarde el irse a dormir y temprano el levantarse. Al fin se iban apagando las luces de las habitaciones y yo me iba también a dormir.

A la mañana siguiente, apenas si aclaraba, mi abuelo se ponía en pie para alimentar a los animales y ordeñar las vacas; mi abuela por su lado, co-





menzaba a preparar el rico pan amasado, recién sacado del horno, ahí comenzaban a despertar uno a uno, sólo con el rico olor del pan.

Otro día comenzaba, lentamente, y sin darme cuenta uno tras otro se dibujaban los atardeceres, hasta que el verano se acababa. El pasto se empezaba a secar, el azul del cielo se tornaba gris, y las hojas de los árboles se vestían de amarillo, cayendo día a día, tapizando el suelo de dorado, dando paso así al otoño.

Luego llegaba el invierno, arrasando con lluvias y vientos, caída de árboles, calles anegadas, en fin, todo lo que la naturaleza puede causar con su furia a veces.

Muy pocas personas pasaban allí el año completo, la mayoría lo hacía sólo los veranos, excepto los lugareños que tienen sus casas y hacen del trabajo del campo su fuente económica, entre ellos mis abuelos. Nacieron allí, pese a tener una casa muy cerca de mis padres, preferían llevar una vida menos agitada, decían ellos, además de estar lejos del ruido de las calles y los autos, ahí se respira aire puro.

En eso coincido totalmente con ellos, no hay nada más agradable que despertar con el canto de los pájaros y ver como se asoma por la ventana tímidamente el sol, dejándose acariciar por él.

Al fin casi llegamos, algo nos detiene y nos tenemos que estacionar, un grupo de ciclistas va en sentido contrario, escoltados por carabineros motorizados, así quedan unos minutos que me hacen recordar.

Otra vez me veo corriendo bajo el sol, amontonados todos los chicos detrás del sonido de la campana que se tocaba cada vez que llegaba la hora del té.

Mi abuela preparaba su especialidad, que eran las tortas. Como era su receta no sabíamos cómo llamarla y le pusimos la "torta Luz", por su nombre, que era así como ella se llamaba.

Así como su especialidad eran las tortas, también lo eran todos los postres dulces, a pesar de que ella no podía ni siquiera probarlos, pues

sufría de diabetes y también del corazón. Pero cómo privarse de aquellas exquisiteces, si era ella misma quien los hacía, por lo mismo estaba bastante gordita, y eso tarde o temprano le traería consecuencias.

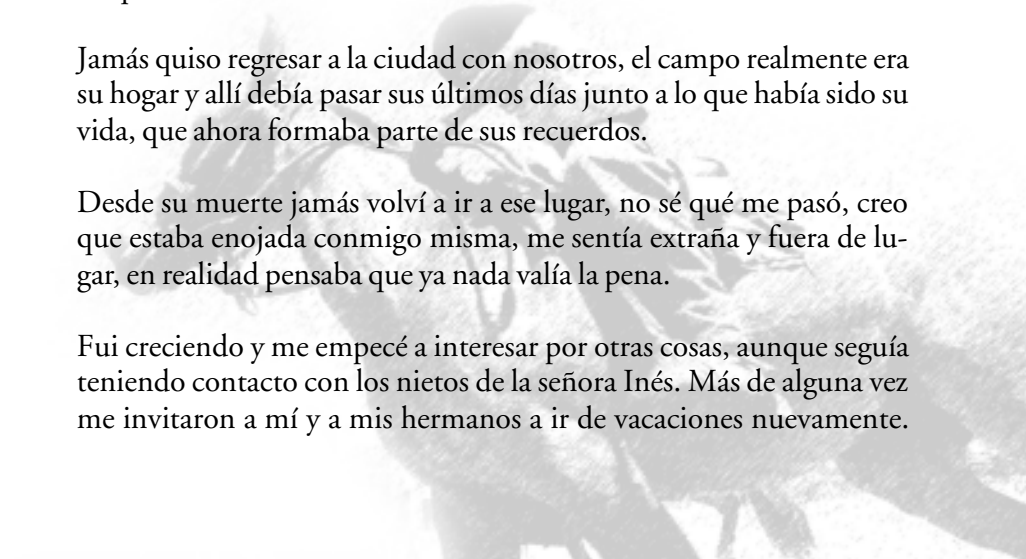
Un día salimos a comprar con la señora Inés, me pidió que la acompañara para ayudarle a llevar el carro. Al volver mi abuela tomó las bolsas, sólo alcanzó a dar unos pasos y cayó al suelo. Los hijos de don Tito salieron de inmediato con mi abuela al hospital, sólo alcancé a tomarle la mano antes de partir. Yo estaba muy asustada, los que quedaron ahí me dijeron que había sido sólo un desmayo y que todo estaría bien. Algo dentro de mí me decía que sería la última vez que vería con vida a mi abuela. En efecto, no fue sólo un desmayo, sufrió un infarto, antes de llegar al hospital dejó de existir. Fue como si se me desgarrara el corazón. Pero quien estaba realmente destrozado era mi abuelo, más de 50 años juntos, toda una vida compartiendo alegrías, penas, soportando cansancio y el peso de los años, pero siempre juntos, siempre unidos. No recuerdo haberlos visto discutir alguna vez. Solían tomarse de la mano y dar un paseo luego de terminar sus labores, no importaba si era de noche o hacía frío, estaban ahí y lo mejor: estaba el uno para el otro.

No puedo evitar escapar las lágrimas mientras los recuerdo. A los dos años de la partida de mi abuela le tocó el turno a él, a veces creo que murió de pena, nunca volvió a ser el mismo, sus labios jamás volvieron a sonreír, y sus palabras a veces salían entrecortadas, aguantándose de que no lo vieran llorar.

Jamás quiso regresar a la ciudad con nosotros, el campo realmente era su hogar y allí debía pasar sus últimos días junto a lo que había sido su vida, que ahora formaba parte de sus recuerdos.

Desde su muerte jamás volví a ir a ese lugar, no sé qué me pasó, creo que estaba enojada conmigo misma, me sentía extraña y fuera de lugar, en realidad pensaba que ya nada valía la pena.

Fui creciendo y me empecé a interesar por otras cosas, aunque seguía teniendo contacto con los nietos de la señora Inés. Más de alguna vez me invitaron a mí y a mis hermanos a ir de vacaciones nuevamente.





Jamás volví, todo intento fue inútil; hasta que un día por fin me decidí a volver. Vine, pero sólo me quedé en la entrada. No podía creer lo que estaba pasando, la propiedad, con casa incluida se la habían vendido a un matrimonio extranjero, y pensé "¿Qué voy a hacer con mis recuerdos ahora? Toda mi infancia está ahí y quedará sepultada junto con mis abuelos" Fue una pena muy grande la que sentí, me dio la sensación de que unos intrusos se estaban robando mi niñez y yo no podía hacer nada.

Sólo pude divisar desde lejos a un hombre muy alto, y su esposa bien parecida. Pensé que eran solos, hasta que un muchacho de pelo rizado se acercó diciéndome que serían los nuevos dueños. Me dio mucha tristeza y rabia también. ¿Quién era él para decirme eso? No era justo pensar que ya nunca más volvería al que un día también fue mi hogar. Al cabo de unos años perdí el contacto con el lugar, traté de desconectarme totalmente, estudiando y trabajando, pero siempre estaba la tristeza que se había quedado guardada en un rincón oscuro de mi corazón.

Antes de entrar, nos desviamos a otro lugar, espero me perdonen desde donde estén por haberlos abandonado tanto tiempo. Tomo unas rosas blancas y las coloco en sus tumbas, dejando caer en pétalos las que me sobran, simulando una alfombra blanca.

Seguimos, sin duda estoy a segundos de encontrarme con mi pasado que parecía dormido y olvidado. Nos estacionamos, veo a las personas que se acercan mientras bajamos, digo bajamos ya que no vengo sola. Hace unos años conocí a un hombre maravilloso, tenemos una hijita que lleva el nombre de mi abuela, Luz María.

Un aire tibio empieza a recorrer mi cuerpo, los mismos caminos, los mismos árboles, pero ya desgastados, aún conservan nuestros nombres grabados en los troncos.

Comienzan a unirse a nosotros mis padres, mis hermanos, todos con sus familias, muchos niños a mi alrededor, incluyendo los hijos del matrimonio que allí trabaja.

Y el porqué estoy aquí ahora, el hombre que sería mi compañero es el chico de cabello rizado, al que vi sólo una vez, cuando aún era una niña. Sus padres decidieron hacernos un regalo de bodas, ¡y qué regalo!: me devolvieron mi niñez, y ahora mi corazón está tranquilo.

Se acerca la hora del té, aprendí a hacer la torta de la abuela, y mi hija, Luz María, comienza a dar sus primeros pasos, justo hoy. Me lleno de emoción, y por un momento puedo verme a través de ella corriendo por el patio.

No sé si fue casualidad, el destino tal vez, o lo que haya sido, pero doy gracias a Dios por la hija maravillosa que nos dio y también por traerme de regreso al hogar.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

UNA VIDA DE SACRIFICIO

Rosa Estelvina Duarte Vargas
18 años
Estudiante de Pedagogía en Inglés
Nancagua

José se sentó un momento a descansar. Había trabajado toda la mañana y su cuerpo ya no resistía un minuto más de pie. Sentía sus brazos pesados y sin fuerza para continuar. La piedra donde yacía sentado no era la más cómoda pero a esas alturas ya cualquier cosa era mejor que seguir trabajando en la limpieza de aquel estero. Estuvo allí unos pocos minutos hasta que de pronto un grito estruendoso lo hizo ponerse de pie.

- ¡José!
— Sí, patrón, mande no má'.
— ¡Huaso bruto! ¿Crees que te pago para que descanses?

Su voz era tan amenazante que José nunca se había atrevido a mirarlo a los ojos, y aunque hubiese sido capaz, su patrón no se lo habría permitido.

- No, patroncito, perdone usté', no va a volver a pasar, se lo juro por mi taitita que está en el cielo.
— ¡Claro que no volverá a ocurrir! No es la primera vez que te veo "sacando la vuelta" hoy día, así que más te vale que no vuelva a pasar porque de lo contrario no te pagaré ni un peso ¿Me escuchaste?
— Sí, mi patrón.

— ¡Y ahora ponte a trabajar, chiquillo inútil! —y diciendo esto se fue.

José cogió su pala y continuó con su trabajo, en medio del estero, vacío de agua pero lleno de maleza. No podía dejar que su patrón no le pagase por ese trabajo, claro que decir que le pagaba era una completa burla, pues aquel sueldo no se lo merecía ni la persona menos trabajadora del mundo, ni siquiera le alcanzaba para comer él y su familia. Si no fuese por la ayuda de don Fernando y de algunos trabajadores que lo estimaban mucho, ellos ya habrían muerto de hambre hacía ya mucho tiempo.

Con mucho esfuerzo José seguía trabajando, enterraba la pala con fuerzas y arrancaba la maleza lanzándola hacia uno de sus costados.

— ¡José! —a lo lejos se sintió una voz masculina que lo llamaba.

— ¡José! —los pasos de una persona que se acercaba se sentían cada vez más fuertes hasta que la figura robusta de un hombre se detuvo delante de él.

— Don Fernando, buenos días —dijo José haciendo una reverencia con su chupalla.

— Dígame, ¿en qué pueo' servirle?

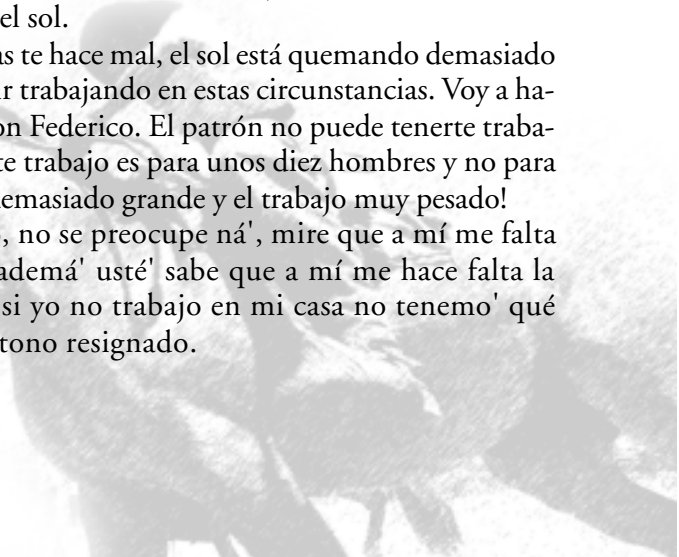
— José, —dijo amablemente don Fernando— me encontré recién con tu madre y me pidió que te avisara que ya el almuerzo está listo, que vayas pronto.

— Gracia' pue', voy altirito pa' allá —y junto con decir esto salió del estero y se puso su camisa a cuadros.

— Muchacho, pero mírate cómo estás —le dijo don Fernando viendo su torso quemado por el sol.

— Trabajar a estas horas te hace mal, el sol está quemando demasiado fuerte, no puedes seguir trabajando en estas circunstancias. Voy a hablar hoy mismo con don Federico. El patrón no puede tenerte trabajando a ti solo aquí, este trabajo es para unos diez hombres y no para uno solo ¡El estero es demasiado grande y el trabajo muy pesado!

— No, don Fernando, no se preocupe ná', mire que a mí me falta repoco pa' terminar, además' usté' sabe que a mí me hace falta la plata pue', no ve que si yo no trabajo en mi casa no tenemo' qué comer —dijo con un tono resignado.





— Sí, José, pero éstas no son condiciones de trabajar, no puedes seguir así muchacho. Ya te dije que hoy mismo voy a hablar con don Federico.

— No, no le dé má' problema' al patrón, mire que harto ha hecho ya con pasarno' la casita donde estamo' viviendo pue', así que no le dé má' problema' por culpa mía ¿ya?

Su tono humilde causaba admiración en don Fernando. No entendía cómo una persona podía aguantar tantos malos ratos en su vida. Conocía a ese muchacho de toda la vida y siempre fue testigo de la manera en que don Federico lo trataba: siempre lo humillaba y no perdía la oportunidad de "sacarle en cara" que sin su ayuda él y su familia estarían botados en la calle

— Ahora, con su permiso, don, me voy a almorzar —y haciendo una reverencia se despidió.

Don Fernando era el capataz de la hacienda y era un verdadero ejemplo para José, quien a sus 17 años lo único que deseaba era ser como él: una persona fuerte, imponente, respetable, honesto y, sobre todo, educado, eso era lo que más anhelaba, tener educación. Lamentablemente había tenido que dejar la escuela a los 12 años para dedicar su tiempo completo al trabajo y poder mantener a su madre y a sus hermanos. Don Fernando, quien nunca estuvo de acuerdo con esa decisión, hizo todo lo posible por ayudar a José. Le enseñó a trabajar con los caballos y las vacas, con las plantaciones y los frutos, le enseñó cómo administrar una hacienda y actualmente le enseñaba algunos modales y a hablar de una forma correcta. José tenía todo lo que se necesitaba para trabajar como su ayudante personal, pero don Federico, su patrón, nunca había permitido ascenderlo de puesto, siempre se negaba de una manera rotunda. Muchas veces don Fernando había creído que existía un odio del patrón hacia aquel muchacho, pero luego desistía de eso, no existían motivos para que éste lo odiara, aparentemente no.

José llegó corriendo a su casa. Era una casa pequeña, de madera, mal construida, humilde. Parecía ser que el patrón había escogido la peor construcción para cedérsela a su familia, pero era lo único que tenían y no podían darse el lujo de dejarla, era su único hogar.

— ¡Ya llegué mamita! —dijo abrazando y besando a la mujer que había junto a la cocina a leña. Ella era su vida, su razón de vivir, todo su mundo. Era una mujer esforzada y madrugadora y eso se notaba en su rostro arrugado y cansado de tanto trabajar.

— Siéntese pa' que coma, mire que sin fuerza' no puee' trabajar.

— Sí, mamita, oiga, ¿y lo' niño'?

— Todavía no vuelven de la escuela pero deben de estar por llegar.

En efecto, al poco tiempo llegaron a la cocina dos pequeños, una niña de 7 años y un niño de 6, que alegremente abrazaron a su hermano. Luego se sentaron a la mesa y comieron lo que había para ese día, un caldo muy líquido que apenas tenía algún aliño, pero para ellos era un rico almuerzo. Después de un corto momento José se levantó, lavó su plato y se despidió de su madre.

— Vuelvo a la noche, mamita.

— ¿Y por qué tan tarde?

— Es que tengo requete harto trabajo y usté' sabe, al patrón no le gustan las personas flojas.

— Sí, mi José, pero no puedes esforzarte tanto, tú sabí' que a la larga eso te puede hacer mal.

— Sí, mamita, no se preocupe tanto, si yo me sé cuidar ¿ya? La que se tiene que cuidar es usté', que parece que anda un poco resfriá'.

En efecto, su madre no andaba muy bien de salud.

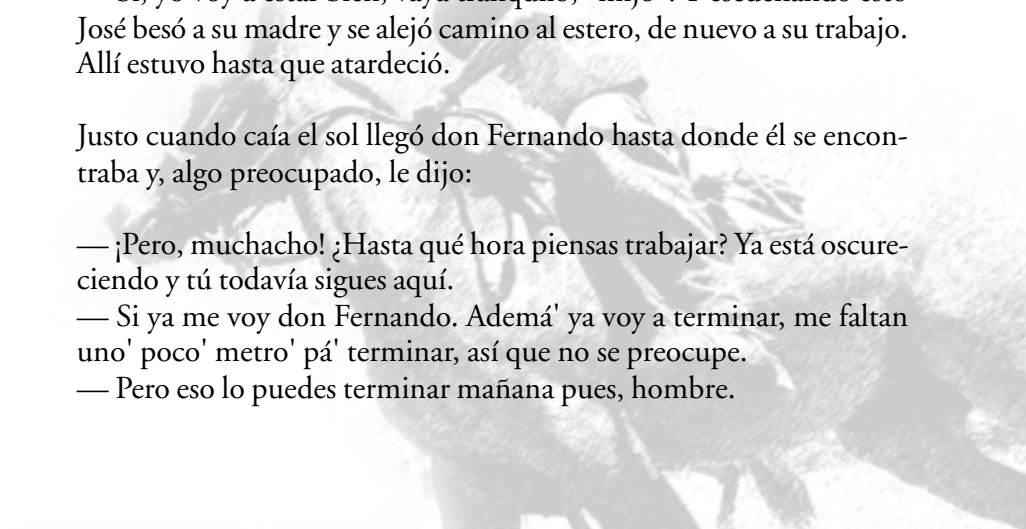
— Sí, yo voy a estar bien, vaya tranquilo, "mijo". Y escuchando esto José besó a su madre y se alejó camino al estero, de nuevo a su trabajo. Allí estuvo hasta que atardeció.

Justo cuando caía el sol llegó don Fernando hasta donde él se encontraba y, algo preocupado, le dijo:

— ¡Pero, muchacho! ¿Hasta qué hora piensas trabajar? Ya está oscureciendo y tú todavía sigues aquí.

— Si ya me voy don Fernando. Ademá' ya voy a terminar, me faltan uno' poco' metro' pá' terminar, así que no se preocupe.

— Pero eso lo puedes terminar mañana pues, hombre.





- Déjeme no má', mire que lo que no se hace ahora no se hace nunca.
- Bueno, pero si se te hace muy tarde te vas para tu casa no más.
- Sí, don, váyase tranquilo no má'.
- De acuerdo, nos vemos mañana entonces.
- Hasta mañana —y continuó trabajando mientras don Fernando desviaba su camino hacia la casa de su patrón, pero no precisamente a verlo a él, sino que a ver a Catalina, la esposa del patrón. La visitaba casi todas las noches y se amaban como dos adolescentes. A ninguno de los dos les importaba que ella fuese casada y con más ni menos que el patrón, el dueño de toda esa hacienda, después de todo ellos se habían casado por obligación y no por amor.

Esa noche, al igual que las otras, ella lo estaba esperando pero esta vez sin tanta preocupación, pues su esposo se había emborrachado como todos los sábados y andaba quizá en qué lugar, en todo caso a ella no le interesaba.

La noche llegó de inmediato y la oscuridad habría sido completa si no hubiese sido por la luz de la luna llena de aquella noche. José había acabado con todo el estero. Terminó agotadísimo pero estaba feliz, pues tendría algo de dinero que llevar a su hogar. Pero eso no era todo, existía algún sentimiento extraño que lo hacía desear el respeto y la admiración de su patrón, don Federico. Era algo inexplicable, que ni el mismo comprendía pues jamás se hubiese imaginado que podía llegar a sentir cariño por ese hombre tan terco y, sobre todo, temido. Tal vez fuese la ausencia de un padre, pero en ese caso sería más factible que sintiese cariño por don Fernando que por su patrón, que, si bien es cierto que lo admiraba muchísimo, no sentía lo mismo. Era como una extraña fuerza que lo impulsaba hacia él.

Y en eso pensaba mientras caminaba a su casa cuando sintió los fuertes gritos a lo lejos de una mujer y unos niños, que curiosamente provenían de su rancho. Comenzó a apresurar el paso y luego a correr. Le faltaba mucho trecho hasta su casa pero el miedo de que los gritos proviniesen de su familia le hicieron acortar más el camino. Cuando pudo divisar su casa vio que las luces estaban apagadas y se tranquilizó al saber que su madre y sus hermanos estarían ya dormidos. Dejó de correr entonces y el corazón le latió más tranquilo. Sin embargo, al

acercarse más, la luz de la luna le permitió ver que, rondando la casa, había un hombre. Su postura y figura le parecieron conocidas y logró deducir que era uno de los dos hombres de confianza del patrón. Aquel hombre había sido desde siempre el peor enemigo de José pues por alguna razón le tenía envidia. El corazón de José comenzó a saltar agitado de nuevo y comenzó a correr lo más rápido que pudo. Cuando ya casi llegaba aquel hombre lo vio y comenzó a gritar hacia la casa, de donde salieron dos hombres más. José alcanzó a reconocer a uno de los que salían y vio que era el otro hombre de confianza de don Federico. Al tercer hombre no logró distinguir pues los tres salieron corriendo y se perdieron entre el bosque. ¿Qué harían aquellos dos hombres en su casa? ¿Quién sería el tercero? Pero eso era lo que menos le importaba al muchacho en aquel momento, lo único que deseaba era ver que su familia estuviese bien, así que entró a la casa y sin prender las luces buscó el dormitorio de su madre.

Catalina y Fernando se encontraban en la alcoba cuando el patrón regresó a la casa, borracho. Fernando se escondió inmediatamente y Catalina trató de disimular su nerviosismo. Federico entró en la habitación con una botella de vino en la mano.

— ¿Dónde estabas, Federico? ¡Y mira en el estado en que vienes!

— ¿Quién te crees tú para mandarme? —balbuceó furioso él.

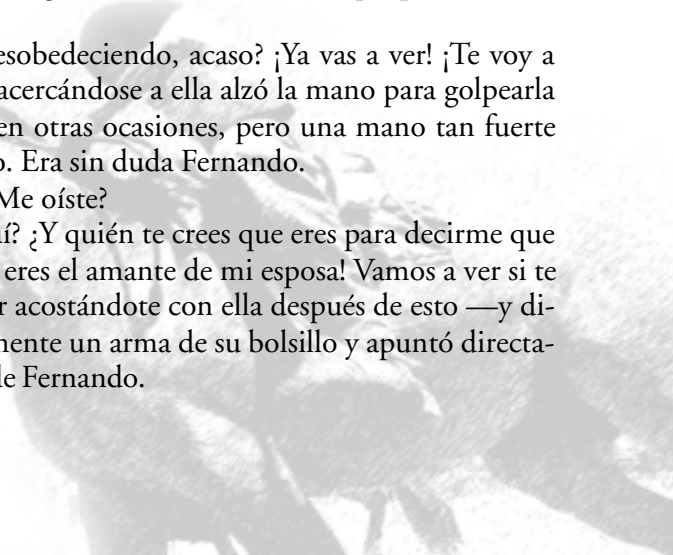
— Tú a mí no me mandas ¿Me oíste? Y ahora quítate la ropa que quiero dormir contigo esta noche.

— Yo no voy a estar contigo mientras estés así, así que puedes irte a dormir a otro cuarto.

— ¿Qué? ¿Me estás desobedeciendo, acaso? ¡Ya vas a ver! ¡Te voy a enseñar a obedecer! Y acercándose a ella alzó la mano para golpearla como lo había hecho en otras ocasiones, pero una mano tan fuerte como la de él lo detuvo. Era sin duda Fernando.

— ¡No vas a tocarla! ¿Me oíste?

— ¿Y tú qué haces aquí? ¿Y quién te crees que eres para decirme que hacer? ¡Ah! ¡Así que tú eres el amante de mi esposa! Vamos a ver si te quedan ganas de seguir acostándote con ella después de esto —y diciendo eso sacó ligeramente un arma de su bolsillo y apuntó directamente hacia la cabeza de Fernando.





— ¡Mamita! ¡Robertito! ¡Ana! —gritaba José mientras buscaba el dormitorio de su madre. Sus hermanos salieron a su encuentro y lo abrazaron llorando.

— ¡José! —gritaron ambos al unísono.

— ¡Ana! ¡Roberto! ¿Están bien? —preguntó —¿Dónde está la mamá?

— Está en su pieza —dijo uno—. Como siempre.

José se dirigió al dormitorio de su madre y encendió la luz. El impacto fue muy grande. Vio a su madre en el suelo y casi desnuda, con algunas heridas en su rostro y llorando de una manera desconsolada.

— ¡Mamita! ¡Mamita, qué le pasó! —inclinándose la abrigó con una camisa y revisó que estuviera bien— ¡Pero qué le pasó, quién le hizo esto! —al ver que su madre lloraba sin decir palabra Anita dijo:

— Fue el mismo que viene otras veces

— ¿Qué? ¿Cómo que el que viene otras veces? ¿De qué están hablando?

— De él, del patrón. Fue don Federico

José salió enfurecido hasta más no poder y llegó a la casa de don Federico. Aún no lo podía creer pero al ver que aquellos dos hombres que había visto en su casa minutos antes estaban en casa del patrón ahora pudo comprobar que era cierto. Con toda la furia que podía albergar en sí les hizo frente y los golpeó a ambos. Después de dejarlos prácticamente inconscientes subió hasta el cuarto de don Federico y vio que éste apuntaba a don Fernando con una pistola, mientras doña Catalina trataba de impedir una tragedia.

El disparo se oyó en toda la casa. La mano firme que sostenía el arma no había dudado en tirar del gatillo, estaba seguro de lo que hacía. Los ojos de don Federico quedaron fijos en don Fernando, hasta que soltó el arma que portaba y cayó desplomado al suelo. La bala había entrado por la espalda y le dio muerte en tan sólo unos segundos. Don Fernando y Catalina miraron asombrados de donde había provenido la bala y vieron a un joven de 17 años, quemado por el sol agotado de tanto trabajo, dispararle a aquel hombre por defender a su familia, dispararle a ese hombre que, sin saberlo, era su padre.

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VII REGIÓN DEL MAULE**

LA HIJA DE LAS DUNAS

Alejandrina Palma Martínez

64 años

Dueña de casa, (recopiladora de historias campesinas)

Talca

El tren del cobre subía bordeando el río Coya, la cuncuna mecánica a duras penas llegaba a la estación de Caletones. El patas de fierro seguía subiendo y bufando hasta llegar a Sewell.

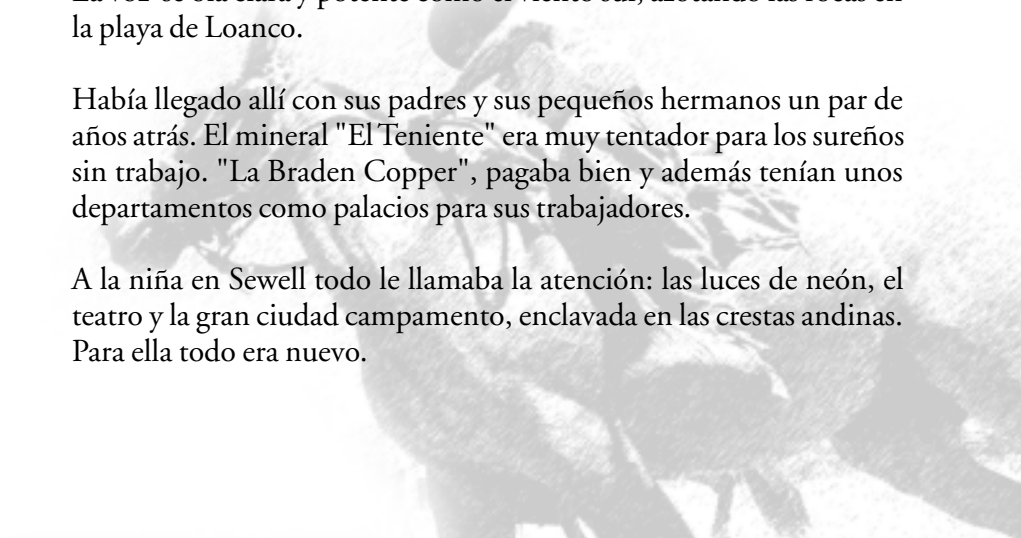
Allí subía una niña gordita y pecosa que comenzaba a cantar:

"Voy a cantarles un corrido muy mentado, lo que ha pasado allá en la hacienda de la flor, la triste historia de un ranchero enamorado, que era borracho, parrandero y jugador".

La voz se oía clara y potente como el viento sur, azotando las rocas en la playa de Loanco.

Había llegado allí con sus padres y sus pequeños hermanos un par de años atrás. El mineral "El Teniente" era muy tentador para los sureños sin trabajo. "La Braden Copper", pagaba bien y además tenían unos departamentos como palacios para sus trabajadores.

A la niña en Sewell todo le llamaba la atención: las luces de neón, el teatro y la gran ciudad campamento, enclavada en las crestas andinas. Para ella todo era nuevo.





En su pueblo natal, Chanco, sólo veía los miserables ranchos de adobe, las carretas chanchas y las tierras empobrecidas por las dunas.

En el pueblo minero la muchachita iba a la escuela que estaba clavada al cerro como lapa. Los días lunes participaba en el acto cívico cantando rancheras y corridos mexicanos.

"Siete leguas el caballo que Villa más estimaba cuando oía silbar los trenes se paraba y relinchaba siete leguas el caballo. Que villa más estimaba".

Los días transcurrían alegres y felices para Esmeralda. Pero el destino es cruel, y en un abrir y cerrar de ojos convirtió a la niña en huérfana de padre.

Éste, con la altura de la cordillera, sufrió un ataque cardíaco, dejando a su mujer y a sus tres hijos desamparados.

Desde entonces la hija de las dunas subía al tren del cobre, a cantar con su voz privilegiada las canciones tan tristes como su propia vida.

"Un domingo estando errante se encontraban dos mancebos echando mano a sus fierros como queriendo pelear, y cuando estaban peleando se apareció el padre de uno, hijo de mi corazón ya no pelee ninguno".

Al cumplir los quince años decidió irse a trabajar a la capital (ya su madre había encontrado otro compañero).

Allí deambuló en circos, bares, la Estación Mapocho, donde deleitaba a los parroquianos y viajeros con sus bellas canciones.

Estos a cambio, le regalaban unas monedas. Alguien le dijo que fuera a la radio Corporación. Pide una oportunidad. Se la niegan. Desilusionada, canta, canta y canta.

Después de recorrer radios, casas de discos, pasar hambres, penurias y humillaciones, la R.C.A. la llama para hacerle una prueba.

"Ya se secó el arbolito donde duerme el pavo real, ahora duerme en el suelo como cualquier animal".

Le graban un disco setenta y ocho revoluciones. Es todo un éxito, las radios Minería, Chilena y Corporación la llaman.

Se pelean el disco.

En las disquerías era el disco más vendido. La gaviota de las dunas vuela alto. De México la llaman ¡qué gran ventura! Compite con charros de verdad. La acompaña un gran mariachi. Rancheras, corridos y vales en su garganta tienen mil ecos.

"Revoloteando el nido destruido un gorrioncillo pecho amarillo con sus alitas casi sangrando su pajarita anda buscando".

En México la idolatran, le cambian el nombre, le ponen: Guadalupe, en honor a su virgencita. Ella se agrega del Carmen, en recuerdo a la patrona de Chile.

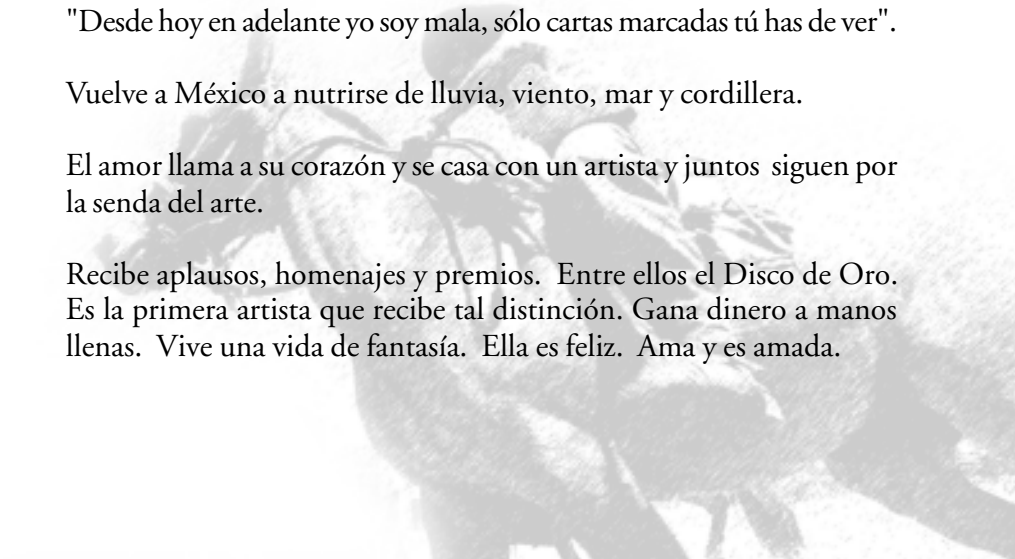
Usa unos trajes de luces que dejarían verde de envidia a las sirenitas del indómito mar que la vio nacer. De la niña que recorría las dunas de Chanco a pie pelado y se internaba en el Parque "Federico Albert", ya no queda nada. Ella es la rubia rutilante que hace cantar a toda América con sus cartas marcadas.

"Desde hoy en adelante yo soy mala, sólo cartas marcadas tú has de ver".

Vuelve a México a nutrirse de lluvia, viento, mar y cordillera.

El amor llama a su corazón y se casa con un artista y juntos siguen por la senda del arte.

Recibe aplausos, homenajes y premios. Entre ellos el Disco de Oro. Es la primera artista que recibe tal distinción. Gana dinero a manos llenas. Vive una vida de fantasía. Ella es feliz. Ama y es amada.





Pasan otoños, inviernos, primaveras y veranos. Su esposo siente envidia por la popularidad de Esmeralda y la obliga a dejar el canto. Ella se siente como barco sin timón, a la deriva; vacía.

Si lo único que sabe hacer es cantar.

Sufre en silencio el desamor de su marido, cuando éste se va a Colombia con una cantante de cumbias, veinte años más joven que ella...

Sigue cantando:

"Traigo un sentimiento, pero muy adentro, al que más quería se me fue con otra, les seguí los pasos y los maté a los dos. Yo no fui culpable, porque estaba loca, loca por los celos, loca por su amor".

Sufre la ausencia del ser amado, sólo tiene la compañía de su escapulario de la Virgen de la Candelaria que lleva a todas partes. Se siente enferma y cansada, sólo los aplausos le dan vitalidad. A duras penas cumple sus compromisos artísticos. La gaviota de las dunas empieza a preguntarse ¿de qué color serán las manos de la muerte?

Una fría noche de invierno sube al escenario de un teatro de barrio a cantar las canciones favoritas de la galería. ¡La galucha la ovaciona!

"Salieron de la cantina echando mano a sus fierros y se fueron a matar, detracito de los cerros. Cecilio cayó primero con la sangre a borbotones diciéndole a su rival: así se acaban pasiones".

La muerte la sorprende detrás de las cortinas del teatro, y con su sonrisa burlona la invita al jardín del olvido.

Las lenguas ardientes de las dunas de Chanco cantan una canción por Guadalupe del Carmen, y los dorados trigales responden:

"Qué es lo que tienen las flores, llorona, las flores del camposanto, que cuando las mueve el viento, parece que están llorando".

EL NIÑO BERNARDO

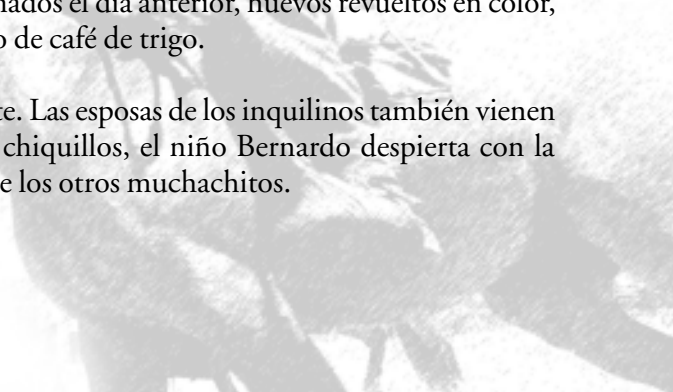
Es el mes de enero, en los cerros costinos de Quepo un niño deambula solitario y triste por la quebrada que rodea la casa. Él busca sapitos y lagartijas para matar el aburrimiento. De vez en cuando le tira un guijarro a los zorzales que pican las brevas que están en su punto.

La casa está revolucionada, están en los preparativos para la trilla a yeguas sueltas, vendrá su padrino don Juan Alvano Pereira, el dueño del predio, a supervisar la "gallada". Va a la ramada de la matanza, tienen cinco corderos y dos vaquillas carneadas.

El niño Bernardo Riquelme no tiene más compañía que los viejos sirvientes del fundo. Para distraerse se va a buscar nidos de diucas entre los espinos y tralhuenes, como sólo encuentra nidos abandonados se pone a sacar peras con la honda tirador que le hizo José María, el compañero de la vieja Mercedes. No encuentra la hora que sea la noche para que la "Mama Meche" le cuente esas historias de caciques valientes como leones y grandes como dioses. Pero esta noche no será posible, porque mañana tendrán que levantarse oscuro a cocer el pan en el horno de barro.

Los campesinos de Rauquén, Pencahue, Corinto y los alrededores empiezan a llegar antes que aclare. El día está radiante. Los sirvientes les sirven un suculento desayuno debajo de las higueras y los parrones donde tienen unos mesones rústicos. Aparte tienen una mesa con mantel para el patrón. El desayuno consiste en caldillo hecho con las entrañas de los animales faenados el día anterior, huevos revueltos en color, pan amasado y un jarro de café de trigo.

Las mujeres toman mate. Las esposas de los inquilinos también vienen a ayudar y traen a sus chiquillos, el niño Bernardo despierta con la bulla y la "zalagarda" de los otros muchachitos.





Se levanta apresuradamente e invita a otros niños a jugar a que son indios matando españoles y sus caballos de coligües galopan raudos como el viento entre los corrales. Ese es uno de los días más felices de aquel niño solitario y triste.

Por la noche no se duerme hasta que habla con Mercedes y le pregunta:

- ¿Por qué yo no tengo mamá y un papá como los niños que estuvieron hoy aquí?
- Si los tienes hijo, si los tienes.
- ¿Mamá Mercedes, cómo se llama mi madre?
- ¡Tú madre se llama: Patria, niño Bernardo!
- ¿Y mi padre qué nombre tiene?
- ¡Mi niño, tu padre se llama: Valor!

El niño Bernardo se durmió tranquilamente sabiendo el nombre de sus padres adoptivos; ya que no conocía más familia que la "Mama Meche" y José María, los inquilinos de confianza del patrón, el comerciante portugués don Juan Alvano Pereira.

Cuando lo vinieron a esconder a los cerros de Quepo, a los dos meses de edad, porque es el hijo natural del gobernador, el Intendente de Concepción, don Ambrosio O'Higgins.

El niño Bernardo ahora tiene seis años; un día llegan a los cerros de Quepo al otro lado del río Claro, hoy Cerro de La Virgen, cuatro hombres vestidos con uniformes con presillas y botones, él los queda mirando asombrado, se imagina que uno puede ser su padre.

A él le traen un traje nuevo comprado en la Villa de San Agustín de Talca, donde vive su padrino, que el año pasado, el 20 de enero 1783 fue a conocer la Iglesia de San Agustín, donde fue bautizado por el cura párroco, don Pedro Pablo de la Carrera.

Le ponen el trajecito y se lo llevan al sur los hombres de uniforme. Llega a Chillán Viejo. ¡Y allí, sólo allí conoce a su verdadera madre: doña Isabel Riquelme!

Lo mandan al colegio para españoles de Chillán. Y en esa escuela aprende sus primeras letras.

"¡Mientras tanto en Quepo lo quedan esperando las lágrimas de la Meche, el canto de la pequeña cascada, la Fama y la Gloria!".





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VII REGIÓN DEL MAULE

NEGRO GONZÁLEZ

Jacqueline del Carmen Navarro González

30 años

Cajera

Molina

A sí comienza su historia que será recordada en más de alguna noche a los pies de un monte y con el pasar del tiempo esta historia se hará leyenda en aquel lugar y en sus lugareños...

Era domingo y en las cercanías de Chequenlemus nos encontramos acompañando a nuestro viejo amante de las carreras a la chilena, era primera vez que visitábamos el lugar, fue entonces que conocimos al Negro González, claro que él en sus tantas salidas ya se conocía con papá, que nada de mal lo hacía en cuanto a salir a la siga de este deporte se trataba; lo recuerdo de rostro oscuro en aquel entonces un poco de barba, ojos encendidos, una pareja dentadura blanca de 1,75 de estatura, cuerpo hecho de trabajo, de manos grandes, callosas y firmes; pues cuando me saludó estrechó mi mano sin duda pensando que era tan firme como la de él, hablaba fuerte y con propiedad con un acentito a campo, rudo pero grato. Ofreció como 5 veces su caballo al amigo niño como le decía a papá, para que hiciera alguna carrerita, ya que a las bestias de fuera pocos se animaban a correrles; recuerdo que nos hizo cariño con bebidas y empanadas, pero ese cariño casi se vuelve incidente, el muchacho que traía las empanadas con una pequeña deficiencia al caminar y al hablar venía de medio trote a dejar el encargo al Huaso González, su amigo decía, porque cada vez que gana me da una moneita y además no hay ningún domingo que no se comiera una

empanada y una bebida, yo lo quiero mucho porque ni mis padres me favorecen como él, es mi amigo nos decía un poco nervioso mientras se paraba de aquel tremendo costalazo, a causa de una absurda e injustificada zancadilla y para qué decir de las empanadas, hicieron surco en la tierra, pero igual intentamos recoger algunas.

Una que otra risa se escuchó, pero luego se desvanecieron y solo se escuchó la voz del Negro cuando dijo traiga 2 docenas más mijo que Eulogio Venegas paga; de pronto aquel sujeto contestó muy arrogante en medio de sus amigos y por qué tendría que hacer eso, a lo cual el Negro no menos desafiante le contestó, porque si fue tan hombre para botar al muchacho, hombría le debe sobrar para pagar la docena perdida e invitar otra más po. En ese minuto se generó una tensión, que creo que hasta los animales que estaban en el lugar sintieron; si hasta el Potro del Negro relinchaba de puro oírlo, pero una risa burlesca rompió aquel silencio y el tal Eulogio respondió: pantalones me sobran para eso y más; a lo que el Huaso González no menos macho contestó haciéndose la manta al hombro, es que Chequenlemu esta lleno de hombres y machitos también, pero Eulogio Venegas dejó pasar aquella clara insinuación y cada cual siguió en lo suyo. Hasta a mí me sudaron las manos y ese domingo Eulogio y el Negro afloraron su poca simpatía que traían desde hace mucho tiempo. Eulogio era conocido por esa risa poco agradable que lo caracterizaba y por ser rosquero y ñipa sin causa; el Negro González reconociéndose a sí mismo de ser corto de genio, decidido, amigo de los amigos y de chico en valor nada; súper aperrado en todo el sentido de la palabra.

Alrededor de un año debe haber pasado, para que el carácter del Negro le jugara una mala pasada e hiciera cambiar su vida bruscamente, lo máspreciado para el Negro era sin duda su hijo y su mujer, pero su Potro oscuro como la noche era algo especial si hasta decía que era el hermano que Dios nunca le mandó, se le llenaban de agua los ojos cuando hablaba de él y de las tantas veces que de muchas su animal lo había librado, sin dejar de mencionar la vez por la cual se había prometido no tomar más, se había curado tanto tanto y estaba como a 5 horas de su rancho, no supo quiénes le salieron al camino dándole una paliza que le dejó 3 costillas rotas y un pequeño puntazo en su pierna y a su Potro un corte jibao en el pecho, que pareciera que aún no se



perdonaba, llegaba hacer barrito en el suelo y unos relinchos que espantaban hasta al más choro en la noche; parecía perro de circo parado en dos manos y castañeaba los dientes embravecido, como dándome tiempo a recuperarme un poco y sin poder pararme de la curaera, bailaba como trompo al lado mío, decía el Huaso, favoreciéndome, hasta que cedieron los malandrines y logré montar y sin pegarle ni un azote arrancó el pobre, no sé de dónde le quedaban fuerzas para correr, parecía que hasta él quería llegar luego a la casa y sin duda que por él llegamos, si yo solo me afirmé de la montura ni a luces tuve riendas, ya recuperado: el Negro habría dado hasta 6 costillas más, para borrar aquella navaja reflejada en el pecho de su Coile así se llamaba porque había pasado tres noches bajo un coile en el cerro, después que unos cuatreritos charquiaron a su madre y a 2 potrancas más. Un día al caer la tarde el Negro largó al Coile en un potrerrillo como a 300 metros de la casa y al verlo cómo brincaba de contento entre 3 bestias más, decidió dejarlo esa noche, no en su pesebrera acostumbrada, un poco inquieto el Negro regresó a la casa, en que nunca había dormido tan lejos de su Coile, quizás su corazón le avisaba que sería la última noche que lo vería. Llegó la mañana, 6 a 7 deben haber sido, las bestias estaban inquietas y con tan solo mirar al llegar a la puerta se dio cuenta que solo faltaba el Coile, pensó la puerta cerrada, los cercos firmes, la mora de buen porte si hasta lo llamó y comenzó a mirarlo entre los recovecos del potrerrillo parecía que ya lo iba a ver echando al condenao, pero lo único que encontró fue un tropel de tierra y las herraduras marcadas, se notaba que el pobre les había dado la lucha, tienen que haberlo arrinconado entre varios pensaba solo, no sé que palabra ocupar para describir cómo se puso el Negro cuando encontró un trozo de sogá hasta con carne y la sangre fresca, donde lo había seguramente azotado y llevando su vista al suelo encontró una jeringa en el suelo; eso lo explicaba todo, así tienen que haberlo dominado, de otra manera cuándo. Pero quién podría dejar tanta evidencia y solo un nombre se le vino a la mente Eulogio Venegas, que fama tenía de pinchar bestias ajenas en las carreras de puro gallo que se creía.

Buscó 7 días y 6 noches a su amado Coile. No hubo cerro que no recorriera ni alrededores que no visitara superando el frío y las intensas lluvias que lo atraparon en medio de la noche, pero no lo halló. Pensó una y mil cosas en los montes y de plano fue donde Eulogio aguantan-

do lo que llevaba en su pecho y le pidió de la mejor forma posible que le devolviera 1.500.000 que él le había dado por la venta de un sitio hace un tiempo; ganado con puño y sudor de su chacra y animales que criaba. Pero como el Negro era de poca letra, fue fácil para Venegas venderle un sitio que en verdad era de un rico que se lo había dejado al cuidado de su padre hace algunos años. Según cuentan a varios les hizo esta talla Venegas, quedando siempre impune. Sabía que el Negro tenía esa espina con él, pero el Negro tenía cierta conformidad porque sabía que la plata la había perdido en el monte (juego) y otro resto con mujeres, los más de un día que se había quedado a mesa puesta en el pueblo.

El Negro regresó a la casa con la mente fija en un solo propósito y que fue confirmado cuando se entero que Eulogio en una de sus borracheras había reconocido lo que el Negro sospechaba sobre su intervención en la desaparición de su amado Coile. Más decidido que nunca, lo esperó haciéndole guardia por más de 1 mes, pero Eulogio que sabía del error imperdonable que había tenido en una de sus tantas borracheras, él sabía que ésta sí que el Negro no se la perdonaría, así que no salía ni a sol ni sombra, pero más pudo su vicio y aguantó 1 mes y 12 días y decidió ir a comprar cigarros para nunca más regresar, en un ir y venir de las tantas noches del Negro que ansiaba con un pensamiento nublado, una oportunidad; lo vio pasar y lo esperó oculto en un círculo a un costado del camino, pensando a mil por horas y como es de suponer pudo más su rabia acumulada que el temor a las consecuencias que aquella noche le traería. El Negro decía si me pasa se me pasa cerrando los ojos para despejar el sudor de su rostro, pero la luz de un cigarrillo no lo quiso así; le salió al frente a Eulogio quién supo que de aquel callejón solo uno quedaría; sacó su cuchilla, con la misma que el Negro le dio muerte de 18 puñaladas se llevó Venegas; sólo con la oscuridad como testigo el Negro corrió a la casa y sin duda que al encontrarse su mirada con la de doña Peta, supo que lo hecho, hecho estaba y más tarde que temprano un día doña Peta le contaría a alguien y esa angustia sería peor, así que se dijo a lo hecho pecho y como hombre caminó toda la noche y se entregó.

Cinco años y 1 día está pagando, porque le habían tirado 10 años en primera instancia, pero fue reducida por haberse entregado. A su hijo



lo ve su suegra y aunque su mujer no lo esperó, él paga su condena conforme, sus monturas, polainas y lazos son de nombre, trabaja como nadie, es respetado por su carácter no tan sólo por el hecho que lo tiene entre rejas.

Sólo le faltan tres meses para cumplir su condena y lo primero que hará es viajar al sur al sector de Los Ángeles, pues su amigo Nino averiguó que Eulogio vendió al Coile para esos lados; con llanto añora volver a recuperarlo, más cuando ha sabido que nadie lo ha podido montar.

Ya está todo listo para ese día, el camión arrendado, la plata, su amigo que sin duda lo acompañará y el nuevo dueño dispuesto para la entrega. No dudo ni un segundo que ambos deben extrañarse.

Calma, Coile, que el Negro González ya va por ti.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VII REGIÓN DEL MAULE

SIEMPRE EN DOMINGO

Ximena del Rosario Cancino Cifuentes
46 años
Secretaria
Talca

El domingo más cercano al siete de octubre se celebra la fiesta de la Virgen del Rosario.

Ese día llegamos temprano al pueblo de Sauzal, para asistir a la misa que debía oficiarse el obispo de Linares. Temprano digo; sin pensar en los campesinos que de madrugada salen de sus casas para caminar hasta el pueblo, como lo hice junto a mi padre en otro tiempo. Hay quienes se movilizan en carretelas y otros a caballo.

Antes de la misa hubo un bautizo. Al finalizar la ceremonia religiosa se lanzaron monedas al aire, para que los niños recogieran todas las que sus manitos pudieran. Eso me trasladó a mi infancia, cuando de rodillas luchaba con mis primos para atrapar todas las que conseguía, no importándome ensuciar el vestido que mi madre había comprado para lucir ese día.

Dejamos nuestro auto alejado de la plaza, por el movimiento que se produciría después de la misa.

Entramos a la iglesia. Nos ubicamos adelante, en los asientos donde se sentarían las autoridades. Mi esposo siempre a mi lado. Esperamos alrededor de una hora que llegara el Obispo.



Luego se efectuó la misa con cantos folclóricos. En el momento de la Eucaristía, mi esposo me llevó frente al sacerdote para recibir la comunión, que ofrecí a los familiares difuntos.

Más tarde durante la reflexión pude ver quiénes iban a comulgar. Era gente sencilla. Un carabinero llevaba a su padre, que caminaba con dificultad por el paso de los años. Campesinos, mujeres con olor a pan amasado y tortilla de rescoldo.

Al finalizar la misa se bailó un pie de cueca frente al altar. La iglesia estaba llena de música folclórica, el tormento, las guitarras y las voces se doblegaron ante la Santa. Luego el cura dio la bendición y los campesinos se acercaron a tomar la imagen de la Virgen del Rosario, la que adornan con flores plásticas y calas. La pasaron por el pueblo en una carreta pequeña, que los hombres empujaban mientras caminaban a su lado. Don Lucho hizo sonar las campanas hasta que la virgen regresó a la iglesia. Atrás la siguió una procesión de mujeres que iban rezando y alabando a la virgen, una campesina delgada y morena cantó con voz aguda —esa es la Julita, decían. —Al final iban los hombres protegiendo a las mujeres.

Los huasos correctamente vestidos de coloridos chamantos, polainas y espuelas, montaban sus caballos que lucían el brillo de sus pelajes, mientras esperaban en la plaza que llegara la procesión para cumplir con su manifestación de saludo a la virgen.

Cuando ya la imagen estuvo ubicada en un lugar especial, el pueblo y quienes han hecho la procesión, se ubicaron dentro de la plaza y también en un lugar alejado de las calles por donde pasarían los caballos.

Es el momento que hombres y bestias perfectamente formados iniciaron una vuelta a la plaza en carrera lenta, luego vino una segunda más rápida, para terminar en una tercera a toda velocidad.

Mientras el conjunto folclórico interpretaba las cuecas, las parejas se fueron formando para bailar en presencia de la Señora. Llegó el momento, es tiempo de salir a la pista, debieron bajarme con dificultad

en mi silla de ruedas y ante los ojos de quienes observaban se inició mi baile, lo que en otro tiempo hice con mi cuerpo normal en otros lugares del mismo pueblo, ahora emocionada movía solamente el pañuelo, que me pesaba una enormidad. La chicha en cacho se repartió entre quienes estábamos allí siendo protagonista del baile a la virgen.

En ese momento mi esposo me hace observar el baile de un huaso que sobresale del resto, mi emoción es tal que lamento estar inválida ...al darse cuenta ...se acerca y le pide que baile conmigo; él acepta gustoso ...yo nerviosa imagino que muevo mis piernas para el cepillado y en la parte del zapateo, me olvido de imaginar y sólo disfruto mirándolo ... lo hace de una forma hermosamente varonil.

De esa manera termina la ceremonia religiosa.

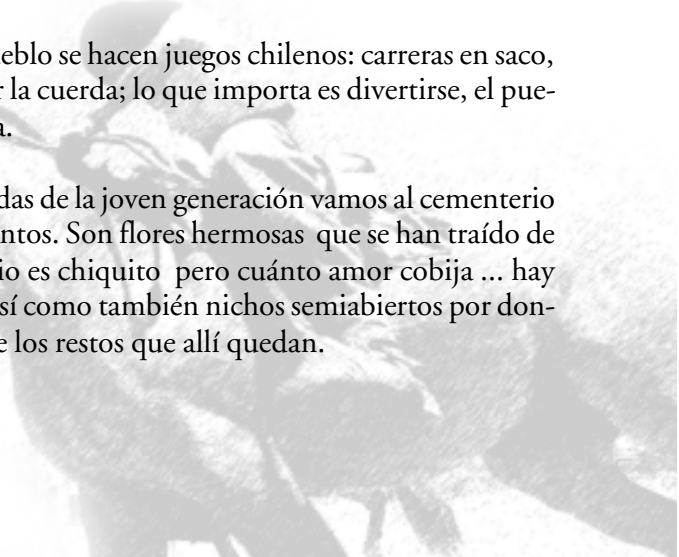
En las casas se han preparado con anticipación para recibir a los visitantes que llegan de alejados lugares.

Tienen hecho el pan amasado, las roscas que van sirviendo al llegar son acompañadas con un ponche de Culén, preparado con palitos que se sacan de ese árbol, haciéndolos hervir hasta que suelta el color amarillo, luego se agrega azúcar y aguardiente hecho por ellos mismos.

El asado de cordero se acompaña con ensalada de lechuga aliñada con vinagre, en la mesa también hay pebre y pan amasado. El vino tinto no puede faltar en la celebración.

En la medialuna del pueblo se hacen juegos chilenos: carreras en saco, pillar el chancho o tirar la cuerda; lo que importa es divertirse, el pueblo se inunda de alegría.

Las mujeres acompañadas de la joven generación vamos al cementerio a poner flores a los difuntos. Son flores hermosas que se han traído de la ciudad. El cementerio es chiquito pero cuánto amor cobija ... hay pequeños mausoleos, así como también nichos semiabiertos por donde se puede ver algo de los restos que allí quedan.





Los hombres se han quedado en casa alrededor de la mesa llena de copas, que los acompañan haciendo planes que difícilmente se concretarán, mientras terminan de beber lo que hay en las botellas, se invitan a compartir otro asado bajo el parrón de un lugar diferente.

El año próximo nos volveremos a encontrar los que aún no hayamos partido.

Los niños que llegan a la familia, son ángeles que traen la misión de mantener el equilibrio de la vida, la unión de la familia y la tradición de esta fiesta.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VII REGIÓN DEL MAULE

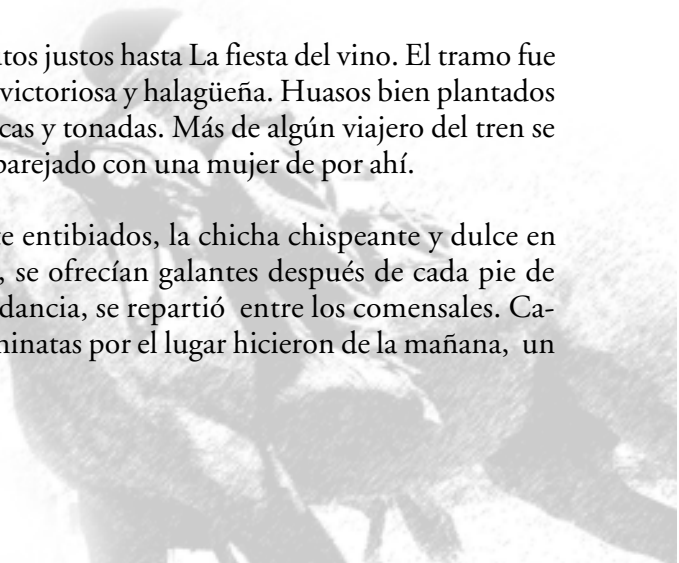
ULTIMO RAMAL

Sara Luisa Patricia Schaffner Vega
74 años
Talca

En una tembladera inevitable, el paisaje pasaba veloz por las ventanillas, mientras los carros corrían bordeando ríos, devorando distancias, y sorteando los cerros del secano. Los pasajeros entraban en el calor de la charla con gentes desconocidas, saboreando los infaltables huevos duros. El vaivén del tren interrumpía la charla y algún rasgueo de guitarra en la distancia, alegraba el ambiente: un viaje delicioso, folclórico y nostálgico. Los diálogos se intensificaban al calor de una amistad reciente. La televisión no faltó a la cita con sus cámaras curiosas, agregándose entusiasta al último trayecto del verano que moría.

Cuarenta y cinco minutos justos hasta La fiesta del vino. El tramo fue un suspiro y la llegada victoriosa y halagüeña. Huasos bien plantados nos recibieron con cuecas y tonadas. Más de algún viajero del tren se atrevió a bailarlas, emparejado con una mujer de por ahí.

Los mostos sabiamente entibiados, la chicha chispeante y dulce en enroscadas cachimbas, se ofrecían galantes después de cada pie de cueca. La uva en abundancia, se repartió entre los comensales. Carreras a la chilena y caminatas por el lugar hicieron de la mañana, un paseo placentero.





Las cazuelas de pava con chuchoca, chancho en piedra y pebre en esas mesas de campo, regadas con generosidad, terminaron por dejar caer temores y timideces.

Entre el bullicio, la música y los concursos de cueca, la integración fue completa. Al final de la tarde, todos estaban más que alegres y a nosotras se nos había aflojado el moño. Entre fútbol y rayuela, los hombres cayeron rendidos en pleno campo bajo las varas, aunque los más cómodos se arrimaron al bus municipal para siestear.

Muchos fuimos los más listos para retirarnos antes del choclón de fin de fiesta. Con rapidez me encaramé a tomar mi asiento como fuera. Emprendimos la primera lanchada para abordar el trencito que venía de la playa. La noche cayó como un telón y el frío se enseñoreó del lugar. En el espacio que ocupa la estación, vimos casi tiritando, que ni un miserable cabo de vela alumbraba el terreno: estábamos en el medio de la nada. Ni el perfil del caserón se adivinaba. No nos veíamos las manos. Mirando al cielo, las estrellas pestañeaban desde un cielo, no azul, sino profundamente negro; iluminadas débilmente por la nube gaseosa que es la Vía Láctea: bella, como humo en la distancia, nos hizo suspirar de placer a pesar del frío, nadie tenía una linterna. No supe cuántos minutos estuvimos en el hielo de la noche. La organización había llegado hasta ahí, todo estaba cancelado y quedamos como única alternativa, a la espera del trencito playero... yo estaba entumida hasta los huesos y mi ropa era veraniega; quise arrimarme a un alero de la estación pero lo pensé mejor, porque sabía que un costalazo no me dejaría en muy buenas condiciones, así que opté por quedarme quieta. La cercanía de un cuerpo humano, entibiaba mi costado ¡mi pobre y helado costado!...sentí que eso, me tapaba con una prenda enorme, diciéndome muy suave al oído:

— No hables, cariño, con el hielo va a empeorar tu bronquitis. No abras la boca por ningún motivo. El viento está muy helado...

Yo iba a protestar pero las palabras murieron en mi boca, me limité sólo a mover los hombros, asintiendo. Si el hombre quería protegerme, no pensé en oponerme. Total, estaba entumecida. Sé que creyó haber encontrado a su media naranja, porque me acunaba con frases

tiernas, me abrazaba posesivamente y de vez en cuando me besaba en mi oreja, helada como témpano. Había colocado su manta sobre mis hombros y por debajo sus manos traviesas recorrían mi cuerpo, provocándome una verdadera descarga emocional. Era una idea loca no confesar mi identidad. Dudé si estaba protegiendo mi salud o gozaba de un instante que no me pertenecía ¿tenía yo derecho para impedir que este hombre regalara a su prenda con esos arrumacos...? Empezaba a arrepentirme de esa ambigüedad, cuando llegó el tren, en el alboroto por subir, se separaron las parejas acolleradas para capear el frío...

Entre los rostros extraños del tren, traté de reconocer a aquel que había despertado en mí olvidadas emociones...





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL CAMPESINO QUE SE
TRANSFORMÓ EN LEYENDA

Octavio Fernández Flores
65 años
Concepción

Nadie supo jamás su verdadero nombre ni de donde vino. Todos los habitantes de la hacienda San Agustín de Quirihue lo conocían como Pencho. Era dueño de una figura imponente: musculosa piel morena, ojos verde penetrantes y una cara granulada como aquellas que uno ve esculpidas en piedra. Su fuerza era descomunal, subía sin esfuerzo un saco de trigo a sus hombros y con este peso adicional hacia piruetas, bailaba, corría para luego subir y bajar por el tablón, provisto para cargar el camión. Decían haberlo visto levantar una carreta para sacarla de un pantano. Era famoso por su destreza con el caballo, y su enorme capacidad de trabajo no conocía el cansancio, su lengua ágil y picaresca urdía historias manteniendo embelesados a su concurrencia. A veces, caía en un mutismo que le duraba días, taciturno, se alejaba de todos y se convertía en otro tractor más y en las noche se encerraba en su cabaña frente al río donde vivía solo. Por su ventana se traslucía una pálida luz emanada de un chonchón, la que permanecía hasta altas horas de la madrugada. Nadie se atrevía a interrumpirlo en su estado depresivo. Hacerlo era exponerse a la furia de Pencho; los que habían sufrido esa experiencia contaban que sus ojos despedían fuego y por su boca salían palabras atronadoras que además de hacer estremecer al ramaje paralogizaba con el miedo al osado. Lo mejor era esperar que volviera a la normalidad, sin comentar lo ocurrido y disfrutar con su simpatía y magnetismo personal.

Don Ismael —el dueño de la hacienda— le tenía gran estimación. Era el único que sabía la historia personal de Pencho: su verdadero nombre, sus raíces, en fin, todo aquello que identifica a un ser humano.

Nuestro personaje tenía una cultura extraña a la de un campesino, pero conocía todo el folklore del hombre de campo. En las noches de luna, cuando los integrantes de la comunidad tomaban mate acompañados con tortilla de rescoldo o bebían frente a un enorme brasero, él pulsaba las cuerdas de su guitarra y cantaba rancheras mexicanas. En otras oportunidades contaba historias amorosas y algunos de sus chascarros tenían como personaje principal al Diablo, quien ofrecía riquezas a cambio de alguna alma. Por lo general, la astucia del hombre de campo engañaba a Satán. Una noche, después de los preparativos iniciales, como quemar bosta para alejar a los zancudos y encender los leños, todos se acercaron a la lumbre. Empezó la tertulia y las peticiones.

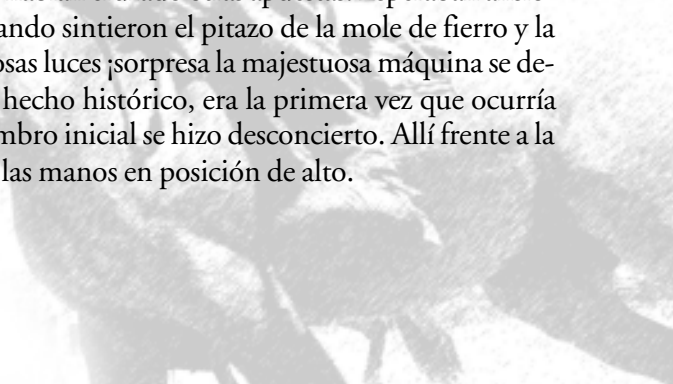
— Ya pus, "pelao", échale más malicia al mate y acércame la tortilla.

— Ya va el mate, espera que doña Eulalia lo cebe —respondió el aludido.

— Oye, Pencho, cuenta cómo fue esa apuesta que ganaste en Cocharcas.

— Bueno. A pedido de Genruchito, se la voy a contar:

"Como todos ustedes saben, el Expreso que viene de Santiago no se detiene en Cocharcas. Una noche parecida a ésta, yo le aposté a mis compinches que podía hacerlo parar. Pedro el capataz aceptó, con el comentario de "tai loco nunca ha parao, ni siquiera cuando viaja don Julio, el dueño de la hacienda. Bueno, bueno. Los quiero a todos en la estación el próximo sábado y el domingo están todos invitados a comernos un cordero rociado con piperó. Todo a cuenta de Pedro de Ferrocarriles. Entre ellos habían cruzado otras apuestas. Esperaban ansiosos el paso del tren. Cuando sintieron el pitazo de la mole de fierro y la presencia de sus poderosas luces ¡sorpresa la majestuosa máquina se detenía! Para todo era un hecho histórico, era la primera vez que ocurría algo semejante y el asombro inicial se hizo desconcierto. Allí frente a la máquina estaba yo con las manos en posición de alto.





Me hice famoso y algunos me atribuían poderes sobrenaturales, que tenía pacto con don Sata y otras tantas estupideces. El sábado todos los residente con sus familias colmaban el andén de la estación. Sólo yo sabía que había subido en San Carlos y al llegar a Cocharcas cómo un diestro trapequista me colgué de la cuerda de parada de emergencia y cuando el tren se detuvo, salí como alma que la persigue el diablo por la puerta y me planté frente a la máquina. Luego me escabullí por las sombras de la noche".

— Bueno mis amigos, esa es la historia, ahora el último trago y después al sobre, mañana tenemos trilla.

Don Ismael había obtenido un préstamo para mejorar la producción de trigo, Se mejoraron las técnicas para aprovechamiento del suelo, el Ministerio de Agricultura entregaba asesorías, distribuía trípticos con información y poco a poco se adoptaban políticas para una agricultura más competitiva. El trigo alcanzaba un buen precio en los mercados.

El rendimiento del año fue cómo jamás se había dado: 5 toneladas de trigo por hectárea. Según don Ismael, en otras haciendas superaban esa proporción, él estaba satisfecho con las nuevas técnicas y creía que el próximo año sería mejor.

Luego de la trilla, primera motorizada en la hacienda, vino la celebración: mucho vino, asados, canciones, bailes, algunas peleas y al final la tertulia acostumbrada con todos los lugareños.

Los últimos meses ocurría algo extraño en la hacienda. En las noches cerca de la vertiente aparecía una joven mujer vestida de blanco que parecía flotar por los aires y luego desaparecía. Doña Zoila —la adivina— decía que era el alma de una novia que había muerto atropellada en el cruce y andaba en busca de su amor perdido. Los habitantes de San Agustín, sobre todo los hombres, tenían miedo de acercarse al sector de las apariciones, sobre todo después de la desaparición de un temporero. Pencho siempre se mantenía callado cuando se tocaba el tema.

Esa noche de celebración, cuando ya el tinto estaba haciendo estragos entre los hombres y se arropaban de valentía, Juan increpó a Pencho.

— Oye, tú que te "creís" la muerte, que nada te mete miedo, que has enfrentado al Diablo y has ganado siempre ¿Por qué se te congelan los orines con la novia del pantano?

Pencho con su ceño adusto y serio respondió:

— Mira, Juan, yo no soy una gallina como ustedes, si algo no hago es porque tengo mis motivos.

— Yo creo que el único motivo es miedo —terció Ramón

— Saben que más, mañana en la noche la estaré esperando en la vertiente, y, les prometo que ya nunca más la verán.

Tal como había prometido Pencho, a la noche siguiente acudió a la cita con el fantasma y desde esa noche nadie volvió a ver a la novia, pero tampoco nadie a Pencho. Su cuerpo se había evaporado, nunca apareció y dio origen a la Leyenda de la Vertiente Encantada en la Hacienda San Agustín.

Al día siguiente de lo acontecido, Doratila, la ama de la casa patronal, se extrañó de que la hermosa sobrina de don Ismael también había desaparecido.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

VIRTUAL AMOR

Fabiola Sepúlveda
31 años
Dueña de Casa
San Pedro de la Paz

Anoche nos reunimos como de costumbre a conversar, fueron largas horas de compañía y comprensión, nos dijimos de todo, no hubo tema prohibido, A lo largo de estos ocho meses nuestra relación ha madurado desde una tierna amistad a un virtual amor, me ha costado reconocerlo pero necesito su compañía, su dulce compañía, cada noche, cada día. La pantalla del computador nos separa pero ese lindo sentimientos nos une.

Cerca de las una de la mañana nos despedimos, sentía los ojos irritados de tanto estar frente al computador, pero mi corazón palpitaba fuerte Cosita me envió un beso virtual y se desconectó, al rato lo apagué y me fui a acostar, me costo dormir no dejaba de pensar en ella, En todo este tiempo sabía muchas cosas de su vida y sin embargo aun no la conocía, ni siquiera por fotografía, Decía amarme con locura desde el primer día en que chateando pregunte, ¿Alguien de Lota? y ella inmediatamente me contestó, de ahí comenzamos a conversar vía Messenger todas las semanas, luego fue todas las noches y el sentimiento fue cambiando hasta llegar a enamorarnos. Mis amigos me dicen que esto siempre ocurre, que es solamente una ilusión que desaparecerá cuando nos conozcamos en persona, las veces que yo le he pedido encontrarnos me ha dicho que más adelante, que aun no se siente preparada.

Pero hoy que es su cumpleaños la conoceré, he preparado la forma de saber quién es la persona que ha robado mi corazón, pero lo haré sin que ella se dé cuenta.

Me fui al instituto como a las siete pensando en el plan y que todo saliera bien, caminé como de costumbre desde mi casa en Alfonso Donoso atravesé la plaza Guarello y me senté a fumar un cigarrillo mientras llegaba el Tobi compañero de carrera y mi amigo de la infancia, Con él he compartido muchas cosas y se sabe mi vida al revés y al derecho. Nos conocemos desde niños, cuando corríamos por esta misma plaza tras un volantín o cuando con nuestro compañeros de curso en el liceo nos reuníamos a jugar a la botella sentados en el pasto. Aun recuerdo mi primer beso fue justo ahí, junto a ese árbol, los labios de Priscila con gusto a frutilla y en esa banca escribimos nuestros nombres o cuando después de salir del liceo este era el punto de reunión antes de salir de carrete, comprábamos unas cervezas en la botillería de la esquina y la tomábamos en esta plaza. Entre tanto recuerdo finalmente llega el Tobi y partimos a tomar micro a Barros Arana, parece que hoy nuevamente llegaremos atrasados,¡ mi amigo no cambia!

Le explico durante el viaje la forma en que conoceré a mi misterioso amor, primero le dije:

— Le enviaré un mensaje a su correo electrónico saludándola por su cumpleaños y le diré que tengo un regalo para ella y que lo debe ir a buscar a un locket del supermercado, ese que está en San José con Barros Arana y que la llave estará afuera pegada con una huincha bajo una banca, así ella llegará y yo a la distancia podré verla sin que se dé cuenta.

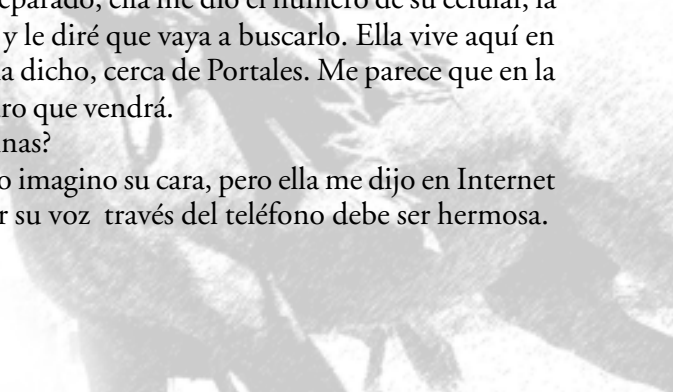
— ¿Ves que fácil, Tobi? A lo que este me contesta:

— ¿Y cómo sabes a qué hora vendrá, si es que viene?

— Eso también está preparado, ella me dio el numero de su celular, la llamaré como a las seis y le diré que vaya a buscarlo. Ella vive aquí en Lota y, por lo que me ha dicho, cerca de Portales. Me parece que en la maestranza. Estoy seguro que vendrá.

— ¿Y cómo te la imaginas?

— Es raro, Tobi pero no imagino su cara, pero ella me dijo en Internet que tenía 28 años y por su voz través del teléfono debe ser hermosa.





— Vmos Luty me dijo. Es común que las mujeres se quiten edad y te apuesto que tú te subiste la tuya, ¿No creo que a una mujer de 28 años le interesen cabros chicos como nosotros de 20 años?

— Es verdad, yo le dije que tenía treinta, bueno el sitio donde nos conocimos es para gente mayor, y tú sabes que a través del computador tú puedes ser quien quiera y tener la edad que quieras. Ella en todo caso me encontró maduro en mi forma de pensar, y eso de la edad no creo que sea tanto problema, ella dice que me ama intensamente y le encanta como soy y bueno no sería la primera vez que una mujer de 28 saliera con uno de 20 años.

Finalmente llegamos al Instituto y en la clase toda mi atención era en lo que viviría aquella tarde. En la hora libre aproveché de enviar el e-mail y después de salir de clases volví a Lota, y en la florería fuera del supermercado compré un ramo de rosas y además una pulsera que hice grabar con nuestras iniciales.

Luego entré y en el locket numero 21 guardé los regalos. Luego saqué mi celular y la llamé, le conté que había guardado el regalo en la mañana y que era preciso que fuera pronto a buscarlo antes que alguien pudiera encontrar la llave, salí del supermercado y en la banca del paradero de taxi disimuladamente la pegué.

Ahora era cosa de esperar, para eso me ubiqué al frente y comencé a leer una revista, La espera se hizo eterna, yo fumaba un cigarrillo tras otro y los nervios estaban a punto de estallar cada vez que alguien se acercaba o se sentaba. Me fijaba en cada mujer atractiva que pasaba pensando que tal vez sería ella.

Como media hora después, una mujer como de cuarenta años y con una cara que me parecía haber visto antes se sentó en la banca y con una mano tanteaba bajo el asiento, yo atónito la observaba. Una vez que la encontró, entró al supermercado. Yo desde afuera no me podía convencer que fuera ella y pude ver su cara de alegría y emoción al encontrar las flores y el regalo. Al salir pasó cerca mío y sacó de su cartera un celular, empezó a marcar y en ese momento sonó el mío,

extrañada se giró a mirarme y yo aterrado tome mi celular y lo apagué, e hice como si hablaba con alguien, luego ella se dio vuelta y siguió caminando.

Yo a la distancia la seguí, quería saber dónde vivía ya que la encontraba conocida pero no sabía de dónde. Después de algunas cuadras por Barros Arana dobló en Nogales cruzó la plaza Guarello y siguió por Capitán Godoy a media cuadra en un portón negro se detuvo, sacó las llaves y entro.

Yo estaba confundido. No podía creer que el amor de mi vida viviera a dos calles de mi casa. Pero era bastante mayor que yo. Incluso la recuerdo desde pequeño, más de alguna vez cayó un volantín en esa casa y su marido me lo entregaba y años después pasaba con destino a mi liceo, por ahí la veía cuando estaba embarazada. Me parece que tiene dos niños en el colegio al frente de la plaza, y cuando me voy al Instituto veo a su marido sacando el auto para irse a trabajar.

No puede ser. Ella es mi Cosita, y cómo podré decirle que yo con apenas veinte años soy Luty y ella con unos cuarenta es mi amor virtual.

Preferí ir a sentarme en la banca de la plaza y me largue a llorar, por el hecho de haberla conocido y haber matado mi ilusión, nuestra relación era súper linda y ahora me daba cuenta que era mentira y que nunca podríamos estar juntos.

En eso me encontraba cuando la veo pasar en dirección al Colegio, al ver salir a su hijo y ella tomar su mochila sentí que era el momento de hablar con ella. Así que me levanté del asiento y decidí enfrentarla, pero ella cruzó la calle e ingreso a la panadería Chile España. Yo estaba nervioso, así que apagué el cigarrillo y crucé la calle. Quería aclarar todo y decirle lo que sentía, la veía radiante estaba feliz, al llegar al puerta. Pude ver tras el vidrio que ella salía, por lo que le abrí la puerta y en su muñeca vi la pulsera que le regale. Ella me sonríe por el gesto y me dice "es usted muy caballero, joven, gracias". Yo no supe qué decir. Me quedé con la manilla en la mano y pensando que ella es más de lo que yo esperaba y que era mejor dejar las cosas así, porque yo la conocí



por Internet y uno allí puede ser quien quiera y besar a alguien digitalmente, amar sin fronteras, sin importar la edad ni la distancia ni al tiempo, nuestros corazones están unidos y yo sé que en ese mundo ella me ama, es una realidad muy especial donde yo tengo 30 años y ella 28, donde yo soy Luty y ella Cosita, una realidad que prefiero seguir viviendo donde solo existamos ella y yo y pueda seguir creciendo nuestro Amor Virtual.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL HELADO

Lidia Mansilla Valenzuela
50 años
Monitora de Talleres Literarios
Hualpén

Rumena no queda muy lejos del pueblo, pero en aquellos días era como ir a la capital. El único bus que recorría los caminos de tierra en esos instantes eran los del macho Sanhueza, y como toda la locomoción rural, iba llena: de pasajeros, noticias y las compras realizadas en el pueblo.

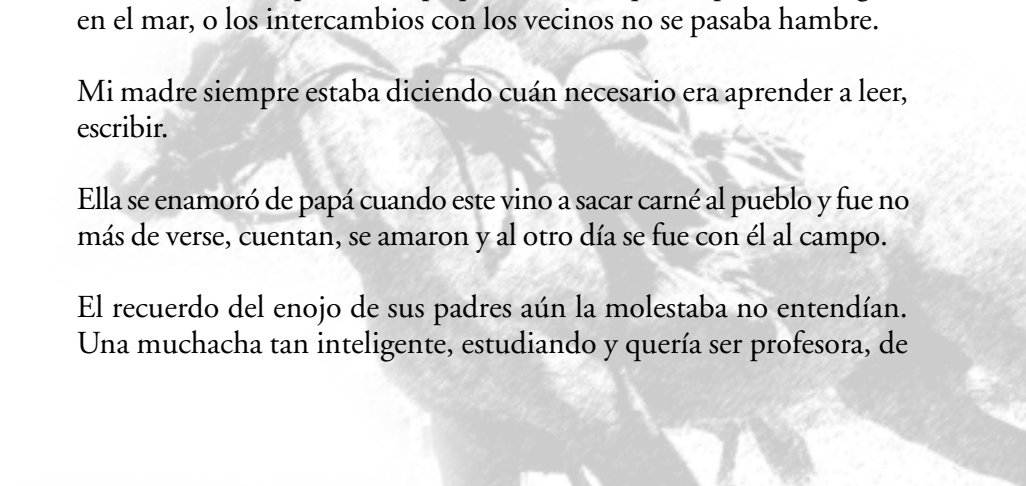
En ese tiempo los niños campesinos no estudiábamos en escuelas por las distancias pero si nuestros padres sabían leer se aprendía. Corrían días difíciles. Vivíamos de la tierra y el mar.

En casa no faltaba lo esencial, no abundaban nuestras cosechas, la tierra estaba cansada, el predio era pequeño, con lo que mi padre conseguía en el mar, o los intercambios con los vecinos no se pasaba hambre.

Mi madre siempre estaba diciendo cuán necesario era aprender a leer, escribir.

Ella se enamoró de papá cuando este vino a sacar carné al pueblo y fue no más de verse, cuentan, se amaron y al otro día se fue con él al campo.

El recuerdo del enojo de sus padres aún la molestaba no entendían. Una muchacha tan inteligente, estudiando y quería ser profesora, de





un día para otro, decidiera dejar todo e irse a un lugar tan alejado de la mano de Dios, con un hombre que no conocía y para colmo pescador y agricultor, seguramente no sabía realizar ninguno de los dos oficios.

Se volvió loca es la única razón comentaban enojados. Y sólo tenía 17 años, qué sería de ella en el futuro con ese mal nacido, seguramente la había encandilado, embrujado con algunas pócimas secretas.

— Sabe, madrina Rosa, mi madre nos contaba en las noches cuando el mar rugía golpeando las costas. Nos abrazaba mirando nostálgica su pasado, nos envolvía con su amor. Hablaba con esa voz ronquita que tenía. Nosotros como sabe somos dos hermanos Carlos y yo.

— Chiquillos mi pueblo es muy lindo, la playa es tranquila posee arenas blancas, si se sube al cerro Colocolo se ve igualito que aquí el mar, tranquilo y azulito. En las calles hay un árbol, da un fruto muy rico, negrito como la zarzamora, pero con otro sabor, se llama moreira, en el instante que llega diciembre cuelgan sus ramas y pueden sacarse sin mayor esfuerzo.

Era lo mismo todas las veces.

— Por qué lloras, mamá, la pregunta a dúo salía casi al unísono de nuestros labios.

No fue fácil vivir lejos de la familia de los amigos. Si hasta se le hacía agua la boca cuando pensaba en los helados del turco Abusleme y el morero que estaba fuera de su casa y ella cosechaba en verano para hacer mermelada. Echaba de menos el pueblo, aunque tenía una buena vida. Un hombre que intentaba suplir sus nostalgias con ese inmenso cariño, repartido en todos esos años, nunca dejo de sorprenderla.

Cada santo, cumpleaños o en todos los aniversarios inventados, donde reían glotonamente. Los más increíbles. Como ejemplo: la primera rosa nacida en el jardín, la llegada de octubre, nuestros cumpleaños, onomásticos, cuando las ranas cantaron por primera vez estando ella a su lado, o los pececitos traídos vivos en un balde para que ella los

conociera y bautizara, siempre Madrina Rosa, el regalo era un libro, nunca conoció la manera de conseguirlos.

— Saben: me vine al campo con su padre hacen tantos años y solo he vuelto una vez. A los cuatro años de aparecerme aquí, su padre decidió casarse y aunque yo no estaba muy de acuerdo:

— Una libreta no hará que te quiera más —dije— pero él insistía, nuestro amor debe ser legal, nuestros hijos no serán guachos y eche una miradita a tu familia también, y eso hace ya tanto tiempo.

A lo que ella agregaba:

— Ya tengo mi familia.

Éramos felices los inviernos, mamá leía para nosotros, mi papá le miraba con tanto cariño, hasta hoy día a mi hermano y a mí se nos aguan los ojos en el recuerdo.

Pero estaba diciendo... los inviernos....

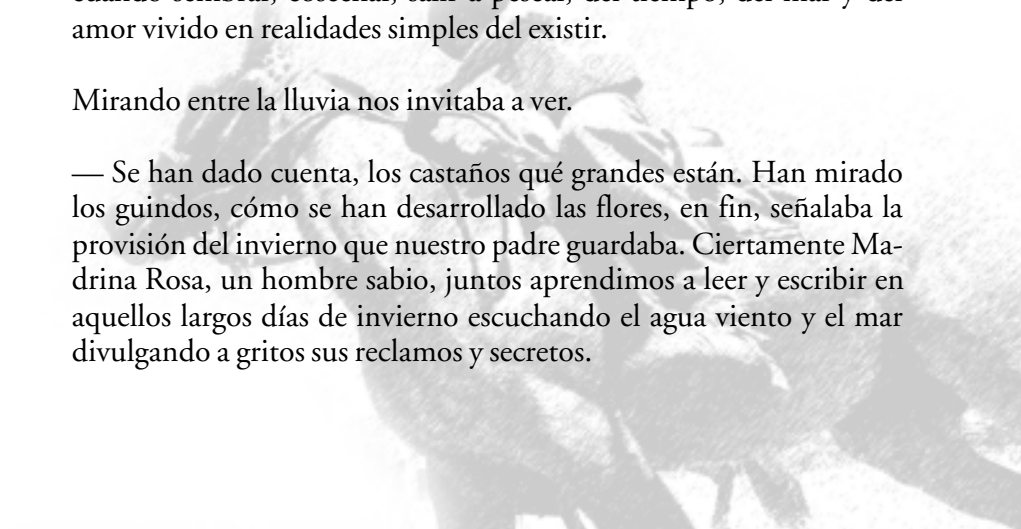
— Coexistían exclusivos con nosotros, ella se convertía en nuestra profesora, tenía tres alumnos pendientes, solícitos, aplicados, colgados de sus palabras, de sus enseñanzas.

— Las del papel les enseñó —agregaba.

— Porque las de la vida, del crecer, el diario laborar y vivir. El mejor maestro en su padre, es más sabio, él sabe de la tierra, hablar al oído, cuando sembrar, cosechar, salir a pescar, del tiempo, del mar y del amor vivido en realidades simples del existir.

Mirando entre la lluvia nos invitaba a ver.

— Se han dado cuenta, los castaños qué grandes están. Han mirado los guindos, cómo se han desarrollado las flores, en fin, señalaba la provisión del invierno que nuestro padre guardaba. Ciertamente Madrina Rosa, un hombre sabio, juntos aprendimos a leer y escribir en aquellos largos días de invierno escuchando el agua viento y el mar divulgando a gritos sus reclamos y secretos.





Asomaba el sol y sus colores despertaban la tierra más temprano, llegaban las cosechas. Ahí estábamos los cuatro, realizándolas. Papá el de las tareas más rudas, nosotros en lo que podíamos, nunca nos llevó donde no pudiera vernos constantemente.

Así pasaron los años entre las tareas domésticas, las cosechas, la pesca y los libros de la biblioteca de mamá.

Un día llegó uno de los vecinos, don Salomón Neira, que vivía como a cuatro kilómetros de nuestra casa, para el lado de Llico, "la yunta de papá", constantemente le ayudaba en lo que emprendía, picar leña, cercar, arar un surco nuevo, sacar las piedras, podar los árboles de la quinta, fabricaban ahumaderos para los pescados y el charqui de chivos, en los intercambios de productos, él sí era un pescador. Siempre nos frecuentaba, era el padrino de mi hermano, de palabra no más, hasta que bajáramos al pueblo.

Estaba muy nublado y el mar gemía más que de costumbre, seguramente estaba enojado, la semana pasada dio vuelta una lancha chica, con cuatro pescadores y aún no los encontraban.

Llegó apurado y sudoroso, alcanzaron del pueblo a su casa venían preguntando por mi mamá, necesitaban avisarle, mi abuelo estaba muy mal y ambicionaba verla.

Mi mamá se puso a llorar, a la vez muy digna le dijo a su compadre.

— Después de tantos años me recuerda como hija, cuando me desterró de su cariño —grito.

— Si te vas con ese muerto de hambre, olvidas a tu familia, cuando llegues arrastrándote, y guachos a la cola... entonces sabrás quién soy.
— Comadre, eso ocurrió tantos años, sus chiquillos están grandes y gracias al Creador nunca les faltó nada.

— Usted no sabe cómo me trató —dijo— que yo era una perdida, que me enredé en los primeros pelos que me parecían de buen ver. Y usted sabe no es así.

— Su padre está viejo, y mi primo dice, solo la está esperando a usted para irse, quiere pedirle perdón.

— Mujer —intervino mi papá —deber de cristiano es ir con la maleta livianita, uno no sabe cuándo va a emprender el viaje sin retorno, no es bueno guardar rencores y con esto usted me está demostrando... no ha sido feliz conmigo... no la obligo a nada, eso usted lo sabe, pero sería bueno, no cree, los chiquillos merecen conocer a su abuelo antes, no le parece, no sea más tarde se arrepienta, y los cabros chicos se lo echen en cara. Pero el padre es de usted así y usted decide.

— Pero, mijo.

— Usted es ya mayorcita, tiene dos hijos y un hombre, que daría hasta los sueños por no verla llorar, usted resuelve no más.

Así fue pues madrina viajamos, mi madre y yo. Papá se quedó en la casa, seguramente rezando por nosotros y no molestar a mamá en su dolor. Él siempre prudente, en todo.

Cuando llegamos ya estaba de noche, era extraño ver tantas casas juntas, y separadas por caminos angostitos, había luces en estos. Distinto a nuestro campo, allá en la noche todo se veía oscuro, ahora en invierno más notorio y el mar aquí hablaba bajito, no como en el roquerío de Llico.

Golpeamos en una casa cerca de un jardín espacioso con asientos, que tenía una reja grande en el centro.

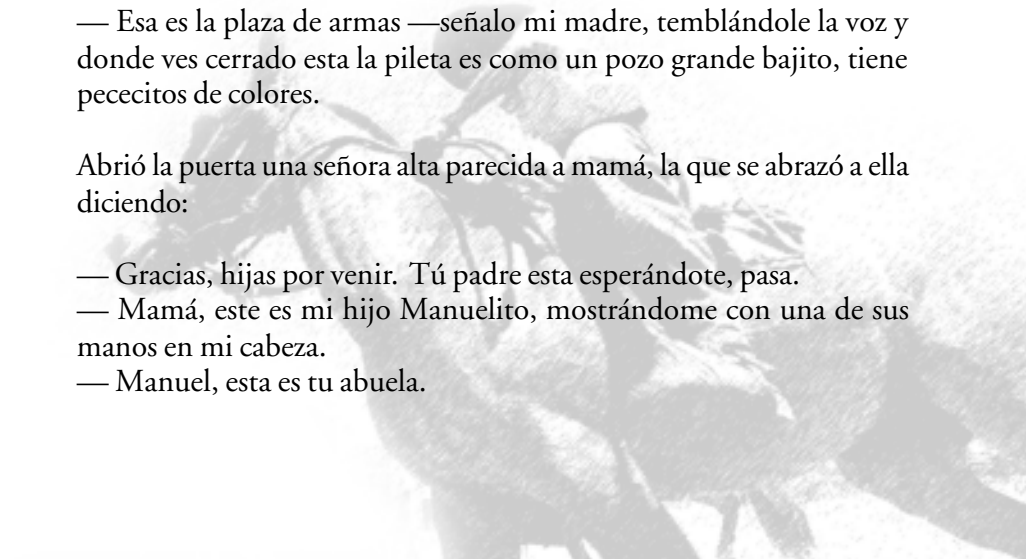
— Esa es la plaza de armas —señalo mi madre, temblándole la voz y donde ves cerrado esta la pileta es como un pozo grande bajito, tiene pececitos de colores.

Abrió la puerta una señora alta parecida a mamá, la que se abrazó a ella diciendo:

— Gracias, hijas por venir. Tú padre esta esperándote, pasa.

— Mamá, este es mi hijo Manuelito, mostrándome con una de sus manos en mi cabeza.

— Manuel, esta es tu abuela.





Me abrazó, besándome, exclamo.

— ¡Qué hermoso chiquillo! Se parece mucho a su abuelo, tiene su porte.

Mamá se dirigió hasta el dormitorio de su padre, que preguntaba ansioso quién llegó.

Entramos mi madre y yo, deteniéndonos al pie de la cama.

— Este es mi hijo mayor, empujándome para que me observara mejor.

Las piernas no me obedecían, vinieron a mi memoria, las veces que la escuché llorar a escondidas donde nosotros, sus hombres —como nos decía— no la escucháramos, y sí suponía que lo sabíamos. Comentaba, tratando de secar sus lágrimas.

— Esta gimiendo fuerte el viento. ¿No creen?

Y ahí en esa cama estaba el culpable de todos sus llantos escondidos. Mi abuelo.

— Saluda... es tu abuelo... papá este es mi hijo mayor.

Tomando mi mano, dijo:

— Perdona, hija, a este viejo estúpido, que no se dio el trabajo de ver y no supo darse cuenta a tiempo, la semilla sembrada había sido en terreno fértil, de buena calidad, estoy orgulloso de lo que has construido junto a tu marido.

— Ya es pasado, papá. Es su obligación ponerse bien para presentarle al Carlitos y pueda conversar con el hombre que ha sido mi compañero inseparable.

Conversaron mucho, nos dejaron solos, hasta la abuela no insistió en conversar con mamá, hablaron de la vida, de la muerte, de la herencia de la sangre, y la bendición de tenerla como hija, ella tenía un lugar

preferente en su corazón por ser su hija mayor. Al venir el alba el abuelo dejó de existir, en esta representación material.

Entonces entendí el silencio de mi madre en todo el camino, estaba olvidando lo sucedido años atrás, quería solo los buenos recuerdos de su padre, antes de encontrarse con él.

Ya de regreso del cementerio, me llevo a conocer el pueblo, la playa, cada rincón de su vida estudiantil, el liceo y sobre todas las cosas, la calle Cochrane de los moreros.

— Al otro lado, mira, frente a la plaza, venden helados en el invierno y verano, te compraré uno, te van a gustar.

Y en realidad fue lo más grandioso que había probado.

Nos despedimos con el compromiso, volver pronto y no dejar pasar los años sin encontrarse nuevamente.

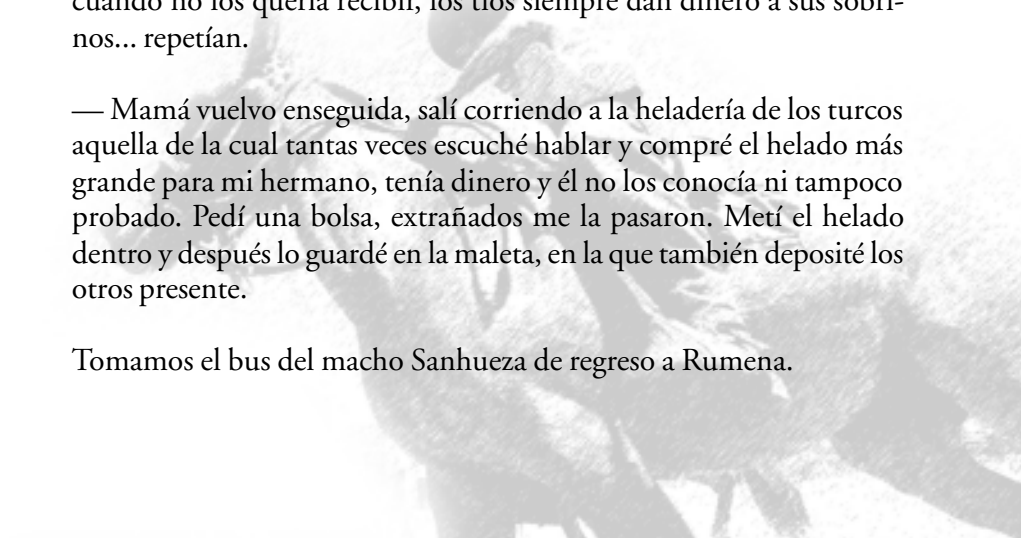
— Veremos ya veremos —decía. Uno tiene su vida ya hecha, decidida y no es fácil dejar la rutina.

Nuevamente la misma, retornaba el rosado a sus mejillas hermosas.

Mis tías me entregaron algunas monedas y regalos para Carlitos y papá, es costumbre si conoces algún miembro de la familia —dijeron— cuando no los quería recibir, los tíos siempre dan dinero a sus sobrinos... repetían.

— Mamá vuelvo enseguida, salí corriendo a la heladería de los turcos aquella de la cual tantas veces escuché hablar y compré el helado más grande para mi hermano, tenía dinero y él no los conocía ni tampoco probado. Pedí una bolsa, extrañados me la pasaron. Metí el helado dentro y después lo guardé en la maleta, en la que también deposité los otros presente.

Tomamos el bus del macho Sanhueza de regreso a Rumena.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

MAESTRO

Raúl Gustavo Sepúlveda Salazar
58 años
Profesor
Ninhue

La historia que a continuación les relato es un hecho verídico acontecido cuando hacía mis primeros años de trabajo en este lugar.

Su protagonista es un perro común y corriente, de raza indefinida, pelo café, macizo de contextura.

Pertenecía a una familia cuya vivienda distaba aproximadamente a unas cinco cuerdas de la escuela. Nos conocimos en algunas visitas que frecuentemente realizaba a su casa. No sé por qué causa este noble animal se encariñó conmigo y cada vez que me disponía a regresar estaba atento para servirme de guardián en las oscuras noches campesinas. Cuando se percataba que estaba seguro en mi habitación, aladaña al establecimiento, regresábase muy contento, tal vez pienso consciente de la misión cumplida.

Pasó el tiempo y su permanencia junto a mí fue más continua. Al parecer echaba de menos el afecto con que lo trataba.

Cada vez que era citado a reuniones en Quirihue o en Ninhue, debía hacerlo a pie, sobre todo en invierno, pues no existía medio de locomoción alguno capaz de aventurarse por esos caminos. Era costumbre

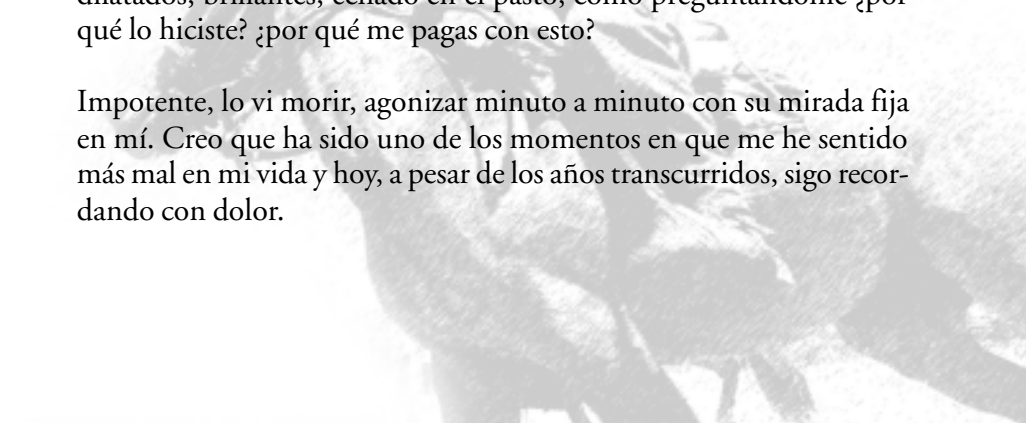
emprendiera el viaje a las 4.30 de la madrugada para tomar bus a Quirihue a las 8.00 horas.


Espesos bosques y agua acumulada por las intensas lluvias hacían muy difícil el trayecto entre Talhuán y La Invernada. Mentiría si dijera que muchas veces no sentí temor, principalmente a enfrentarme a apariciones fantasmales que según contaban habíanle acontecido a otros.

El hecho es que este fiel "maestro", como era su nombre, siempre estaba disponible para acompañarme en cada una de estas jornadas. Haciendo gala de su nombre, me guiaba por los oscuros senderos hasta que alcanzábamos el final del bosque donde transitar se hacía más expedito. Luego, con un palmoteo en su lomo le indicaba que una vez más la misión habíase cumplido y se regresaba raudo y contento a su lugar original. Lo más sorprendente es que a mi vuelta, transcurridos no más allá de 30 minutos de mi llegada, hacía notar su presencia en la puerta de mi habitación golpeando su cola insistentemente. ¿Cómo sabía que había llegado? Es algo para lo cual aún no encuentro respuesta.

Esta historia real, tan hermosa no tuvo sin embargo un feliz final. Sucedió un día cualquiera por la tarde. Días antes había colocado insecticida destinado a exterminar gran cantidad de roedores que pululaban por el viejo edificio (no comprendo tampoco cómo no contraje el virus Hanta). Para desgracia de él y mía, en un descuido consumió parte de ese producto venenoso colocado en cebos. Al poco rato comenzó con grandes espasmos y lastimosos aullidos. De inmediato me di cuenta de lo que había ocurrido. Traté de ayudarlo pero su corpulencia y su desesperación me lo impidieron. No tuve tampoco a nadie cercano a quien requerir ayuda. Recuerdo, me miraba con sus ojos dilatados, brillantes, echado en el pasto, como preguntándome ¿por qué lo hiciste? ¿por qué me pagas con esto?


Impotente, lo vi morir, agonizar minuto a minuto con su mirada fija en mí. Creo que ha sido uno de los momentos en que me he sentido más mal en mi vida y hoy, a pesar de los años transcurridos, sigo recordando con dolor.





Al día siguiente, como postrer homenaje, junto a mis alumnos de entonces cavamos una fosa en un extremo del patio para depositar su cuerpo con la dignidad merecida. Vi tristeza y lágrimas en los rostros de esos niños que habían hecho de Maestro un compañero de sus juegos. Era lo menos que podía hacer por aquel fiel amigo.

Sus huesos permanecen en un rincón incógnito de la escuela, sintiendo tal vez sobre él las locas carreras de los niños de hoy para quienes le he contado esta historia.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

SOPA MISTERIO

Gloria Yudith Dünkler Valencia

27 años

Profesora y bibliotecaria

Pucón

Mientras satisfacía mi necesidad de orinar pude percatarme que en las paredes de los baños públicos se plasman verdaderos manifiestos. Los rincones yacen empapelados de signos futboleros que, entre voluptuosas figuras de masculinidad, cantan victorias olvidadas. En el sanitario de mujeres las angustias afectivas manda: solicitan asesoría moral y sexual, incluso me atrevo a señalar que me he topado entre confesiones respuestas ¡dramáticas! de niñas que, con el alma en el hilo, viven el calvario de un atraso menstrual. Sin duda, los muchachos se apoderan de este muro de los lamentos sobre el cual redactan ácidos y urgentes graffiti remontándose, algunos, a los negros años del régimen: ¡almuerzos dignos!, "más becas y créditos fiscales", "muerte al dictador, ni perdón ni olvido", así fue como, de pronto, se me vino a la cabeza aquella gran movilización universitaria del año 1998 en la ciudad de Temuco.

Yo era una mocosa de pueblo callejeando por la ciudad, criada a la sombra de la mano ruda de doña María. Su puño de mamá-abuela me había entrenado para boxear el mal caracho de la existencia y así no caer en la lona al primer golpe. Acostumbrada a estas "místicas" enseñanzas, no me entraba en la piña, como mis compañeros de estudios en las asambleas, con una mano en alto jugaban a la revolución de la boca para afuera y al rato los escuchaba lloriquear escudados en su



inoperancia y su crítica hueca que, de seguro, nada habían construido para cambiar las condiciones históricas a las que nos vimos enfrentados; "en esos casos, si uno no sabe o no hace, si a uno no le da el cuerpo para meter las manos en la mierda y revolverla, mejor cerrar el pico y no decir ni pío", fueron las lecciones de mi vieja tantas veces, mientras estiraba la masa y yo derretía la manteca en el sartén para la fritura de sopaipillas.

A principio de año todo marchaba excelente en los Créditos Fiscales y en el Casino: nos servían vitamínicas cazuelas de ave acompañadas de carnudos trutros. Legumbres sabrosas, pastel de papas, bife alemán, pastas y ensaladas. A mediados de años el pollo había enflaquecido hasta los huesos, las longanizas ensancharon de tanta grasa y las vienas lucían absolutamente chamuscadas en un rincón del plato. De la leche asada pataleamos en una jalea aguachenta y ese único pan duro que nos ofrecían, a pesar de los reclamos, auspició mis desayunos por cinco temporadas. Aquellos buenos para el diente no tenían otra elección: debían hacer la "cola de hambre" rastrojando entre las sobras de ese gallinero de platos a medio comer y peras mordisqueadas.

Hastados de que por "Beca de Alimentación" nos embutieran en la minuta la sopa misterio (nunca supimos si era de espárragos, choclo u otra sustancia verdosa de dudoso origen), hamburguesas sabor a cartón remojado o huevos fritos de utilería, duros como suela, —pues algunas dietas nos provocaban tóxicas diarreas a fin de semestre—, en repudio vox populi un ruido bacanal inundó el casino: los afortunados (y quienes no gozaban del beneficio) comenzamos a golpear las bandejas de plástico con las cucharas, volviendo más tirante el ambiente que se cortaba con un cuchillo para las nutricionistas y los administradores de la concesionaria de cuyo nombre no les conviene me acuerde; la acusación reventó en la avenida Francisco Salazar, allí arrojamos cuatro rumas de tallarines desde la mantelería desteñida, la mazamorra rojiza patinaba bajo las ruedas de los vehículos y los platos hecho añicos volaban sobre la acera. De este modo, se informó a la comunidad de la basura de comida que debíamos tragar. Entonces echaba menos, tras la cocina a leña, los chicharrones con pancito caliente, una historia de males y entuertos, un buen calducho de longanizas, unas pantrucas de la "mami", unos porotos para adiestrar la rienda, un causeo de patitas,

o un reponedor caldo de sustancia después de clases, al regresar mojada como diuca a mi solitaria pieza.

Al caer la tarde, la movilización disminuía su accionar sin respuesta del gobierno —salvo uno que otro reportero de la prensa localista que perseguía fotografiar el punto negro o algún encapuchado de la jornada para vender noticia al otro día—, paulatinamente se iba desgranando la masa iracunda, algunos con el brazo acalambado de tanto lanzar piedras al enemigo verde. ¡Vámonos al carajo! Gritábamos de vuelta a nuestras ratoneras o a cualquier rincón en el cual pudiésemos beber, vivir y estudiar las materias a nuestro antojo. No quedaba otra alternativa por las noches que naufragar en los vasos de vino tinto extraviados en la nube del cigarro colectivo, discutiendo los pormenores de la jornada al pulso de Inti Illimani y sus manoseados cánticos revolucionarios, como una forma de apalear la incertidumbre de no saber si aquellos compañeros de carrera lograrían continuar sus estudios superiores, pues desaparecería el Fondo Solidario al confiscarse las universidades estatales a causa de la "Ley Marco".

Lo crítico de la situación nos llevó a tomar el tren de Temuco a Santiago decididos a combatir por la descentralización, ya que en regiones las pellejerías no son pocas; en nuestros planes no contábamos con la astucia del gobierno regional, pues nuestro convoy arribó a la capital a las cinco de la tarde, ocho horas después de lo normal con la justificación, por parte del maquinista, de que la línea férrea se encontraba cortada. En la rabieta saltamos a la carretera y levantamos una barricada mediocre en la que chamuscamos cuatro tablas locas; debo confesar, que de nuestra maniobra los automovilistas se reían a carcajadas, al igual que la caravana de muchachos oriundos de la Universidad de Concepción, quienes desfilaron muy campantes en sus buses en todos los vidrios rayados de consignas, para nuestra estúpida idea romántica del tren...

Exhaustos, portando nuestros lienzos de la UFRO¹, la UCT y vociferando el eslogan de nuestras respectivas almas mater ingresamos al gimnasio. Sólo conseguimos escuchar la despedida del presidente de la

¹ UFRO: Universidad de la Frontera. UCT: Universidad Católica de Temuco.



FECH² de aquel tiempo Rodrigo Rocco, por último, el poeta Mauricio Redolés charangueó unas tonadas izquierdozas y así culminó el evento en el cual nos mentalizamos la noche anterior a punta de Chufly³ para calentar los huesos, (compra secreta ejecutada en los cinco minutos en que el tren se había detenido en la estación de Chillán). A la salida del gimnasio se revolvió la gran concentración en paro camino a la Universidad de Chile, en la distorsión de la noche se impuso frente a mí el retrato del desaparecido Daniel Menco y su caída en combate entre las barricadas, ese rostro de interrogación, la boca abierta y sus desorbitados ojos de mapuche urbano; en varias ocasiones alzamos nuestras botellas en un salud póstumo. Así recibimos la mañana con varios damnificados vomitando en los baños de la Federación.

En esas juntas, a los líderes se les iba en collera el intestino prendidos de ombligo, por el colon irritado de tanto negociar con el Ministerio de Educación, sin obtener un acuerdo que compensara las demandas de la Federación de Estudiantes de Chile. Los cerebros de aquel tiempo no tenían la mínima intención de censurar la autonomía de sus aparatos excretores insurgentes, agobiados por la hambruna que ardía en los estómagos y las repulsivas comidas preparadas sin cariño, "con la guata vacía no se hace filosofía"⁴

Población civil, uniformada, héroes, anónimos, en la ciudad o en el campo, todos unidos y enloquecidos por aquel fogonazo que nos puede desconectar de la existencia, un soplo, la fibra que sostiene en una hilacha nuestra condición de bichos humanos, esa carestía que no tiene colores ni tendencias políticas: "el hambre", esa hambre de justicia esculpida en la fontanería de los intestinos sociales no puede seguir esperando las sobras de los poderosos y sus miserias de espíritu. Ya bastante gozaron latigando sus 18 años de censura sobre las espaldas de nuestras viejas que esperaban con sus pirlguas vacías a la cola de los almacenes, para comprar una bolsa de té, una mancha de aceite o medio kilo de azúcar, mientras nosotros jugábamos al "luche" y a la "tiña" en los tristes años de la U.P., por lo que me han contado. En esta época de

² Federación de Estudiantes de Chile.

³ Trago a base de agua ardiente, bebida o jugo en polvo.

⁴ Abrazo las palabras de Juan Arroyo, un sobreviviente del Estadio Nacional en los años duros.

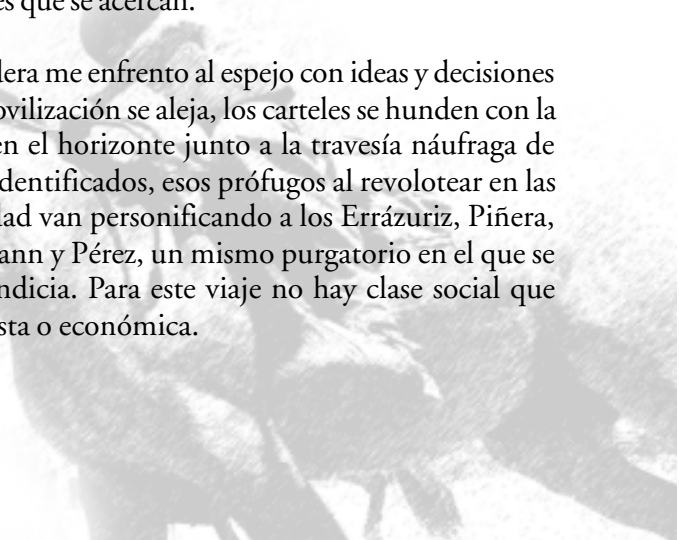
transición, a quince años, ¿no les parece estúpido que sigamos en el mismo baile y ahora torturando los estómagos con decadentes almuerzos que inflaman nuestros intestinos de fastidiosos gases tóxicos que anhelan independizarse?

A estas alturas del cuento, recuerdo a mi vieja cebando el mate para empezar la comilona de sopaipillas, mientras afuera una granizada parecía cuartear el techo de zinc. El pebre ya había reposado lo suficiente y le hincamos el diente ese domingo de despedidas y sentimientos encontrados para mí, entre quedarme en la casa o partir a la ciudad universitaria. — Ya estamos en la hora, hija... échate unas sopaipillas en la bolsa, aquí tenís un pan caliente, abrígate bien la cabeza y te fuiste jote, que te vaya bien.

— ¿Está ocupado?, ¡apúrese por favor que hay gente esperando!

Alguien me ha sacudido de mis profundas reflexiones en el inodoro de la Facultad de Educación y Humanidades. Todo ha sido consumado tras un tirar de cadena y asearse de arriba hacia abajo o, al contrario, no parece tener tanta importancia, mas no nos equivoquemos: nada de grato resultaría ir por la vida con estos perfumes de inseguridad estampados al calzón. Ello se resuelve al impregnar la endurecida realidad en el suave papel higiénico, hojas de maqui o el arrugado periódico nacional (a falta de recursos), que nos permite gozar del placer de hundir en nosotros al candidato de portada, acto anónimo y rebelde de ese voto "nulo" que se pierde en el fondo del pozo séptico, a propósito de las elecciones presidenciales que se acercan.

Con las prendas a la cadera me enfrento al espejo con ideas y decisiones a medio resolver. La movilización se aleja, los carteles se hunden con la corriente, se enredan en el horizonte junto a la travesía náufraga de cientos de troncos no identificados, esos prófugos al revolotear en las cloacas de nuestra ciudad van personificando a los Errázuriz, Piñera, Matte, Paillalef, Hofmann y Pérez, un mismo purgatorio en el que se revuelca toda la inmundicia. Para este viaje no hay clase social que valga, ni boleto de turista o económica.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

VUELO DE TIERRA

Jaime Jorge Melivilu Huencho

32 años

Artesano

Temuco

Corría el invierno del año 1927, cuando la tranquilidad de la comunidad del cacique Domingo Painevilo se vio alterada por la visita que vestían trajes y tongos; los visitantes al entrevistarse con el cacique le hicieron saber que eran funcionarios del Gobierno, entre ellos ministros e ingenieros, y el motivo de su presencia en el lugar era para comunicarles que expropiarían sus tierras porque este lugar era apto para construir una base aérea y un aeropuerto. En esa oportunidad los huincas fijaron fecha para una reunión donde les darían a conocer las condiciones y las negociaciones.

Fue que el cacique al día siguiente, todavía consternado con tan magra noticia, envió a un huerquén (mensajero) a las distintas comunidades vecinas, invitando a una reunión a todos los loncos (voceros) y caciques para analizar el problema que se les venía. También fueron invitados los machis (curanderos y guías espirituales del pueblo). El motivo de la reunión era para analizar el impacto que causaría la construcción de la base en sus tierras.

Fue así que dieron comienzo a la reunión con un guillatín (rogativa llena de espiritualidad donde no se consume alcohol).

La machi comenzó la ceremonia pidiendo por la unidad de las comunidades y que los loncos que estuvieran a cargo de las negociaciones eligieran lo mejor para las comunidades que iban a ser expropiadas. Todos los caciques opinaron en su oportunidad, las opiniones fueron divididas, habían a favor y en contra.

El cacique luego de escuchar todas las intervenciones, quedó decepcionado de no tener el respaldo que necesitaba para oponerse a la expropiación de sus tierras que él tanto amaba.

Fue así que la tristeza invadió al cacique porque él no podría hacer nada para evitar la suerte que correría su familia; en su desesperación fue a visitar a su abuelo para pedir su consejo. Al abuelo lo llaman león Alka filu, este es un anciano que está en el ocaso de su vida; pero en su juventud fue un guerrero excepcional, que participó activamente en la resistencia del pueblo mapuche en lo que la historia denominó "la pacificación de La Araucanía".

El viejo aconsejó a su nieto que él tenía que escuchar a los huincas y tomar una decisión que ojalá le permitiera a la familia seguir viviendo como siempre lo habían hecho.

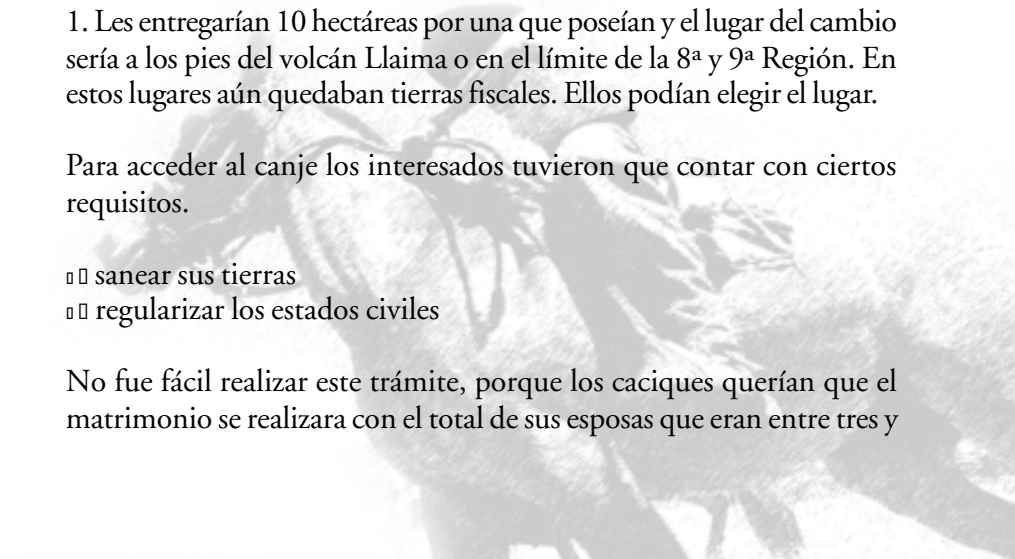
Al cabo de dos meses, los personeros de gobierno se hicieron presentes y traían consigo un paquete de condiciones, para las comunidades que iban a ser expropiadas.

1. Les entregarían 10 hectáreas por una que poseían y el lugar del cambio sería a los pies del volcán Llaima o en el límite de la 8ª y 9ª Región. En estos lugares aún quedaban tierras fiscales. Ellos podían elegir el lugar.

Para acceder al canje los interesados tuvieron que contar con ciertos requisitos.

- ▣▣ sanear sus tierras
- ▣▣ regularizar los estados civiles

No fue fácil realizar este trámite, porque los caciques querían que el matrimonio se realizara con el total de sus esposas que eran entre tres y





cuatro. No fue sencillo hacerles entender que la ley permitía a solo una esposa, con esta medida quedó gran parte de los hijos como hijos naturales.

▣ cédula de identidad. Aquí se presentó un gran problema, debido a que en la cultura mapuche no existían los apellidos, solo los nombres; fue en esta oportunidad que los nombres occidentales entraron a la cultura mapuche, y los nombres mapuches fueron puestos como apellidos.

Una vez teniendo todos estos requisitos, podrían elegir sus tierras. Una vez más el cacique fue a pedir el consejo de su abuelo y fue en compañía de su nieta Juanita. El consejo del viejo fue que él tenía que tomar en cuenta que los huincas cada día iban a ser más y también sus leyes, por esto él tenía que elegir el lugar más lejano y menos accesible, porque esto era lo único que le garantizaría su existencia y su forma de vida.

Y al otro día, antes del alba, el cacique se despidió de su gente y de su nieta que le dijo:

— "Chachai", no te olvides lo que te dijo tu "chao" (padre).

— Sí —le dijo el cacique voy bien lejos ñahue (hija) —y montó su caballo y partió rumbo a la cordillera a los pies del volcán Llaima.

Tres semanas después, al atardecer Juanita reconoció a lo lejos al cacique que venía montando su caballo que lo llamaban Curri trilque y corrió al encuentro de su abuelo que la subió arriba del caballo y la abrazó y le dio un beso y Juanita le dijo: "Chachai, te demorastes mucho". ¿Encontrastes el mapu (tierra)?" Y el cacique afirma con la cabeza. Una vez en su casa, en presencia de toda su familia, incluido su abuelo comenzó a describir cómo era el lugar; está a tres días de acá, hay un pueblo cerca, mucha montaña, árboles muy altos y dos meses antes del Wetri pantu (año nuevo) se cosecha el pehuén (piñón), así lo llaman los peñes que viven en el lugar.

La niña, que lo escuchaba con mucha atención, preguntó:

— Los huincas no los van a echar de ahí?

— No lo creo —contestó el cacique— porque ahí hay muchos ce-

ros, que en invierno se cubren de nieve y hace mucho frío y los huincas no lo resistirían, y también hay un cerro que es el más alto.
— ¿Como es eso? —dijo Juanita.

Cuando se enoja, tira fuego muy lejos y por esto los huincas le temen, por eso nunca nos moverán de ahí.

— Bueno —dijo el cacique— una vez que cosechemos nos vamos.

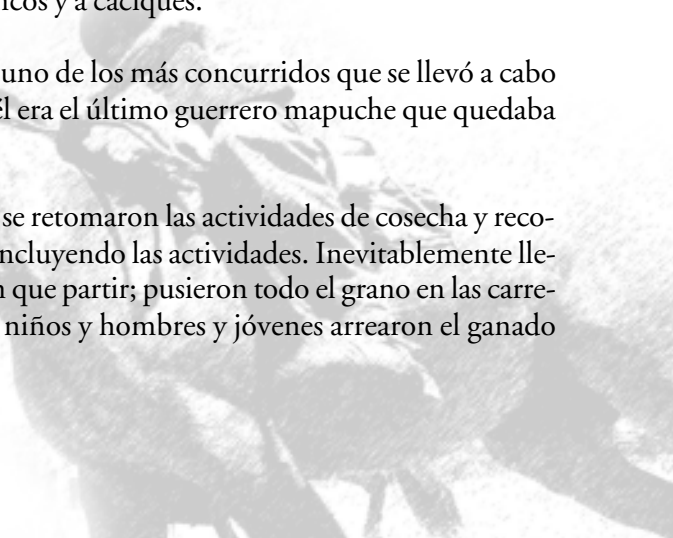
Y Juanita que estaba en brazos de su bisabuelo, le dice "fichá chau"
—¿te gusta el mapu donde nos vamos a ir?

— Sí contestó el viejo, pero yo tengo que dar una última batalla en este lugar; y tú Juanita tienes una tarea muy grande en este lugar, tienes que cuidar tu tierra donde vas a vivir por siempre y jamás dejarla ni venderla para que tus hijos puedan vivir como lo hicieron tus abuelo, como gente de la tierra.

Y fue así que llegó el tiempo de cosechar, de repartir el ganado que tenían en medias con sus vecinos. Cuando estaban en plena faena, fueron a avisarle que su abuelo acababa de dejar este mundo. El cacique suspendió todas sus labores y organizó el funeral de su abuelo, este se desarrollaría de la siguiente manera: lo velarían 4 noches y al 5ª día lo sacarían al potrero más cercano y le harían una trilla que consiste en que el cacique monta caballo, lleva una bandera blanca y galopa alrededor del ataúd, junto a familiares y amigos. esta es una costumbre que solo está reservada a loncos y a caciques.

El funeral del viejo fue uno de los más concurridos que se llevó a cabo en Maquehue porque él era el último guerrero mapuche que quedaba en el lugar.

Al cabo de una semana se retomaron las actividades de cosecha y recolección de animales. concluyendo las actividades. Inevitablemente llegó la fecha que tuvieron que partir; pusieron todo el grano en las carretas, también mujeres y niños y hombres y jóvenes arreararon el ganado rumbo al volcán.





El cacique miraba con el corazón dividido el convoy que dejaba las tierras que le vieron crecer, y un par de hijos que se quedaron, porque estaban casados en comunidades vecinas.

Mientras se alejaba de sus tierras primitivas, comprendió que la última batalla que dio su abuelo león Alka filu quedó durmiendo entre canelos, maquis y quilantales, esperando florecer la próxima lluvia y hacerse fuerte en el recuerdo de los que aman la tierra, en donde duermen las esperanzas de los retoños que quedamos, pensando que el mapu un día nos llamará para hacernos nuevamente sus dueños y cuidadores por siempre.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

TIEMPO DE ACTUAR

Juan Carlos Vásquez Mercado
39 años
Agente de Desarrollo de Local
Carahue

En memoria de Sergio, amigo y compañero

No era bueno en el hablar, pero cuando la hacía sus palabras transmitían seguridad a los suyos. Por ello, a pesar de sus veintiocho años, Sergio fue elegido presidente del sindicato. Se decía que los González habían sido desde siempre dirigentes, que era algo que llevaban en la sangre. Los más antiguos recordaban con nostalgia y admiración los años aquellos en que diez familias fueron guiadas por don Carlos, el viejo González, desde los terrenos inundados por la gran ola del maremoto del sesenta; con arrojo y sabiduría, en nombre del grupo, tomó posesión de Los Pinos, un emplazamiento arenoso que se salvó de ser barrido por las aguas, protegido como estaba por grandes dunas, en el margen oeste del río Toltén, donde corre paralelo al gran océano. Eso había sido ya cuarenta años atrás, cuando el viejo era joven.

Al momento de aceptar el cargo, los recuerdos vinieron a su mente. La tenacidad con que su padre defendió su lugar de trabajo, cómo se plantó frente a las autoridades de ese tiempo para denunciar la destrucción del banco de machas por parte de turistas, esos ricos moluscos que formaba parte de su sustento; estos extraños que llegaban a la playa grande no respetando los ciclos de la especie, sacando las semillas que lenta-



mente van terminando con la gallina de los huevos de oro. Y lo consiguió, se puso veda a la captura y ya no se vio a desconocidos bailarines de twist por esas playas; pero la recuperación del banco había tardado más de los años que la frágil economía de las familias podía soportar, y muchas veces se vieron en la obligación de recurrir ellos también al delicioso recurso. Era eso o el hambre.

Y recordó también como, casi sin saber leer ni escribir, el viejo consiguió que la Corporación de la Vivienda, la Corvi, entregara casas a las familias, tres piezas que eran todo un lujo para esos tiempos, sus tiempos de niño patipelado; y de eso hacía ya más de veinte años.

Hoy los pescadores de Los Pinos eran dueños de sus terrenos, se habían construido nuevas viviendas para las familias constituidas con los niños migrantes de ayer, adultos hoy. Sergio también tenía la suya; su mujer, Angélica, había nacido y se había criado en los cerros de Maiquillahue, cerca de Mehuín, también hija de agricultores y pescadores artesanales, el oficio de su marido no le era ajeno, colaborando muchas veces en las labores propias de éste. Dos niñas desdentadas, los ojos de Sergio, como él decía, y un niño de pecho, su orgullo, aseguraban la continuidad del linaje. El niño también era la esperanza, seguro sería también un verdadero González, un destinado a guiar y acompañar al grupo. A ellos agradeció Sergio aquel día en que fue aclamado presidente; por ellos, dijo, por todos nosotros, acepto la responsabilidad que me entregan.

Y es que el hombre sabía de responsabilidades. Pocos meses después de su regreso del cumplimiento de su servicio militar, Sergio debió enfrentar la muerte de su padre, quien a sus sesenta y siete años aún pescador, había desaparecido una noche de tormenta; ocho días tardó el amado y odiado mar en devolver el cuerpo, ocho días en que junto a su madre y hermanas mayores esperaron con ansias, desesperación casi, con la fe puesta en el Ser Supremo en que creían. Y durante dos años cuidó Sergio de su madre, quien había mostrado siempre gran entereza pero que hoy no podía superar la pérdida del compañero de toda la vida, aquel que fue su amigo y su amante; fueron años de melancolía, de soledad, de pena. Murió de pena, fue el comentario en boca de todos en el velorio. Y muchos en Los Pinos agradecieron al

Creador que permitiera a la vieja unirse nuevamente a su Carlos, ahora para la eternidad.

Y la misma entereza que puso Sergio en esos aciagos días de desgraciados acontecimientos familiares, los puso en la tarea de defender los derechos de los suyos. Había carencias, por cierto, la pesca ya no era lo que fue en el pasado. Un nuevo enemigo asolaba las costas, cual en el pasado lo habían hecho piratas y bucaneros; los barcos industriales, burlando las disposiciones que regulaban cinco millas marinas de uso exclusivo para la pesca artesanal, día tras día estaban frente a sus costas, ahí, en sus propias narices, con esas máquinas chupadoras de todo, que todo lo transforman en un polvo que serviría para la confección de alimentos para los pollos que se consumían en la gran ciudad. Y para ellos, aquellos que hacían de la pesca un oficio, un arte, nada.

Los pescadores lo sabían, no era algo nuevo; la única forma de hacer frente a ellos, en la defensa de sus derechos, era unidos, codo a codo. El trabajo fue de hormigas, como gustaba decir un viejo dirigente. Se unieron los de Mehuín, los de Puerto Saavedra y Puerto Domínguez, los de La Barra, los de Queule; y los lafkenche de la costa de Carahue llegaron también, de Hueñalihuén, de Lilicura, de Pilokura, de Champulli, afectados por los monstruos de fierro y por esos hombres rana que atracaban sobre su pesquería, aquellos moluscos que los acantilados costeros habían mantenido alejados de la codicia y de la voracidad humanas, pero que hoy llegaban por el lado del mar, con trajes de buceo que valían oro en comparación con los usados por estos antiguos mariscadores mapuche.

Juntos había esperanza. Pero las autoridades no actuaban, pese a los reiterados reclamos de los pescadores por boca de sus dirigentes. No tenemos personal suficiente para fiscalizar, argumentaban. Y los pescadores seguían esperando, pensando ya en tomar una actitud más decidida, más enérgica; el enfrentamiento tal vez.

Entonces deciden unir nuevas fuerzas. La gente no sabe lo que pasa, reflexionaron, debemos hacer que lo sepan. La decisión se tomó en una asamblea ampliada; cerca de cincuenta dirigentes representantes de los grupos articulados, reunidos en Queule, planificaron la marcha. Se



tomarían la carretera a la altura de Freire, y ahí sí que tendrían que ser escuchados. Las mujeres pintaron lienzos, con témperas y pinturas de sus hijos escolares; ya habría la oportunidad de adquirir nuevas, aunque con la situación precaria de la pesca, eso también era incierto. Sin embargo valía la pena intentarlo.

"Fuera barcos industriales de nuestras costas", "Queule en pie de guerra", fueron algunas de las frases que difundieron los medios de comunicación; la televisión transmitió en directo, los diarios y la radio realizaron reportajes que permitieron dar a conocer el problema. Ese día los pescadores regresaron esperanzados a sus caletas. Sergio también iba contento.

Pero al día siguiente había que salir a pescar nuevamente; y con lo malo que estaba. A pesar de llegar a Los Pinos pasadas las once de la noche, en una noche fría y lluviosa, raro en la costa, el hombre salió a preparar los aperos para la pesca. Se puso una manta, está helado le dijo Angélica, y se acercó al muelle.

No se sabe muy bien lo que pasó. Dicen que resbaló, dicen que andaba contento, dicen que no nadaba. La hélice de su lancha atrapó la punta de su manta y lo chupó bajo la embarcación. Y así lo encontró su mujer: el cuerpo inerte tapado con la manta, aquella que debía protegerlo contra el frío.

Mientras su cuerpo avanza por el río, su río, otras cincuenta embarcaciones le acompañan. En una de ellas, una mujer con un niño en brazos. Aquel día, esa mujer se prometió a sí misma una cosa: Sergio no terminaría allí, lo sabía, su hijo continuaría sus pasos. Y allí estaría ella para acompañarle.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

VELASQUILLO

Magaly Ester Ulloa Lara
50 años
Dueña de casa
Nueva Toltén

Don Luis y Sofía eran un matrimonio relativamente joven. Él muy apuesto y ella hermosa como una reina.

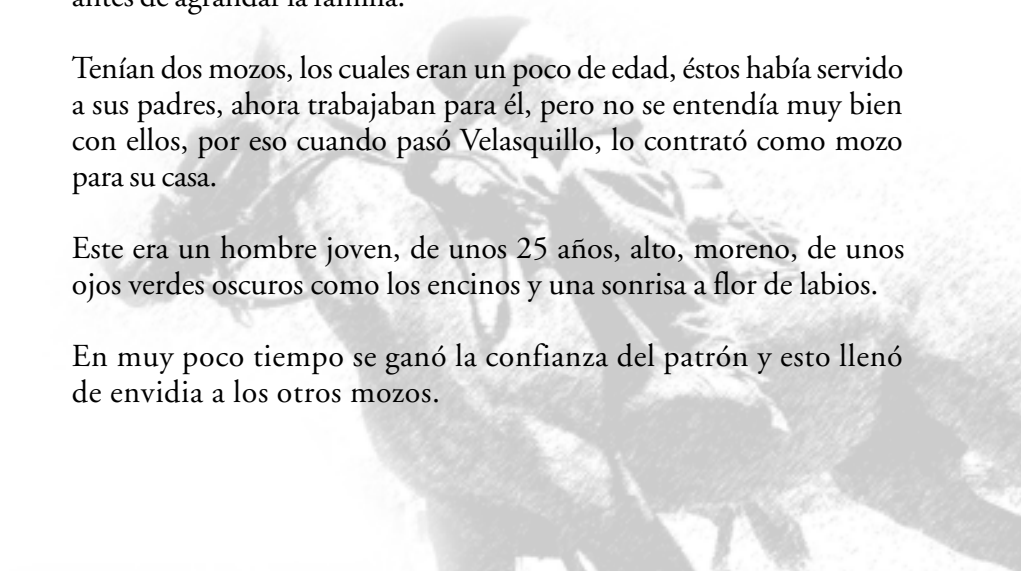
Vivían en una hacienda que heredó él al fallecimiento de sus padres por ser hijo único. Debió hacerse cargo de todo, la casa patrimonial era muy linda; rodeada de jardines, una gran piscina al centro, y rodeada de unas grandes encinas, donde cantaban y anidaban toda clase de aves.

No tenían hijos, al parecer querían disfrutar mucho de la vida primero antes de agrandar la familia.

Tenían dos mozos, los cuales eran un poco de edad, éstos habían servido a sus padres, ahora trabajaban para él, pero no se entendía muy bien con ellos, por eso cuando pasó Velasquillo, lo contrató como mozo para su casa.

Este era un hombre joven, de unos 25 años, alto, moreno, de unos ojos verdes oscuros como los encinos y una sonrisa a flor de labios.

En muy poco tiempo se ganó la confianza del patrón y esto llenó de envidia a los otros mozos.





Cierto día el patrón le regaló una potranca y Velasquillo le puso Juana Rosa. Entonces los otros mozos la agarraron a escondidas de Velasquillo y le cortaron la cola al rape, para reírse de él. Este cuando vio su potranca así, fue y agarró los caballos de ellos y le cortó la jeta, y se le veían todos los dientes, cuando vieron sus caballos con los dientes al aire, fueron a acusarlo donde el patrón.

- Me mandó a llamar, patroncito.
- Velasquillo ¿por qué le cortaste la jeta a los caballos?
- No, yo no le corté la jeta, lo que pasa, como ellos le cortaron al rape la cola a la Juana Rosa y se le ve toda la pagua al aire, los caballos se andaban riendo.

El patrón movió la cabeza y hasta ahí quedó la acusación.

Un día van a ver los animales don Luis con Velasquillo, cada uno en su caballo.

Velasquillo va tras del patrón, con el roguín, huevos duros con pan. En eso don Luis se mandó un tremendo peo (viento) y le dijo a Velasquillo:

- Cómete este huevo negro.
- Con pan, patrón —preguntó Velasquillo.
- Con pan, respondió don Luis.

Y éste sacó un huevo y un pan y se lo comió. Y así sucesivamente, a cada peo de don Luis, un huevo y un pan que se comía Velasquillo. Cuando llegaron a la montaña, ya eran como las dos de la tarde, desmontaron al lado de un arroyo y don Luis dijo:

- Trae el roquín me dio hambre, comeremos y después juntaremos los animales.
- Pero, patrón, de qué roquín me habla, de los huevos duros y el pan que traía en las prensiones, yo me lo comí todo, no queda nada.
- ¿Cómo que te lo comiste todo?
- Así es, patrón, no se acuerda que cuando veníamos, usted me decía a cada rato "comete ese huevo negro" y yo le decía con pan, "con pan" respondía usted.

— Tenís razón, hombre. Yo no me refería a los huevos duros, pero ya no hay nada que hacer.

Y así el patrón tuvo que aguantar el hambre hasta llegar a la casa de anochecer.

En otra oportunidad, Velasquillo andaba con su potranca perdida, así que se subió a la encina más alta, para ver si desde ahí podía verla.

Eran como las once de la mañana, había una temperatura muy agradable.

— Luis —dijo Sofía— tengo tantas ganas de bañarme a lo Eva y tú a lo Adán, hace tanto tiempo que no lo hacemos.

— Bueno, amor, como usted diga. Velasquillo encaramado en el árbol podía ver la piscina y todos los movimientos que sucedían en la casa. En eso estaba cuando vio salir a la patrona como Dios la mandó al mundo y de atrás venía el patrón desnudo. Se tiraron a la piscina, se abrazaban y se besaban con mucha pasión, hasta que hicieron el amor como nunca.

Cuando terminaron dijo don Luis:

— Sofía, amor mío, me hiciste ver todo el mundo.

— Patrón, patrón —grito Velasquillo—, usted que vio todo el mundo, no me vio la Juana Rosa que se me perdió.

— Santo Cielo, gritó Sofía, qué grosero, —y tapándose con las manos, arrancó para la casa.

— ¡Luis tienes que despedirlo, no lo soporto, no lo quiero ver más!

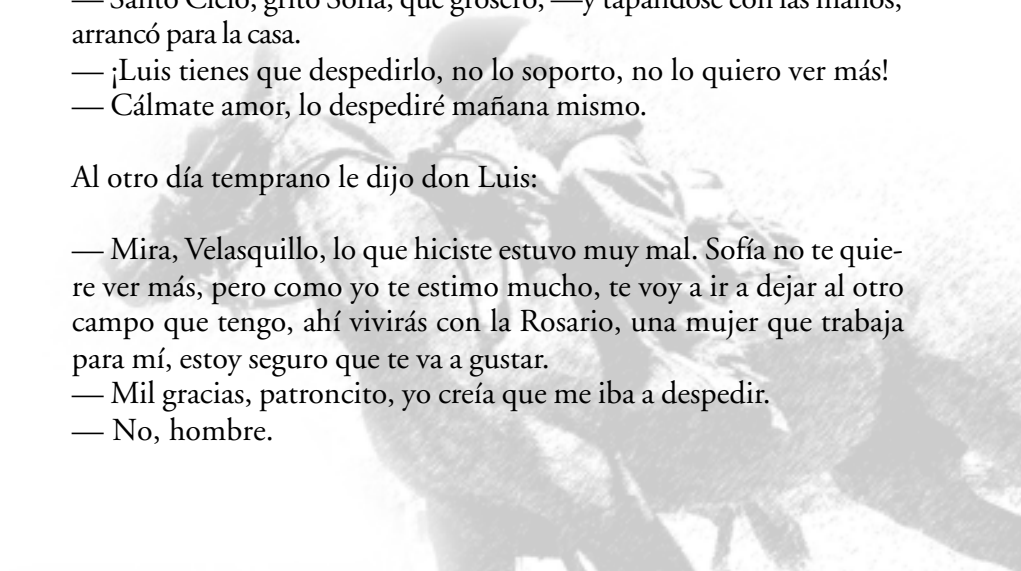
— Cálmate amor, lo despediré mañana mismo.

Al otro día temprano le dijo don Luis:

— Mira, Velasquillo, lo que hiciste estuvo muy mal. Sofía no te quiere ver más, pero como yo te estimo mucho, te voy a ir a dejar al otro campo que tengo, ahí vivirás con la Rosario, una mujer que trabaja para mí, estoy seguro que te va a gustar.

— Mil gracias, patroncito, yo creía que me iba a despedir.

— No, hombre.





Montaron los caballos y partieron. Cuando llegaron, la mujer los recibió muy bien.

— Mira, Rosario, aquí te traigo a este hombre para que te ayude en el cuidado de los animales. Quiero que vivan juntos.

— Bueno —dijo— Rosario, si usted lo quiere así patrón, está bien.

Se despidieron y el patrón volvió a su hacienda.

Velasquillo y Rosario se entendieron desde el primer momento.

Y así empezaron a vivir juntos y en poco tiempo se casaron.

El patrón los visitaba todos los domingos, llegaba tempranito, siempre con algún regalito para Rosario, la cual se deshacía en atenciones para el patrón. Esto lo tenía un poco cachúo a Velasquillo. Cada vez que el patrón venía lo mandaba a hacer cualquier trabajo y él se quedaba en la casa con Rosario.

Un domingo Velasquillo se levantó muy temprano y le dijo a su mujer que faltaban animales, así que llegaría en la tarde. Ensilló su caballo alazán y partió. Pero un poco más allá se devolvió y se escondió debajo de la cama, sentía como su mujer cocinaba y cantaba alguna canción ranchera.

De repente ladró el perro chico, llamado Puntito, que siempre se echaba en la puerta, ahí supo que había llegado el patrón.

— ¿Y Velasquillo? —preguntó el patrón.

Salió temprano, y va a llegar en la tarde. No se preocupe, patroncito, adelante, mire que le tengo una cazuela de chuparse los bigotes.

Después de algún rato entraron al dormitorio, el patrón comentaba qué rico había estado la cazuela y el pebre cuchareado.

— Le gustó, patroncito —respondía Rosario— y entre risas y besos, hicieron todo lo que uno se puede imaginar.

Después le dio unas palmaditas en la parte de adelante a Rosario y preguntó:

- ¿De quién es esto, negrita?
- De usted, patrón.
- Y esto —dijo el patrón, palmeándole el poto.
- De Velasquillo —dijo Rosario muerta de la risa.

En un rato más se fue el patrón.

Velasquillo salió calladito de la pieza y se fue a dar una vuelta al campo, en la tarde llegó, como si no supiera nada y ni preguntó si había venido el patrón

A los días después invito al pueblo a su mujer.

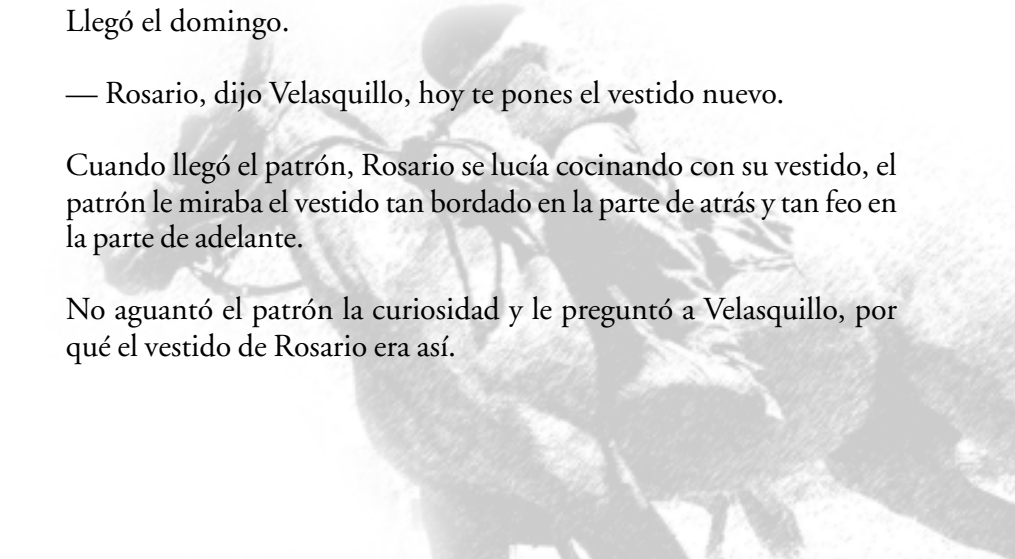
- Quiero mandarte a hacer un vestido y pasaron a comprar una tela bordada muy bonita y más allá Velasquillo compró una bolsa harinera, después fueron donde la modista para que le hiciera el vestido.
- Quiero que le haga un vestido a mi mujer, la tela bordada es para la parte de atrás y la bolsa es para la parte de adelante.
- Qué vestido más raro, exclamó Rosario; si tú lo quieres así, a mí no me importa.
- Qué esté listo para el sábado —pidió Velasquillo.
- Claro, respondió la modista, venga el sábado —y así fue.

Llegó el domingo.

- Rosario, dijo Velasquillo, hoy te pones el vestido nuevo.

Cuando llegó el patrón, Rosario se lucía cocinando con su vestido, el patrón le miraba el vestido tan bordado en la parte de atrás y tan feo en la parte de adelante.

No aguantó el patrón la curiosidad y le preguntó a Velasquillo, por qué el vestido de Rosario era así.





— Bueno, dijo Velasquillo, yo quiero que luzca hermoso lo que es mío y lo de adelante no es mío ¿es suyo?

Al patrón se le pusieron las orejas rojas como tomate, sin saber qué decir.

Hasta que al fin exclamó:

— Está bien, vive tranquilo con tu mujer que yo no los molestaré más, nunca más.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

TINGLAO Y LOS DUENDES

Silvana Ester Igor Ulloa
23 años
Nueva Toltén

En La Cueva de Ronca están reunidos los duendes de mayor rango para la conferencia anual, mientras que los jóvenes juegan a la orilla de la playa, refrescándose en las olas.

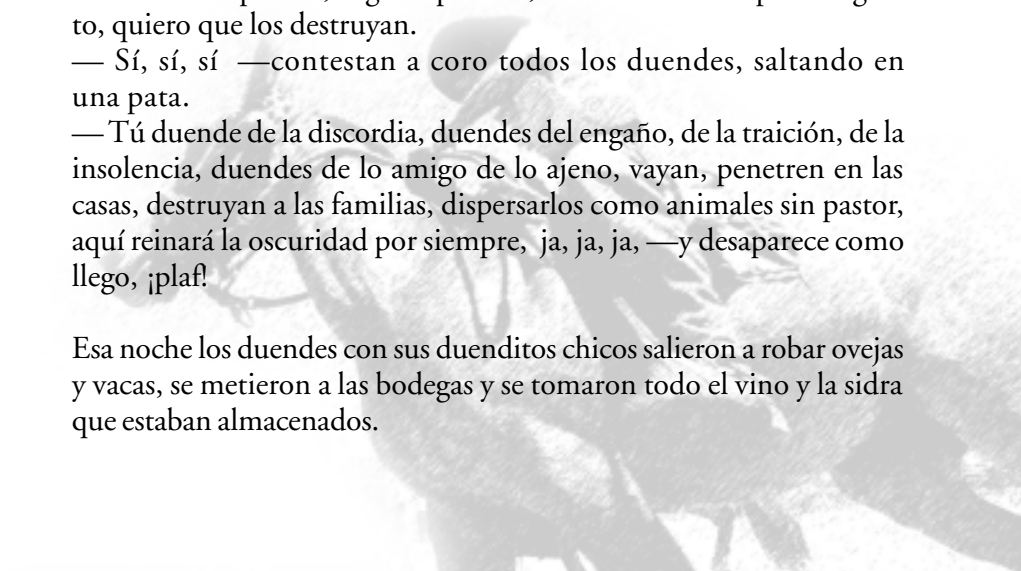
A la hora convenida, una explosión de azufre y fuego en medio la cueva y aparece el mismísimo diablo, montado en un carnero negro con un solo cacho largo, y unos ojos rojos como dos brasas encendidas.

— Los he convocado aquí —brama como trueno— porque nos tomaremos este pueblo, es gente pacífica, demasiado buena para mi gusto, quiero que los destruyan.

— Sí, sí, sí —contestan a coro todos los duendes, saltando en una pata.

— Tú duende de la discordia, duendes del engaño, de la traición, de la insolencia, duendes de lo amigo de lo ajeno, vayan, penetren en las casas, destruyan a las familias, dispersarlos como animales sin pastor, aquí reinará la oscuridad por siempre, ja, ja, ja, —y desaparece como luego, ¡plaf!

Esa noche los duendes con sus duenditos chicos salieron a robar ovejas y vacas, se metieron a las bodegas y se tomaron todo el vino y la sidra que estaban almacenados.





Ebrios, dejaron la escoba.

A la mañana siguiente los pobladores no lo podían creer, los huertos estaban patas para arriba, las lechugas arrancadas, el maíz aplastado, los trigales quemados, en fin, no quedó nada bueno y para rematar a las niñas le machetearon el pelo.

- ¿Y qué pasó?
- ¿A usted también, vecino?
- ¿Y quién habrá hecho esto?
- Por Dios, tanta maldad...

Y así transcurrió el tiempo en medio de un completo caos, familias separadas, hijos salteadores, irrumpían en las casas del que fue vecino, amigo, se llevaban todo lo que podían y lo que no, lo destrozaban.

Los lazos afectivos se hicieron trizas, compadres y comadres se entendían a combos e insultos.

El pueblo quedó en un estancamiento pasmoso, ya nadie trabajaba y los comestibles se están acabando.

En resumen, los duendes están felices.

El único que está ajeno a lo que ocurre es Juan Tinglao, quien vive a las afueras del pueblo, tan pobre y tan insignificante que los malulos ni lo vieron.

Cierta tarde quiso ir a tomarse una copita con su cumpa Ramón, quedó con la boca abierta, no hizo más que andar un poco y vio en las que fueron calles tranquilas, de conversación bajo la sombra de un árbol, esquinas que invitaban a quedarse un rato, un gallinero revuelto donde saltan plumas y caca por todos lados, se volvió de ahí mismo.

- No sé qué pasa, pero mejor me güelvo... capacito que me maten, pa` más mejor voy a mariscar.

Y así lo hizo se fue a la playa, bien avanzada la tarde, ya cansado de sacar piures y erizos se tiró a dormir cuan largo era a la sombra de una nalca.

Llega la noche, cantan los grillos, en el firmamento las estrellas y en la playa los duendes, jugando al luce, a la cuerda, unos pocos, los otros a la pelota y los más osados mojándose el potto en las olas.

Tinglao se restriega los ojos una y otra vez, no da crédito a lo que ve. En la cueva en la que tantas veces durmió la mona, ahora está iluminada.

La curiosidad fue más fuerte que el miedo y se empezó a arrastrar hasta que logra ver al interior, ahí están los duendes mayores tomando mate y contando lo que habían hecho ese día, muertos de la risa.

En eso aparece él cachúo montado en un toro negro con tres cachos, botando espuma de fuego por la boca.

— Bien hecho, muchachos, han hecho todo como se los he pedido, tendremos el control de estos pobres débiles y estúpidos... ja, ja, ja, —le salen llamaradas con azufre.

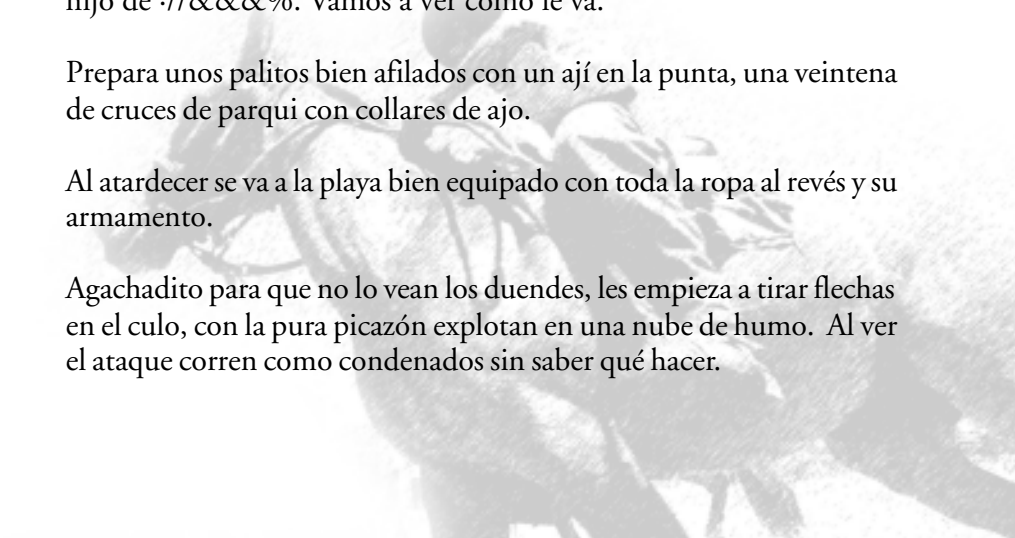
Tinglao agachadito con los pantalones todos meados no le sale el habla y se va por donde vino más rápido que no se le ven las piernas.

— Este diablo "%&&&\$%"! qué se habrá creído \$\$\$%%% el hijo de .//&&&%. Vamos a ver cómo le va.

Prepara unos palitos bien afilados con un ají en la punta, una veintena de cruces de parqui con collares de ajo.

Al atardecer se va a la playa bien equipado con toda la ropa al revés y su armamento.

Agachadito para que no lo vean los duendes, les empieza a tirar flechas en el culo, con la pura picazón explotan en una nube de humo. Al ver el ataque corren como condenados sin saber qué hacer.





Los duendes más viejos se encierran en la cueva en una reunión de emergencia.

— ¿Qué hacemos?

— ¿Hay que eliminarlo?...

En eso estaban cuando Tinglao les tira las cruces y les da flechazos como lluvia, no les quedó otra cosa que hacerse humo.

Lentamente llegó la calma, como despertando de un mal sueño. Los huertos fueron reparados, los compadres volvieron a hacer amigos...

Tinglao finalmente fue a tomarse la copita con su cumpa Ramón, como si nada hubiese ocurrido.

Para qué decir, a los duendes no le quedaron ganas de volver, el bien siempre prevalece sobre el mal.

Como conclusión, les puedo decir que no está de más poner una cruz de parqui a la entrada, en la puerta principal y en las ventanas, de esta manera, si anda un duende suelto por ahí, no pasará a su casa.

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

LA JACINTA

Hilda Manquepillán Hernández
32 Años
Agricultora
Panguipulli

En el sector de Malalhuaca vivía Juan, un hombre muy hombre, que había recorrido más de cuatro décadas de su existencia. Vivía con su esposa, Jacinta, mujer joven, una morena agraciada y alegre, trabajadora, de origen mapuche.

En el sector se decía que era machi, por lo que le tenían respeto y miedo, por los poderes que toda machi tiene, algunos incluso la despreciaban por el miedo que les inspiraba. Se decía que en la noche al irse a dormir, a Jacinta se le desprendía la cabeza transformándose en un pájaro nocturno llamado tue-tue, usaba sus orejas como alas, su nariz como pichana y su pelo le servía de plumaje.

El Tue-tue es un ave que utilizan las machis para hacer sus "trabajos", es como el espíritu que se transforma en este pájaro y sale a visitar a las personas que no son de su agrado, la idea es tratar de asustarlas.

Juan su esposo sabía que su mujer era bruja, una noche al llegar borracho a su casa no se percató de que su esposa había salido en forma de tue-tue, él vio la ventana abierta y la cerró, luego se puso a dormir su borrachera; Jacinta al regresar intentó entrar pero sólo chocó con el vidrio una y otra vez, finalmente rendida se posó en el techo esperando que amaneciera, al despertar Juan se levantó y abrió la ventana para que



la pieza se airee. Todavía borracho se fue a ver sus animales, Jacinta entró rápidamente para transformarse en persona, pero al mirarse al espejo se dio cuenta de que su rostro estaba morado por causa de los golpes que se había dado en la ventana al intentar entrar a su casa, al rato llegó Juan preguntándole que le había pasado en el rostro, ella le dijo que se había golpeado con la puerta al querer ir al baño en la noche, ya que estaba muy oscuro.

Juan había hecho esto a propósito ya que cuando se juntaba con sus amigos se pasaba pelando a Jacinta diciendo que era una vieja bruja, mandona y además fea. Sus amigos le preguntaban a Juan, por qué si la encontraba fea y todo lo demás seguía viviendo con Jacinta. Juan le contestó porque ella me da todo lo que quiero y además me mantiene.

Jacinta era una mujer muy esforzada, trabajaba mucho, su principal trabajo era que cada vez que alguien se enfermaba en el lugar la iban a buscar para que fuera a sanarlo, ya que sus poderes eran increíbles y podía sanar cualquier enfermedad. Jacinta con este tipo de trabajo ganaba lo suficiente para sus gastos y además le alcanzaba para saciar los placeres de Juan (el tomar).

Un día domingo en el sector hubo un torneo de pelota, al cual Juan se amaneció tomando, al llegar la madrugada sintieron mucha hambre, ya que el día antes no habían comido nada, entonces Juan les conversó que Jacinta su esposa criaba muchas aves y lo que más tenía eran gallinas.

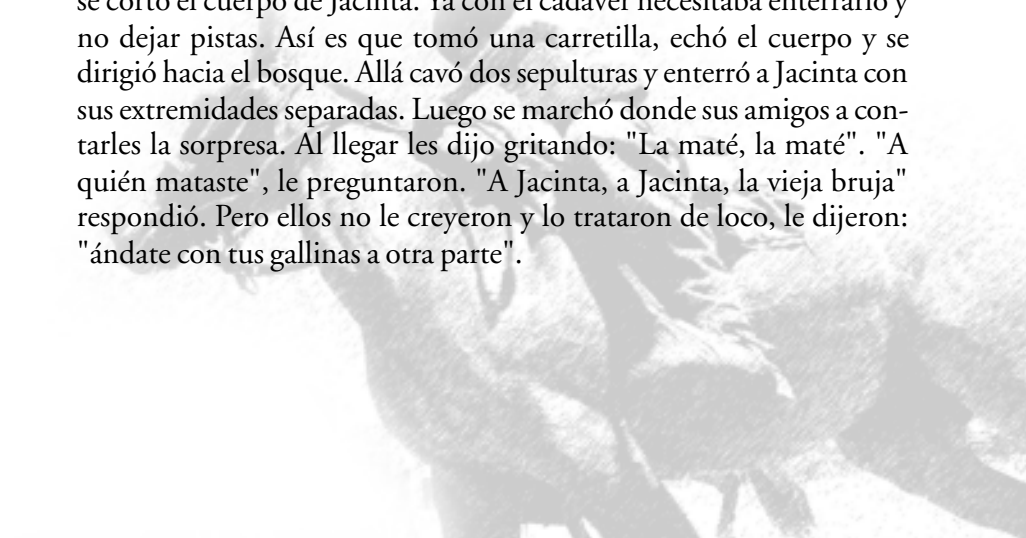
Era tanta el hambre que Juan fue a buscar tres gallinas para comer, porque no aguantó el hambre, con el propósito de alimentarse y así seguir tomando. Ellos le contestaron: "estás loco que tu mujer te dará las gallinas, siendo que anoche no llegaste a la casa, ni loca que sea te las dará". Él les dijo: "si no me las da, la mato", y tomando su manta partió a su casa a buscar las gallinas. Pero al llegar, se sentó y se puso a pensar cómo matarla y deshacerse de una vez por todas de su mujer, y pensaba: "la podría colgar pero: ¿quedarían sospechas que fui yo?". Luego se dijo a sí mismo: "si pudiera matarla no quedaría en la ruina, ya que tendría animales, aves y dinero, total no gastaría en el velatorio, ya que la enterraría", pero se dijo, "sólo tomaré las gallinas y me marcharé sin armar escándalos".

Al ir llegando Jacinta se encontraba alimentando a sus aves. Los perros al ver a Juan le salieron a ladrar, pero él los regañó. Al llegar donde se encontraba Jacinta, ella le dijo: "ya ni los perros te conocen, porque te lo pasas fuera, tomando". Él sin decirle nada empezó a tomar las gallinas. Ella le dijo: "qué haces tomando mis gallinas borracho, no sabes hacer otra cosa que tomar, no piensas en trabajar y ni en ayudarme, todo tengo que hacer sola".

Y nadie diría nada y comenzó la discusión, llegando incluso hasta los golpes. Donde Juan le dio un golpe en la sien, Jacinta al recibir el golpe cayó inconscientemente al suelo.

Juan al verla tirada se dirigió al gallinero a buscar las gallinas tomó las tres gallinas más gordas de todas, las ató de las patas y las echó dentro de un saco, amarró los perros para que no lo siguieran, cerró la casa y se marchó. Pero al estar a mitad de su camino, decidió volver a terminar lo que había empezado. Al llegar a la casa, Jacinta todavía se encontraba inconsciente, así que aprovechó para buscar unas pitas de fardo, las cuales no había usado hace ya mucho tiempo. Al amarrar a Jacinta por la mitad de su cuerpo, intentó tirarla para que éstas cortaran a Jacinta, pero éstas al primer tirón se cortaron.

Entonces intentó con un lazo de nylon, lo amarró, y al estar atada de la cintura, ató el lazo en un poste y desde la otra punta tiró. Pero no tenía la fuerza suficiente para cortarla, así es que tuvo que buscar los bueyes. Los ató, puso el lazo entremedio de los bueyes y tiró hasta que al final se cortó el cuerpo de Jacinta. Ya con el cadáver necesitaba enterrarlo y no dejar pistas. Así es que tomó una carretilla, echó el cuerpo y se dirigió hacia el bosque. Allá cavó dos sepulturas y enterró a Jacinta con sus extremidades separadas. Luego se marchó donde sus amigos a contarles la sorpresa. Al llegar les dijo gritando: "La maté, la maté". "A quién mataste", le preguntaron. "A Jacinta, a Jacinta, la vieja bruja" respondió. Pero ellos no le creyeron y lo trataron de loco, le dijeron: "ándate con tus gallinas a otra parte".





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

LA TIERRA QUE HEREDAREMOS

Nancy Beatriz Cárdenas Godoy

31 años

Secretaria

Puyehue

Muchos años atrás, en el fundo Tres Cruces, cerca de La Unión, en la X Región, la fiesta estaba que ardía. Media vaquilla de vuelta y vuelta en el palo, chicha de la peligrosa como para bañar yeguas y la infaltable acordeón del "Zanahoria", con un peculiar estilo tirolés, hacía resonar el cerro.

Había terminado la cosecha de pasto, y como todos los años, el patrón le ofrecía una fiesta a sus inquilinos, celebración en la cual él también participaba bailando y festejando como uno más de ellos. Así, a la luz de la fogata y entre caña y caña con los hombres, salió el tema de los hijos.

"Por Dios que no había visto cristiano más cuadrado que éste!, Háceme caso, zanahoria, date el tiempo y baja al pueblo a inscribir tus "cabros". Mira que ya tienes tres, el día menos pensado les puedes faltar y cómo los vas a dejar como guachos, si no lo son. Aprovecha que pasó la cosecha y no hay mucho que laborar por ahora".

Así trataba el patrón, una vez más de convencer a su inquilino para que legitime los hijos de su matrimonio.

Eric, era el nombre de este inquilino de origen alemán, cuyos padres llegaron a Chile por barco huyendo de los horrores de la Guerra. Con casi dos metros de estatura a su haber, este hombre de aspecto apacible, se caracterizaba por ser testarudo, quien era casado con Claudina Negrón, una oriunda de la zona, de largos cabellos y cortas palabras.

Pasadas unas semanas después de la cosecha, un día a la hora de almuerzo, llegó Eric a su casa, llamando a su mujer que estaba tendiendo la ropa. "Clota: hoy en la tarde te pones en remojo a los cabros porque mañana bien temprano vamos a ir a La Unión".

— "¿Y eso, viejo?, si tenemos toda la pulpería. ¿o te mandó el patrón?" Le pregunta ella, evidentemente sorprendida por ese inusual viaje.

El patrón me aconsejó que pase estos piojos por la libreta, para que queden asegurados como hijos legítimos, así es que mañana nos vamos con viento fresco a La Unión.

Clota, quedó hecha una estatua en la mitad del patio. No podía dar crédito a lo que había oído. Por fin había entrado en razón hombre. Sus ojos volaron como dos palomas para posarse sobre sus niños que hacían pastelillos de barro y pasto en el patio.

Ella había sido hija natural, su padre jamás la quiso reconocer y creció con esa daga que atravesaba en silencio su corazón. Ahora sus hijos serían legalmente reconocidos, aunque no comprendía del todo el significado civil por el cual quedarían amparados, para ella le bastaba que su padre los reconociera como hijos legítimos.

Esa tarde se dedicó a preparar todo lo necesario para el memorable viaje. Sacó de la empolvada maleta de madera los "zapatos para el pueblo" que tenían y los lustró afanosamente hasta que reflejen esa inmensa sonrisa que se le dibujaba. Almidonó los cuellos de las camisas y por supuesto, planchó cada pliegue de su mejor vestido. Ningún detalle para el viaje se le podía pasar.

Esa noche, mientras Eric roncaba como un león, los niños miraban desde su ventanita las luces que se divisaban en el bajo como un piño



de luciérnagas. No podía haber mayor felicidad en sus ojitos, aunque no sabían con exactitud el verdadero motivo del viaje, para ellos era el primero al pueblo, sumando a eso que el patrón les había regalado un escudo para los antojos para cada uno. En la otra pieza, Clota miraba en penumbras a su viejo con profundo cariño, era la primera noche que no le daba un codazo en las costillas para que deje de roncar.

Esa bendita mañana se levantaron todos antes que se despierte el gallo. Clota guardaba en el canasto el pato asado que cocinó y las tortillas para el largo viaje. Eric puso un par de fardos en la carreta para que fueran más cómodos, aunque fuera casi imposible que los niños quisieran sentarse.

Después de un tedioso camino de piedras divisaron la casa de don Tulio Gómez, que por cierto y para felicidad de Eric, tenía una chichería.

No vas a agarrar pita, no más con don Tulio, mira que tenís que llegar como un caballero al Civil —replicó Clota, con voz bajita pero denotando preocupación.

— ¡Como se te ocurre mujer, si va a ser un traguito no más!. Así aprovechan ustedes de estirar las piernas —trató de conformar Eric a su mujer.

Por su parte, don Tulio apenas los vio aparecer en la tranca, los salió a recibir con su manada de perros serpenteando a su alrededor. Eric había sido su yunta de remolienda en sus años mozos y hacía varios meses que no se veían, así es que habría tema para rato.

¡¡¡Rosa, apersonate que llegó visita!!!, vociferó Tulio a su mujer que se encontraba en la huerta. Después de los saludos y abrazos no demoró nada en aparecer el invitado de honor: La chuica de chicha.

La mujeres y los niños tomaron ulpo de harina tostada y los hombres se dedicaron a tratar de verle el fondo a la chuica.

Don Tulio, con la emoción de la visita le regaló una botella del brebaje más para el camino. Por supuesto que con ese regalo Eric completa-

ría carga antes de llegar al pueblo. Y qué más podía hacer Clota, si la mujer no tenía derecho a réplica ni antes ni después.

Por cierto que ya en el pueblo, no había mucho de recorrer para dar con el Registro Civil, el cual era atendido por la persona que tenía un poco más de educación que el resto.

Tocaron un par de veces, pero nadie salía. Después de mucho rato, cuando Clota hacía lo imposible por retener a su marido para que no se meta en el boliche del frente, aparece un hombre relativamente joven con evidente semblante de venir saliendo de una fiesta. Era el sobrino del Oficial Civil que lo estaba reemplazando por enfermedad, y había estado justamente enfiestado en un casorio al cual lo habían invitado como agradecimiento.

Como era día lunes y en esos tiempos y lugares no había mucha conciencia de estos trámites legales, se suponía que no habría gente en la mañana, así es que él sólo venía con la intención de pasar la caña al amparo de la oscura y solitaria oficina.

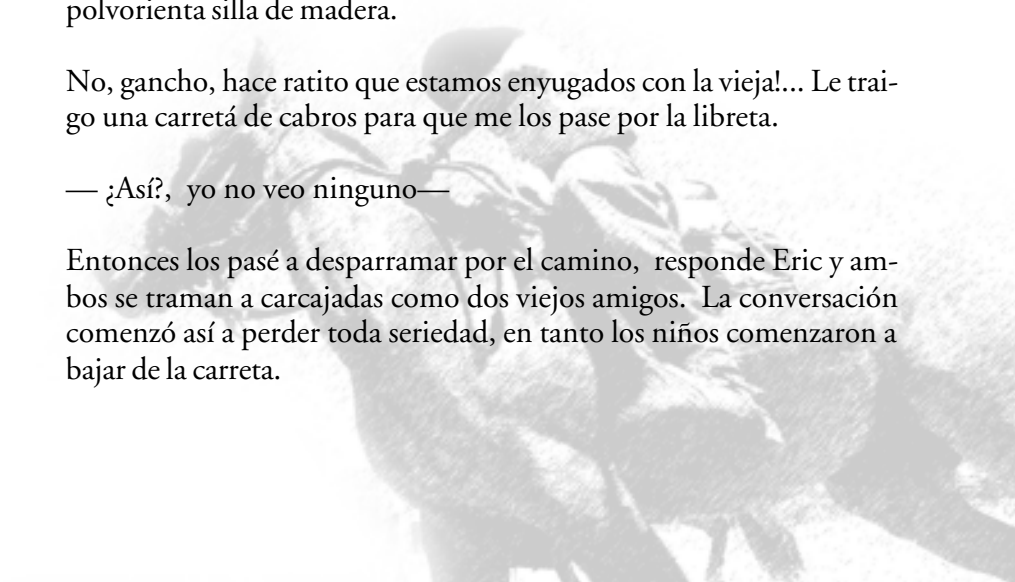
Mientras, en la carreta, los niños descuartizaban el pato escondidos bajo la manta.

Pasen y cuéntenme en qué diligencia andan. No me digan que hay casorio porque vengo saliendo de uno. Dice el joven sentándose en su polvorienta silla de madera.

No, gancho, hace ratito que estamos enyugados con la vieja!... Le traigo una carretá de cabros para que me los pase por la libreta.

— ¿Así?, yo no veo ninguno—

Entonces los pasé a desparramar por el camino, responde Eric y ambos se traman a carcajadas como dos viejos amigos. La conversación comenzó así a perder toda seriedad, en tanto los niños comenzaron a bajar de la carreta.





Así no más soy yo...modestamente. Vieja, anda a buscar la chuica que tengo debajo del asiento para convidarle al amigo por la paleteada que nos va a hacer.

Sin desearlo, y mientras sacaba una y otra vez los tormentosos zapatos, Clota tuvo que ser testigo de este peculiar preámbulo que ambos sostuvieron. Era evidente que a esas alturas cualquier cosa podía resultar. A su vez, los niños alfombraban el piso de la oficina con migas de pan.

Este hecho, que pudiera parecer hasta cómico, traería en unos años más, consecuencias insospechadas ya que, sin que ninguno de ellos se diera cuenta, uno de los hijos quedó inscrito sólo con los apellidos de la madre.

De tal forma, los niños fueron creciendo con una sombra de dudas. Eric y Clota no tuvieron tiempo ni vieron la necesidad de explicarles porqué uno de los hermanos no tenía el apellido de su padre. Eso era un tema reservado para los adultos. Así fueron ellos mismos los que construyeron su propia respuesta.

Por esos años, Eric se adjudicó unas tierras que estaba entregando el Gobierno cerca de Puyehue, el día que llegaron a la gran Parcela prometió a sus hijos heredarles esas tierras para que vivan sin apuros.

Cuando Clota y Eric fallecieron, quedó la parcela sin repartir, como una gran presa bajo los ojos del águila.

Conforme se fueron instalando con sus propias familias y ganado, los límites de los terrenos fueron motivo de contínuas disputas. Sin embargo, uno de ellos se conformó con poder instalar su casita y algo de huerta.

Un día la disputa llegó a extremos. Una discusión debido al mágico avance de los cercos enardeció los ánimos de Pablo y Juan. Cuando la discusión se puso al rojo vivo, Juan se echa a correr rápidamente hacia su casa.

— ¡Cobarde, sabía que ibas a arrancar... seguro que te vas a esconder debajo de tus pellejos! —se reía a carcajadas Pablo, cuando siente retumbar los balazos en el cerco.

Juan disparaba enfurecido desde el corredor de su casa mientras Pablo buscaba afanosamente en el baúl la escopeta vieja para mostrar por la ventana la punta del cañón, ya que, por cierto, era lo único bueno que tenía esa antigüedad.

El otro hermano, lloraba de rodillas, pidiendo a Dios por la unión de sus hermanos.

Ese día nadie fue herido de muerte, por que la herida que uno de ellos tenía, venía hace muchos años oculta bajo siete llaves.

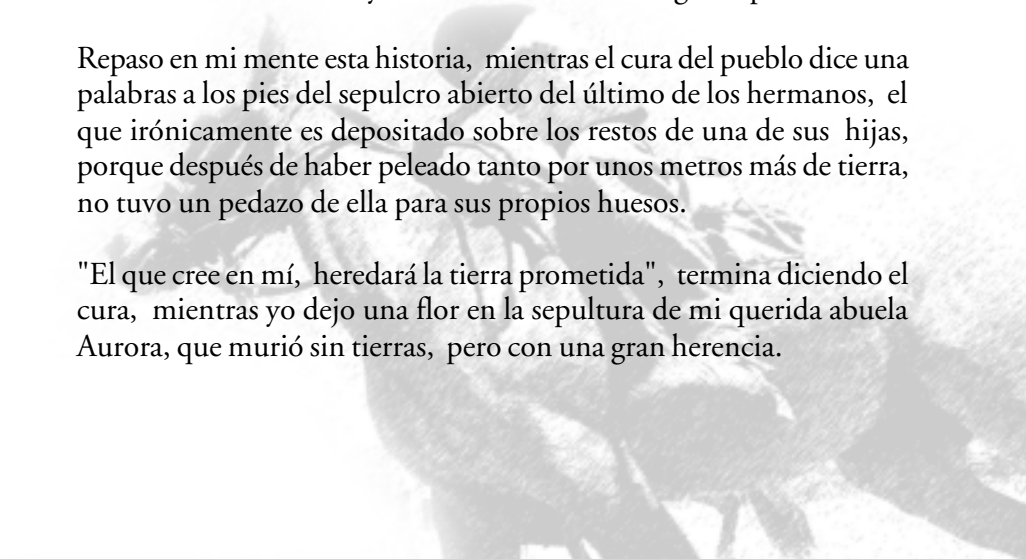
Así como los años fueron pasando, Pablo y Juan fueron ampliando sus dominios, marginando cada vez más el espacio del tercer hermano.

Fue así como Juan le ofreció una casa en el pueblo mientras hacían los trámites legales para dividir la parcela. Le convenció de que sus niños estarían más cerca de la escuela mientras dejaban la primaria y luego se podía hacer cargo de su terreno en el campo. El tercer hermano, creyó en su palabra.

Esperó por años recibir la escritura de sus tierras. Sin embargo, las canas, las enfermedades y finalmente la muerte llegaron primero.

Repaso en mi mente esta historia, mientras el cura del pueblo dice una palabras a los pies del sepulcro abierto del último de los hermanos, el que irónicamente es depositado sobre los restos de una de sus hijas, porque después de haber peleado tanto por unos metros más de tierra, no tuvo un pedazo de ella para sus propios huesos.

"El que cree en mí, heredará la tierra prometida", termina diciendo el cura, mientras yo dejo una flor en la sepultura de mi querida abuela Aurora, que murió sin tierras, pero con una gran herencia.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL VIAJE DE DONATILA

Juan Carlos Herrera Solís
50 años
Empleado público. Hospital
Calbuco

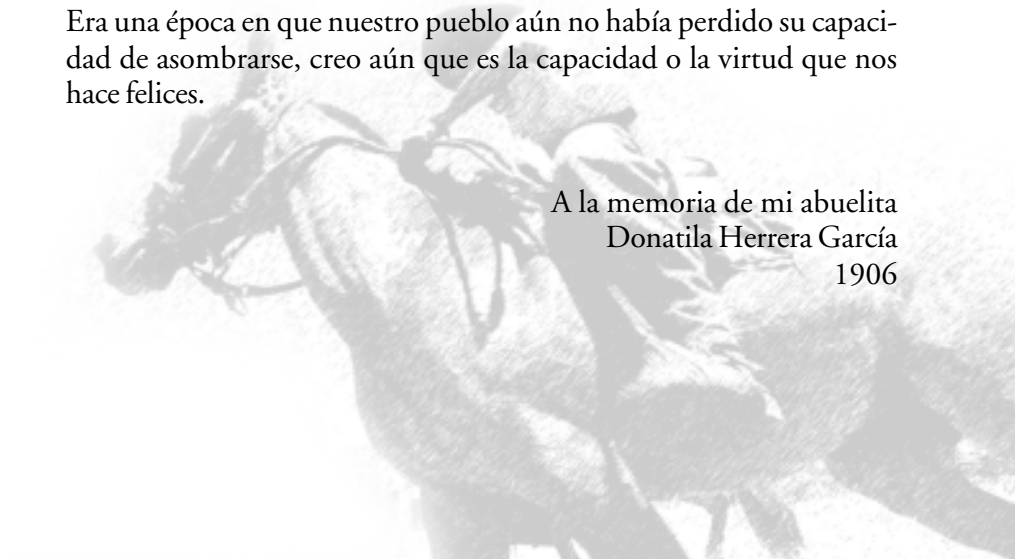
Nuestro pueblo, casi no era pueblo, era un caserío agrupado en torno de una calle, la que a su vez era el camino que conectaba a la pequeña ciudad de Purranque con la de Osorno, la gran urbe de aquellos años. Se había estado trabajando por espacio de casi diez años en la construcción del ferrocarril, cuya vía uniría a la ciudad de Osorno con Purranque pasando por nuestro pueblo Río Negro, enclavado entre cerros con su río Chifín en el fondo del barranco, pero no era por eso que Río Negro era importante para sus habitantes, desde este pueblo dicen que se podía ver la Ciudad Perdida de los Césares. Cuando el sol cae sobre el horizonte, si miramos en dirección oeste, hacia la cordillera de la Costa, en ocasiones se ven techos y calles de oro y plata, yo puedo dar fe que en más de una ocasión la he visto, también a la cordillera le llaman del Zarao.

Finalmente llegó el gran día esperado por todos, un señor de apellido Wunderlich era el hombre más importante en esos años, él a viva voz y casi casa por casa, avisó que al día siguiente llegaría el tren a Río Negro, y se podría viajar, los que quisieran, a la ciudad de Osorno para volver en dos días más, no mentiría si dijera que no quedó nadie en el pueblo con sus quehaceres detenidos, en espera de ver aparecer el famoso tren. Sabíamos que su partida fue a las siete de la mañana, el tren llegó a la ciudad de Río Negro a las doce de la mañana, aunque se

esperaba que el viaje duraría solo cuatro horas para recorrer los treinta kilómetros que nos separan de Osorno, pero a nadie le importó la hora extra, sonaron las campanas de la única iglesia en señal de saludo, todo era alboroto en el pueblo, pero lo curioso de todo era que el tren llegó en retroceso desde Osorno, Río Negro no tenía tornamesa para invertir a la locomotora, por lo que se optó por hacerlo en retroceso, tampoco eso a nadie le importó, ni tampoco lo recuerdan, lo que sí se recuerda era la posibilidad de viajar en tan rápido medio de transporte, cuatro horas para recorrer los treinta kilómetros que separan ambas ciudades era la velocidad más increíble, los tres carros que traía este tren eran planos, tenían una baranda como de un metro o quizás menos alrededor, las personas con sus canastos y sus cosas se sentaban en el suelo y se tapaban con mantas, chales o lo que tuvieran para protegerse de la intemperie, el humo las cenizas y hasta de los carbones encendido que por sus cabezas iban a dar, pero bien valía la pena, eran cuatro horas de promesa, pasando por Concordia, Casa de Lata, Caipulle y finalmente Osorno, el viaje antes era un día entero a caballo y dos en carretón, yo muchas veces lo hice y eran días bien trabajados, porque las pendientes aún se pueden ver en los cortes que tienen los caminos actuales, era el nacer de mil novecientos, pasaron casi cuatro años más y llegó lo que nadie podía creer, carros para pasajeros, eran de madera y metal pero la cabina de los pasajeros era madera pura una obra maestra de artesanía, les llamaron El Flecha y más tarde El Rápido, aunque igual se demoraban con suerte las mismas cuatro horas, todos estábamos felices.

Era una época en que nuestro pueblo aún no había perdido su capacidad de asombrarse, creo aún que es la capacidad o la virtud que nos hace felices.

A la memoria de mi abuelita
Donatila Herrera García
1906





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

LOS MOLINOS DE AGUA DEL
ABUELO ALEJANDRINO

María Rosa Cárdenas Águila
54 Años
Profesora de Educación General Básica
Achao, Quinchao

Esta historia sucedió en el año 1925, en Palqui, lugar campesino y costero de la isla de Quinchao, en uno de los molinos de agua del abuelo Alejandrino, hombre cordial y trabajador, quien vivía con su esposa Juana y sus ocho hijos, en una linda casa con corredores, con una hermosa vista, y a orillas del mar. Se dedicaba a la agricultura y ganadería, poseía un pequeño negocio de abarrotes, que abastecía a todos los sectores aledaños, y dos molinos de agua, donde los lugareños y gente de las islas adyacentes acudían durante todo el año a realizar las famosas moliendas de trigo.

Esta actividad se acrecentaba mayormente en la época veraniega. Del trigo molido obtenían la harina chilota para hacer pan y las riquísimas tortillas al rescoldo, rellenas con chicharrones molidos y la apetecida harina tostada, que era el resultado de trigo molido con linaza, y que los chilotos consumían con chicha fresca de manzana o con agua (ulpo), bebida refrescante y reconfortante, y con leche, para alimentar a las guaguas y niños.

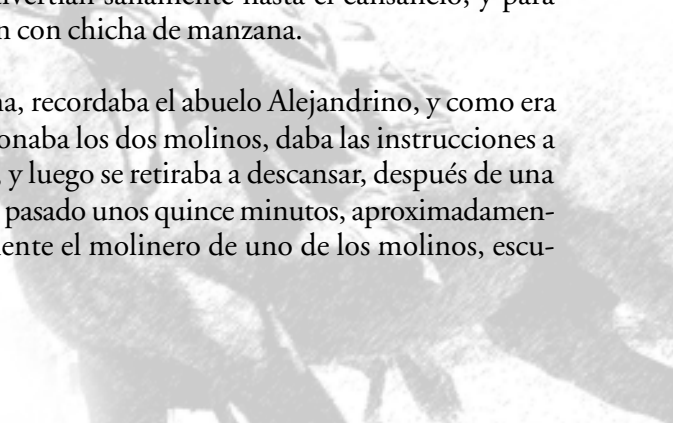
En esos años llegaban hasta los molinos de agua muchísimos veleros y chalupas de las diferentes islas, con sus respectivas tripulaciones, trayendo a bordo, hombres, mujeres, niños y su cargamento de trigo.

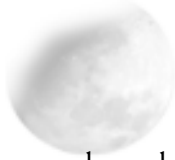
Según el abuelo Alejandrino, ver llegar estas embarcaciones con sus velas desplegadas al viento era como si vinieran realizando una verdadera competencia náutica; ¡qué hermoso espectáculo disfrutaba el abuelo cada vez que los veleros llegaban o se iban. Una vez, en el Puerto, se acercaba el abuelo a la playa, y los recibía, cual capitán del puerto, saludándolo amablemente, y a su lado iba más de alguno de sus hijos, y el infaltable y fiel perro guardián. Los molineros desembarcaban alegres, pues el viaje había sido sin novedades. Luego, descargaban sus embarcaciones y los sacos de trigo lo almacenaban en un campanario cercano al molino, especialmente habilitado para ese fin; mientras tanto, los molinos no cesaban de trabajar, día y noche, los molineros a veces tenían que esperar, dos o tres días para realizar sus moliendas, debido a que la demanda era mucha, y por sobre todo, debían respetar el turno, es decir, el orden de llegada.

Palqui, por esos días se transformaba en un lugar de mucho ajeteo, lleno de gente y colorido.

Al caer la tarde, los molineros, se acomodaban. Algunos dentro de sus botes o chalupas, otros levantaban carpas en la playa, con las velas de sus botes. Se alumbraban con faroles de botellas de vidrio y mecheros a parafina, prendían fogatas en la playa, para preparar sus alimentos, luego se servían a la luz del alumbre y, como una sola familia, aprovechaban estos momentos para charlar, entablar nuevas amistades, contar anécdotas y chistes, etc. Mientras a un lado, don Mañuco, un viejo molinero, y hombre de mar muy alegre, no se hacía esperar, y tomando su acordeón de botones, alegraba la noche, armándose una entretenida fiesta. Era un lindo encuentro, que servía de esparcimiento y distracción a los molineros, y al compás de valsés, corridos, rancheras y cuecas, bailaban y se divertían sanamente hasta el cansancio, y para aplacar la sed brindaban con chicha de manzana.

Una noche de linda luna, recordaba el abuelo Alejandrino, y como era su costumbre, inspeccionaba los dos molinos, daba las instrucciones a los molineros de turno, y luego se retiraba a descansar, después de una ardua jornada. Habrían pasado unos quince minutos, aproximadamente, cuando repentinamente el molinero de uno de los molinos, escu-





cha un lastimero y desgarrador llanto, al parecer de un niño debajo del molino, Sale despavorido gritando y pidiendo auxilio, pensando que algo terrible había pasado; el resto de los molineros, no escuchaban con la algarabía de la fiesta que tenía. Al saber lo que estaba sucediendo, corren en dirección al molino, escuchando el desgarrador llanto, las mujeres lloraban, presintiendo lo peor. Le avisan al abuelo, éste llega rápidamente y ordena de inmediato cerrar las compuertas del molino de agua; éste, con faroles, baja para verificar qué ocurría; el abuelo enmudece por un instante y las mujeres exclamaban ¡santo cielo!, al ver que el agua que aún quedaba abajo en el molino, era pura sangre, el abuelo se acerca más y ve que algo malo había sucedido, respira profundamente, y con mucha pena ve que entre las palas del rodezno, del molino, una pobre e infortunada nutria había perdido la vida, siendo totalmente triturada.

Todos daban gracias al cielo, pues no se trataba de un niño, sino de la malograda nutria que seguramente, buscando el cauce del río, quedó atrapada en el rodezno del molino, con la fatal consecuencia, y triste final.

Esa noche, después del gran susto pasado, todos comentaban lo ocurrido, y al otro día, los vecinos y niños preguntaban al abuelo Alejandrino lo ocurrido. Éste, con su amabilidad que le caracterizaba, les contaba a los niños especialmente, y les precavía del peligro de jugar cerca del río y del molino, y el cuidado que debían tener al cruzar el río. Mientras tanto, el molino, siguió su trabajo, algunos molineros se despedían y otros llegaban.

El abuelo Alejandrino trabajó en sus molinos por muchos años. Falleció a los 98 años; le sobreviven tres hijas, quince nietos.

En la actualidad, estas famosas moliendas no se realizan, porque lamentablemente los molinos dejaron de girar, no existen.

La historia de los molinos de agua del abuelo Alejandrino quedó como un hermoso recuerdo de las actividades que a diario se desarrollaban en esos años en el mundo rural.

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

LA SEÑALADA

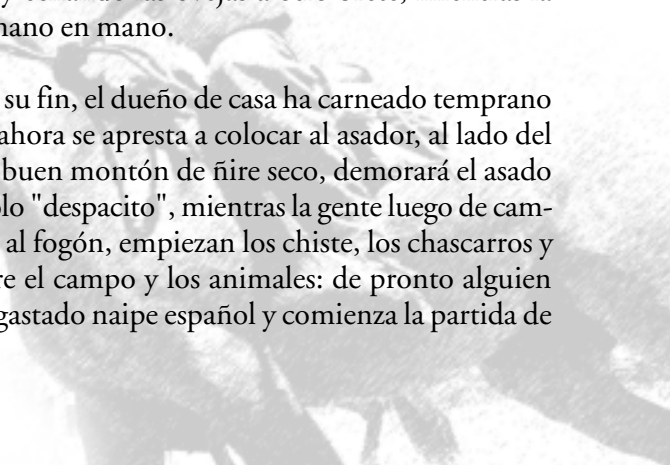
María Elena Castro Nahuel
40 años
Dueña de Casa
Cochrane

Cochrane, región de Aysén, zona de ganadería en los campos de mi tierra donde se realizan muchas faenas campesinas.

Recuerdo que era el mes de noviembre, en el sector del San Lorenzo se tenía que realizar una señalada. De madrugada han salido los trabajadores a repuntar una señalada. De madrugada han salido los trabajadores a repuntas las ovejas, han ayudado también los vecinos cercanos, como es costumbre en la zona.

Estando ya los animales en el corral se organiza la gente, el dueño del ganado con su cortaplumas señalará sus animales con una horqueta en la oreja derecha y punta de lanza en la izquierda; mientras los vecinos van capando a dientes y echando las ovejas a otro brete, mientras la zaina va corriendo de mano en mano.

El trabajo va llegando a su fin, el dueño de casa ha carneado temprano un lindo chiporro que ahora se apresta a colocar al asador, al lado del fogón se ha apilado un buen montón de ñire seco, demorará el asado unas tres horas llevándolo "despacito", mientras la gente luego de cambiarse de ropa se acerca al fogón, empiezan los chiste, los chascarros y las conversaciones sobre el campo y los animales: de pronto alguien saca de los bolsillos un gastado naipe español y comienza la partida de





truco. Juan, que es el dueño de casa, jugará contra su vecino José mientras llegan los demás hombres para jugar un cuarto.

Se extiende una manta sobre el suelo y se empiezan a dar las cartas, jugarán la cebadura de mate en un 18 seco. Envido dice el vecino, quiero responde Juan cantando las 29 que resultan buenas.

Se barajan de nuevo las cartas, a Juan le da una tincada, da un golpe y pide las tres de arriba, orejea despacio para darle más sabor al jugo y despacio empieza a cantar:

Muchas son las ilusiones
que en mi vida yo soñé.
Lo real es que tengo ENVIDO
de tan sólo 33.

Pero la alegría de Juan se desvanece cuando José canta:

Vengo de Largo Largo
Dándomelas de cantor
vengo de chiva y tamangos,
me presento con FLOR.

El juego continúa los versos siguen rompiendo el silencio y dan paso a las carcajadas y a las tallas.

Han regresado otros trabajadores después de lavarse en el arroyo cercano, José ha perdido la partida y medio picado ha empezado a cebar el mate, mientras el naipe busca a través de los dos primeros reyes las parejas que van a jugar.

La tarde continúa. José sin embargo no logra aceptar que ha perdido el juego, él se considera un muy buen jugador, por eso desafía nuevamente a su amigo Juan, ésta vez jugarán la picada de leña. Pero la suerte le es adversa, nuevamente vuelve a perder; las burlas son muchas, entonces decide jugar el último partido, esta vez se arriesga y apuesta el único animal vacuno que le queda.

Todos se sorprenden, no es costumbre este tipo de apuestas, generalmente el truco es un juego en el que las apuestas no se hacen para ganar dinero ni animales, pero es tanta la insistencia que al final don Juan acepta el desafío.

Todos están expectantes, observan con atención cada mano, a un enviado se canta flor, a un truco se canta el retruco; van tanto a tanto, los fósforos son movidos con disimulo para dar suerte. Está a falta de tres tantos. Don Juan sonríe, tiene buenas cartas para el truco y da por seguro el partido cuando José canta:

El indio le pegó a la india
con justicia y con razón
porque la india le entregó a otro
la FLOR de su corazón.

Hay aplausos, risas, de pronto José dice, amigo Juan, lo de la apuesta ha sido una broma, no me haga caso, me basta con haber matado el chuncho y que se cebe unos matecitos...

Todos aplauden el gesto, los amigos se dan la mano y don Juan se apresta a cebar el mate que pronto habrá de correr en mano como símbolo de la amistad y cariño.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

EL TRUCO

Mirta Oliveros Jaramillo
46 años
Dueña de casa
Cochrane

Junto a mis padres y hermanos viví al otro lado del río Baker. Eran tiempos difíciles, no había caminos y vivíamos un verdadero aislamiento, sin embargo éramos felices, ya que nada nos faltaba, además que en un campo siempre hay hartas tareas para realizar.

Cuando el invierno llegaba y la oscuridad obligada a permanecer mayor tiempo dentro de casa era donde el truco se hacía presente. Mis padres y hermanos solían jugarlo, pero en verdad a mí nunca me llamó la atención, encontraba que era un juego aburrido, aparte de que no logré entenderlo en las muy pocas veces que me detuve a mirar.

Pero hubo un cambio en mi opinión cuando ya fui adulta, ya había formado una familia y con mi marido nos entreteníamos jugando para acortar las noches, además de vez en cuando nos íbamos de visita donde nuestros vecinos y las horas se pasaban casi sin darnos cuenta mientras jugábamos al truco, el que adornábamos con algunos versos.

Muchas veces vimos amanecer jugando, riéndonos y en sana diversión y convivencia.

Pero llegaron mis hijos, y las cartas quedaron olvidadas por mucho tiempo, había mucho que hacer y ya no quedó tiempo para la diversión.

Sin embargo y casi sin darme cuenta el tiempo transcurrió rápidamente, los hijos crecieron y un buen día me dijeron: mamá, juguemos al truco, sin querer volví a mi época en que la diversión tenía un espacio en mi vida, me di cuenta de que ahora tenía tiempo para mí, volví a tomar las cartas para entretener a mi familia, ellos compartían en casa muchos momentos y nos reímos al jugar la levantada a hacer el fuego y tantas pequeñas labores de la casa.

Participé en Prodemu y un día me invitaron a jugar al truco, era el día de aniversario de la institución, después vino el día de la mujer, finalmente me llegó una invitación para participar en un taller que se iba a dar del juego y de creación de versos. Me inscribí, lo paso bien, me entretengo y me doy cuenta de que estoy viva, que soy joven pese a tener nietos, que dispongo de tiempo y tengo un espacio para mí misma... Además en cada reunión aprendo nuevos versos y no sólo aquel que siempre repetía y que aún recuerdo:

Alambrada de siete hilos
campo en FLOR y buena aguada
si quiere ganarme al TRUCO
tiene que tener el as de espadas.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

MARCACIÓN DE MEDIANEROS

Carolina Alón Vergara
24 años
Dueña de casa
Cochrane

Hace años se hacía una marcación de los animales de un par de medianeros. Estos vivían a la costa del Lago Cochrane, sus fundos se llamaban Los Ciruelos y Santa Elena.

Primero se rodeaba el ganado vacuno, todo en conjunto y se dejaba en el corral para comenzar la faena al día siguiente.

Apenas comenzaba a aclarar, la abuela María se levantaba junto a sus hijas Rosa y Sudelia, luego de tomar mate se dirigían hasta la casa de su sobrino, ya que él era el medianero.

Apenas asomaban se acercaban los sobrinos chicos a saludar y tomar los caballos para desensillarlos mientras invitaban a los recién llegados para que pasaran a la cocina.

Más tarde se dirigían al corral y elegían la ternera más grande y gorda para carnearla, luego ésta se colgaba en los ganchos fuertes del sauce llorón que hace años atrás había plantado el abuelo.

Empezaban los preparativos para la faena, Rubén que así se llamaba el medianero invitaba a sus vecinos, muchos de ellos aún viven en el sector, partían al corral, cada hombre invitado llevaba un lazo para apialar y así mostrar su destreza en el manejo del lazo. Una vez que el

animal estaba en el suelo marcaban y señalaban el ternero con la marca al rojo vivo. Los animales se retorcían, mientras algunos hombres ayudaban a mantenerlos quietos. Los terneros se marcaban en partes iguales, uno para cada medianero.

Entretanto en el fogón no faltaba el acomedido que plantara el asado, que por lo general consistía en los dos costillares.

La marcación se comenzaba como a las diez de la mañana terminándose como a las tres de la tarde, ya para ese entonces los asados estaban cocidos y listos para comerse. Ahí empezaba la celebración, con música y baile. La ranchera era interrumpida de vez en cuando para dar paso a las relaciones:

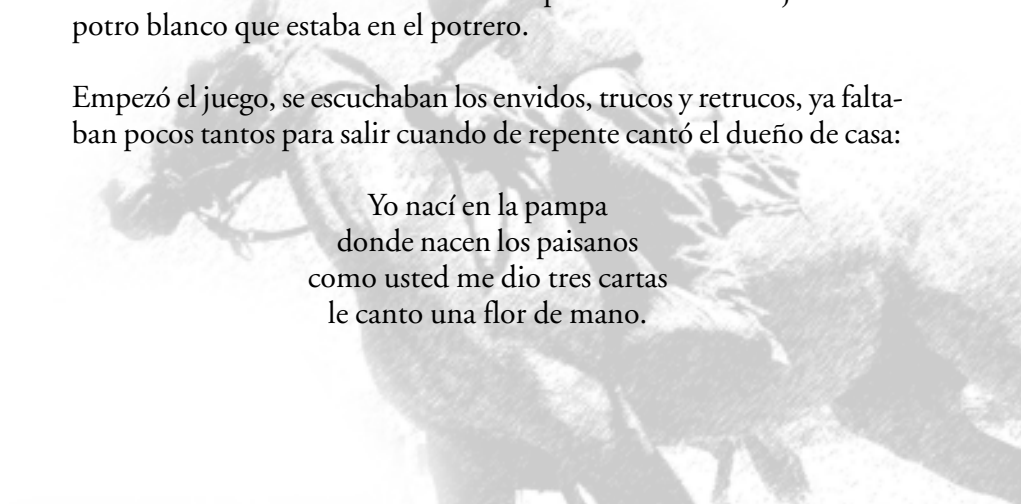
"Señorita, si me quiere
aproveche la pichincha
que yo soy para el amor
como burro pa` la cincha".

Ya era tarde. Oscurecía y en la cocina se armaban las primeras parejas de truco, cuando hasta el campo llegó un forastero, Rubén salió a recibirlo, diciendo la consabida invitación "Pase amigo, desmonte y desensille".

Al rato el forastero se fue mezclando en el entrevero, dijo que era jinete, que acababa de amansar una tropilla en una estancia de Argentina y que ahora se dirigía a Guadal a ver a su familia. El dueño de casa lo desafió a un truco mano a mano. La apuesta consistía en jinetear el potro blanco que estaba en el potrero.

Empezó el juego, se escuchaban los envidos, trucos y retrucos, ya faltaban pocos tantos para salir cuando de repente cantó el dueño de casa:

Yo nací en la pampa
donde nacen los paisanos
como usted me dio tres cartas
le canto una flor de mano.





El recién llegado empezó a orejear sus cartas, con mucha calma, respiró hondo y dijo:

Yo también nací en la pampa
enlazando un toro mocho,
orejeando tres cartones
contra FLOR con treinta y ocho.

Así fue como el dueño de casa perdió la jugada, al día siguiente muy temprano se dispuso a jinetear para pagar su apuesta mientras el resto de la gente se quedaba con las ganas de conocer las destrezas del jinete desconocido.

La marcación había terminado, cada uno tomó su camino rumbo a su casa y el forastero montó su caballo y al trotecito se fue por la costa del lago rumbo a Guadal.

Los medianeros siguieron trabajando juntos, hasta que llegó el día en que se deshizo la medianería y cada cual siguió viviendo y trabajando por su cuenta.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL
CARLOS IBAÑEZ DEL CAMPO

RECORDANDO EL PASADO

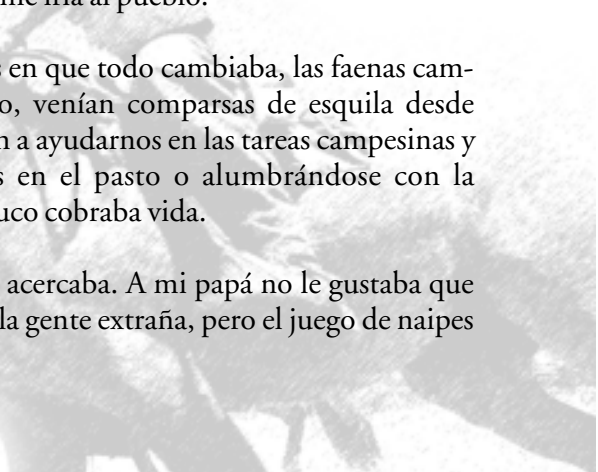
Selma Oliveros Jaramillo
49 años
Dueña de casa
Cochrane

Los recuerdos hoy me llevaron a la época en que era chica y junto a mis padres vivíamos en el campo, ubicado en el sector de El Maitén, al otro lado del río Baker. Era un lugar de difícil acceso, ya que para llegar hasta nuestra casa había que cruzar en bote, como el Baker es un río muy caudaloso y en el que muchos habían perdido la vida, no teníamos la oportunidad de tener muchas visitas.

Pero no había tiempo para aburrirse, las vacas se encerraban en la tarde, eran hasta veinte, así que al día siguiente me levantaba muy temprano y junto a mis hermanos íbamos a ordeñar para que después la mamá hiciese ricos quesos. Todos los días era lo mismo y la rutina llenaba nuestras vidas, tal vez por eso es que decidí que apenas tuviese edad suficiente para salir a trabajar me iría al pueblo.

Había algunas oportunidades en que todo cambiaba, las faenas campesinas traían alegría y juego, venían comparsas de esquila desde Cochrane, los vecinos acudían a ayudarnos en las tareas campesinas y en la tarde, ya sea sentados en el pasto o alumbrándose con la "petromax" en la cocina, el truco cobraba vida.

Entonces yo a escondidas me acercaba. A mi papá no le gustaba que tuviésemos mucha cercanía a la gente extraña, pero el juego de naipes





me atraía de sobremanera a diferencia de mis otros hermanos que preferían seguir en sus actividades cotidianas.

Me gustaba ver como "orejeaban" despacito las tres cartas y cuando tenían las tres de la misma pinta, la voz salía fuerte y clara con los más variados versos. Yo aún no sabía leer, escribir menos, entonces trataba de memorizar algunos versos que aún guardo en mi memoria.

"Borracho qué estás haciendo
detrás de esa mata de pasto,
levántate que te traigo
una linda FLOR de basto".

Sobre la mesa caían una a una las cartas, cada una parecía que hablara, para mí el rey un señor imponente que abría la boca para decir:

"Alambrada de siete hilos
campo en FLOR y buena aguada
si quiere ganarme al TRUCO
tiene que tener el as de espadas"

Al caballo siempre lo imaginé hablando de un inocente viejito campesino.

"Llegó el viejito de los otros
con una linda FLOR de oro"

A mi papá no sé si no le gustaba jugar, aunque a veces lo vi jugando con la mamá, pero a ella sí le encantaba el truco, con Secundino y Violeta, mis hermanos, iniciamos unas buenas partidas en que disputábamos la levantada a hacer fuego en la mañana, la lavada de loza, la picada de leña o la ordeñada.

Quien siempre salía perdiendo era la mamá, pues aunque ganara en el juego siempre era la primera en levantarse al día siguiente para hacer fuego.

Además no siempre el juego tenía buen término, muchas veces nos picábamos y las cartas eran tiradas sobre la mesa, en completo desorden, mientras alegábamos por puntos mal cobrados.

Cuando decidí cambiar mi destino y partir al pueblo, el truco quedó olvidado, ya no hubo tiempo y otras cosas me interesaron.

Formé mi propia familia, crecieron mis hijos y cuando el mayor, Rodrigo, a quien decimos Pilo, cumplió los quince años, el truco volvió a mi vida, estábamos en el campo y las noches se hacían largas. De pronto aparecían por la casa algunas visitas, entonces jugábamos hasta muy avanzada la noche, volví a recordar esos versos que había dejado en el pasado:

"FLOR chiquita y querendona
como la hija de la patrona" ...

Ya vivo nuevamente en el pueblo, tengo una hija casada, el Rodrigo está fuera, es carabinero y los otros estudian, de pronto vi la invitación que hacia Prodemu sobre un taller de Truco y Creación Literaria, decidí inscribirme, tal vez para volver a mi niñez, a la época en que mis padres vivían y nos juntábamos alrededor de la mamá a comer el pan con queso casero.





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

VIDA, PASIÓN Y MUERTE
DEL POROTO

Juan Carlos Gallegos Ruiz

40 años

Audiovisualista, realizador de espacios televisivos del mundo rural
Punta Arenas

El sol mostraba su cara redonda de fuego en la extensa pampa patagónica, en los albores de un nuevo año. En este extremo del territorio chileno los meses veraniegos tienen la magia de los colores en toda su vastedad, y este amanecer se tiñe de rojo junto con el trajín del puestero en la sección Dick junto al río Chico casi en la frontera misma con la república Argentina. A unos metros están los "corrales de piedra", lugar mítico e histórico reducto del pasado tehuelche, aborígenes de estas latitudes, hoy magallánicas. Diciembre tenía su encanto y como en cualquier casa que se precie de tal, un árbol complementaba la escena de la cocina del puesto. Don Luis Martínez, junto a su esposa y pequeño Carlitos ponían ojos lánguidos observando el cuadro navideño, en la distancia misma que pone al ser humano al borde de los sueños y las esperanzas.

A sus escasos 5 años, Carlitos era todo un personaje. De plano sus padres lo autodenominaron Carlanga. Quizás por un resabio de pachanga, ritmos propios de la época en cuestión. Allí la radio era la compañía obligada a toda hora, era la entretención de doña Otilia, que de ese modo lograba complementar su trabajo en el puesto, haciendo la comida, manteniendo su quinta, donde diversos tubérculos y hortalizas formaban parte de los platos que generosamente se preparaban.

Don Luis a las cinco de la mañana, con este sol madrugador que tiñe de rojo el suelo semejando una policromía de colores otoñales en verano, salía religiosamente a los establos para ordeñar la vaca, y tener la leche fresca, donde la nata era profusamente consumida por Carlanga, quien de este modo, más la sana y abundante alimentación de doña Otilia, lo tenían con un sobrepeso notable.

El pequeño tenía un ejército de animales por compañeros de juegos. En aquellas vastedades no existía población humana, más que ellos, por lo tanto, al niño todo le era permitido. Su radio de acción constaba de varios kilómetros, por lo demás la pampa, cerros y el río que la circundaba, formaba parte de su hábitat conocido como la pequeña palma de su mano. Precedido por Cachipurri, un chingue guacho crecido en el puesto, a quien su padre le había extraído la bolsita que segrega un líquido con que ataca a sus captores, el animalito, extrañamente de un vistoso pelaje amarillo, poco común, formaba parte de esa legión. Con él en los cotidianos paseos, dos zorros cachorros se sumaban a este convite, más "Capitán" un perro pasto alemán quienes salvaguardaban la integridad de Carlanga por esos derroteros insospechados de la Patagonia. Quizás el perro, duro guardián, era el más común de esta notable formación. El pequeño con sus ojos acostumbrados a las lejanías agudizaba la vista para la captura de lagartijas, en la zona rocosa del río Chico que eran las delicias del chingue y los zorros. Extraño juego sin duda, donde los nidos de bandurrias que colgaban de los acantilados sufrían con las piedras arrojadas con la inocencia y la picardía de Carlanga, quien festinaba con cada blanco que daba, mientras sus compañeros miraban sin entenderlo mucho, solo con saltos semejaban extrañas acrobacias a su lado.

Estas diarias salidas podían extenderse por horas, sin causar mayor extrañeza en doña Otilia y don Luis, quienes tenían trabajos diversos en el puesto, que lo mantenían igualmente ocupados durante toda la jornada. Don Luis después del desayuno a las siete de la mañana salía a recorrer campo, observando el buen estado de las alambradas y el que los animales tengan buena pastura y se mantengan en pie. En esta época del año, los corderitos hacen su aparición, transformando el campo en una verdadera fiesta de validos y blanco mar de lana. Los cuidados se extreman por los naturales depredadores, como zorros, gatos salva-



jes y otros animales, incluso caranchos que están al acecho ante posible muerte o enfermedad de alguno que quede rezagado en algún campo. El puestero por lo tanto tiene dura faena de cual bregar diariamente sin descanso, sin domingos ni festivos.

Pero la navidad, no es un día común, por lo tanto la víspera doña Otilia se deshace en su cocina por preparar el enjundioso cola de mono, el pan de pascua, queques y demases, junto a contundentes platos, donde no faltaban los pollos asados, y un cordero que esperaba su turno para el día de navidad al mediodía, para ser estaqueado al palo en un fogón dispuesto junto a la casa. Sin duda la abundancia era extrema para tan pocos comensales, pero en fin: —que no se note la pobreza— verseaba don Luis, ante un rostro que denotaba la felicidad de doña Otilia. Carlanga mientras tanto era mandado al gallinero, a buscar huevos con un canastillo, que se lo ponía de casco en su redonda cabeza de pocos pelos. Siempre aquello era una verdadera odisea, desde luego allí no ingresaban sus protectores, Cachipurri, el chingue, los zorros, ni menos Capitán, el perro, quien jadeaba en la puerta del gallinero como mudo centinela custodiando el recinto plumífero. Carlanga tenía una lucha desatada y constante con el gallo Anacleto, pues le tenía animadversión, no simpatizaban, la odiosidad era mutua, así y todo las órdenes del papá se cumplían sin protestar, él ya sabría cómo cumplir la misión so pena de los picotones y ataques de Anacleto que actuaba sin mediar provocación.

A la usanza campesina, todos se recogen temprano al mundo de los sueños. Total la fiesta del niño Jesús, se vive con intensidad al día siguiente. El pequeño Carlanga de todas maneras y como es tradición deja sus zapatos en el marco de la ventana, como signo inequívoco que está a la espera de los regalos del pródigo Pascuero que ha de pasar la noche, no puede ser de otra manera, la inocencia da para todo y él no es la excepción. Con la emoción puesta en la mañana siguiente se enfunda el pijama y se echa el sueño encima como si éste fuera el abrigo más codiciado en la víspera de algo grandioso, con la excitación propia por la novedad. Él no era de pedir muchas cosas, lo que el Pascuero determine estaba más que bien, se daba por satisfecho.

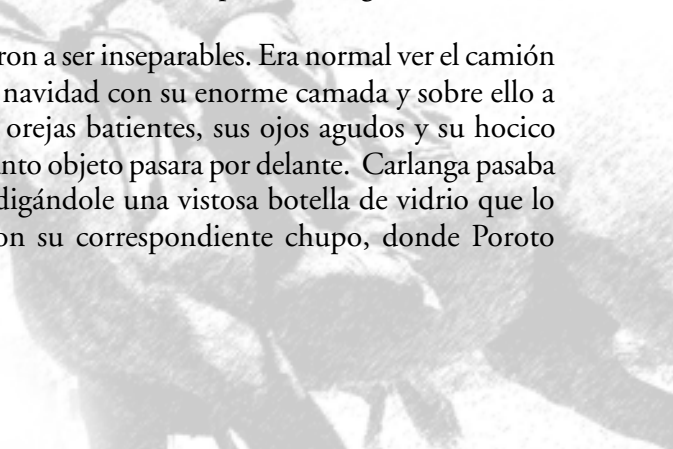
El canto de Anacleto vino a poder el ritmo propio a la mañana navideña en el puesto de la sección Dick. Los aromas del "café de bolsa", con la leche fresca, los queques y pan de pascua respectivo envalentonaron la presencia de Carlanga en la mesa madrugadora, por lo tanto, a las siete de la mañana bien acicalado y orondo apareció en la cocina en busca del preciado tesoro, vale decir su regalo, díganle algo pues. Aquello era todo una ceremonia. Doña Otilia al verlo fue todo un abrazo, quien junto a don Luis formaron un verdadero gran ovillo en torno al pequeño que confundido entre zalameros parabienes navideños lo único que quería era su regalo.

Un enorme camión saltó a la palestra, causando el asombro de Carlanga, quien lo golpeaba tratando de adivinar de qué estaba hecho.

— De caucho parece —asumió don Luis tratando de dar respuesta a la inquietud infantil. Pero lo grueso e insospechado venía de los brazos de doña Otilia —¡¡¡un chanchito!!! —exclamó Carlanga. Sus ojos audaces dejaron libre expresión a las lágrimas, no era para menos. El niño estaba acostumbrado a que sus camaradas habituales sean los animales, y sin duda este no encajaba en su loca imaginación. ¡¡Un chanchito!... Y era de muy pocos días, tanto así que debió asumir su cuidado.

Un cajón fue el primer destino del chanchito, que fue bautizado con la solemnidad en la mañana navideña como "Poroto", llamado así por su colorido. El animalito lucía vistosos colores de blanco y negro a la manera de lunares, era una monada, por no decir, una chanchada. Poroto pasó a ser el centro de atención de Carlanga, que junto a dos patitos pernoctaban tras la estufa de fierro "dover" que calefaccionaba la casa elevando la temperatura que superaba la ambiental en esta época veraniega.

Poroto y Carlanga pasaron a ser inseparables. Era normal ver el camión de caucho regalado en navidad con su enorme camada y sobre ello a Poroto mostrando sus orejas batientes, sus ojos agudos y su hocico afiliado en busca de cuanto objeto pasara por delante. Carlanga pasaba las noches en vela prodigándole una vistosa botella de vidrio que lo hacía de mamadera con su correspondiente chupo, donde Poroto





succionaba hasta los suspiros. Eso enternecía al niño, quien de ese modo se iba transformando en el mantenedor del puerco, que ya mostraba algún crecimiento.

La fauna campesina acompañante de Carlanga extrañaba los paseos habituales del menor. Todos merodeaban la casa, afinado olfato. El chingue Cachipurri, los zorros y Capitán, el fiel perro, dormían la siesta de febrero, cuando aparece don Luis con martillo y serrucho en ristre, unos listones de madera y unas latas. A la zaga Carlanga, con una bolsa de clavos y una malla completaban la caravana que dirigía sus pasos a la orilla de río Chico, a unos 100 metros de la casa puestera. La tarde dejaba caer un sol candescente que animaba el trabajo. Padre e hijo comenzaron la construcción del nuevo hábitat de Poroto, quien con esto adquiere la "mayoría" de edad; es decir, el animal estaba en condiciones de vivir solo y tener su chiquero correspondiente como todo cerdo que se precie de tal. La faena culminó un par de horas después, cuando el niño en una tabla con un corcho quemado en la estufa de la casa, escribe con la ayuda de doña Otilia, simplemente "Poroto". Esta se clava en la puerta de ingreso de esta especie de corral, marcando el sitio definitivo donde el animal podría retozar, bien comer y un mejor dormir. Todo un chiche, suerte que no se puede dar cualquier especie en el campo, donde todos crecen a su ley. Poroto era distinto, tenía su jerarquía y su pelaje, era el regalón del niño de la casa, por lo demás del hijo único. Cosas que había que sopesar al momento de los quiubos.

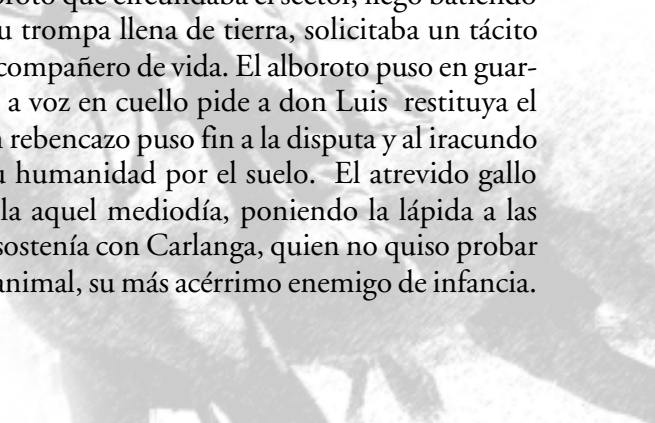
Ya en los albores del otoño cuando las hojas desgastadas comienzan a abandonar su raíz vegetal, Capitán tenía en Poroto a su aliado perfecto. Es decir el chanchito se creía perro y andaba en todo tipo de escaramuzas con el pastor alemán. El chingue y los zorros lo miraban con cara de festín, pero el perro ponía orden en la pampa y al final de la comitiva los dos patos se sumaban a esta extraña legión que acompañaba a Carlanga en sus fechorías por los acantilados del río Chico.

Nunca pudo verse más formación. Todos para uno y uno para todos. Lengüetazos iba y venían, saltos acrobáticos, ladridos y todo tipo de sonidos se originaban en estas largas caminatas y paseos diarios, hasta que llegó el invierno.

Todos cobijados bajo la casa en busca de calor, mientras los patos dormían en una caja exclusiva para ellos, bajo la cama de Carlanga, Poroto vivía haciendo chanchadas en su habitáculo, bien provisto de alimentación, de la cual el menor le suministraba generosamente. Nada satisfacía al cerdo, quien se entendía de maravillas con el niño. Eran uno, bastaban miradas para el entendimiento.

La nieve fue generosa aquel invierno, los fríos y el hielo se hicieron sentir. Hubo que prodigarse de más leña y carbón solicitado a Cañadón Grande, la estancia mayor, de quien dependía la sección Dick.

Y el tiempo pasó inexorablemente, sin treguas. De la nieve a los vientos, a las lluvias y otra vez al sol. La rutina se hace fuerte en el campo, la vastedad resulta a veces el más tenaz de los enemigos, abrumba. Don Luis ve pasar las estaciones y los animales. Doña Otilia sigue amasando el pan diario, las cazuelas frescas tienen aromas a cilantro y perejil de su quinta, mientras Carlanga con unos años más a cuestas sigue manteniendo a firma esta extraña alianza con esta "troupe" de animales que lo secundan en sus paseos y fechorías. Pero Anacleto tenía los días contados. Una mañana con su camión navideño va por la diaria demanda de los huevos. El gallo paró la pluma una vez. No podía entender cómo este rechoncho Carlanga podía usufructuar tan livianamente del producto de su esfuerzo y sus gallinas y las emprendió con ira profunda contra el menor que corría desaforado volcando los receptáculos con la comida de los plumíferos y entre cáscaras de papas y afrechillo, se caía y levantaba mientras Anacleto picaba por donde cayera. Capitán afilando sus fauces ladraba al borde del gallinero en defensa de su amo, alarmando con ello a toda la comitiva animal. Llegaron el chingue y los zorros, los patos paraban el pescuezo sin entender mucho y Poroto que circundaba el sector, llegó batiendo sus orejas y asomando su trompa llena de tierra, solicitaba un tácito auxilio en procura de su compañero de vida. El alboroto puso en guardia a doña Otilia, quien a voz en cuello pide a don Luis restituya el orden en el gallinero. Un rebencazo puso fin a la disputa y al iracundo Anacleto que dio con su humanidad por el suelo. El atrevido gallo formó parte de la cazuela aquel mediodía, poniendo la lápida a las constantes trifulcas que sostenía con Carlanga, quien no quiso probar ni un ala del malogrado animal, su más acérrimo enemigo de infancia.





Llegó el tiempo de la escuela. El niño debía estudiar y para el efecto debía trasladarse al establecimiento escolar de Cañadón Grande, asentamiento agrario que gozaba de algunos avances, como tener una escuela con profesores y todo, punto cercano también a la frontera con Argentina. Carlanga se preparaba repasando unos viejos libros del Silabario que aparentemente sirvió de guía para su padre o madre, el tema no lo tenía muy claro. Una camioneta de la estancia lo llegó a buscar un fin de semana, trasladando a don Luis y doña Otilia, quienes iban a buscar alojamiento para el mozalbete, quien a sus seis años y algo, gozaba de buen peso y estatura.

Una familia brindó cobijo al niño, retornando sus padres al puesto, no sin antes recibir de Carlanga una suerte de rosario sobre el cuidado que debían prodigar a sus compañeros de juegos.

Don Luis fruncía el ceño, mientras doña Otilia con gesto de ternura observaba cómo su hijo se hacía grande, efectuando recomendaciones diversas. Ya la despedida en el puesto Dick había tenido ese color concentrado de las despedidas para con el ser querido. Palmetazos para Capitán, unas volteretas para el chingue Cachipurri, los zorros con la cabeza gacha rumiaban su desencanto, los patos retozaban en un tiesto con agua, mientras tenía una ligera libertad Poroto, quien lidiaba con unas matas de apio mientras sus orejas bailarinas le tapaban los ojos. Aquello fue apoteósico, Carlanga le tomó las dos patas delanteras, lo alzó a su altura y se dieron un abrazo, que dejó mudo a sus padres, ante tan insólita escena. Después de aquello el vehículo y a otro destino. Ahora los dos, recibiendo una lista de encargos y detalles sobre la mantención y cuidado de los "bichos" como solía llamarlos don Luis.

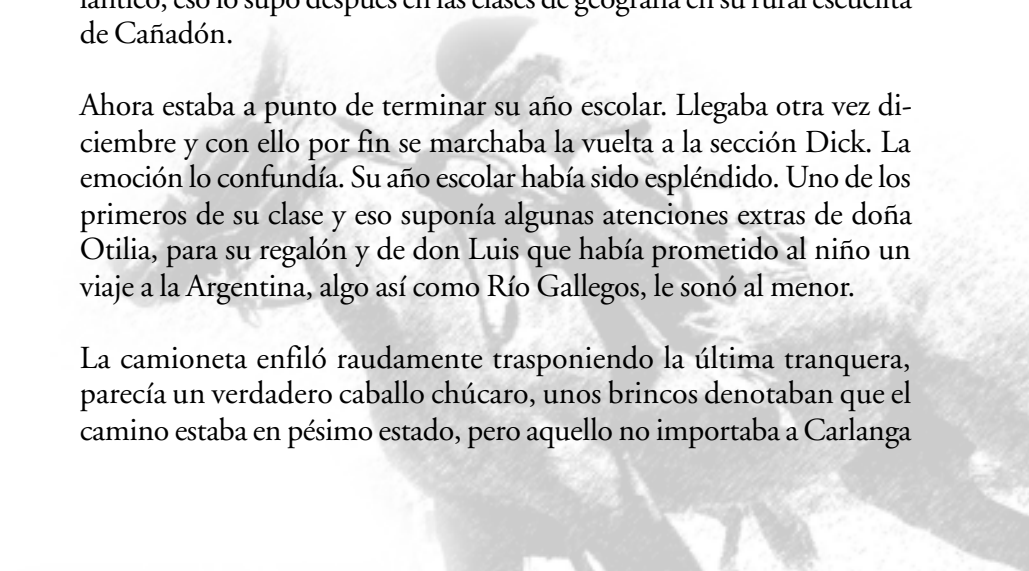
El tiempo es implacable. Por circunstancias diversas Carlanga pasó dos años sin volver a la sección. En algunas semanas de vacaciones sus padres bajaban a la ciudad con el menor a fin de encontrarse con la familia y para efectuar compras diversas. Las consultas eran las de siempre. Cómo estaban sus compañeros, qué cuidados le estaban dando, y siempre la respuesta era afirmativa —los bichos están grandes— sentenciaba don Luis, —ya cuesta mantenerlos—. Con ello provocaban la excitación propia del niño, quien no veía las horas de volver al río Chico para disfrutar de las andadas con "sus amigos", ahora él con mucho

más experiencia de mundo. Era un niño letreado, había aprendido a escribir y leía con cierta fluidez. Sus profesores lo elogiaban por sus aptitudes para el dibujo, poseía una habilidad innata. De hecho, y como cosa curiosa para sus compañeros y profesores, e incluso para la familia donde pernoctaba, lo constituía el dibujo de Poroto, su amigo y mascota, sobre la cabecera de su cama. El cerdo aparecía tal cual era en toda su magnitud, con una facha digna del rey de los porcinos. Sus orejas aladas, su hocico puntiagudo y sus ojos casi cerrados, llenos de picardía. Poroto no era cualquier cosa, era el monarca de la estepa, chanchito y todo, tenía privilegios que Carlanga le había otorgado y que animal al parecer entendía.

Sin duda sobre el "bicho" descansaba toda la nostalgia que el niño en su fluida imaginación se prodigaba, respecto a esos parajes de su más tierna infancia. Hoy cercano a los 9 años, se podía decir que era un menor inteligente, acucioso y responsable; el desarraigo materno, lo había hecho madurar tempranamente y Carlanga se hacía respetar con solo su presencia. Era un niño querido y correcto, amante del campo y las faenas camperas, no en vano su crecer no tuvo otro derrotero que pampas, vegas y coironales, solo interrumpido por los desfiladeros rocosos del río Chico, donde solía con su legión de compañeros lanzar piedras a los nidos de bandurrias instalados en las alturas. Allí desafiaba las cornisas de los acantilados, mientras abajo una franja plateada marcaba el paso del río hacia un destino que no era otro que la provincia argentina de Santa Cruz, donde seguramente desembocaría en el Atlántico, eso lo supo después en las clases de geografía en su rural escuelita de Cañadón.

Ahora estaba a punto de terminar su año escolar. Llegaba otra vez diciembre y con ello por fin se marchaba la vuelta a la sección Dick. La emoción lo confundía. Su año escolar había sido espléndido. Uno de los primeros de su clase y eso suponía algunas atenciones extras de doña Otilia, para su regalón y de don Luis que había prometido al niño un viaje a la Argentina, algo así como Río Gallegos, le sonó al menor.

La camioneta enfiló raudamente trasponiendo la última tranquera, parecía un verdadero caballo chúcaro, unos brincos denotaban que el camino estaba en pésimo estado, pero aquello no importaba a Carlanga





que llegó mareado de tanto zarandeo del vehículo. Sus padres emocionados le esperaban en la puerta, mientras Capitán, cual acróbata circense revoloteaba por los aires congraciándose con su compañero de trajines mientras un lanudo bulto amarillo hecho una madeja en la puerta comenzó a extenderse, era Cachipurri, el chingue. El mediodía de aquel sábado marcaba la vuelta del niño al terruño amado, después de casi tres años. La mesa estaba dispuesta, no se escatimaba en esfuerzos ni en alimentos. La cazuela abundante, con los olores de siempre a cilantro y perejil. Un asado chirriaba al interior del horno de la "dover", mientras el niño obnubilado recibía halagos como verdaderos mazazos sobre su cabeza, siempre de pocos pelos.

Sentarlo a la mesa, junto al chofer de la estancia, fue todo uno. No hubo tiempo para más. Doña Otilia ya disponía los platos de una cazuela de sabrosa gallina con pan amasado por la mañana. La conversación iba de un tema a otro, sobre el estudio, los amigos de su padre en Cañadón, las vacaciones, el futuro, la familia en Punta Arenas. Despacharon el primer plato en un abrir y cerrar de ojos. Una asadera gigantesca salió del horno con una carne dorada que despertó la apetencia de Bartolomé, el chofer, mientras don Luis descorchaba un vino por la gentileza de traerle al niño.

Carlanga afinó el olfato y saltó con la pregunta de rigor:

— ¿Mamá qué carne es esa? —no alcanzó a contestarle, pues don Luis envalentonado de alegría por la vuelta del niño le contesta:

— ¡¡¡Chanchito, mijo... chanchito!!!

Ahí cambió el curso de la historia. Fue solo un brinco y Carlanga traspuso la puerta. El corazón le salía por la boca, le faltaba el aire, corría desaforado por la pampa atravesando la distancia que le separaba del chiquero de Poroto, mientras quizás presagiando un extraño designio sus ojos se nublaban y las lágrimas corrían por su rostro sin vergüenza ninguna, total nadie lo veía. La puerta del habitáculo cerrada con la inscripción hecha tres años antes todavía estaba como mudo testigo de un pasado cercano. Los olores estaban allí. El afrechillo revuelto y unas latas sueltas sonaban intensamente en sus oídos. No había nada. Ni un vestigio. Ni un sonoro ruido que delatara un atisbo

de vida. Volvió enfurecido a la casa a pedir explicación, que tanto, se lo debían. Había sido su regalo de una navidad que estaba todavía fresca en su memoria.

Al abrir la puerta enmudeció. Fue una verdadera cachetada en pleno rostro. Un disparo en su corazón de niño. Doña Otilia inocente sacaba desde un fondo la cabeza hirviente y desencajada de Poroto. Ojos hundidos, orejas flácidas.. y todo se nubló. Se le doblaron las piernas y quedó con los brazos abiertos tomándose del marco de la puerta. Don Luis y Bartolomé acudieron en su auxilio.

Del resto poco se acuerda. El dolor fue intenso. Su amigo y mascota, su compañero de juegos y andanzas, el monarca de la estepa, aquel a quien amamantó con una mamadera de vidrio, traspasó los tiempos de la memoria. Luis y Otilia nunca se perdonaron aquel desaguisado para con Carlanga. Después lo entendieron.

Nunca más pudo saborear un plato de cerdo en alguna mesa. Nunca más sintió la necesidad de contar con alguna mascota, total ya la había tenido. Los zorros abandonaron el puesto. Cachipurri murió de viejo una mañana de invierno, los patos se fueron a la olla y Capitán se salvó por ser el perro.

Del Poroto quedó la leyenda, el amor de un niño que buscó por compañeros de juegos a una pléyade de animales diversos que le regaló la soledad de un puesto por los "corrales de piedra" cercano a la frontera argentina, un designio casi natural.

- Don Carlos tengo cerdito para la comida...
- Muchas gracias doña Sonia. No como cerdo...
- ¿Y eso?.. o su religión se lo prohíbe...
- No, es una larga historia...





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

LA TRUQUEADA

Juan Pablo Miranda Carrasco
27 años
Técnico Agrícola
Porvenir

Er^{an} solo las cinco de la tarde y en la soledad de la estepa se dejaba ver la tenaz luz que emitía el puesto de la tercera Barranca. Las velas del puesto, como una ceremonia prevista, confundían las sombras con sus verdaderos dueños, que tempranamente se refugiaban condicionados por el tiempo.

Aquí vivió solo por más de cuatro años Antonio Santos y hoy con un poco más de un mes vivía junto a Pedro Mancilla, ovejero nuevo en la estancia María Mercedes. En la rusticidad del puesto trataban de acortar las largas horas de invierno y como siempre lo había hecho, Antonio se dedicaba a trabajar en cuero. Realizando lazos, bozales y cuanto apero necesitaba para sus labores habituales, mientras que Pedro servía dos jarros con licor.

— ¿Que tal la ginebra, compañero?... Cier^{to} que está como pa' sobar correas.

— No hay como la ginebra Bools.

— Sabe, ahora que estamos en confianza. Déjeme contarle algo que lo tengo atragantao. Sabe, cuando llegué a la estancia, puta que me hablaban huevadas de usted, compañero. Lo más suave, que usted era un viejo amargado; malos comentarios, compañero. Y pa' qué le voy a mentir, no quería venir a este puesto.

- El ocio hace hablar a la gente.
- Pero por algo debe tener mala menta.
- Debe ser porque uno habla poco y no se mete en pendencias ni juegos.
- Bueno, mejor ¡Salud! Mire que la ginebra, no nos ha hecho ningún desprecio pa no tomarla.
- ¡Salud!
- Bueno, ahora que ya sé que no estoy con el coludo, don Antonio alcánceme mi jarro. Dígame. ¿Lleva mucho tiempo por estos pagos?
- Como cinco años.
- ¿Y antes, dónde?
- En la Argentina.
- ¿Y por que se vino?
- Problemas personales.
- Y ¿usted?
- Yo soy de Puerto Cristal. Allá en el lago General Carrera. Y después trabajé en la estancia la Tapera, pero tuve problemas con el capataz.
- ¿Qué paso?
- Pal hombre que sabe sus obligaciones es mala educación que lo anden cabresteando. "Y como soy potro que no me junto con los domados a palenque" ahí no mas pedí las cuentas, agarre el recaó y por aquí me pilló la cerrazón. ¡Salud, don Antonio!
- Andariego el hombre.
- Y usted, por alguna maucha habrá vuelto a cruzar el alambre, don.
- No me gusta contar mi vida.
- Bueno, don, yo ya conté las blancas del rosario, ahora le voy a contar las negras. Yo ando arrancao. Sabe, me eché al capataz. Al tipo lo conocía hace mucho tiempo, era de Puerto Ibáñez. Nos crecimos juntos, pero después el tipo se puso orejero y total si no me lo echaba, otro se lo iba a echar.
- ¡Parece que son medios locos pal fierro, en esos lados!
- ¡Qué le parece si jugamos una manito de truco, don!
- Le dije que no me gustan los juegos.
- ¡Que le hace un treinta seco, naa más!
- Jugaba mucho truco antes...
- ¡Haber, tráigame su jarro, don!
- A mí dígame Peyo, no más, ¿No será que usted tiene miedo de perder con un forastero?, ¿o el hombre piensa que no atajo mucho?



- Ya te dije que no quiero.
- Capaz al hombre le gusta la timba con peso. Sabe a mí me gusta su caballo, el moro los podíamos chincar en una manito.
- Eso es montar bueno yo lo amansé.
- Entonces cerremos el trato. El moro por el sueldo que me pasó a dejar el capataz, si es que no tiene miedo, claro....

Una antigua sensación se apoderó de Antoño. La cual combatía con el deseo de no jugar. El truco en el campo tenía muchos códigos, los cuales se debían respetar. Era un juego para hombres rudos, donde la suerte y la mentira se confabulan con la experiencia de los jugadores para descubrir y conocer cómo juega su rival.

- Un treinta seco y nada más, vamos, don.
- ¿Con flor?
- La suerte es carta, tú las das.
- Falta envido los primeros tantos.
- Quiero veinte seis.
- Veinte ocho son mejores.
- Truco.
- Quiero retruco.
- Quiero vale cuatro.
- Quiero, toma siéntate en el de basto. Porque al que quiere se le da.

Así el ambiente empezó a tornarse temerario. En un juego hostil que Pedro iba enardeciendo cada vez más con sus versos ofensivos.

- "Envido rojo, si me reviras te cojo".
- Envido dice cualquiera.
- ¡Real envido!
- Quiero Treinta.
- Treinta son las mías yo soy mano.
- "Una morena me dijo, arreglándose los rulos tengo tres tantos de flor y dos del truco seguro".
- Paso y quiero.
- Una era verdad el otro "cuco"
- ¿Cómo vamos?
- "Como chancho al pueblo".

— Yo a tres pa salir y usted a siete, don.

— "Me gusta la araña negra porque pica y deja roncha, pero más me gusta tu hermana que tiene flor de cosa, a lo perro galgo canto mi flor y me salgo".

— Le gané, don, pasando los papeles del moro. ¡Qué le pasa, don! Le gané.

"Yo gasto de mi dinero y no me asusto por eso, si hay flor contra flor arresto y si hay punto a puntos quiero, acá se va el partido, si agarra la flor se va usted, o me voy yo".

— Quiero treinta.

— Treinta y uno son mejores.

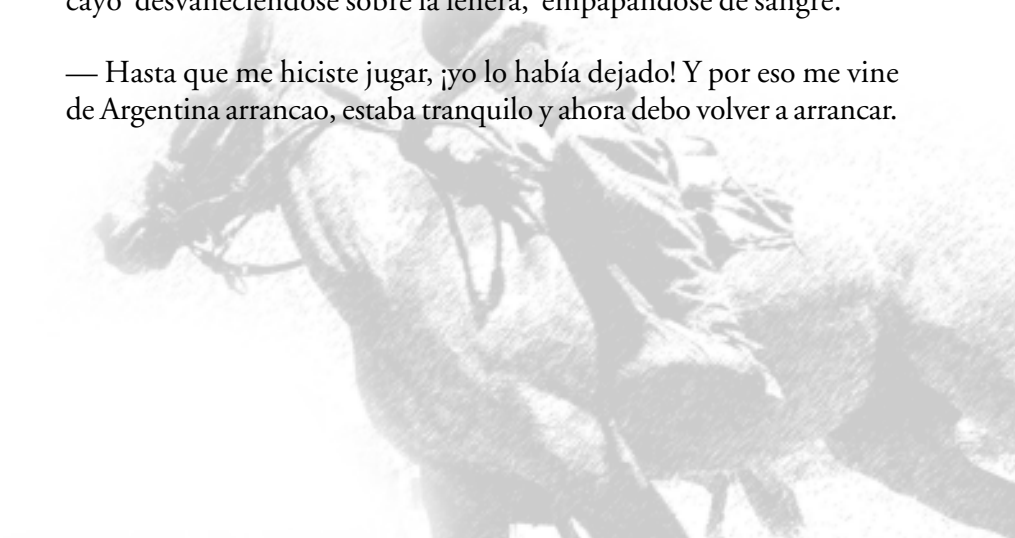
El rostro de Pedro palideció, bebió de un sorbo su trago y se encaminó a pagar su apuesta, busco el cinto que se encontraba en la pieza, pero inmediatamente vió el cuchillo que prendía del, acarició la hoja y lo puso en la faja caminando hacia la mesa de juego.

— Con que tapao el hombre, ¡Tramposo e mierda!

Pedro lanzó la hoja oculta en busca de Antonio, rápidamente Antonio envolvió la manta en el brazo se puso en posición de defensa. El corte no era profundo.

Pedro nuevamente lanzó un segundo ataque que Antonio atrapó en la manta resistiendo el dolor del cuchillo prisionero en su brazo. Con su cuchillo asestó un fuerte golpe bajo la oreja de Pedro el cual cayó desvaneciéndose sobre la leñera, empapándose de sangre.

— Hasta que me hiciste jugar, ¡yo lo había dejado! Y por eso me vine de Argentina arrancao, estaba tranquilo y ahora debo volver a arrancar.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

LA ANIMITA DE LA ESTANCIA

Carmen Gloria Castañeda Gallardo
41 años
Laguna Blanca

La escarcha empieza a cubrir las calles del poblado, dejando ver que el invierno inexorablemente se posará en este lugar apartado de las grandes ciudades. Atrás quedaron esos días templados del verano recién pasado que adornaron las vacaciones de este año, a pesar de ello las clases nuevamente se iniciaron en la escuela y los alumnos debieron retomar sus labores escolares. Es así como la Sra. Fernanda vuelve a su recorrido habitual desde su estancia "El Ventisquero" hacia la Villa para llevar y traer todos los días a su hijo Ignacio quien debe asistir a la escuela, la distancia entre la estancia y la escuela no es demasiado grande, por eso doña Fernanda decide hacer ese viaje día a día y no dejar a su hijo interno, ya que en este lugar funciona un hermoso y acogedor internado precisamente con el fin de acoger a los niños que viven fuera de la villa, sin embargo, Ignacio es el menor de 3 hermanos y es muy regalón por lo que su mamá prefiere tenerlo todas las noches con ella.

Uno de esos días en que ella llevaba a su hijo a la escuela en la mañana y luego retornaba a su estancia, don Juan un hombre de edad madura y de gran estatura que se desempeña como auxiliar en la Municipalidad de esta comuna, la que funciona precisamente en esta Villa, como era de costumbre la saluda cuando pasa por el frontis de la Municipalidad, en el instante en que lo hizo quedó asombrado porque se dio

cuenta que en el asiento de atrás del vehículo de doña Fernanda iba un niño pequeño, él se agachó para mirar bien pues le pareció extraño ya que no podía ser Ignacio, porque él siempre viajaba al lado de su madre y además su estatura era mayor, otra cosa que le llamó mucho la atención fue el hecho de que la vestimenta de ese niño era también extraña, parecía como de otra época.

Pasó el tiempo y don Juan veía la misma escena todos los días, por lo que decide poner más atención y observar los detalles.

Cierto día cuando los primeros signos del atardecer se dejaron ver cubriendo el cielo de un gris claro, mientras el hielo que se siente en los huesos penetra en lo más profundo de las personas que escasamente se paseaban de un lugar a otro en las distintas oficinas que funcionan en este pueblo, a esta altura del año son escasos los niños que se atreven a ir a jugar a la plazoleta ubicada cerca de la Municipalidad por lo que prácticamente casi no se veía a nadie jugando en ese lugar, por esta razón don Juan se sorprendió mucho al mirar los columpios desde el edificio donde trabajaba y ver en ese momento a un pequeño idéntico al que veía en el vehículo de la Sra. Fernanda desde algún tiempo, se preparó para acercarse al niño pero cuando salió de la Municipalidad ya no estaba, entonces él pensó que quizás se habría ido a su casa, lo que también le llamó la atención fue el hecho de que a esa hora doña Fernanda ya se había regresado a su estancia, por más que trató de imaginar quien podría ser ese pequeño no logró identificarlo, tras ese acontecimiento aumentó mucho más su preocupación por los acontecimientos que venían sucediendo desde algún tiempo a esta parte.

Un día determinado decidió detener a la Sra. Fernanda en la mañana cuando llevaba a su hijo a la escuela y le pidió que antes de regresar a su casa fuera a la Municipalidad a conversar con él, porque desea hacerle una pregunta, ella le respondió —¡Por supuesto don Juan!, no tengo inconveniente, lo haré hoy mismo.

De regreso de la escuela la Sra. Fernanda se encuentra con don Juan en el frontis de la Municipalidad, en ese momento él le cuenta detalladamente lo que ve todas las mañanas y le pregunta directamente —doña Feña ¿A quien lleva todos los días en su camioneta cuando



regresa en la mañana a su estancia?—, para sorpresa de don Juan ella le respondió que no sabe de quién se trata, pero que desde hace un tiempo ve por el espejo retrovisor de su vehículo que en el asiento trasero va un niño que no conoce y que además viste con ropa de otra época, sin embargo, no se ha atrevido a hablarle pues cuando se da vuelta para verlo ha desaparecido, es decir, se ha esfumado. Luego le dice a don Juan que tampoco se lo ha contado a nadie, porque está segura que no le creerán y quizás pensarán que está medio loca por lo que se alegra mucho de que con él pueda hablar de este tema. Entonces don Juan le dice — Doña Feña por donde ha estado usted, creo que se trata de un espíritu inquieto que aún no puede descansar en paz, porque algo lo atormenta — a lo que ella le responde — No sabría precisarle, mi recorrido es desde mi estancia hacia la Villa, probablemente lo que haya sucedido es que quizás cuando he recorrido mi estancia en algún punto pudiera haberlo encontrado, como usted bien sabe son bastantes kilómetros — En ese momento don Juan le comenta que él ha visto muchas cosas en su vida y cree tener un cierto sentido especial para esas cosas, por esa razón él está seguro que ella atrajo ese espíritu, debido a que él considera que ella es una persona muy sensible y lo que debería hacer lo más pronto es echarlo enojada y con un correspondiente rosario, es decir, un par de garabatos, sin embargo, a la Sra. Feña en ese momento se le ocurrió que podría investigar juntos de que se trataba, para lo que le sugiere a don Juan que se pongan de acuerdo y empiecen su investigación.

Pasaron los días y don Juan se encargó de averiguar si es que hace mucho tiempo se hubiera perdido algún niño o algo por el estilo, para ello pidió autorización en la Municipalidad y revisó los archivos desde 50 años atrás a la fecha, doña Feña por su parte ubicó a los antiguos dueños de su estancia y realizó la misma investigación. Llegó el día que habían acordado para reunirse y revisar sus hallazgos, entonces don Juan le cuenta a doña Feña que por el año 1969, se había perdido misteriosamente un alumno de la escuela que funciona en la Villa, el que estaba en calidad de interno le comenta además que ese chico era muy travieso, habitualmente se escapaba del internado y se iba a recorrer los campos aunque le habían advertido que no lo hiciera, salió ese fatídico día de su desaparición y sin medir consecuencias abandonó a altas horas de la noche el internado y nunca más supieron de él. Todos

se imaginaron que se había escapado a Argentina, pues es más de una oportunidad le había comentado a sus compañeros que le gustaría irse a Río Gallegos, porque en su hogar había serios problemas familiares de los cuales él estaba muy aburrido, así es que todos dieron por hecho de que se había ido al vecino país, incluso hasta sus padres pensaron lo mismo y nunca hicieron nada por averiguar más.

Doña Feña le cuenta por su parte que al conversar con los antiguos dueños de su estancia ellos le confidenciaron que también en muchas oportunidades habían visto a un niño con las mismas características del que ellos investigaban, pero que pensaron que solo se trataba de alucinaciones, por lo que no le dieron importancia a este hecho.

Con la información que ambos reunieron, decidieron investigar más a fondo y empezaron por recorrer la estancia de doña Feña para ver si algo averiguaban, en uno de esos tantos días de revisar incansablemente los extensos terrenos de la estancia encontraron en un lugar apartado un par de huesos que les parecieron humanos, los recogieron con mucho cuidado y los llevaron a Punta Arenas para que los examinaran, una vez hechas las pruebas correspondientes les confirmaron que afectivamente se trataban de restos humanos, entonces se juntaron un día determinado y recorrieron la estancia hasta que lograron encontrar todos los restos de esta infortunada persona. Una vez que lo llevaron completo para que lo analizaran los expertos, ellos les confirmaron que efectivamente se trataba de aquel niño que hace muchos años se había perdido desde el internado y que además, pudieron constatar que la causa de su muerte se debía al ataque de un felino, de inmediato pensaron que se trataba de algún puma pues en ese sector abundan y siempre se ven rondando la estancia, atacando y matando ovejas.

Una vez que completaron su gran hazaña le cuentan al resto del pueblo lo que había sucedido, entonces todos decidieron que esos restos deberían ser sepultados en el hermoso Cementerio que hay en la Villa, pues es muy nuevo por lo que hay suficiente espacio y además que sería mejor que este pequeño descansara en un lugar sagrado cerca de donde fatídicamente había encontrado la muerte, pues según se había sabido él siempre le contaba a sus compañeros que a él le gustaba este lugar mucho más que Punta Arenas, porque de allá no tenía muy buenos



recuerdos, en cambio, aquí en el internado había encontrado un hogar y una familia. Para poder realizar esto ubicaron a sus familiares quienes se mostraron verdaderamente sorprendidos y consternados, pero que finalmente aprobaron que sus restos quedaran en la Villa.

Un día domingo que amaneció con un cielo azul intenso el que adornaría la jornada que se aproximaría, se procedió a realizar el funeral en un ambiente verdaderamente hermoso, en el que se congregó la gran mayoría de los habitantes de la comuna en general. Vinieron de casi todas las estancias vecinas y con la bendición hecha por los sacerdotes Carmelitas que asisten religiosamente a la Villa, finalmente los restos de aquel desafortunado muchachito lograron encontrar su descanso eterno. Durante el funeral todos se comprometieron especialmente doña Feña y don Juan a rezar constantemente por el descanso de esta alma que había vagado atormentada por tantos años.

Desde ese hermoso día nunca más se vio a ese pequeño rondar el vehículo de doña Feña ni los alrededores de la Villa, por lo que hasta el día de hoy ellos se sienten muy satisfechos con haber realizado ese gran labor y no haber ignorado a esa alma desvalida que sufría vagando sin encontrar descanso eterno, también en el lugar donde encontraron la mayoría de los huesos pusieron una animita para recordar el lugar en que había sido su muerte, además en la tumba de este pequeño quedó grabado su obituario relacionado con su muerte para que así nunca ningún niño tome la decisión equivocada que a él le costó la vida.

(Esta historia está basada en relatos de lugareños de Villa Tehuelches)

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO**

EL CALCETÍN

Oswaldo Molina Vera

69 años

Músico oboísta y corno inglés

Ñuñoa, Santiago

Vivíamos en El Almendral, cerca de San Felipe. En las vacaciones de verano, mi primo solía trabajar en alguna fábrica de conservas de la zona. Fue en esa circunstancia, que él trabó amistad con un vendedor de ropa interior y artículos de tocador, que viajaba desde Santiago, y que solía instalarse los días de pago frente al portón de una conservera, en San Felipe. Este comerciante en 1946 trajo a la ciudad las primeras peinetas de nylon. La variedad de nuevos y brillantes colores y la flexibilidad de estos artículos causaron sensación entre los clientes. Los peines y las peinetas en aquel tiempo eran de hueso: metal, madera, carey o baquelita. Generalmente se quebraban sus dientes al caerse, no eran flexibles, y había escasa variedad de colores. Para impresionar a sus clientes, el vendedor, lanzaba con fuerza al suelo las nuevas peinetas que rebotaban sin dañarse. Luego, mostraba la flexibilidad del nylon doblándolas al máximo.

Mi primo Rafael quedó deslumbrado con las peinetas y compró varias para la familia y para mí, porque era su socio en la conquista de muchachas, con quienes, íbamos a bailar los días de pago a la Quinta de Recreo "Monte Penice".

El comerciante siempre traía a mi primo alguna novedad, como el fragante jabón Camay. O aquel misterioso paquete que contenía la



primera prenda de nylon que llegaba a San Felipe, y era ni más, ni menos, que un par de albÍsimos calcetines.

Cuando Rafael recibió la primicia nos fuimos veloces a casa, pedalando sobre la vieja bicicleta, muy ansiosos.

Allá, los calcetines fueron pasando por manos de toda la familia. Mi tía al verlos, le dijo:

— ¡Pero niño! Esos calcetines te van a quedar chicos. Para qué malgastas tu dinero en cosas tan raras.

Mi primo le susurró, ahora va a ver que no es así.

Tomó los calcetines y los estiró al máximo, al soltarlos volvieron a su estado original. Todos quedamos impresionados. Después, el asombro fue mayor cuando se los puso y ajustaron en forma perfecta el pie, ni con el tejido más fino se hubiera logrado algo igual. En casa, se habló de la fibra de nylon, como algo tan avanzado y bello, que se suponía que la inteligencia humana habría llegado a su tope.

Dispuesto a lucirse con esa singular prenda Rafael, pensaba instalarse pierna arriba esa noche en el paseo de la Plaza de Armas de San Felipe. Sólo un milagro haría que las muchachas pusieran ojo en los singulares calcetines. Pero nada lo haría cambiar sus planes. Después del baño se puso su mejor ropa. Sobre su cabello puso gomina hecha con semillas de membrillo, y para dar lucidez al peinado, agregó unas gotitas de Glostora. Mientras lustraba los zapatos, le dijo a mi prima, que le planchara los calcetines para salir impecable. Tartamudeando, ella, contestó que los calcetines no se planchan. Rafael sugirió que les diera una pasadita suave. Como su hermana se negó. El mismo puso los calcetines sobre la tabla, y pasó la plancha sobre la puntera a uno de ellos que, de inmediato, se recogió herido de muerte derritiendo una parte de su todo.

El desconsuelo fue enorme, y no era para menos, una prenda tan cara y llegar a esta estupidez.

Para conformarlo mi tía, se aconsejó: Vaya, y ofrézcale el calcetín bueno al "cojo Díaz", y si se lo compra; usted no pierde tanto, pues hijo.

Esa idea lo calmó un poco, y me pidió que lo acompañara en ese negocio.

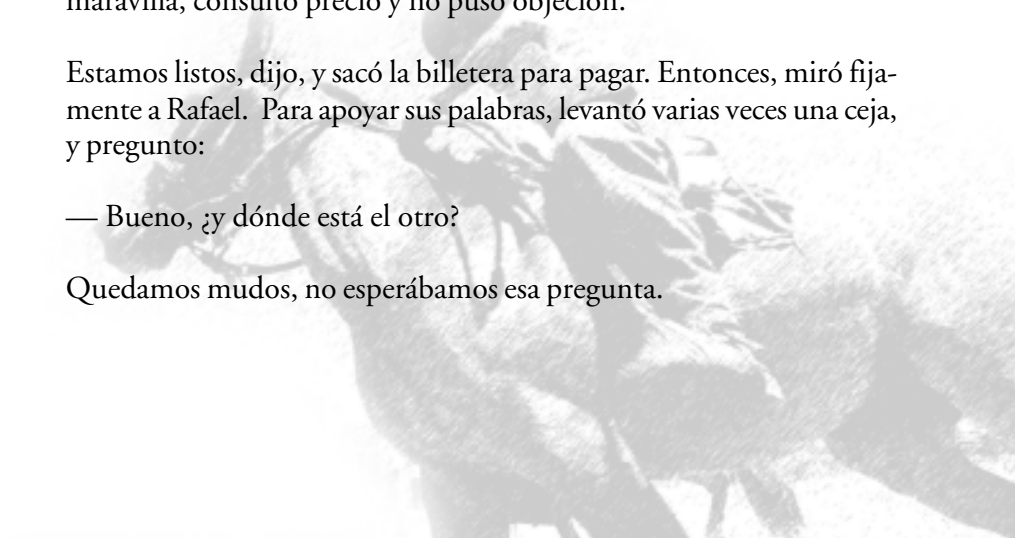
El "cojo Díaz". Era todo un personaje. Decían que por salvar a una anciana, un tranvía le había cercenado la pierna. En su muleta caminaba con prestancia y lucía un impresionante físico. Para bailar no tenía competidores. Fuera cueca: tango, baión, conga, rumba, samba o cualquier ritmo de moda. Siempre se lucía. Cuando había peleas era de temer, nadie le ganó. Una vez noqueó a cinco rivales. Con la muleta tomada desde la punta, y mientras saltaba en círculos sobre su pierna fuerte, asestaba demoledores golpes a sus contrincantes. Nadie podía acercarse sin recibir un muletazo, y quedar fuera de combate. Novios y maridos engañados lo odiaba a muerte.

Pronto llegaron al taller de zapatero del "cojo Díaz". El saludo fue amistoso, porque nos conocimos en los salones de baile. Para introducir la conversación, le mostramos las peinetas y le hablamos de las cualidades del nylon. Díaz las examinó en detalle. No dejó de sorprenderse por la belleza y la perfección del modelo y sus colores. Como el asunto iba tan bien, Rafael le mostró el calcetín y quedó admirado por su elasticidad. Le pareció un tanto pequeño, pero lo convencimos para que se lo probara. Entusiasmado se sacó el zapato y puesto el calcetín, éste se ajustó al pie como si tuviera pegamento. No podía creer esa maravilla, consultó precio y no puso objeción.

Estamos listos, dijo, y sacó la billetera para pagar. Entonces, miró fijamente a Rafael. Para apoyar sus palabras, levantó varias veces una ceja, y pregunto:

— Bueno, ¿y dónde está el otro?

Quedamos mudos, no esperábamos esa pregunta.





El "cojo Díaz". Sonriendo, volvió a decir:

— Sí, porque los calcetines se venden por pares, ¿o no?

Con voz lejana, Rafael, masculló:

— Es que tengo uno solo. Por eso, se lo vine a ofrecer a usted.

Díaz, totalmente alterado, nos gritó. ¿Y quién les dijo, perros desgraciados, que yo soy cojo? Y nos lanzó un tremendo muletazo, que por fortuna, alcanzamos a esquivar.

Solo recuerdo que volamos del lugar.

Nunca volvimos a reclamar el calcetín.

Al "cojo Díaz" le quedó de maravilla.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

EL ASALTO EN LA MONTAÑA

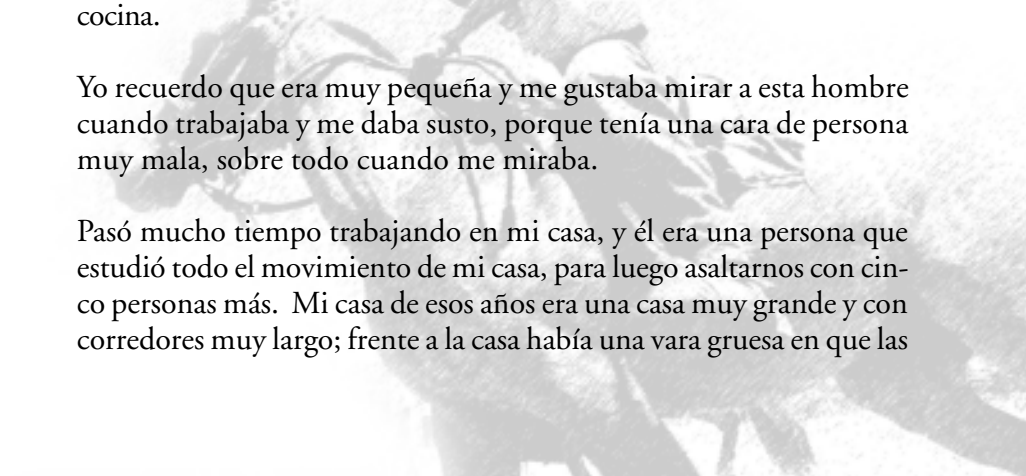
Ana del Río Hernández
78 años
Modista
Maipú, Santiago

Yo era muy pequeña. Nosotros vivíamos en Teno, al interior. Mis padres tenían un negocio muy grande (pulpería), esto era abarrotes, licores, tienda, mercería, etc. Donde iban todos los trabajadores a comprar de la Hacienda de la montaña y fundos cercanos.

En esos años colocaron la luz eléctrica en mi casa, que era muy grande y contrataron un gáster, para que hiciera una conexión en la cocina a leña y pudiera haber agua caliente en el baño; también este hombre hizo un tostador de café, esto era una bola muy grande que daba vueltas con una manilla y en la parte de abajo estaba la leña que en su calor tostaba las pepas de café, y luego se molía en otra maquina que se llamaba molino. Este hombre también hizo un baño de latón, que con el agua que salió de la cocina, calentaba el agua del baño y de la cocina.

Yo recuerdo que era muy pequeña y me gustaba mirar a esta hombre cuando trabajaba y me daba susto, porque tenía una cara de persona muy mala, sobre todo cuando me miraba.

Pasó mucho tiempo trabajando en mi casa, y él era una persona que estudió todo el movimiento de mi casa, para luego asaltarnos con cinco personas más. Mi casa de esos años era una casa muy grande y con corredores muy largo; frente a la casa había una vara gruesa en que las





personas que iban a comprar, amarraban sus caballos a veces topeaban; las mujeres montaban sillas de montar para señoras.

Al frente de la casa había un cerro y desde ahí los salteadores durmieron la noche anterior y esperaron que llegara el crepúsculo para dejarse caer. Llevaban mantas negras de Castilla y debajo de las mantas, las escopetas. Mi tío se encontraba sólo atendiendo el negocio porque mi papá había ido al banco a retirar dinero o depositar. Entraron los hombres y uno de ellos pidió cigarros, luego entraron los demás que eran cuatro y apuntaron con las escopetas, pero le fue muy mal porque mi tío tenía muy buena puntería; donde ponía el ojo ponía la bala y fue así como hirió al que hacia de jefe de la banda que arrancó herido en una pierna, y los demás hombres arrancaron siguiendo al jefe.

Yo estaba acostada con mis hermanos y recuerdo cuando se escucharon los disparos yo me puse a cantar.

— "Qué rico, se están reventando las ampolletas". — Y mi mamá, que en ese tiempo era muy jovencita, me dijo:
— ¡Cállate, chiquilla de mierda. Que no ves que nos están salteando!

Luego entró mi tío que era hermano de mi mamá con la cara llena de pólvora, todo negro y quería seguir a los bandidos; y mamá le dijo que cerrara las puertas porque era peligroso seguirlos. Luego supimos que eran seis y había uno a cada lado de los portones de la casa.

Llevaban cordeles para amarrarnos.

La empleada de mi casa fue a pedir auxilio, porque el mozo salió arrancando en una carrera veloz; ella llamo por teléfono y después de muchas horas aparecieron los carabineros preguntando que cuántos heridos y muertos habían, y como no ocurrió eso, dijeron que no era asalto. Lograron detenerlos y contaba mi tío que cuando los llamaron a declarar iban tan elegantemente vestidos, que hasta las uñas las tenían barnizadas.

Y ahora estoy viendo la teleserie de Los Pincheiras, y pienso que a lo mejor son estos los bandidos de esos años que asaltaban los campos.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

MONTHRE YEM

Ricardo Loncón Antileo
48 años
Ex agricultor
San Joaquín, Santiago

Entre Angol y Los Sauces se extendía su fama de golpeador, caer en sus manos era terrible. Todos le temían, a simple vista causaba respeto con su metro ochenta de estatura, ciento veinte kilos de peso y un vozarrón agresivo, prepotente hacían que todo lugar donde llegaba se inundara de silencio. Nadie lo ofendía o contradecía. Al contrario, era necesario ser complaciente con su persona, había que invitarlo a beber, a comer, pagarle sus pedidos manifestándole admiración y respeto. Y él se consideraba dueño de la situación gracias a sus puños. Nadie golpeaba más fuerte en varios kilómetros a la redonda. Es que tenía fuerza. Lo primero que hacía cuando llegaba a cualquier fiesta era invitar a tomar a cualquiera y luego le apostaba dinero a que él era capaz de levantar en brazos un caballo ensillado. Siempre aparecían los que no le creían. No, no era posible, nadie hace eso. Pero luego quedaban sorprendidos, con la boca abierta y expuestos a situaciones nada de gratas.

Por eso, en la zona de Guadaba no tenía contendores, nadie intentaba siquiera enfrentarlo a él, que un día llegó del norte, de las salitreras, huyendo de unos crímenes cometido. La zona le pareció ideal para su seguridad y se quedó. Trabajando en los fundos a principio, luego dedicándose a robar animales a los comuneros mapuches en complicidad con otros lugareños que le daban hospitalidad. Fueron esos los que lo bautizaron con un nombre muy singular: Toro de Guadaba.



En alguna de las tantas tomateras donde participaba por ahí, escuchó que en una comunidad a unos treinta kilómetros al sur había un indio. Un indiecito que también era duro para los golpes y estaba como él; falto de adversario. Sólo que no era provocativo, no salía a buscar contendores pero, cuando las circunstancias lo obligaban, no dudaba en sacar a relucir sus dotes y era peligroso. Cuando se trenzaba con alguien, era difícil que lo soltara. Había que quitárselo. Quienes tenían la osadía de enfrentarlo, debían estar provisto de la astucia necesaria para el momento en que se sintieran con claras desventajas, aprovechar el preciso instante para huir. Así lograban salvarse de los feroces golpes, lo contrario era correr el riesgo de ser prácticamente despedazado por aquellos duros puños.

Y el corpulento Toro de Guadaba decidió un día salir en busca de ese rival que su ego necesitaba. El deseo de ser golpeado un poco pero de castigar hasta la humillación a quien pudiese resistirle algo le quitaba el sueño, le mantenía intranquilo. No concebía que nadie se atreviera con su presencia, le desagradaba que su fama se mantuviera intacta...

— Algo que resista el indio -repetía al viento de manera casi inconsciente mientras cabalgaba por un sendero en dirección al sur, preguntando, descansando donde la noche lo encontraba. Después de dos días de viaje, tomó un desvío hacia la costa. Por el camino que conduce hacia Capitán Pastene se apartaba otro que llevaba a una comunidad en cuya entrada una familia de apellido Orellana tenía un puesto de vino atendido por mujeres jóvenes. Allí pernoctaban viajeros que solicitaban comida, generalmente con abundante licor. Durante los fines de semana el local era frecuentado por trabajadores de los fundos circundantes y mapuches de comunidades cercanas que eran atendidos conforme al dinero o la forma de pago que convenían. Así era posible beber a gusto un licor que llamaban Jamaica, cuyos efectos hacían perder la noción de todo y aquellas personas, generalmente terminaban llorando profundos lamentos en un precario castellano.

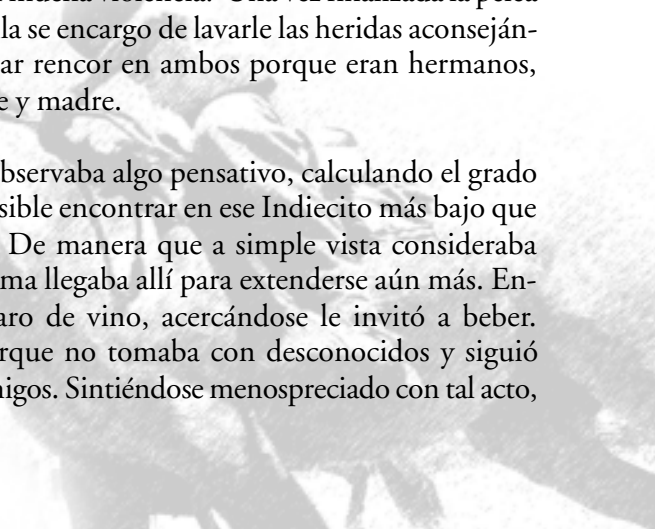
Era casi el mediodía de un domingo de primavera cuando aquel forastero apareció montado en un caballo blanco rústicamente equipado. Ese día venía generoso, con un deseo de agradar a desconocidos. Total tenía algo de dinero para eso, de manera que apenas desmontó ordenó

que le preparasen una cazuela, solicitó un cántaro de vino e invitó a quienes le observaban con extrañeza. Pocas veces un chileno se portaba de manera tan generosa con los desconocidos. Conversando con alguno de ellos comenzó a preguntar acerca de la veracidad de esa información que lo hizo poner pien dicho lugar. Preguntaba quién era, dónde vivía, por ué motivos no tenía adversario y otros detalles más cuando de improviso alguien le dijo:

— Mire usted que tiene suerte. ¡El que viene llegando, ese es...!

Era Monthre quien aparecía en esos instantes y era saludado por los amigos. Hombre robusto, de mediana estatura, de pies descalzo; usaba un tejido de entrepiernas que se denomina chiripa, atado a la cintura con una faja roja bordada con grecas blancas, el torso desnudo cubierto por una manta gris. Su edad fluctuaba entre los cuarenta años pero aún se mantenía ligero en sus movimientos. No en vano era considerado el mejor puntero en las canchas de Palín. Forzudo como él no había. Alguna vez, peleando fue capaz de salir arrastrando del pelo como si nada a dos hombre, uno en cada mano. Por eso se le temía, no era asunto fácil enfrentarlo. Pero también asumía como actitud personal no andar provocando a cualquiera. Nunca se aprovechó de sus cualidades para abusar o amedrentar. Decían que el contendor más resistente conocido alguna vez, fue su hermano mayor. Con él peleó durante medio día y en el transcurso de aquella lucha durante ciertos intervalos de tiempo, la madre de ambos se encargaba de lanzarles baldes de agua sobre el cuerpo para refrescarlos o separarlos cuando estaban golpeándose con mucha violencia. Una vez finalizada la pelea donde ganó Monthre, ella se encargo de lavarle las heridas aconsejándole que no debía quedar rencor en ambos porque eran hermanos, hijos de un mismo padre y madre.

El Toro de Guadaba le observaba algo pensativo, calculando el grado de resistencia que era posible encontrar en ese Indiecito más bajo que él y también más viejo. De manera que a simple vista consideraba segura su victoria y su fama llegaba allí para extenderse aún más. Entonces solicitó un cántaro de vino, acercándose le invitó a beber. Monthre lo rechazó porque no tomaba con desconocidos y siguió compartiendo con los amigos. Sintióse menospreciado con tal acto,





el corpulento bebió un sorbo y se lo lanzó al rostro en abierta provocación. El ofendido se replegó a otro rincón sin responder. Considerándose en terreno seguro, siguió hostigándole; le palpotaba el rostro, las orejas, le ofreció otro trago y fue rechazado. Entonces le atacó la ira y propinó tal empujón al mapuche que lo dejó en el suelo. Esto pareció colmar la paciencia del agredido quien se despojó de su manta decidido enfrentarlo. Y comenzó una pelea que los demás observaron estupefactos.

Era tanta la potencia del forastero que en cada golpe lanzaba lejos al mapuche quien parecía no sentir los efectos y se levantaba con la agilidad de un puma abalanzándose sobre su víctima. Tenía su cuerpo revestido de una dureza muy particular. No en vano cuando fue recién nacido, sus padres le dieron rutrinkurra, un polvillo que se obtiene de las piedras donde se muele trigo o maíz y se le hace ingerir a los varoncitos para que se desarrollen fuertes, resistentes a todo tipo de golpes. Por eso era capaz de soportar aquel castigo y otros anteriores, como si nada le ocurriese. Caía al suelo, se levantaba, seguía enfrentando. Ambos se golpeaban sin contemplaciones y pasaba un largo tiempo, tal vez horas que nadie se encargó de registrar, cuando el corpulento comenzó a demostrar rasgos de cansancio. Sus golpes fueron menos potentes y lentos.

Monthre dominó la situación y su adversario cayó. Una vez en el suelo, siguió dándole puntapiés en el rostro, el estómago, con sus dedos desnudos. Uno de los presentes le indicó que su tejido de entrepiernas estaba por caerse. Se detuvo para que lo afirmaran y siguió castigando al adversario que, lentamente se puso de pie para caer de nuevo. Entonces decidió tomarlo del cabello y lo arrastró varias veces por una poza de agua hasta secarla. El Toro de Guadaba apenas lograba articular expresiones, pedía perdón, estaba rendido, ofrecía su caballo a cambio de que lo dejaran con vida. Tuvieron que intervenir otros para que Monthre no lo castigara más. Herido como estaba solicitó la presencia de la cantinera y ordenó una abundante comida con respectivos cántaros de vino e invitó a su adversario y todos los presentes a beber porque aún le quedaba dinero. Durante el transcurso de las horas y en complicidad con la ebriedad de quienes celebraban el triunfo local, nadie vio cuando el desconocido tomó su caballo y desapareció.

Con el paso de los años, Monthre falleció y ninguno de los hijos heredó sus particulares cualidades. Quedó por largo tiempo vacante el puesto de Wechuntufe. La comunidad que siempre fue triunfadora en las competencias de Palín, no lograba encontrar un puntero que lo reemplazara, que jugara con la agilidad propia de él. Entonces un anciano de otra comunidad, comentó a los mocetones que para volver a ser triunfadores, debían invocar su espíritu. Y para tal efecto, era necesario desenterrar su calavera, lavarla durante algunas noches con orín en descomposición y antes, de cada partido debían realizar un Malowoñon, una breve rogativa sobre ella, porque el espíritu de los destacados nunca dejan de estar al servicio de quienes lo necesitan.

Procediendo de tal manera, conforme a las explicaciones, la comunidad nuevamente recuperó su prestigio en las canchas de Palín durante un largo período. Pero en una oportunidad en que fueron invitados a otra comunidad donde tenían la calavera de una Machi, el espíritu de Monthre se enamoró de ella y esa vez perdieron de manera estrepitosa. Varios de los participantes soñaron en sus casas, después de la derrota que así ocurrieron las cosas. — ¡Petu ñuwayawi Monthre yem ñi plli nay! —se decían los jugadores cuando se encontraban por ahí. "¡Aún es travieso el espíritu del finado Monthre oye!".





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

ON JULIO, EL COLORAO

Marco Aurelio Palacios Lizama
69 años
Maipú, Santiago

Corría el año 1945, en aquel entonces yo era un cabro chico de diez años. Me tocó vivir una gran crisis generalizada, que llegó a todas partes, sobre todo en el campo. Por años, las localidades rurales la sintieron con todo su rigor, sobre todo en los inviernos. En esa época no hay trabajo, nada que hacer, no se gana dinero.

Todo queda supeditado, a la esperanza en la cosecha de verano, a la crianza de gallinas, cerdos, pavos, los que pueden, los que tienen dónde y cómo hacerlo.

En mi pueblo natal, Quilicura, que está situado al norte de Santiago, a unos 20 kilómetros de distancia, del centro de la ciudad. Allí transcurre mi niñez, es un pueblo muy atrasado, por el rigor de la época, polvo-riente, con poca luz, sin medios, casi sin locomoción, ni teléfono.

Todo de casa de adobe, ranchería de palo, barro, y todo lo que servía para construir una vivienda, o una rancho.

Por esos años, en mis correrías infantiles, tuvimos la oportunidad de conocer a On Julio, el personaje de este cuento. Apodado también "El Colorao del Cerro".

Todo el mundo, grandes y chicos, respetaban y temían a este señor. Tengo la impresión, ahora ya mayor, transcurridos tantos años, que El Colorao intuía esto, sabía que la gente del campo es muy temerosa, cree todas las historias que le cuentan, y las respetan mucho.

Se decía que El Colorao era brujo, que nunca le daba la cara a la Cruz, que estaba instalada, a media falda del cerro más pequeño, el que está más cerca y queda frente al pueblo, la entrada hoy en día, por Avenida Américo Vespucio.

Se había puesto allí hacía ya muchos años, para protección divina. Contaban los viejos lugareños que en ese lugar se aparecía el Diablo, sí, el mismísimo Satanás. Que además de infundirles temor, los instaba a ponerse de su lado, a seguir el camino del mal, vendiendo su alma, por medio de un pacto, que los haría ricos y poderosos para toda la vida.

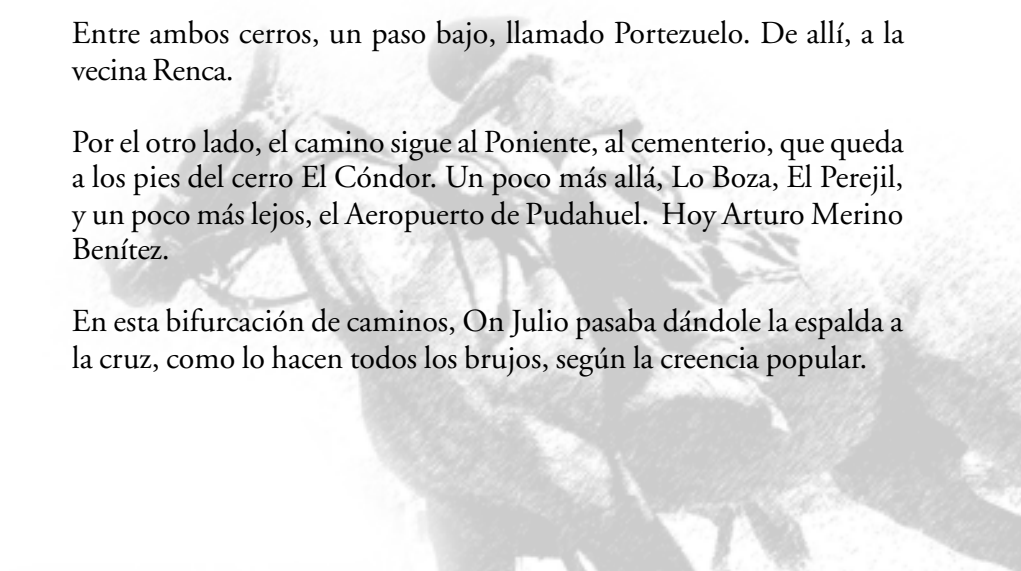
Se llega a este cerro desde la calle Blanco Encalada. Al frente de éste, hay una bifurcación de caminos. Uno que va al sur, bordeando Las Parcelas, y el fundo Lo Campino, por un lado. Por el otro, una cadena de cerros, que en el último, de greda rojiza, alberga en su cumbre, hoy en día, un puesto de la Fuerza Aérea de Chile.

Un moderno radar, de los que rodean a la Región Metropolitana, para su defensa, en caso de ataque aéreo. Al frente, el cerro de Renca, con una enorme cruz, en lo alto de la cima.

Entre ambos cerros, un paso bajo, llamado Portezuelo. De allí, a la vecina Renca.

Por el otro lado, el camino sigue al Poniente, al cementerio, que queda a los pies del cerro El Cóndor. Un poco más allá, Lo Boza, El Perejil, y un poco más lejos, el Aeropuerto de Pudahuel. Hoy Arturo Merino Benítez.

En esta bifurcación de caminos, On Julio pasaba dándole la espalda a la cruz, como lo hacen todos los brujos, según la creencia popular.





Pero estas eran sus canchas, su hábitat, por ahí se le veía transitar siempre. Hacia el cementerio, hacia Renca, y la mayoría de las veces, bajaba al pueblo, donde recorría sus calles, a sus anchas, mirando con recelo, con temor pero sin ser molestado jamás.

La gente comentaba, que On Julio siempre tenía dinero aunque no le trabajaba a nadie, se le veía comprando sus cosas, con billetes nuevecitos, de cinco pesos, diez pesos, veinte pesos, y alguna vez, alguien lo vio, pagando con un billete de cincuenta pesos.

Echo totalmente inusual, para aquella época, en que el dinero escaseaba, y que además, era una cantidad enorme de plata.

Es brujo decían, hace aparecer los billetes, y para colmo todos nuevos, y todos los que él quiere, o necesita, y cuándo quiere.

On Julio no era amistoso, no estaba en su ánimo, o simplemente no quería serlo, nunca se le veía conversar con nadie, cuando por esas cosas, nuestra pandilla bullanguera y maldadosa, se encontraba con él, nos quedábamos callados, mudos, asustados con su sola presencia.

Siempre había uno más osado. Intentaba un acercamiento, este era el jefe del grupo, apodado El Jirafa, era el Rey de los malos. Se acercaba un poco, pero manteniendo prudente distancia, y le decía —Hola On Julio— Nunca había una respuesta.

Al insistir nuestro compañero de correrías, con otro — Hola On Juli— Con voz, un poco más fuerte, El Colorao se daba vuelta, y levantando su vara o báculo, que siempre llevaba consigo, con tono amenazador, nos gritaba: Chiquillos e' moledera, mándense cambiar, su voz era fuerte, ronca, como el graznido de los cuervos.

El Colorao se imponía por presencia, toda su figura irradiaba temor, era algo tétrico, misterioso. Sus ojos, eternamente enrojecidos, daban la impresión de que cuándo los posaba sobre alguien, éste sufría escalofríos y espasmos de miedo y de dolor.

Su rostro delgado, demacrado, era como ver una calavera cubierta con piel enrojecida. Su nariz aguileña, larga y roja. Su boca, de labios anchos, secos y partidos, por el aire y el sol, y a cada extremo de su comisura, del labio superior, tenía un pequeño bigote, sin arreglar.

Nunca logré ver su dentadura. La apariencia de On Julio era llamativa, al mismo tiempo que extraña, estrafalaria sería lo más apropiado.

Su cabeza la cubría con un sombrero negro, liso de alas, que terminaba hacia arriba en punta, como los bonetes maulinos.

Tenía una especie de camisa, que no se podía determinar su color, ni de qué género era, quedaba muy poco visible, ya que alrededor del cuello usaba una eterna bufanda, también de color y material desconocidos.

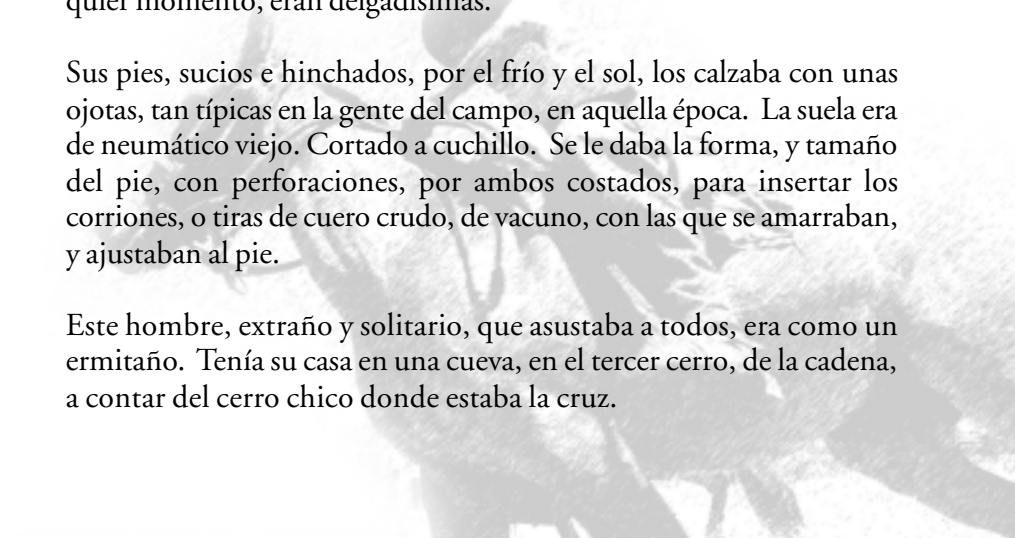
Se cubría con un paletó, tipo tres cuartos. Éste era de un color azul oscuro, o negro, casi le llegaba a las rodillas, con ambas mangas arremangadas, que dejaban a la vista las muñecas y parte del antebrazo.

Las manos delgadas, enrojecidas, con dedos largos, que más parecían sarmientos secos, añosos y torcidos, y unas uñas que sobresalían como garras, dejando a la vista su color negro, de barro y mugre.

Sus pantalones eran anchos y también oscuros, y abajo en ambas piernas enrollados hacia arriba. Dejaban a la vista, sus tobillos y parte de sus rojas canillas. Daba la impresión, que se podían quebrar, en cualquier momento, eran delgadísimas.

Sus pies, sucios e hinchados, por el frío y el sol, los calzaba con unas ojotas, tan típicas en la gente del campo, en aquella época. La suela era de neumático viejo. Cortado a cuchillo. Se le daba la forma, y tamaño del pie, con perforaciones, por ambos costados, para insertar los corrones, o tiras de cuero crudo, de vacuno, con las que se amarraban, y ajustaban al pie.

Este hombre, extraño y solitario, que asustaba a todos, era como un ermitaño. Tenía su casa en una cueva, en el tercer cerro, de la cadena, a contar del cerro chico donde estaba la cruz.





Estaba situada a mitad de la ladera, entre enormes peñascos. Su entrada no estaba a nivel de suelo, quedaba sobre unas rocas, y flanqueada por dos enormes piedras. Su techo era una gigantesca roca, y la continuación del cerro hacia arriba.

Una vez que la pandilla iba decidida a conocer la cueva donde habitaba On Julio, y curiosar qué tenía adentro, la mirábamos primero, desde el cerro vecino, y luego comenzaba el comentario.

El Jirafa aseguraba, que estaba custodiada por un gato negro, enorme, y que sus garras eran venenosas. Lipiria agregaba: Que los cuervos negros, y ojos rojos muy grandes, volarían y avisarían a On Julio.

Como este aparecía y desaparecía en cualquier parte, pillaría a los intrusos de inmediato, convertido en tuc tuc, que producían pavor, por no saber qué y cómo eran, todos le temían al grito nocturno de estas aves, que nadie conocía.

Al final, la discusión nos daba más miedo, y a cada aseveración del poder de los brujos se nos ponía la carne de gallina, y sin siquiera intentarlo nos daba más y más miedo, y salíamos arrancando, como alma en pena, y sin ganas de conocer, la cueva, o casa del Colorao del Cerro.

On Julio recorría las calles en todas direcciones, y cuando le daba la real gana. No encontraba ningún impedimento para hacerlo, ni siquiera por la calle Guardia Marina Riquelme, en el tramo que va desde Los Carrera, hasta calle San Martín. Estas dos cuadras eran conocidas, como la Calle e' los quiltros.

Nadie pasaba por allí, sin que saliera mordido, o con el pantalón roto. Estaba compuesta por enormes sitios, con un buen número de casas, y hartas ranchas, en cada una de ellas, por lo que en cada sitio, había una jauría de perros, de todos los tamaños y colores, todos de raza "Quilterrier".

Cuando On Julio se aventuraba a pasar por allí, muy campante, y con su eterno bastón en la mano izquierda, las jaurías iban saliendo, al oír que alguien pasaba, y apenas lo divisaban, daba la impresión que se comunicaban entre sí, se pasaban el dato.

Entraban a las casas con la cola entre las patas, gimiendo, y sin hacer ningún amago de ataque, y además no se escuchaba ni un ladrido, todos temerosos, muertos de miedo, ante lo que provocaba la presencia, extraña y estafalaria de On Julio.

¿Qué proyectaba On Julio a los perros?

¿Qué presentían estos? ¿Por qué le temían?

Hasta que llegaba a la calle San Martín, allí, doblaba hacia el poniente, rumbo al cerro, solo entonces volvía la normalidad, a las jaurías de perros de la Calle Guardia Marina Riquelme, la Calle e' los quiltros.

Ahora ya mayor, y a tantos años de distancia, recuerdo a On Julio, con esos ojos rojos, de pena quizás.

Rojos de llanto, desilusión y tristeza, con la mirada de un alma perdida, desolada y sin esperanza, que la vida le cobró duramente su paso por este mundo.

Solo Dios sabe cuáles eran sus sentimientos, su dolor, ante la soledad, el miedo, la incomprensión y el rechazo de la gente, sin poder hacer nada para remediar su situación.

Consumió su vida y entregó su alma al Creador, en medio de su dolor, de su soledad, amargado, con rabia, cargando injustamente un título, un nombre falso, que no quería, que quizás nunca le gustó, y que lo llevó a cuestras, como una pesada cruz, durante toda su vida.

En medio del calor, del polvo de los caminos, que siempre anduvo, de los fríos terribles, cortantes, de tantos inviernos acumulados más que nadie, en su esmirriado cuerpo, marchito y debilitado.

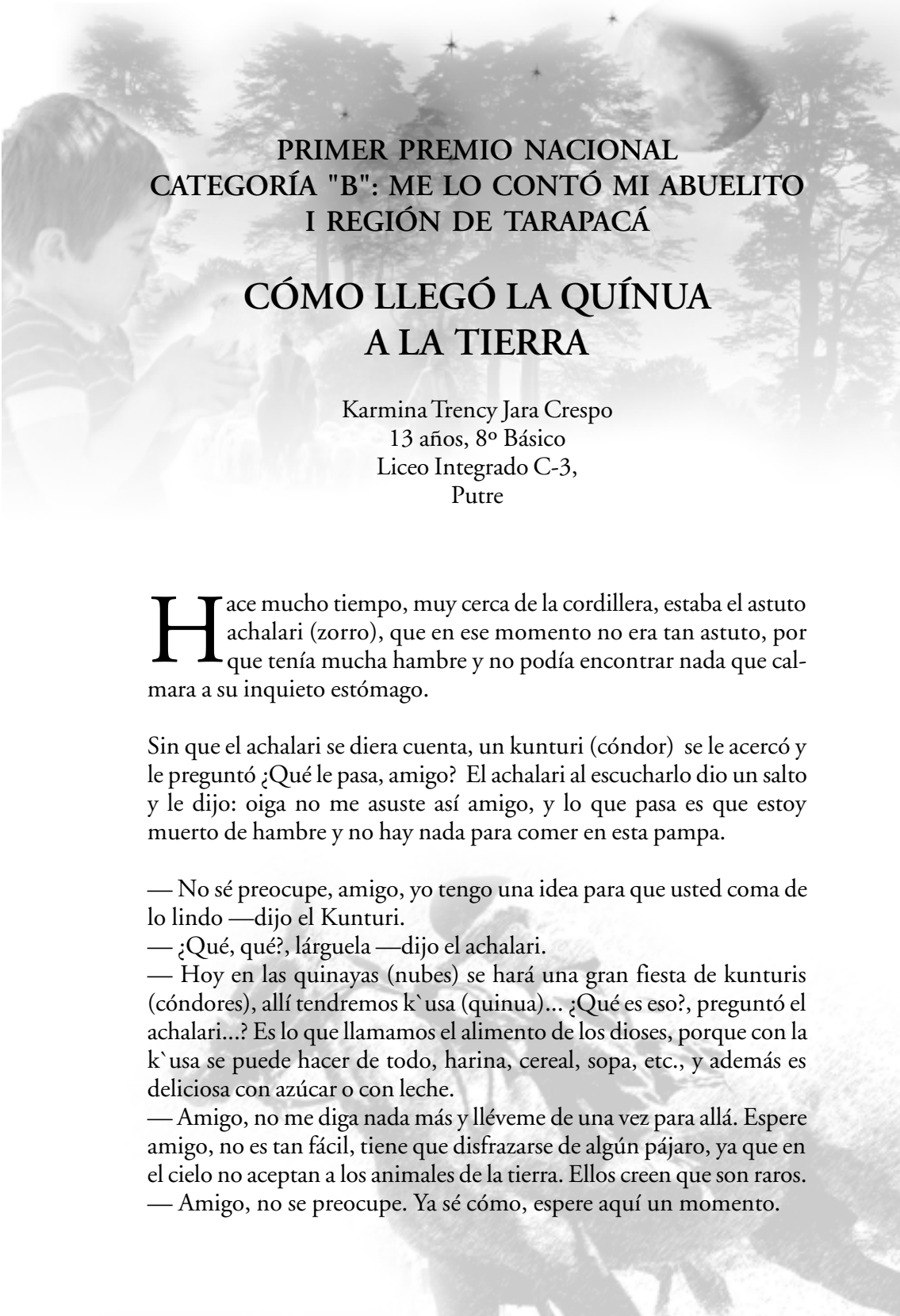
Ojalá, que el buen Dios, que ama a todas sus criaturas, haya hecho caso omiso a los títulos y nombre que la gente de mi pueblo le dio gratuitamente a On Julio, este hombre, viejo y solo, y esté abrigado con su manto de calor, su cuerpo viejo y marchito, y le dé mucho Amor, para siempre, en su reino de paz, armonía y esperanza.





13º CONCURSO DE
HISTORIAS Y CUENTOS DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA B
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
I REGIÓN DE TARAPACÁ

CÓMO LLEGÓ LA QUÍNUA
A LA TIERRA

Karmina Trency Jara Crespo
13 años, 8° Básico
Liceo Integrado C-3,
Putre

Hace mucho tiempo, muy cerca de la cordillera, estaba el astuto achalari (zorro), que en ese momento no era tan astuto, por que tenía mucha hambre y no podía encontrar nada que calmara a su inquieto estómago.

Sin que el achalari se diera cuenta, un kunturi (cóndor) se le acercó y le preguntó ¿Qué le pasa, amigo? El achalari al escucharlo dio un salto y le dijo: oiga no me asuste así amigo, y lo que pasa es que estoy muerto de hambre y no hay nada para comer en esta pampa.

— No sé preocupe, amigo, yo tengo una idea para que usted coma de lo lindo —dijo el Kunturi.

— ¿Qué, qué?, lárguela —dijo el achalari.

— Hoy en las quinayas (nubes) se hará una gran fiesta de kunturis (cóndores), allí tendremos k`usa (quinua)... ¿Qué es eso?, preguntó el achalari...? Es lo que llamamos el alimento de los dioses, porque con la k`usa se puede hacer de todo, harina, cereal, sopa, etc., y además es deliciosa con azúcar o con leche.

— Amigo, no me diga nada más y lléveme de una vez para allá. Espere amigo, no es tan fácil, tiene que disfrazarse de algún pájaro, ya que en el cielo no aceptan a los animales de la tierra. Ellos creen que son raros.

— Amigo, no se preocupe. Ya sé cómo, espere aquí un momento.

El Kunturi esperó, y esperó, pero el achalari no volvía. De pronto escuchó un sonido muy raro, y se dio cuenta de que era su amigo el achalari que venía disfrazado de p'isaqa (perdiz). Para poder hacerlo se puso ramas y plumas.

El achalari quedó tan chistoso, que cuando el kunturi lo vio se cayó al suelo de la risa y se rió hasta que le dolió la barriga. Cuando se le pasó la risa, se levantó y tomó al achalari de los hombros con sus patas, de esa manera comenzaron a viajar por el cielo hasta llegar al lugar de la fiesta. Al llegar, el kunturi escondió al achalari en la cocina del lugar, luego se fue a bailar.

Después de dos horas el kunturi ya se había olvidado del achalari que estaba borracho y además muy pero muy panzón de tanto comer k'usa sin ni siquiera mascarla.

La borrachera del achalari provocó que se sacara el disfraz y saliera de su escondite. Cuando los kunturis lo vieron, les dio tanta rabia que lo salieron persiguiendo. El achalari al ver esto salió disparado.

Después de unos minutos de persecución, el achalari se tropezó y justo antes de caer al vacío, la garra de un kunturi lo alcanzó, y de lo hinchado que estaba reventó y toda la k'usa que tenía en la barriga cayó al suelo.

De esa manera llegó la quinua a la tierra. Gracias a un zorro hambriento hoy tenemos la posibilidad de comer algo tan rico, nutritivo y fácil de usar.



SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

"SAUCITO" LLORÓN

Claudio Alejandro Herrera Garrido
18 años, 4º Medio
Liceo Comercial B-22
Talcahuano

Pedrito era un niño de campo tímido, además de ser un fantasioso al que le gustaba inventar aventuras junto con su amigo Juanito. Pedrito vivía junto a sus padres y su abuelo en Peñehue, Valdivia.

Pedrito era un niño sensible y ese día sentía temor de levantarse, ya que sabía que se encontraría con Pepe, encargado de la cosecha del trigo, y quien se burlaba de él desde el día que se cayó de un sauce y no paró de llorar por una hora, desde entonces él lo llamaba "saucito" llorón. Él creía que todos se burlaban, aunque nada dijeran.

Como en todos los campos, las mañanas comenzaban muy temprano, cuando sólo se veían unos rayos de luz y la espesa niebla cubría aún los verdes bosques de Peñehue. Era esa la hora en que los hombres se levantaban para trabajar.

Pedrito fue a buscar a su amigo Juanito, su único amigo. Él, a diferencia de Pedrito, era alegre, extrovertido y maldadoso. Los dos solían hacer travesuras, a diario, sin ser descubiertos; pero ese día les pasaría algo muy curioso.

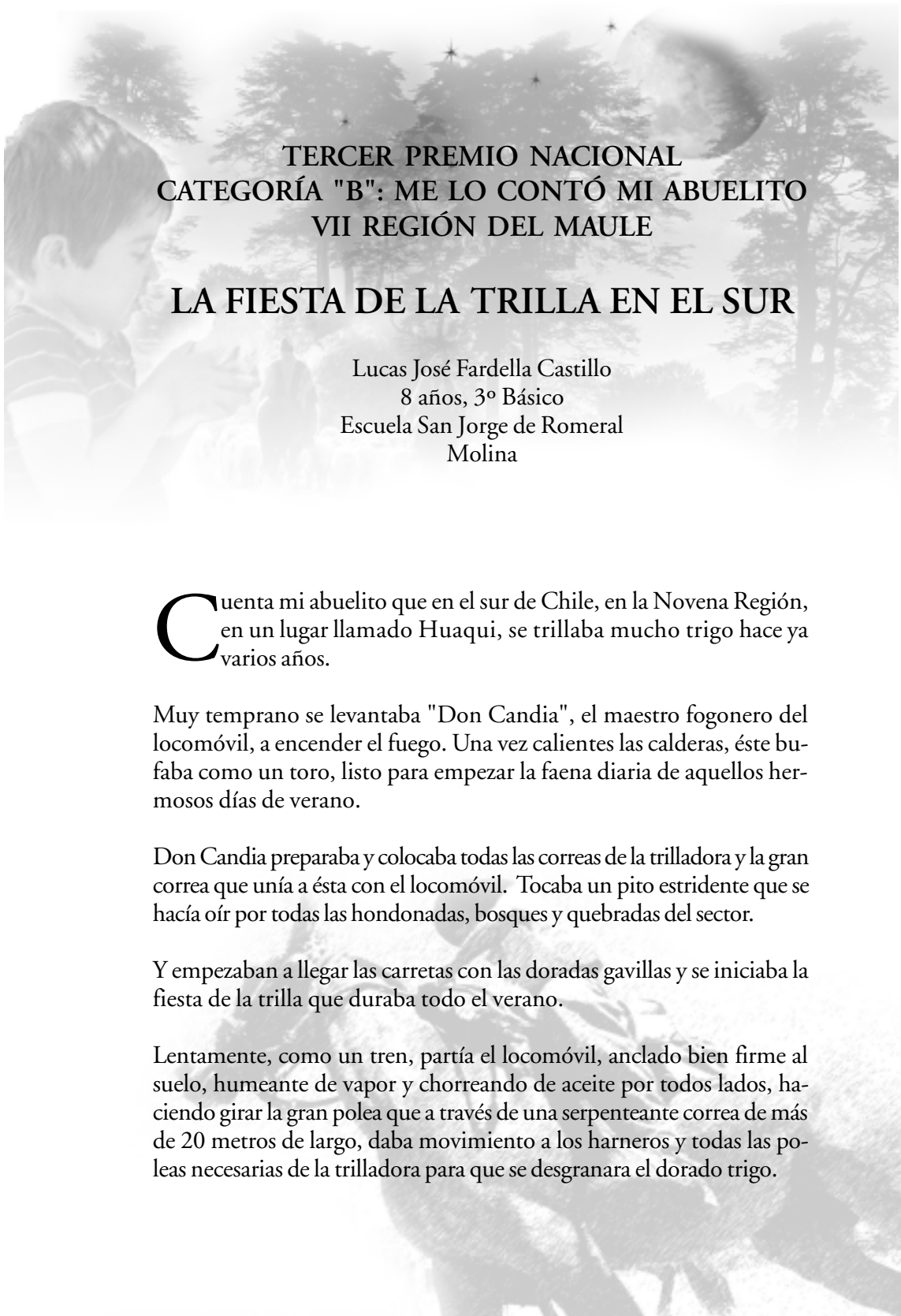
Para que Pepe no los molestara, decidieron esconderse detrás del granero. En eso estaban cuando Pedrito se acordó que dentro del granero



había escondido las galletas de avellana que habían hurtado temprano. A ir a buscarlas se dio cuenta que del granero emanaba gran cantidad de humo. Corrió a avisar a sus padres, preguntándose cuál sería la causa de este incidente. Los padres retaron a Pedrito, culpándolo de todo lo que había pasado. Saucito, a escondidas, huyó hacia el bosque con su amigo.

Al internarse en lo profundo del frondoso bosque, se vio perdido y comenzó a llorar desconsoladamente. Al acabársele las lágrimas se dio cuenta que, en realidad, estaba solo y recordando los consejos de su padre, quien le enseñó a orientarse, encontró el camino de regreso.

Al llegar a casa, su padre le comentó que habían atrapado al culpable quien era nada más y nada menos que Pepe; pero Saucito le dice con angustia que eso no importa, porque Juanito está perdido en el bosque hace horas. Su padre, sorprendido sonríe y le dice que hace sólo una hora que se produjo el incendio y que era imposible que Juanito esté perdido, dado que Juanito era él.



TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE

LA FIESTA DE LA TRILLA EN EL SUR

Lucas José Fardella Castillo
8 años, 3º Básico
Escuela San Jorge de Romeral
Molina

Cuenta mi abuelito que en el sur de Chile, en la Novena Región, en un lugar llamado Huaqui, se trillaba mucho trigo hace ya varios años.

Muy temprano se levantaba "Don Candia", el maestro fogonero del locomóvil, a encender el fuego. Una vez calientes las calderas, éste bufaba como un toro, listo para empezar la faena diaria de aquellos hermosos días de verano.

Don Candia preparaba y colocaba todas las correas de la trilladora y la gran correa que unía a ésta con el locomóvil. Tocaba un pito estridente que se hacía oír por todas las hondonadas, bosques y quebradas del sector.

Y empezaban a llegar las carretas con las doradas gavillas y se iniciaba la fiesta de la trilla que duraba todo el verano.

Lentamente, como un tren, partía el locomóvil, anclado bien firme al suelo, humeante de vapor y chorreando de aceite por todos lados, haciendo girar la gran polea que a través de una serpenteante correa de más de 20 metros de largo, daba movimiento a los harneros y todas las poleas necesarias de la trilladora para que se desgranara el dorado trigo.



Para todos los habitantes del sector ese era el momento culminante de un año de trabajo. Por eso todos estaban felices y lo celebraban con una chispeante chicha de manzana.

Dos hombres tiraban las gavillas de la carreta a la "máquina de planta" y allí un hábil "cilindrero" las esparcía con maestría para que la garganta de hierro las tragara. Después de un recorrido entre harneros, polvo, paja y viento iba saliendo el fruto de la tierra que depositaban en sacos de cáñamo, los cosían e iban dejándolos en sus carretas.

Un hélice muy grande expulsaba por un largo cañón la paja que se amontonaba en muelles, con distintos lomajes, parecidos a una elevada colina. Ese era el lugar preferido de los niños para jugar. Con gran esfuerzo había que llegar arriba y desde allí deslizarse a gran velocidad por las faldas de esas empinadas montañas de paja.

Justo al mediodía, "Don Candia" anunciaba las doce con un largo pitazo, y luego de un alto para el almuerzo, con una abundante cazuela de cordero, se seguía la faena, a veces más allá del atardecer.

Los que ya habían trillado volvían a sus casas muy contentos, en sus carretas tiradas por robustos bueyes. Allí llevaban el precioso fruto de la tierra, el que les daba el pan para un nuevo año de trabajo y esfuerzo.

MENCIÓN HONROSA INTERNACIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
CUSCO, PERÚ

EL COLIBRÍ

Mario Alberto Curasi

8 años

Asociación Educativa Pukllasunchis

Cusco

Una mañanita, muy pero muy temprano, desperté de miedo, había un ruido extraño en el otro cuarto, mis papas y mi hermano se encontraban todavía durmiendo, fui a ver qué pasaba, miré por la puerta a todos lados y no encontré nada, me regresé temblando a mi cama... y el ruido otra vez... ¿qué será? Regresé y vi en el techo, en la claraboya, un pequeñito colibrí que daba vueltas de un lugar a otro muy desesperado, apenas respiraba, llegó a agarrarse con sus patitas y sus alas de los maderos del techo, intenté atraparlo mientras volaba, abrí la puerta y la ventana para que se escapara y nada. De pronto se cayó al piso de espaldas con sus alitas abiertas, seguro que habría estado horas intentando salir... estaba moribundo, lo levanté con mis manos, su corazoncito no latía, me dio mucha tristeza y pensé en darle agua, en un vaso pequeñito metí su piquito y no reaccionaba, ya salía el sol y nada de nada, pensaba que había muerto, otra vez introduje toda su cabecita al vasito y salió un gusanito muy delgadito de su piquito, sería su lengüita, lo acariciaba y le decía que no se muriera, que era mi suerte y que si vivía sería su amigo para siempre. De pronto en un segundo, mientras todavía le conversaba desapareció de mis manos como una bala y se posó en el árbol de nueces de mi patio. Llegaron otros dos colibrís veloces y enojados, dieron varias vueltas rodeándome y se fueron al bosque de eucaliptos, me pregunté, ¿serían



sus papás?...corrí a despertar a todos, para contarles lo que me había sucedido y nadie me creía lo que me había pasado, me decían que tal vez lo había soñado.

Ahora al regresar del colegio me visita a las dos en punto, me rodea volando y chupa las flores del tabaco de mi casa, yo siempre lo espero... nadie sabe lo que nos pasa y a nadie cuento que tengo un amigo colibrí.

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
I REGIÓN DE TARAPACÁ**

EL LAGO CASIRI

Javier Jhony Tito Huaylla
13 años, 8º Básico
Liceo C-3
Putre

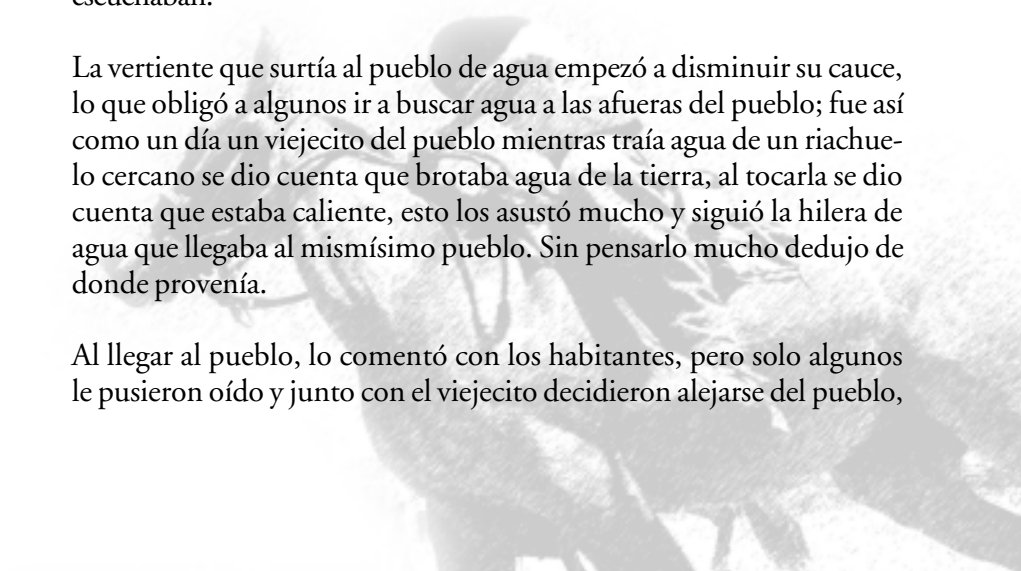
Se cuenta que cerca del volcán había un pueblo que en un principio se reducía a unas cuantas casas, pero con el tiempo fue creciendo en forma inesperada.

Las personas empezaron a construir sus casas sin saber que estaban sobre el brazo del volcán.

Sus vidas transcurrían en forma tranquila, pero para algunos no pasaron desapercibidos los ruidos subterráneos que cada cierto tiempo se escuchaban.

La vertiente que surtía al pueblo de agua empezó a disminuir su cauce, lo que obligó a algunos ir a buscar agua a las afueras del pueblo; fue así como un día un viejecito del pueblo mientras traía agua de un riachuelo cercano se dio cuenta que brotaba agua de la tierra, al tocarla se dio cuenta que estaba caliente, esto los asustó mucho y siguió la hilera de agua que llegaba al mismísimo pueblo. Sin pensarlo mucho dedujo de donde provenía.

Al llegar al pueblo, lo comentó con los habitantes, pero solo algunos le pusieron oído y junto con el viejecito decidieron alejarse del pueblo,





llevándose sólo algunas de sus pertenencias. Esa noche mientras todos dormían plácidamente, el volcán explotó sepultando al pueblo en un río de brasas ardientes sin dejar vida alguna.

Así se formó en este lugar el hermoso lago Casiri de profundas y cambiantes aguas cristalinas. La leyenda cuenta que en noches de luna llena, el agua parece convertirse en sangre, y al medio día se aparecen hermosas aves y pájaros que según dicen son los habitantes de ese pueblo.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
I REGIÓN DE TARAPACÁ

LA PROCESIÓN MALDITA

Gerardo Alexis Garrado Garrote
13 Años, 8º Básico
Escuela G-36 Valle de Esquiña
Arica

En los pueblos del interior de Arica, durante la Semana Santa se realizan las procesiones religiosas donde mucha gente participa de esta actividad católica y se traslada hacia los poblados donde nacieron o tienen familiares.

La señora Clotilde acostumbraba a asistir al pueblo precordillerano de Esquiña, a 2.500 metros de altura y distante a dos horas y media de la ciudad de Arica. Llegó al poblado ya oscureciendo y dedicó parte de la noche a ordenar su derruida casa. El poblado a esa hora se encuentra iluminado por medio de un grupo electrógeno que administra energía eléctrica por dos horas todas las noches. Cansada por la larga jornada, se acuesta a dormir. Era una de esas noches de luna llena en que todo se ve con un resplandor brillante, su cama está ubicada al lado de la ventana, ya que doña Clotilde nunca duerme toda la noche, así que durante gran parte de ella permanece despierta y gusta de mirar su pueblo. Al amanecer trataba de conciliar el sueño, cuando escuchó un murmullo, se asoma por la ventana y ve a una multitud de personas que desfila cerca de su casa, llevaban en sus heladas manos una vela, una simple vela.

Ella acudió presurosa al armario donde se encontraba su polvorienta y abrigadora ropa, se encaminó hasta la puerta de la casa y, al abrirla,



sintió en su rostro el viento helado del desierto. Se dirigió hacia el grupo de personas que conformaban la procesión, ¡cómo había equivocado la noche tan esperada!, se reprochaba. Una señora anciana de pelo cano, con su cara partida por el intenso frío que hacía esa noche de luna llena, le puso entre las abrigadas manos de Clotilde una vela. "Tómala y únete a nosotros". Clotilde aceptó, ya que con el apuro había olvidado sacar las suyas, y se integró en medio de la gente, que al igual que ella llevaban una vela.

La procesión en estos poblados se extiende por toda la noche, tiempo en el cual ella no logró divisar a persona conocida, miraba a la gente que se golpeaba su espalda con una rama de molle para pagar todos sus pecados. Era extraño ya que el sonido que emitía el resonar de los golpes se escuchaba como que si se estuvieran dando en los huesos. Esta extraña costumbre no la conocía, así que puso más atención y se percató de la extraña apariencia de esa procesión, no la dirigía ningún cura y las caras de las personas denotaban tristeza y una palidez que se acrecentaba a la luz de la luna. De pronto, en un abrir y cerrar de ojos, se vio envuelta por esqueletos que en sus manos llevaban una vela. Desesperadamente corrió hasta su casa, se sacó el poncho y al dejarlo sobre la silla salió una nube de espeso polvo, se dirigió hasta su cama y dejó sobre el mesón la vela. Ella estaba muy asustada, se tapó con sus cobijas y no abrió los ojos hasta el otro día.

Con la luz del alba, logró calmarse y se levanta, al mirar hacia el velador divisó la vela que había dejado, estaba convertida en un hueso, se asombró y pensó ¡claro! Yo ayer me metí en la procesión de los muertos y la señora que me dio esa vela iba a morir, así que se la sacó la muerte conmigo ¡ahora yo tengo que hacer lo mismo! Esperaré el otro año, o de lo contrario moriré.

Al pasar el año, ella tenía los días contados. Sabía exactamente cuándo era la noche de aquella fatídica procesión. El solo hecho de pensar en lo que tenía que hacer le daba un miedo terrible.

La noche estaba tranquila. Clotilde esperó en silencio. Estaba preparada para salir y entregar la vela. Durante un buen rato luchó contra el sueño hasta que de pronto escuchó nuevamente ese murmullo, pero

ahora lo sintió como un gemido del Más Allá. Muy cautelosamente salió llevando el hueso entre sus manos. Sin darse cuenta, éste se convirtió en vela y con el suave reflejo de la tétrica llama vio a una persona, que al igual que ella hace un año, llegaba presurosa a unirse a la espectral fila, sin saber que era la procesión de los malditos. Como le ocurrió a ella, a la mujer le faltaba una vela, fue sin demora y se la entregó, muy rápidamente se metió en su casa y se echó a llorar, en su mente decía ayúdala, Señor, tendrá que sacarse la muerte de encima.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
I REGIÓN DE TARAPACÁ

LOS NEVADOS DEL INTERIOR

Karen Andrea Limache Caussi
12 años, 1º Medio
Liceo C-3
Putre

Dicen que hace mucho tiempo, existieron en el lugar unas jóvenes muy bonitas que se llamaban Payachatas; ellas trabajaban en siembra y pastoreo y todas las cosas propias del lugar. Cerca de ellas vivía un joven buenmozo que se enamoró de ellas, pero le surge un rival: Sajama, ellos pelearon, pero perdió Tacora, ya que un matrimonio: Illimani y Anallaksi ayudaron a Sajama.

Tacora tuvo que huir perdiendo mucha sangre en el camino. Estaba tan herido que cayó desvanecido en un lugar del camino. ...Y a ese lugar hoy la gente lo llama Vilachuymane, porque es el único lugar de color rojo como la sangre....

Bueno, Tacora a pesar de estar muy herido, continuó huyendo y pensando en cómo vengarse y cuando llegó a un sitio que parecía seguro descansó, pero estaba tan agotado que ya no pudo continuar, y dicen que éste es el lugar donde está hoy el volcán Tacora y que lo único que hoy indica que aún está vivo son sus fumarolas.

...Solo pensaba en vengarse del Sajama y lo maldijo con una plaga de saltanejos. Estos animalitos comenzaron a carcomerle los pies, y por eso que hoy este cerro se ve como que está inclinado hacia un lado.

A todo esto el matrimonio Illimani y Anallaksi le mandó un regalo muy especial con su amigo, el zorro: un cuerno. Pero el zorro curioso quiso saber qué había en el cuerno y lo abrió, con tan mala suerte que se le cayó derramándose todo lo que había adentro: lluvias, granizo, viento, nieve, relámpagos y todos los fenómenos que hoy ocurren en el interior. Por eso dice la leyenda que el zorro tuvo la culpa de que el clima sea tan malo en el interior y que todo eso correspondía al lugar donde está el Tacora.

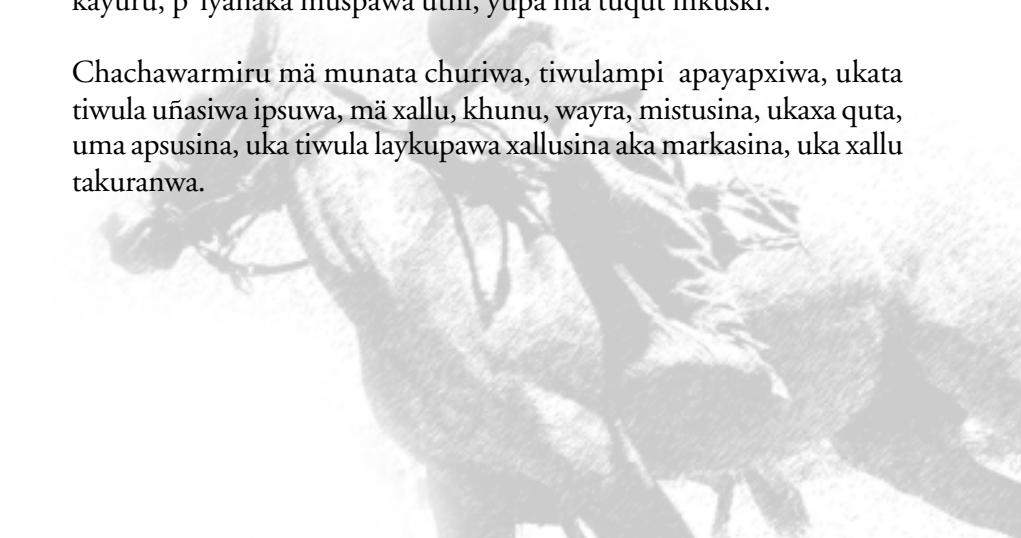
PATA KHUNUNAKA

Nayra pachaxa xaqi arusi, uthatayna uka markana mä tawaqunaka Payachata satasi, jupanaka awatiri, chakraniri lurasipxanwa, kawkinaka lurasinakinwa. Uka jak'a markapana mä wayna uthatayna, jupaxa munañapan tawaquna karuru, ukata mä yaqha wayna puri takura satašina, ukata nuwasipxiwa Sajamampi, ukata Takura nuwatawa, mä chachawarmi yanapt'iwa, Illimani Anallaksi yanapt'i sayamaku. Takurak sarxi vila ch'waqaskinsa, chuymapa axusina xakurpayasina thakina, ukata vilachuymani ukaxa satawa,

Takura cha'amapi sari uka xaya pamparu, rawiyasin "naya qhinch'mawa yumanakaru" sasina, yupa janiwa sartañpa uthi, uka minakiwa xinqhi kiwa apsuski.

Sajamaru sasin "wank'u maq'apa sasina", ukata muspa wang'una maq'i kayuru, p'iyana muspawa uthi, yupa mä tuqut inkuski.

Chachawarmiru mä munata churiwa, tiwulampi apayapxiwa, ukata tiwula uñasiwa ipsuwa, mä xallu, khunu, wayra, mistusina, ukaxa quta, uma apsusina, uka tiwula laykupawa xallusina aka markasina, uka xallu takuranwa.



PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

AYLLACO Y QUILLANTAY

Ángela Andrea Fernández Ríos.
17 años, 4º Medio
Liceo Luis Cruz Martínez
Lasana, Calama

Hace muchos años que la historia de mis antepasados era el reluciente y nuevo presente de muchos que hoy ya no están.

Fue entre esos que hoy yacen bajo una anónima flor creciendo en medio de la desolación de tierra y sol, que estuvo la que yo llamaba abuela.

Siempre la oía hablar sobre 'su gente' (como solía llamarlos), su tierra...

Es en esta tierra donde transcurre la historia que les quiero contar.

No estoy segura de cuántos años hace que oí hablar por primera vez de Quillantay, una dulce niña, bella como ninguna entre todas las hijas de la tierra que jamás nadie conociera.

Esta niña fue durante toda su niñez una servil, ágil y graciosa doncella, pero tanta perfección no podía ser eterna.

Pasados los 16 años, la joven cayó en las garras de una fiebre que la consumía en el delirio. Todos aquellos ancianos, conocedores de todo mal, intentaron darle ánimo a los padres de la muchacha diciéndoles que era sólo algo pasajero; así parecía, pero nadie sabía que su frágil

cuerpo peligraba de sobremanera, y que la muerte la esperaba en la puerta de su casa.

La familia no lo sabía en ese entonces, pero cavilaban en lo profundo de sus corazones sobre esto, había algo extraño en esta enfermedad que los hacía temer por su pequeña.

Ayllaco esperaba pacientemente alguna esperanza sobre el estado de su amada, caminaba largas horas por los valles que yacían junto al pucará, meditando...sin tan sólo pudiese hacer algo por ella... decía entre un suspiro que parecía eterno.

Fue una noche de estío que el joven supo lo que podía, y debía, hacer por Quillantay. Lo supo por medio de un sueño, que parecía tan real, que en ese entonces no supo que estaba soñando.

Vio frente a él a uno de los ancianos del pueblo, uno que ya no vivía, su padre. Le decía que la Pacha Mama (madre tierra) se había llevado algo valioso pero se lo devolvería hecho esperanza. Busca donde has perdido y lo hallarás.

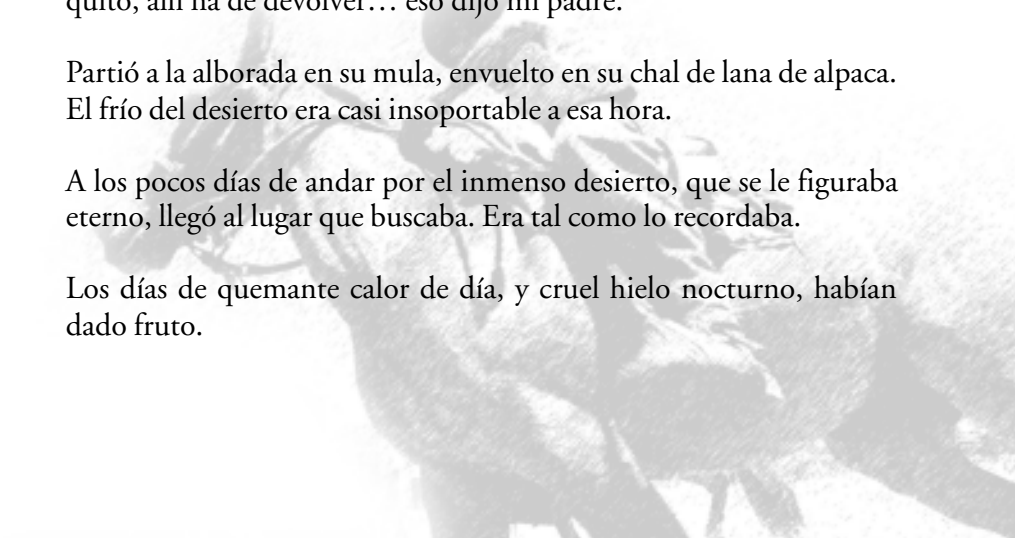
¡Eso era, debía ir a las quebradas! Algo en su interior le decía que esa era la respuesta al mal de su doncella.

Las quebradas era el lugar donde había muerto su padre años antes, durante una fiesta de floración, eso le dio ánimos. Allí la Pacha Mama quitó, allí ha de devolver... eso dijo mi padre.

Partió a la alborada en su mula, envuelto en su chal de lana de alpaca. El frío del desierto era casi insoportable a esa hora.

A los pocos días de andar por el inmenso desierto, que se le figuraba eterno, llegó al lugar que buscaba. Era tal como lo recordaba.

Los días de quemante calor de día, y cruel hielo nocturno, habían dado fruto.





Se acercó al barranco, optimista al principio, luego con cierto recelo; después de todo fue en ese sitio por donde murió su padre, cayendo al vacío. Lo recordaba perfectamente, aún recordaba con precisión el lugar exacto donde hallaron luego su cuerpo.

Bajó lentamente al fondo de aquel acantilado. Cuando llegó al lugar que buscaba, vio que crecía un árbol.

Su sorpresa era enorme ¡no podía ser! Era imposible.

En esas tierras no había crecido nada, nunca. Era un terreno estéril, decorado únicamente con las piedras y los colores de la tierra. Pero aún así, allí estaba el árbol.

Al acercarse se percató que era un árbol que jamás había visto, grande, imponente, frondoso... tenía pequeños racimos de una especie de semilla nívea.

Eso era lo que le devolvía la Pacha Mama, esa semilla salvaría a Quillantay.

Con el júbilo de haber hallado el remedio a los males de la doncella, creyó que el tiempo se le hacía eterno mientras viajaba de regreso. Sólo quería verla sana nuevamente.

Tal vez para ella también fue una eternidad esperar que volviera el único que le ofrecía la esperanza de vivir.

Pero el tiempo no perdona, el tiempo es despiadado y no le importó las ganas de vivir de la joven, ni el amor de Ayllaco por ella.

Para cuando él volvió, ya era tarde, la moza había muerto, consumida en su ardiente delirio.

Ayllaco no podía creerlo ¡por qué!, era todo lo que podía pensar o decir. Odiaba a su padre, por darle esperanzas ahora muertas; odiaba al tiempo, por no darle una oportunidad; incluso, odiaba a la madre tierra, por quitarle lo que él más amaba.

Ahora, sólo era una amalgama de carne y dolor, sus lamentos partían de la tristeza a cualquier mortal que les pusiera atención.

Contaba mi abuela, que si pones atención, aún oyes en el viento el lamento del joven buscando a la amada que no volverá, cantándole a la cordillera, que alguna vez él llamó Quillantay.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
II REGIÓN DE ANTOFAGASTA

EL CARNAVAL DEL VALLE LASANA

Gabriel Anza A.
17 años, 3º Medio
Liceo Luis Cruz Martínez
Calama

En el mes de febrero de cada año se celebra el carnaval de todos los pueblos de la precordillera, como también se celebra en casi todo Sudamérica.

Cuentan que en el año 1932 aproximadamente en el mes de febrero, ocurrió un caso muy especial. En un lugar del río Loa cercano al valle Lasana a 15 km hacia el norte del valle de Lasana, vivían tres personas, dos eran ancianos y un niño de 9 años cuidando sus ovejas y cabras, que criaban para su sustento.

El día domingo de carnaval de este año estas personas fueron al valle a celebrar el carnaval como de costumbre, pero alguien tenía que quedarse cuidando el rebaño. Entonces decidieron que debería quedarse el niño que tenía aproximadamente 9 años y un perro que también le haría compañía. Estas personas abandonaron la estancia el domingo por la mañana dejando al niño y al perro que deberían cuidar el ganado a orillas del río loa para alimentar a los animales. Cuando ya era alrededor del medio día el niño sintió ladrar al perro. En un comienzo el niño no le dio importancia pero al escuchar que el perro seguía ladrando, el niño empezó a mirar a su alrededor para ver qué asustaba al quiltro. De pronto se dio cuenta que al frente del lugar donde él estaba venía el carnaval tocando un tambor y una flauta y se dirigía hacia

donde estaba él. Entonces al niño le dio mucho miedo y salió corriendo del lugar con su perro hacia el valle de Lasana donde se encontraba su familia. Pero mientras el niño más corría, el carnaval más rápido se acercaba hacia donde estaba él y tocaba su música cada vez más fuerte. Cuando el niño logró acercarse al valle de Lasana, el carnaval empezó a distanciarse cada vez más hasta que llegó al valle de Lasana y logró salvar su vida y la del perro.

También se sabe que en el pueblo de Chiu-Chiu hay una laguna más conocida como la laguna Inca-Coya donde han ocurrido cosas que son inexplicables.

Se dice que si uno va el mes de febrero un día antes de carnaval (día sábado), sólo o acompañado por alguien a la laguna, alrededor de las 12 de la noche se empieza a escuchar el cantar de un gallo, el sonido de una flauta y el tocar de los tambores de carnaval.

Esto se escucha a lo lejos, pero se va acercando de a poco y los ruidos cada vez son más fuertes y el suelo empieza a remecerse, como si fuera un temblor y lo mejor que uno puede hacer es alejarse rápido del lugar.

Nadie sabe lo que ocurre si se quedan en la laguna Inca-Coya para ver lo que pasa.

Las personas que tienen conocimiento de esto son los habitantes de Lasana y Chiu-Chiu, por que son personas que han vivido estos casos.





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
III REGIÓN DE ATACAMA

LA DIOSA TAMAR Y EL FÉRTIL VALLE

José Daniel Molina Rojas
13 años, 8° Básico
Escuela E-21 Pedro León Gallo
Copiapó

A menudo vamos yo y mi familia, mi papá, mi mamá, y mis dos hermanas, al predio de mi abuela materna, que está en el Valle del Tránsito, Provincia de Huasco, III Región de Atacama. Mi abuela se llama Janira, tiene 79 años, es una de las últimas bastiones del pueblo Diaguita. Como toda diaguita tiene un cuerpo robusto y fuerte. A pesar de sus años, goza de una excelente salud, ella se levanta al alba cuando vamos nosotros. Un día que mi papá, mi mamá y mis hermanas salieron hacia Vallenar yo me quedé solo con mi abuela.

Mientras se asaban unas tortillas en el comal y yo escogía unas legumbres, ella me dijo:

— Hijo, como tú respetas mi cultura yo te contaré una de las leyendas más significativas. Cuando Pedro de Valdivia atravesó Chile, y llegó y se asentó en este valle, donde solo estaban los primeros diaguitas en el río Huasco, había uno de los del grupo de Valdivia que estaba enfermo, con una fiebre muy alta. Tamar, una joven de aproximados 20 años, de una gran belleza, como toda mujer chilena, de fuertes brazos, seductores ojos, sus fuertes piernas, y una de las muchachas diaguitas más lindas. Esta se acercó al campamento de Valdivia y un español le dijo: — Tú que eres mujer, nos puede ayudar. Ella se asustó y corrió, el español le gritó — ¡No te asustes, no te haremos daño! Al otro día volvió.

Ella lavaba en un jarrozapato, unas hierbas que había sacado del río Huasco. El español que habló con Tamar le dijo — Hola, cómo estas, noble aborigen, nos vas a ayudar con nuestro enfermo. Ella no hablaba castellano, con gesto le expresó que sí. Todos lo que estaban allí preguntaron — ¿Qué hace aquí esta mujer?, el hombre respondió — Ayudará pues a Feliciano. Feliciano de Saavedra, era un cabo que venía en la expedición de Valdivia a Chile, era un hombre de 30 años aproximados, seductores ojos azules, grandes pectorales y ágiles piernas y brazos.

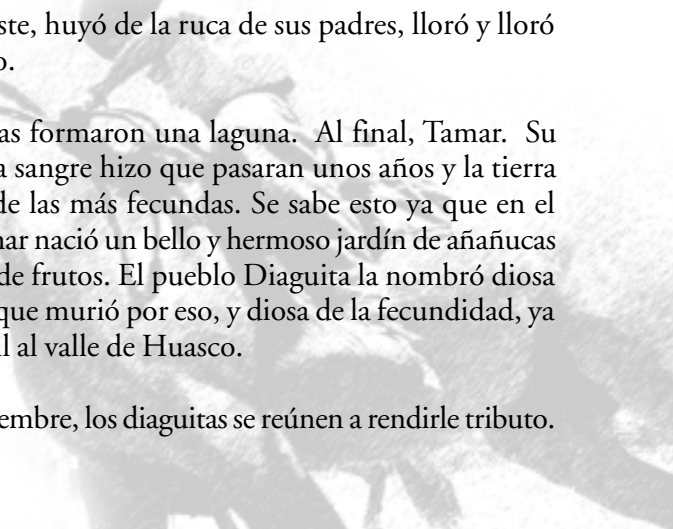
Él estaba acostado en una cama ruínosa, Fausto, el español que recibió a Tamar y hermano de Feliciano, iba a ayudar a Tamar. Ella, desnudó la espalda de Feliciano, tomó el agua hervida de un cántaro, le echó al jarro, oro sobre ella a los dioses, y con una rama de olivo roció esa tizana sobre él. Pasaron unos días y Feliciano se sanó completamente.

Tamar fue a buscar unas ramas de totora a la ribera del río, y allí estaba Feliciano desnudo en el río, bañándose y vio que allí estaba Tamar, le gritó — ¡Heyyy, Tamar, ven y báñate conmigo!. Ella sonrió, y fue se sacó la ropa y el tembetá, Feliciano quedó asombrado a la belleza gigante que tenía Tamar. Ella atravesó el río Feliciano la tomó por la espalda, pero solo ella sonreía, asombrada ante este hombre tan cortés y como lo bonito se termina, el padre de Tamar, llegó y gritó a Tamar, en el camino le pegó con un palo de totora.

Feliciano iba a estar 7 día más, para esperar algunas provisiones para el camino. En esos días se vieron a escondidas de todos. Feliciano se fue. Tamar se puso muy triste, huyó de la ruca de sus padres, lloró y lloró cerca de la ribera del río.

Se dice que sus lágrimas formaron una laguna. Al final, Tamar. Su cuerpo se desangró, esa sangre hizo que pasaran unos años y la tierra del Huasco sería una de las más fecundas. Se sabe esto ya que en el lugar donde murió Tamar nació un bello y hermoso jardín de ñañaucas y al lado una variedad de frutos. El pueblo Diaguita la nombró diosa del amor a la pareja ya que murió por eso, y diosa de la fecundidad, ya que su sangre hizo fértil al valle de Huasco.

Cada luna llena de noviembre, los diaguitas se reúnen a rendirle tributo.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
III REGIÓN DE ATACAMA

EL MISTERIO DEL DUENDE
DEL CUARTO OSCURO

Ricardo Elías Tello Peralta
12 años, 7º Básico
Escuela E-21 Pedro León Gallo
Copiapó

Mi nombre es Elías Tello y la historia que les voy a contar me la contó mi abuelito, espero que les guste.

Érase una vez en un campo un niño llamado Pedro, él vivía junto a sus padres y junto a una hermana llamada Juana.

Un día por la mañana cuando la mamá de Pedro se encontraba sembrando maíz, se oyó un ruido en el cuarto oscuro que estaba alejado de la casa. Ambos se miraron con cara de miedo y decidieron entrarse a la casa. Pedrito quedó muy asustado pero a la vez quería saber qué había producido aquel ruido y fue donde su hermana, y le contó lo sucedido. Ella le dijo que no podían ir a meterse a ese lugar ya que sus padres se lo habían prohibido pero que también estaba dispuesta a saber qué había allí. Se pusieron de acuerdo y decidieron ir a aquel lugar a las 4 de la tarde, ya que más tarde estaría muy oscuro y les daría mucho miedo.

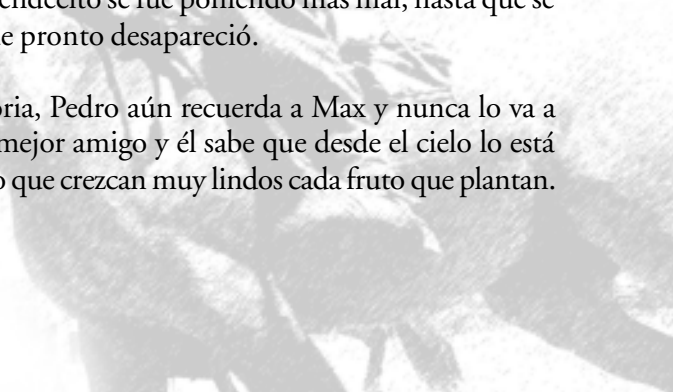
Cuando ya iban a ser las 4 de la tarde, Pedrito y Juana salieron de la casa y empezaron a caminar en dirección hacia el cuarto oscuro. Cuando ya habían llegado a la puerta, les dio mucho miedo y decidieron volver a la casa. Juanita se puso a llorar porque era muy pequeña y no sabía controlarse. Pedro también se asustó, pero no lloró y consoló por un momento a su hermana, para que estuviera tranquila; y le prometió que no volverían a aquel lugar.

Pedro cuando estaba acostado se puso a pensar y decidió faltarle a la promesa que le había hecho a su hermana, ya que la curiosidad por saber qué había en ese cuarto lo estaba matando; y al otro día iría solo, para saber qué había ahí, pero esta vez no iría con su hermana, ya que ella se ponía muy mal.

Al otro día, cuando eran las 8 de la mañana, Pedro se levantó, se vistió sin que sus padres se dieran cuenta y fue al cuarto oscuro. Al llegar a la puerta sintió miedo pero lo enfrentó y la abrió. Todo adentro estaba muy oscuro y no había luz para alumbrar, miraba a su alrededor y no veía nada. De repente cuando estaba allí adentro sintió un ruido y su corazón comenzó a latir muy rápido, no se fue de ahí porque aún no lograba su propósito. Se quedó paralizado, sintió más ruidos y decidió voltear, y vio un duende de color verde. Gritó muy fuerte, y se puso a llorar, hasta que el duendecito le dijo que no se asustara porque él no le iba hacer daño. Le dijo también que era bueno y que quería tener amigos porque se sentía solo. Pedrito se calmó y comenzó hablar con él, se hicieron muy buenos amigos. Lamentablemente el duendecito no podía salir del cuarto ya que si salía se podía morir. Pedro se fue ya que debía estar en la casa antes de que se despertaran sus padres. Al llegar a la casa, Juanita lo estaba esperando en su cama, le preguntó en dónde estaba y él solo le dijo que había ido a regar las lechugas.

Pedro iba todos los días a ver a su duendecito al cual había llamado Max, pero un día cuando fue a visitarlo, como todos los días, a Max no lo encontró. Luego fue de nuevo porque estaba muy preocupado y recorrió todo el cuarto, hasta que al fin lo encontró. Este estaba muy enfermo, aprovechó de despedirse de Pedro y le dijo que lo consideraba un gran amigo y le agradeció por todo lo que había hecho, ya que ninguna persona se había dedicado a jugar con él como lo hizo Pedro. Al pasar las horas, el duendecito se fue poniendo más mal, hasta que se despidió de Pedrito y de pronto desapareció.

Y así termina esta historia, Pedro aún recuerda a Max y nunca lo va a olvidar por que fue su mejor amigo y él sabe que desde el cielo lo está mirando y está haciendo que crezcan muy lindos cada fruto que plantan.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
III REGIÓN DE ATACAMA

EL SUEÑO DE ORO

Eduardo Andrés Moreno Álvarez
13 años
Escuela E-21 Pedro León Gallo
Copiapó

Mi abuelo, que nació en una faena minera, siempre nos contó que de niño ayudaba a su padre en la mina que trabajaba. En esos tiempos no había agua potable ni electricidad.

La vida era muy dura, había que sacar agua de un pozo y se alumbraban con velas o lámparas a carburo de su padre.

Un día como siempre se levantó al alba para ir al colegio, ya que quedaba a 10 km. de su casa. En el camino de repente vio que un arbusto se estaba quemando, le pareció muy extraño ya que solo ese arbusto se quemaba, decidió acercarse a ver lo que pasaba, pero al estar más cerca no veía fuego alguno, ni siquiera humo negro, ni nada que mostrara rastro de incendio. Al llegar al lado del arbusto vio una pequeña bolsa de cuero, la cogió, la abrió y tenía solo tierra lo pensó, en un comienzo y guardándolo en su bolso, para mostrárselo a su padre, siguió su camino.

De repente sintió que lo seguían, que lo observaban, y al mirar constantemente para atrás, le pareció ver a un niño.

Apresuró su paso ya que le empezó a dar mucho miedo. Miró una vez más hacia atrás, y vio algo que parecía un niño pero con vestimenta muy extraña.

Decidió encararlo y se quedó atrás de una roca esperándolo.

Cuando lo sintió cerca se levantó y le preguntó.

— ¿Qué quieres de mí?

Esta criatura extraña, era una especie de duende, y le dijo.

— Tú, tomaste mi bolsa de oro.

— Yo encontré una bolsa, con tierra, nada más.

— No, es polvo de oro, y tú me la robaste.

— Yo lo encontré, en todo caso, si quieres te lo devuelvo.

— No, ya viste la bolsa y a mí tendrás que venir conmigo.

— Oye duende, yo no puedo ir contigo, porque tengo que ir a la escuela y además, si quieres yo no le cuento a nadie que te he visto.

— No, tú tienes que venir conmigo y jalándole el brazo se lo llevaba.

— No, no quiero ir, déjame, nooooooo.

Vicente despierta, tienes que ir al colegio, deja de soñar.

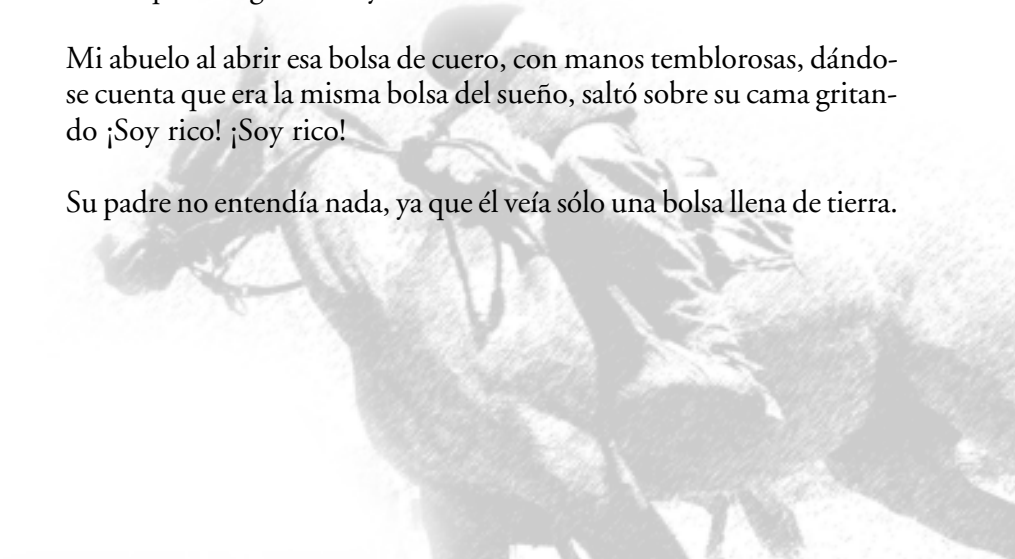
Papá tuve un sueño con un duende.

Ya levántate vas a llegar tarde, ya tu amigo se fue y te dejó esto, dijo que lo merecías por ser honrado.

No sé qué amigo es ése, yo no lo había visto nunca.

Mi abuelo al abrir esa bolsa de cuero, con manos temblorosas, dándose cuenta que era la misma bolsa del sueño, saltó sobre su cama gritando ¡Soy rico! ¡Soy rico!

Su padre no entendía nada, ya que él veía sólo una bolsa llena de tierra.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
III REGIÓN DE ATACAMA

EL CULEBRÓN

Pedro Matías Vega Varas
7° Básico
Escuela E-21 Pedro León Gallo
Copiapó

Como me lo contaba mi abuelo, es casi una historia increíble.

Decía que los habitantes de la Hacienda La Higuera eran trabajadores que labraban la tierra, campesinos de mucho esfuerzo y sacrificios.

Los patrones a veces abusaban de sus trabajos y no les pagaban sus salarios como correspondía, ya que muchos de ellos nunca habían ido a la escuela, no sabían leer ni escribir. Pero siempre tenían la esperanza de que el año siguiente sería mejor, lo cual no era así, seguían en la pobreza.

Los patrones viajaban a otros países, iban con frecuencia a la capital a comprar autos, camionetas, etc., hacían grandes malones.

La Hacienda empezó a empobrecerse de a poco, la tierra ya no rendía, no había cosecha en abundancia como antes. Una madrugada de invierno empezó a llover con truenos y relámpagos: una nube negra se asentó en la cima de un cerro y produjo casi un diluvio, bajaron las quebradas y todos los terrenos quedaron enterrados por el lodo y piedras de los cerros todo se secó hasta los animales y una familia entera se murieron, ya no había nada que hacer.

Pero cierto día un campesino que era muy supersticioso y a la vez creyente se encontró con una especie de culebrón nunca antes vista, nadando en un canal. Este animal levantó su cabeza lo miro y telepáticamente le dijo: "De ahora en adelante todo cambiará. Ustedes serán los dueños de la tierra en esta hacienda". El campesino quedó totalmente sorprendido por la voz, pensó que estaba soñando.

Además el culebrón se fue río abajo en busca del mar y con el tiempo volvería. Nunca nadie había visto un animal así, su cabeza grande y ancha sus ojos del porte de dos paltas negras y un mechón negro sobre su cabeza, su cuerpo cubierto de escamas casi de un metro.

Con el pasó del tiempo todos esperaban el regreso del culebrón. Pero un día de primavera mi abuelo andaba jugando por un huerto lleno de árboles frutales y canales de regadíos se le aparece debajo de un puente el culebrón y se encontró con la mirada penetrante. Se asustó tanto que corrió y corrió hasta llegar a su casa, estuvo tres días sin hablar. Su vida cambió para siempre. Empezó a tener mucha suerte y una gran persona, pero vivía con el temor de encontrarlo algún día y no saber como reaccionar.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
III REGIÓN DE ATACAMA

"SUSPIRO", LA FLOR
DE LA ESPERANZA

Valentina Antonia Venegas Araya
11 años, 6º Básico
Escuela E-21 Pedro León Gallo
Copiapó

Cierto día de primavera, al despertarme, miré por la ventana y me dije: "qué bella era mi ciudad antes, y ahora tan destruida". Ese día decidimos visitar el desierto florido. Cuando llegamos, le dije a mis padres: ¡Qué hermoso es este lugar! Lleno de flores, de colores, de mariposas y una gran tranquilidad. Parecía una enorme alfombra de colores que cubría el suelo. Iba caminando, sin querer me acerqué a una flor muy atractiva; yo no sabía su nombre, mi madre me dijo que se llamaba "Suspiro".

Una persona que caminaba por el lugar me contó que esa flor nació de la esperanza de una pequeña. Ella relató que había existido una casa en el lugar que ahora crece la flor. Allí vivía una adolescente llamada Suspiro. Ella no tenía mamá, pues se le había muerto y tenía la esperanza de volverla a ver algún día.

Ella lloraba todos los días en ese lugar y sus lágrimas eran absorbidas por la tierra. Un día Suspiro murió de tanta pena y se convirtió en polvo; cuando llovió la tierra lo absorbió. Después de un año creció una hermosa flor de color rosa con blanco, a la que llamaron suspiro. Cuando llegó el momento de irnos, aquella persona me dio un pétalo de esa flor y dijo que la pusiera en su tumba, cuando muriese, un ser muy querido.

Lo hice así con mi mascota cuando murió; y la sepultamos en el desierto florido, tal cual lo indicó aquel extraño.

Cuando nuevamente llegó la primavera volvimos al lugar, y sobre el sitio en donde se encontraban mi mascota y la niña decía: "Suspiro".

Al año siguiente, regresamos... cuando miré las flores que crecían por encima de la niña ya estaban marchitas.

Aquella persona se acercó a mí otra vez, me dijo que "Suspiro" se había encontrado con su mamá y había dejado de llorar, por esto las flores ya no se alimentaban de sus lágrimas.

Desde ese momento, yo le llamo al desierto florido, "Desierto de la esperanza".





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

LOS HUESOS QUE QUERÍAN CAER

Jael Rut Ester Brito Muñoz
11 años, 6º Básico
Colegio Cerro Guayaquil
Monte Patria

Había una vez en la Cuarta Región, en un pueblo muy pequeño llamado Los Clonquis, ubicado en la comuna de Monte Patria de esta región de Chile, un caballero vendedor de leña llamado Pablo de Corvas.

Un día iba rezongando por su poca ganancia con la leña y de lejos divisó a su compadre Carlos Aguilera y se dio cuenta que también venía muy enojado. Cuando éste estaba cerca le preguntó ¿qué le pasa, compadre? Es que no hallo a quién venderle mis cabras y don Pablo sin dudar dijo véndamelas a mí, compadre, yo se las compro.

Así que las vendió don Pablo comenzó a subir las chilcas que es una planicie con pastos para las cabras.

Un día se equivocó de camino y lo pilló la noche justo en una majada abandonada ¡qué buena suerte, una majada para pasar la noche! Juntó leña y sacó fósforo del bolso y encendió fuego y puso a abrigarse. De repente escuchó ¡caigo, caigo! Y armándose de valor dijo caigan si quieren caer y del techo cayó un montón de huesos. Él los amontonó y se sentó encima de ellos, y escuchó ¡entiérrame, entiérrame! Y él dijo mirando los huesos... ¿y qué me darán a cambio de que los entierren?

Y ellos dijeron, anda atrás de la puerta de la majada y desentierra una lata, y allí dentro hay cincuenta monedas de oro y el arriero feliz corrió y echó en un saco los huesos.

Pescó sus cosas y bajó el cementerio y los enterró y se fue feliz al pueblo a cambiar las monedas por dinero. Y así don Pablo de Corvas se volvió rico y nunca más rezongó por su poca ganancia.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

LAS ONZAS DE ORO

Jorge Eduardo Paz Araya
8° básico
Escuela Pedro de Valdivia
Combarbalá

Mi abuelito comienza diciendo:

"Estaba en el cerco viejo de Chipel, propiedad de mi padre Matías, cuando se hizo de noche. Era una noche de una terrible oscuridad y de repente se ve una luz muy bonita en primera instancia, alumbraba una parte solamente el terreno, pero luego la luz se fue haciendo cada vez más grande. Se veía desde muy lejos como si estuvieran quemando montes, incluso daba el reflejo a lo lejos, cuando va pasando la señora Pabla y ella piensa estarán de fiesta en esta casa, pero no era así, mientras pasaba y se adelantaba el fuego se iba quitando, Cuál fue su sorpresa al pasar por el lugar que no había nada, continuó su camino a Quilitapia.

Luego más atrás venía hacia el pueblo don Luchito. Él tuvo más suerte. Se encontró con una linda fiesta la cual estaba iluminada por todos lados, no titubeo ni un minuto, venía cansado y pasó a la fiesta la cual estaba muy bonita. Lo recibieron muy alegres, le ofrecieron comida y trago cuando cuál sería su asombro que para llegar donde estaba la preparación del asado debió bajar a un subterráneo casa que no existía en los años 1920 por estos lados ni tampoco hoy en el 2005.

Todo era alegría, fiestas y comidas. Después de compartir largo rato con personas desconocidas y de bailar y disfrutar de la vida con unas mujeres espectaculares, le pidieron que pasara a otra pieza. Desde una puerta entreabierta se asomó don Luchito, pero cuál fue su sorpresa cuando estaban felices compartiendo unos amigos de él que ya habían muerto hacía harto tiempo. Don Luchito no fue capaz de entrar, se detuvo y no dio un paso más, se le espantó hasta la cura y quiso salir a la tierra desde el subterráneo.

Bueno, al ver esta expresión le consultaron a don Luchito, quiere quedarse con nosotros o quiere salir. Él respondió, yo voy a Quilitapia. Le dijeron ahora o nunca, y salió corriendo don Luchito y se encontró luego en el cerro viejo de Chipel, botado en el suelo y ni siquiera sabía quién era, lo recordó después de largo rato.

Al día siguiente volvió a ver el lugar pero en pleno día y saben qué encontró al ir al mismo lugar... un saquito en donde encontró unas onzas de oro, las cuales guardó celosamente y una vez tuvo necesidad económica vendió una onza (que eran unas monedas grandes de oro) y salió del problema. Cada vez que don Luchito se acordaba de su anécdota se emborrachaba y decía haber conocido el cielo y el infierno".

Esta era la historia que me contó mi abuelito.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL NIÑO PUMA

Marjorie Estefanía Araya Plaza
11 años, 6° Básico
Colegio Benjamín Vicuña Mackenna
Combarbalá

En un pueblo muy pequeño creció un niño muy lindo al cuidado de un mago, pasaron los años muy rápidos, jugando y ayudando al mago a curar a la gente que venía a pedir su ayuda. Era tan hermoso que con sólo 14 años las jóvenes de su edad tan sólo verlo se encaprichaban con él y sus padres al ver la conducta de sus hijas se juntaron para tratar de hallar una solución al problema y fueron a hablar con un brujo que era padre de una de esas niñas.

Entonces el brujo convirtió al joven en un animal y como era bello, el animal en que se convirtió también fue bello, fue convertido en un hermoso puma. El mago que no pudo hacer nada por él se fue a vivir al bosque con el llamado niño-puma. Al tiempo después las jóvenes al no verlo más, se olvidaron de él que igual iban donde el mago cuando necesitaban su ayuda para curar a alguien.

Pasaron cuatro años y al bosque llegó una hermosa joven llamada Diana, hija de un hombre de alta sociedad que tenía muchas tierras. Andaba perdida en el bosque y llegó hasta ahí perseguida por un gigante muy feo y malo que quería que se casara con él.

Ella logró escapar y llegó a la casa donde vivía el mago, era pequeña pero acogedora y se quedó dormida por lo cansada que estaba. El mago

que andaba buscando hierbas con el niño-puma llegaron y la encontraron dormida sobre una cama. Era la joven que lo podía volver a la normalidad pues tenía todas las cualidades que se habían predicho.

La joven al ver al puma cerca de ella mirándola se asustó mucho, pero el mago la calmó y le contó toda la historia y le dijo: Hija mía, quieres hacerme el favor de ayudarlo. La joven, que tenía muy buen corazón y al ver al anciano mago tan triste, aceptó pero no sabían cómo.

Un día mientras jugaban, la joven se dio cuenta de que se estaba reconvirtiendo en humano, lo que necesitaba era cariño femenino. La joven se enamoró de él y él de ella, pero en esos días de tan lindo cariño llegó el gigante que aún la buscaba.

Fue un día de lluvia en que llegó este malvado gigante al bosque preguntando si habían visto a la joven Diana y así llegó hasta la casa del mago cuando estaban aún dormidos, despertaron al oír los pasos del gigante, el mago hizo lo posible por detenerlo, hasta que logró hacerlo dormir y ellos escaparon hasta llegar a una gran casa. La joven se dio cuenta que era la casa de su padre, entraron y enseguida se encontraron con el padre de la joven. Le contaron todo lo sucedido, el padre mandó a matar al gigante.

Pasaron dos días y el gigante ya no existió más y el padre de la joven que era muy rico y tenía muchas tierras al ver lo enamorados que estaban le consintió que se casasen, al otro día se organizaba una hermosa fiesta para celebrar el casamiento de la feliz pareja.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

LOS TORDOS Y LAS LOICAS

Ronald Esteban López Juica
10 años, 5° Básico
Escuela Las Águilas
Ovalle

Cuentan que una vez se juntaron todos los pájaros, hicieron una fiesta, en la cual se enojaron y hubo una riña. El tordo le hizo una herida a los demás; la loica gritaba ¡con cuchillo fue! El tordo decía: juraré, juraré, por eso. por mentiroso se quedó negro, la loica se manchó el pecho con sangre. Esta le dijo al tordo: por tu culpa me manché el pecho con sangre.

Los demás se enojaron con el tordo, y le pegaron un combo en la cara; el tordo se quedó llorando, los otros se reían junto a su pandilla. Armaron una guerra los tordos y las loicas.

Se fueron a la parte donde iban a hacer la lucha ¡todos estaban con su bandera! Y empezó la batalla. Los tordos ganaron, fueron a celebrar su triunfo porque le ganaron a las loicas. Hicieron una fiesta, se curaron y odiaron toda la noche. Sus señoras le dijeron que se fueran a acostar ¡No! Dijeron todos; después se fueron contentos a sus casas y a la mañana siguiente un tordo se levantó con ganas de vomitar y se murió.

Esta fue la triste historia del color de las aves.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

UN VIAJE CON MI FAMILIA

Jimena Francisca Cofré Segovia
12 años, 7º Básico
Escuela Pedro de Valdivia
Combarbalá

En el año 2003 yo, con solo 11 años, viajé a la cordillera con mis padres, tíos y hermanos. En el viaje nos ocurrieron algunas cosas que tuvimos miedo, pero no ocurrió nada grave.

El primer día de viaje las cabras y cabritos no caminaban mucho. Pensamos en llegar hasta La Finca, un lugar que se encuentra en Quilitapia. El segundo y tercer día todos los animales y personas estaban rendidos. La que se encontraba más cansada era mi madre porque ella ya había caminado tres días. Pero mis tíos, padre, hermanos, y yo íbamos en caballos. Al llegar a Ramadilla, se metió la yegua regalona de mi hermano chico a una viña y se comió algunas parras porque mi tío Elvis cuando volvió ya era tarde, había ido a dar a un lugar llamado "Los Corrales" para dejar allí el ganado.

Al otro día cuando llegamos a la "Barranca del río", ya estaban al otro lado las cabras mis tíos y mi madre, pero venían los animales cabalares y mulares. Mi papá le va apretar la cincha a la mula, se acosquilla y se puso a saltar, pasó llevando a mi papá pero no lo arrastró, ella se dio cuatro vueltas y llegó al río, donde hizo pedazo los cajones donde iban los alimentos. El río se llevó las cebollas, las papas, pero a la mula lo único que le pasó fue que se le salieron algunos dientes, se le quebró una mano, al otro lado un macho se había acosquillado tratando de



atropellar a mi tío Marcelo, pero él se fue a esconder al río que estaba cerca.

Al llegar a un lugar llamado "El Mulato" mi mamá se enfermó al saber que a mi papá lo había arrastrado la mula, después inyectaron la mula porque ella ni siquiera se movía. Al otro día subimos la cuesta del "Cerro verde", los cabritos se habían cansado y tuvimos que dejar la mayoría ahí.

Al otro día mi papá se levantó a las 6.00 hrs. de la mañana. vino a buscar los cabritos pero sólo encontró 68. Faltaban 24, los cuales nunca más aparecieron. Después de un mes que estuvimos allá, mi tío Elvis fue a pillar una yegua y este animalito ¿no se imaginan lo que hizo? Atropelló a una oveja, una cabra, y un cordero, igual la pilló mi hermano Javier, que es muy bueno para lacear.

Llegó el día en que tuvimos que venirnos. La "Laika", una perrita chica, rodeó todos los animales de un vecino de la postura cercana, la mamá la retó, se devolvió a dejar los animales y caminamos todo el día para llegar a Ramadilla, después nos vinimos en la camioneta para llegar a mi casa, ese día llegamos a las 3.15 hrs. de la madrugada, muy agotados después de un largo viaje.

Es por eso que quien lea esta historia se dará cuenta que ser arriero es un sacrificio muy grande.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IV REGIÓN DE COQUIMBO

EL ENGAÑO

Felipe Andrés Araya Araya
13 años, 8º Básico
Escuela Pedro de Valdivia
Combarbalá

Cuenta mi abuelo que hace años atrás, cuando él era joven, siempre viajaba desde el Soruco hasta Quilitapia, solo para apostar en las carreras a la chilena. No le iba bien pero siempre llegaba con su billetito a la casa.

Recuerda que mi abuela siempre le decía:

No llegues tan tarde, Guido, no vaya a ser que te salga "el colúo" y quizás qué te va a pasar.

Mi abuelo no le hacía caso y se venía para Quilitapia en su burro llamado "Pancracio" que ya estaba poniéndose viejo.

Al llegar acá se tomaba sus cervecitas y apostaba en dos carreras que era como su "cábala". Pero un día se le anduvo pasando la hora y se fue al Soruco como a las 22.30 hrs, subióse al burro y partió, al pasar por el lado del cementerio le pidió a Diosito que por favor le iluminará el camino ya que estaba muy oscuro, de repente se encendieron unas llamas, inmensas en una cuarta parte del cementerio que iluminaban todísimo el camino y parecía que quemaban los pimientos que estaban en el medio de estas, mi abuelo quedó estupefacto por lo ocurrido, y al dar gracias a Dios las llamas se consumieron del todo.



Mi abuelo siguió arriba del burro y cuando iba al lado del cerro negro se le apareció el mismísimo diablo arriba de un toro que expelía fuego por la boca y los ojos.

El burro se asustó tanto que corría y corría sin parar y mi abuelo repetía constantemente: ¡Ave María purísima! pero el toro lo seguía al mismo tranco que el burro y se hacía cada vez más grande.

El diablo le decía a mi abuelo:

— ¡Para, Guido! te tengo una propuesta que te va a interesar.

En ese momento mi abuelo paró al burro, y el diablo en vez de venir en un toro venía galopando en un caballo negro hermoso.

Entonces el diablo le dijo a mi abuelo que le cambiaba ese caballo por su burro y el dinero que había ganado en las carreras, mi abuelo ni todo ni perezoso le respondió de inmediato que sí, pensando en hacer correr al caballo en las carreras.

Al llegar a la casa, mi abuela estaba muy enojada, y mi abuelo le contó que había pasado, respondiéndole mi abuela que era un torpe porque el diablo lo había engañado.

A la mañana siguiente mi abuelo fue a ver su caballo dándose cuenta que habían solo fecas.

PRIMER PREMIO
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
V REGIÓN DE VALPARAISO

ESCUELAS DEL CAMPO

Pablo Marcelo Olivares Leiton
6º Básico
Escuela G-52 Aurelio Durán Almendro
Asentamiento Catajalco, Zapallar

INTRODUCCIÓN

Esta vez lo que voy a contar no es mito ni es leyenda, solo es la pura realidad, cómo eran los estudios hace 60 años aproximadamente, ya que por lo que me han contado mis abuelos, la vida no era fácil, no habían los adelantos que hay ahora; recordar y contar cómo era la vida de mis abuelos cuando iban a la escuela.

PARTE 1

En el año 1948, en la localidad llamada Los Duendes vivían muchas familias campesinas, especialmente la familia Leiton Valencia, con una cantidad de hijos muy numerosos cuya fuente de trabajo de sus padres era la siembra de trigo, crianza de ganado como ovejas, vacunos, unas pocas hortalizas y como eran varios hijos no alcanzaba para vestirlos ni menos para comprarles zapatos.

En la localidad de San Alfonso existía una humilde escuela, la número 11, los alumnos le decían la "Universidad de los Insignios", enchapada en alambre, coligüe y adobe, un techo de zinc que en el invierno se llovía más adentro que afuera, con una cancha de fútbol con los



arcos hechos con dos piedras en cada lado. Era la única escuela que quedaba en 20 kilómetros a la redonda; se juntaban niños del fundo Las Represas, especialmente de las familias Minay, Vicencio y de otros campos.

Mi abuelo vivía aproximadamente a 18 kilómetros, en un lugar llamado "Los Duendes", cerca del cementerio antiguo de Catapilco. Desde allí él caminaba todos los días a pie con sus hermanos y muchos compañeros. La mayoría de los estudiantes no usaban zapatos, solamente andaban a "pata pela", otros con chalala u ojotas, con la planta de goma de forro de auto con correas de cuero de vaca. Él siempre se acuerda que en el invierno el cuero se mojaba con la lluvia se estiraba y tenía que sacárselas y andar descalzo con los pies metidos en el barro, clavados enteros con espinas o con un pasto llamado bichillas, que tenían unas pequeñas espinas que se pegaban en las piernas. Cuando las ojotas se secaban, se apretaban quedándoles chicas dejándoles rojo el empeine de los pies.

Salían a la escuela al cantar de los gallos, o sea, muy temprano. En el camino jugaban al trompo, a las bolitas y a los pistoleros con sus compañeros para hacer más corto el trayecto y pensando en qué clase les prepararían sus profesores.

En ese tiempo en las escuelas los profesores eran como los segundos padres ya que enseñaban comportamiento, a ser educado, tenerle respeto a los mayores, a leer y a escribir. En ese entonces usaban un libro muy especial que era EL OJO o el SILABARIO. De ahí nacían las primeras grandes vocales y sus primeros números. Sus primeros profesores fueron Carlos Sabala y Marta Godoy, unos profesores inolvidables y cariñosos.

A la hora de diez les daban un jarabe especial llamado bacalao, tenía un sabor a pescado, pero tenían que tomárselo porque los profesores eran muy estrictos. En el almuerzo comían unos ricos porotos con chuchoca o mote, garbanzos o lentejas.

En la tarde regresando a sus casas se les hacía de noche y preparaban unos chonchones o faroles con un tarro de manilla de alambre, un

pedazo de vela. Al llegar a sus casas sacaban su silabario, su lápiz a carbón, su único cuaderno y hacían sus tareas alumbrados por la luz de una vela.

En ese tiempo los padres se conformaban que sus hijos aprendieran a leer y a escribir. Muchos aprendían rápido, a otros les costaba mucho porque eran demasiado soñadores y despistados. Algunos los padres los hacían trabajar en labores agrícolas, no lo dejaban asistir más a la escuela porque decían que era una pérdida de tiempo porque dejaban de lado las labores del campo.

Para ellos el leer y escribir no tenían mucho significado.

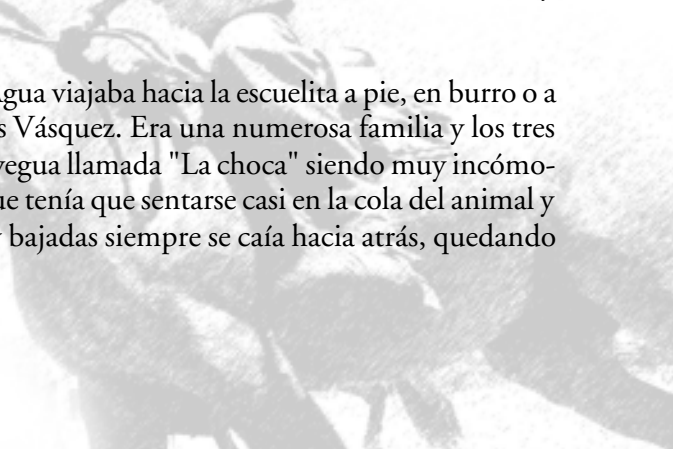
Siendo muy niños, de diez a doce años aproximado lo hacían arar, sembrar, segar trigo y cuidar animales como una persona adulta, muchos no aprendían ni siquiera a leer y a escribir.

PARTE 2. ESCUELAS VECINAS

En la localidad de Tierras Blancas existía una pequeña escuela que era la número 12, con una cantidad aproximada de 100 alumnos donde el sistema era un poco similar a la escuela anterior.

Una casa grande y hermosa, de bloques de barro con paja y techo de zinc cuya directora era la señorita Sara Martínez, maestra excelente, mujer muy estricta, muy respetada y querida por sus alumnos. Como era un pueblo muy escondido al interior, bajaban niños desde el fundo Los Manantiales, especialmente de la familia Cisternas-Vicencio y Vásquez.

Del fundo Madre del Agua viajaba hacia la escuelita a pie, en burro o a caballo la familia Farías Vásquez. Era una numerosa familia y los tres niños viajaban en una yegua llamada "La choca" siendo muy incómodo para la última porque tenía que sentarse casi en la cola del animal y como habían subidas y bajadas siempre se caía hacia atrás, quedando sentada en el suelo.





En las mañanas se levantaban muy temprano para dirigirse a la escuela; con su pan con mantequilla casera, un membrillo de colación, su cuaderno y su lápiz dentro de una bolsa de nylon o un bolso de tiras. Cuando había mucha neblina no se veían ni las manos y les daba miedo porque podían perderse en el monte y al no llegar a la escuela los iban a castigar o a regañar y su profesora los dejaría castigados y sin recreo.

También estaban las familias Salazar, Pedraza y otras familias más que eran del fundo de Tierras Blancas a los que la escuela les quedaba a un paso. Así se hacía muy difícil el estudio antiguamente en los pueblos campesinos, porque existía mucha pobreza, pero los niños eran felices, soñadores con muchas ganas de aprender.

PARTE 3. MI ESCUELA DE AYER Y HOY

En la localidad de la Hacienda de Catapilco en 1949 aproximado, existía una escuela con el número 10 con la misma estructura de las anteriores. Había muchos estudiante que venían de los cerros de Catapilco cuyos padres se esforzaban para salir adelante. Eran familias campesinas, humildes trabajadores que se desempeñaban como carpinteros, carboneros y cuidadores de ovejas que mandaban a sus hijos con el propósito que aprendieran a leer y a escribir.

Mi abuelita me contaba lo difícil que era estudiar viajando desde muy lejos a pie y otros en burro. Siempre se acuerda cuando entró por primera vez a la escuela. ¡Cómo no recordar a su profesora y directora!, la señorita en ese entonces, a Doña Armanda Cruz, nerviosa, buena profesora y estricta. Cuando los estudiantes le hacían pasar un mal rato, les tiraba las orejas, además tenía una varilla de membrillo. Les daba en la manos pero después se arrepentía o les decía que esto era para que anduvieran derechitos, fueran educados y le hicieran caso a sus mayores.

Cuenta que cuando venía el dentista o a vacunar, los profesores les decían mentiras a los niños para que no se arrancaran de la escuela. Muchos de ellos se escapaban por las ventanas, era imposible detener-

los. Otros se subían a los árboles y no se bajaban hasta cuando se marchaban los paramédicos. La profesora les decía ¡Bajen y les doy un regalo o dulces! Pero era un miedo terrible a la aguja.

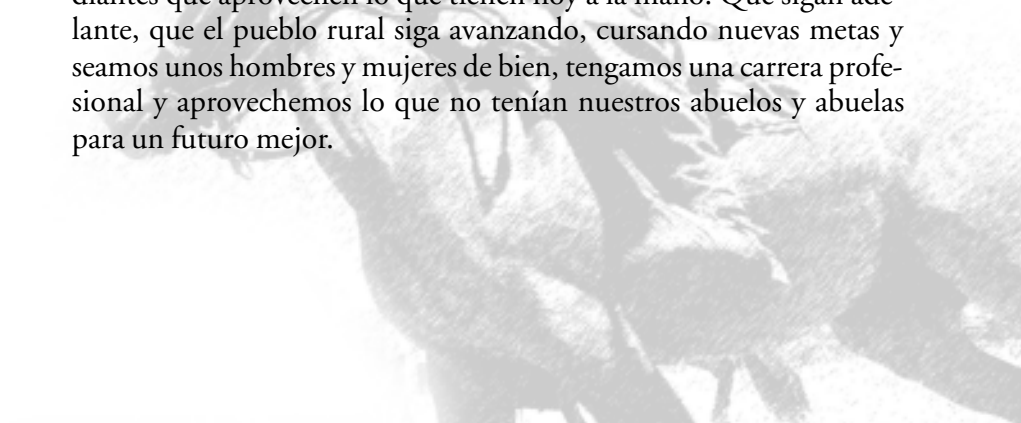
Los profesores no exigían mucho en la vestimenta de los alumnos, no importaba que vinieran con sus pantalones parchados, ni con ojotas, sólo importaba que vinieran limpios.

FINAL

Esta vez quiero recordar y expresar los tiempos antiguos de la escuelita ¡y qué difíciles eran! Si yo quisiera, les contaría miles de anécdotas que me contaron mis abuelos. Había mucha discriminación, pobreza y no se cumplían los derechos del niño.

Ya los tiempos han cambiado, hoy tenemos en las escuelas computadores, multicanchas, buena vestimenta, jardines infantiles con kínder y prekínder para los más chicos buenos profesores, bandas para los desfiles respectivos. Liceos, escuelas donde nosotros queramos asistir, locomoción y además becas presidenciales, todo lo que un estudiante necesita y me siento orgulloso de ser nieto de un campesino y de estar estudiando en la Escuela Aurelio Durán, hoy número G 52 de Asentamiento Catapilco.

De mi pueblo han salido muchos estudiantes: Técnicos Agrícolas, contadores, eléctricos, soldadores y profesores titulados de la Universidad. Por eso doy gracias a mi profesor-director y a todos los profesores de Chile por la paciencia, su trabajo y les digo a los demás niños y estudiantes que aprovechen lo que tienen hoy a la mano. Que sigan adelante, que el pueblo rural siga avanzando, cursando nuevas metas y seamos unos hombres y mujeres de bien, tengamos una carrera profesional y aprovechemos lo que no tenían nuestros abuelos y abuelas para un futuro mejor.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
V REGIÓN DE VALPARAÍSO

LA CARGA DE PLATA

Luis Enrique Villarroel Aguilar
10 años, 5° Básico
Escuela G-39 Los Molinos
Cabildo

Esta historia le sucedió, en el año 1957, a mi abuelito Alberto en la localidad de Los Molinos, en una casa de adobes de dos pisos que había cerca del colegio de esa época, donde actualmente vive don Lucho Chacana. Esa casa era habitada por don Óscar Silva y la señora Juana, que era su esposa. Ella veía todas noches una lucecita, en el patio de la casa de su vecino, don Mario Guajardo, y que se corría para su casa y desaparecía cerca de un naranjo. Según mi abuelito, esa lucecita que veía la señora Juana era una carga de plata. Entonces un día que estaban bebiendo con don Óscar y un cuñado, se ponen de acuerdo para sacar esa carga de plata.

Una noche de verano se juntan en casa de mi abuelito y van al lugar con todos los elementos que se necesitaban para eso: una Biblia, velas, chuzo, pala y otras cosas que no me acuerdo.

Después de la medianoche empezaron a trabajar bajo la luna llena. Mi abuelito estaba cavando con el chuzo, don Óscar estaba sacando tierra con la pala y el otro caballero, que era el cuñado de don Óscar, estaba al lado, rezando con la Biblia y alumbrándose con la vela.

Llevaban un rato trabajando cuando empezaron a ver cosas raras: primero vieron un hombre en un caballo muy negro que venía a todo

galope de la puntilla. Llegaba cerca de donde ellos estaban trabajando y frenaba bruscamente sacando chispas del suelo, se devolvía y desaparecía detrás de la casa. Después aparecía por otro lado una señora de negro, llegaba cerca de ellos y no se daban ni cuenta cuando desaparecía.

Ellos no le hacían ni caso porque le habían dicho que eran puras visiones no más, para que no sacaran el tesoro. Estaban en eso cuando mi abuelito deja caer el chuzo y rompe el cajón con el tesoro, pero en ese llega su perro regalón y se le tira encima de él, lamiéndolo en las manos y la cara. Fue en ese momento, cuando sienten un ruido de monedas bajo la tierra y según mi abuelito, se les corrió la carga de plata. De repente su perro desapareció. Cuando llegó a su casa le contó a su esposa y ella le dijo que el perro no había salido en ningún momento de la casa. Nunca más intentaron sacar la carga de plata.

Pasaron 2 años y un día domingo, a la hora de almuerzo llegó un señor que veía la suerte. Mi abuelito le dijo que no tenía dinero y este caballero le dijo: "me paga con un par de pollos". Mi abuelito le dijo que bueno y lo hizo pasar y lo invitó a almorzar.

Después de almuerzo el caballero le sacó la suerte. Le dijo que un día, él junto a otras personas había ido a sacar una carga de plata y que cuando estaban a punto de sacar el tesoro, a uno de sus de sus amigos le había entrado la codicia, lo iban a eliminar y enterrar en ese mismo lugar para repartirse el dinero entre ellos dos solamente. Le dijo que gracias a su perro él estaba vivo todavía.





**TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
V REGIÓN DE VALPARAÍSO**

EL JINETE FANTASMA

Vladimir Jesús Pereira Caica
11 años, 6º Básico
Escuela San Alberto
Putando

Esta historia que les voy a contar sucedió hace mucho tiempo en el Sector de Lo Vicuña, en Putaendo. Es la pura y santa verdad todo lo que les digo porque me lo ha contado el mismo Raúl.

Resulta que el padre de Raúl tenía que ir a regar la parcela El Maitén, ésta estaba vecina con la parcela El Manzano, solo la separaban una pirca y al fondo un alambrado muy tupido para que no pasaran los animales ni menos las personas. Como el agua estaba muy escasa en esos tiempos no se podía dejar pasar, había que esperar el turno para regar, por eso para ayudar a su padre que estaba en otra faena Raúl fue a esperar el agua y a preparar los tapones mientras su viejo se desocupaba.

Demoraba en llegar el repartidor con el agua, por mientras el niño que apenas tenía 15 años, pero bueno para la pega, se puso a encender una fogata para abrigarse un poco. La noche estaba demasiado fría y aunque había llevado su poncho de castilla se dejaba sentir. De tanto esperar y con el calorcito de la fogata se quedó entre dormido. De pronto sintió que se aproximaba un cabalgar a toda marcha y sintió mucho miedo porque de dónde podía haber salido aquel animal y a esa hora. Faltaba poco para la media noche, se cubrió completamente con su poncho para no escuchar, pero los pasos del cabalgar se sentían cada vez más fuertes y más cerca suyo. Sacó coraje no sabe de dónde y se

asomó por sobre la pirca para ver de dónde venía el ruido. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos, un inmenso caballo negro que relucía su pelaje con el resplandor de la luna que aquella noche brillaba como nunca, lo que le permitió a pesar del susto que le ocasionaba aquella figura ver su apuesto jinete que llevaba un inmenso sombrero y traje de huaso todo de rojo, el caballo sacaba chispa con las herraduras que sonaban como metal en fragua al pasar por el sembrado.

El niño, muy asustado, nunca antes había visto tal figura, más fue su sorpresa cuando lo vio cruzar por la pirca y atravesar los alambrados sin detener su marcha. Haciéndose el valiente siguió con su tarea, tenía que regar la parcela y esperar que llegara su padre, cuando contó lo ocurrido nadie le creyó nada.

Al otro día fue a mirar por donde había pasado este extraño jinete pensando que había dejado los alambres de la cerca cortados y la pirca en el suelo, pero después con el tiempo siguió apareciéndose este huaso a los trabajadores que esperaban el turno para regar, cuentan que es el mismísimo diablo que sale en las noches a recorrer las parcelas en su reluciente corcel negro, porque más de un tesoro mantiene oculto en esas tierras.

Raúl ahora ya es un hombre hecho y derecho, pero nunca pudo olvidar aquella miedosa experiencia, y cada vez que la recuerda parece que los pelos se le engrifaran.





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

MI ÁNGEL DE LA GUARDA

Margarita Valenzuela Acuña
4° Básico
Escuela Galvarino Valenzuela Acuña
Lolol

Les quiero contar la historia de mi abuelito materno, llamada Carlos Acuña Parra, a quien sus nietos llamábamos "Tata Carlos".

Mi tata me conoció a los 5 días de vida, en esa fecha él tenía 66 años, era un viejito bonachón, muy querendón de los niños, especialmente de nosotros, sus nietos. Le gustaba salir a pasear y jugar con nosotros, nos consentía en todo. Mi mamá nos cuenta que siempre fue así, porque cuando ella era niña mi tata era igual, es por eso que mamá le tenía un gran cariño a su papá. A él jamás se le olvidaba un cumpleaños, un santo, una navidad, etc., en estas fechas incluso compraba regalos a los niños vecinos. Él siempre tuvo problemas con su presión arterial, de joven había perdido la visión de un ojo por este problema y después veía muy poco del otro, esto le afectaba profundamente porque le gustaba leer el diario, jugar a las cartas, entre otras cosas.

Mi tata tuvo solamente dos hijas mujeres a quienes adoraba, luchó para que fueran profesionales, mi tía Marisol es profesora y mi mamá es matrona, cada hija tuvo tres hijos por lo que mi tata tenía 6 nietos, 4 hombres y 2 mujeres.

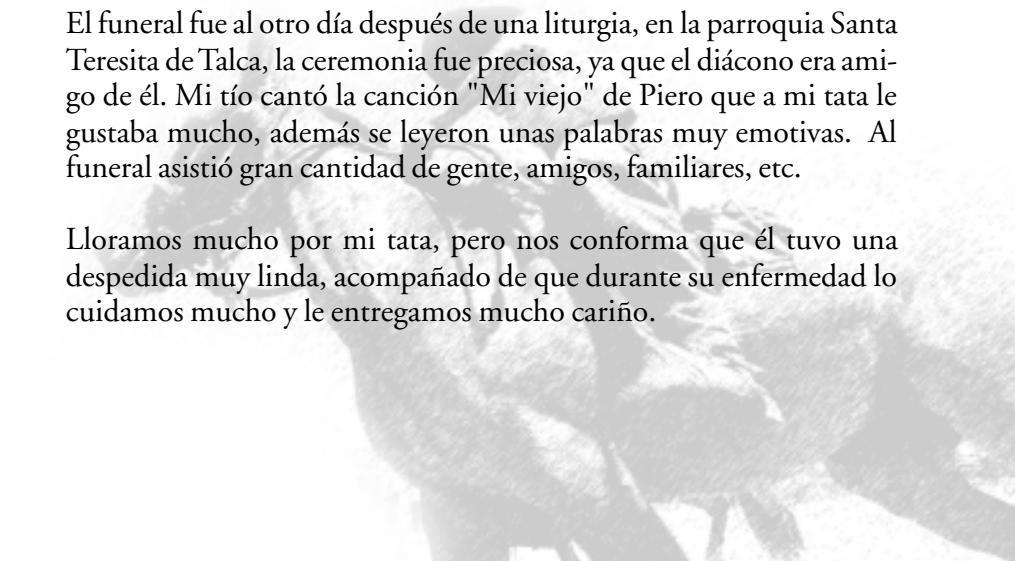
A mi tata le gustaba mucho compartir con sus nietos, se sentía feliz, cuando viajábamos de Lolol a Talca para visitarlo, nos esperaba con regalitos y golosinas.


Él era un hombre muy sociable y siempre muy chistoso, además era una persona muy sabia, que daba muy buenos consejos, es por esto que era muy querido en el barrio y en su ciudad, ya que era muy conocido. Cuando venía a visitarnos a Lolol, conversaba con la gente e iba conociendo más y más gente.

La última vez que me visitó fue el 24/09/2002, se vino a quedar con nosotros junto con mi abuelita, porque mi hermano viajó junto a papá y mamá, al día siguiente de su llegada estaba de cumpleaños, cumplía 73 años y mi mamá le dejó regalos y una torta de mil hojas para que lo celebráramos, pero mi tata ella estaba malo para comer y decaído, estuvo más o menos 15 días con nosotros y luego volvió a Talca, a los pocos días se enfermó y los médicos de diagnosticaron un tumor canceroso. Se llevó a Santiago, pero el tumor estaba muy avanzado por lo que no había nada que hacer. Mi tata se fue apagando poco a poco, igual que una velita. Nos fuimos el verano del 2003 todos a Talca para estar con él, mi mamá lo cuidaba, pero llegó el día de entrar a clases, tuvimos que venirnos a Lolol, mi mamá se quedó con mi tata y nosotros íbamos los fines de semana, en uno de esos viajes, el sábado 22 de marzo cuando llegamos, mi tata estaba agonizando y a las 6 de la mañana del otro día falleció.

El funeral fue al otro día después de una liturgia, en la parroquia Santa Teresita de Talca, la ceremonia fue preciosa, ya que el diácono era amigo de él. Mi tío cantó la canción "Mi viejo" de Piero que a mi tata le gustaba mucho, además se leyeron unas palabras muy emotivas. Al funeral asistió gran cantidad de gente, amigos, familiares, etc.


Lloramos mucho por mi tata, pero nos conforma que él tuvo una despedida muy linda, acompañado de que durante su enfermedad lo cuidamos mucho y le entregamos mucho cariño.





Todos los días nos acordamos de él, por toda la ternura y el cariño que nos entregó, lo echamos mucho de menos, todos su regalos los guardamos como tesoros y le damos gracias a Dios por haberlo tenido durante algunos años. Cada vez que vamos a Talca, visitamos su tumba, le dejamos flores, le rezamos, etc.

Estoy segura de que mi tata está en el cielo junto a diosito, por eso cuando miro las estrellas del cielo, sé que una de ellas es mi tata que me está mirando y cuidando. Él es mi ángel de la guarda.



SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

LA HISTORIA DE BENITO

Javier Osorio Osorio
8 años, 4º Básico
Escuela San Francisco de Placilla
Placilla

Corría el año 1920 cuando en un lejano pueblo había una familia que tenía tres hijos, el menor tenía tres años y su nombre era Benito. Este niño era muy amistoso con todos y también muy inteligente para su edad. Todas las mañanas Benito despertaba muy temprano. Un día su mamá se sorprendió ya que él le pedía la leche al despertar. Eran las 10 y aún no lo hacía. La mamá fue a la pieza y en la cama encontró un cuerpo que no tenía pulso con un color muy pálido, ella lloró mucho, llamó al doctor quien le dijo: "Benito ha muerto", "es un angelito" y "se fue al cielo", sus padres y hermanitos estaban muy tristes ya que no volverían a tener a Benito entre ellos. Todo el pueblo fue a despedirlo y unos niños de su edad le llevaron unas flores muy lindas que dejaron al frente de él. Mientras lo estaban velando y rezando por su alma, Benito despertó y se sentó, jugó con las flores que los niños le habían dejado, todos lo miraron muy sorprendidos y su llanto se convirtió en alegría. El doctor lo examinó y Benito estaba bien y nadie se explica qué había pasado. Pasaron los años y Benito seguía tan inteligente y amable como siempre, ayudaba a trabajar a su papá y a cuidar sus hermanitos, ya que su mamá tenía hijos pequeños. Cuando Benito tenía 20 años se iba a casar con una niña muy linda pero a su mamá no le gustaba para esposa de su hijo y le dijo "Prefiero verte muerto que casado con ella". Llegó el día del casamiento y Benito vestido con su traje de novio salió a caballo al



encuentro con su amada, pero el caballo se asustó y Benito se cayó dándose un golpe en la cabeza que lo hizo morir en forma instantánea. El caballo regresó a casa de Benito y todos se preguntaban: ¿dónde estará el novio?

Al rato salieron a buscarlo hasta que lo encontraron sin vida en un barranco. Su madre le pidió disculpas, pero ya era muy tarde y Benito había muerto. Su novia lloró tanto que murió de pena.



TERCER PREMIO REGIONAL
 CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
 VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
 BERNARDO O'HIGGINS

¿DE DÓNDE VIENE NUESTRA FUERZA?

Angélica Regina Salas Arellano
 15 años, 2º Medio
 San Fernando

La envidiable fuerza y resistencia de los mapuches no es sólo parte de un mito, los antiguos ancianos de Curarrewé contaban cómo éstos lo hacían para resistir a las más grandes y poderosas batallas, el secreto que ocultaban estos hombres tras su agilidad.

Nahuel, niño mapuche con una fuerza increíble, deseaba conocer algunos secretos. Desde niño, sabía que sus antepasados traspasaban la fuerza, y que la obtenían de algún lugar, pero un día era tanto su interés que sólo le rondaron estas palabras por su mente: "¿por qué tengo esta fuerza tan maravillosa?", y al no obtener respuesta del lado de sus padres, la buscó por otros lados, pero solo se enteró de lo que uno de sus abuelos le dijo: "Les hacían tajitos en las coyunturas y para cicatrizar las heridas, les echaban sangre seca en polvo, de león y así tenían fuerza", la idea lo paralizó un poco, pero cuando se familiarizó con ella, le agradó; Por lo que comenzó a buscar más respuestas, por otro lado no estaba seguro de creerle a la memoria de su abuelito. Recordó al Lonko de la comunidad "Flor del valle"

Fermín Quintunawell, y lo buscó todo el día, hasta dar con él, le fue muy fácil obtener una respuesta clara y concreta, ya que le dijo:

— "Para contarte necesito que me pongas mucha atención, imagina que estás leyendo un escrito que dice así":



Mientras los parientes preparaban fuego, los antiguos fabricaban un "Pelón" (se juntaba el Lonko, la Machi, Quimche, y una pareja que iba a tener un bebé, cuando el bebé nacía, era visitado por este grupo de gente sabia, y tenían una muy larga conversación. Pasado un tiempo, preparaban una ceremonia para el pequeño (antes que él caminara, sobre los verdes prados) y el día acordado por los sabios, llevaban al pequeño a la montaña más cercana, a un salto de agua. Allí, en la orilla, dejaban a la guagua, arreglado con una vestimenta especial, se retiraban los padres y los ancianos del lugar, ellos esperaban que el poder de Newen (montaña) visitara a la guagua y le entregara fuerza y algunos poderes.

Pasaban unas horas, ellos después del medio día iban a ver al bebé, pero éste había desaparecido. Corrían entonces los ancianos sabios y los padres para avisar a los vecinos que el espíritu de la montaña se había llevado al bebe; la gente se juntaba a hacer una rogativa, entonces, al atardecer, todos habían llegado (se escuchaban a la lejanía, las pisadas fuertes de los jinetes a caballo, venían con alimentos, como frutos y piñones, (con los que fabricaban "mudai"), etc.

Al ponerse el sol, comenzaba la ceremonia, allí se pedía al espíritu de la montaña que les devolviera al bebé.

Los jóvenes bailaban (Choiqe-Purrun) alrededor de una araucaria, de lejos se sentía el toque del kultrún y el ronco sonido de la trutruca, mientras un grupo de jinetes galopaba alrededor del sitio sagrado, así pasaban una noche entera, tan larga como una tormenta, pero tan rápida como un viento.

Al amanecer, el humo de los fogones se elevaba al cielo, como un ruego, que tocaba las paredes de "Guenu Mapu" (cielo). Los bailarines lucían un cintillo de plumas en sus cabezas y extendían sus brazos como las alas de avestruces, en las piernas y brazos desnudos, tenían dibujos de color azul, la mano de "Futa Chao" (gran padre) los había pintado con el color de la tierra de arriba.

El Lonko se paró frente a su gente, he hizo un discurso: "veremos si el espíritu de la montaña, el "Ngen" de la cascada, escuchó nuestro rue-

go, ahora sabremos si hemos sido escuchados; vamos entonces a la cascada". Así habla el Lonko.

El grupo salio en dirección a la cascada, entonces vieron que "Futa Chao" les había dado un pelón, y flotando sobre las aguas estaba el niño, encima de un castillo hecho de enredaderas y de pequeños trozos de coligüe. Enteramente vestido de azul, y adornado por hermosos copihues rojos, se veía gran cambio en el pequeño; felices entonces los padres y los sabios, regresaban a la ceremonia, trayendo consigo al pelón. Ellos entraron al campo sagrado y presentaron a este niño en el altar; los choiques bailaban alrededor de él...

Terminó de contar don Fermín.

— Entonces —decía Nahuel— ¿es así como obtenemos nuestra fuerza?

— Sí, así es como obtenemos nuestra fuerza, Nahuel.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

LA MUJER QUE CUMPLIÓ SU SUEÑO
JUNTO A SU CABALLO

Juan Fernando Atenas Donoso
15 años, 2º Medio, Plan Común
Liceo Agrícola Reina Paola de Bélgica, Paine
Litueche

Érase una vez una mujer cuyo deseo más anhelado era tener un barco y poder recorrer todos los mares, pero ella no podía separarse de su caballo, que se llamaba Gabriel.

Un día se decidió a revisar su alcancía y tenía \$1.000.000 aproximadamente. Entonces se preguntó ¿Qué pasaría si compro un barco para poder viajar?, y partió al puerto para comprar un barco.

Le preguntó a varios mercaderes, pero ningún barco le gustaba, hasta que llegó al muelle y vio un gran barco que estaba a su alcance. Le hizo una pequeña pesebrera a su caballo en el interior de su barco.

Cuando ya se decidió a zarpar se despidió de toda su familia y partió; luego de meses de viaje vio a lo lejos una pequeña isla que parecía un paraíso. Después de revisar la isla con la vista desde la proa se dijo: "voy a anclar y visitar la isla, por curiosidad".

Cuando empezó a caminar por la arena se encontró un árbol lleno de frutas del cual sacó algunas para comer; cuando terminó de comer siguió caminando. De repente iba pasando por medio de unos matorrales, cuando escuchó un canto hermoso, resultó ser un zorzal, que estaba cantando en una mata de copihues.

Siguió su recorrido por la isla y empezó a subir la cima del cerro más alto del lugar. Descansó varias veces durante la subida pero el cansancio y la oscuridad la vencieron. Durmió toda la noche dentro de una cueva, pero al amanecer se acordó que su caballo Gabriel estaba solo en el barco y que probablemente se le podría haber acabado la comida y el agua.

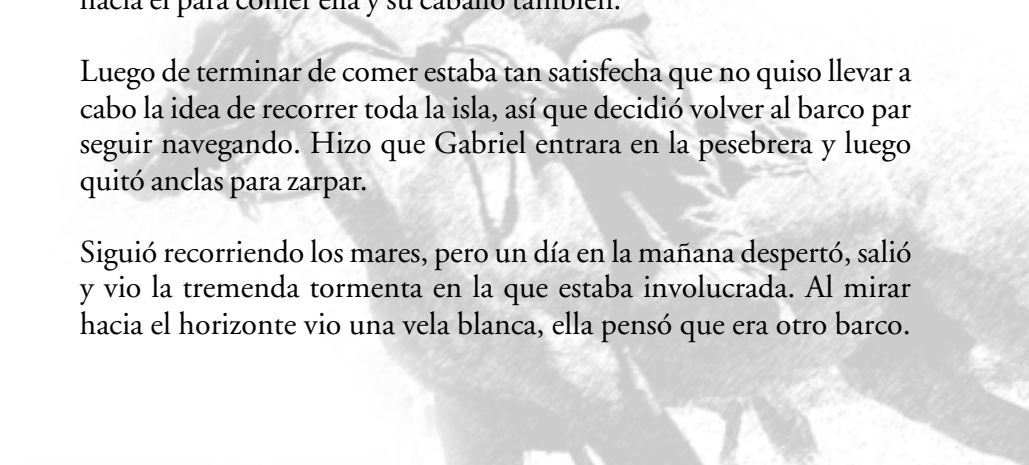
Luego empezó a bajar, durante el camino de vuelta a la playa recogió pasto y plantas verdes para darle al caballo. Cuando llegó a donde estaba Gabriel comprobó que era cierto lo que ella pensaba, se le había acabado la comida y el agua, pero ella con amor y cariño le dio la comida que había recogido, tranquilamente, y sin ningún problema.

Cuando terminó de alimentar al animal pensó: "¿Qué pasa si voy con Gabriel a la cima del cerro?". Se quedó pensando un momento y decidió montar al caballo. Cuando comenzó la subida no paró hasta llegar arriba. Luego se preguntó si podría recorrer la isla entera de a caballo, y partió sin pensar en los riesgos que podría correr. Cuando estaba ya avanzada la tarde, anocheció y al caballo ya no le daban más las patas. Como Gabriel no podía más en un determinado momento se cayó al suelo, pero la mujer sólo pensó que era por cansancio. Al otro día la mujer fue a levantar al caballo pero éste no era capaz de pararse; la mujer no podía hacer nada porque no tenía las fuerzas suficientes para poder levantarlo.

El animal estuvo así durante seis días, cuando llegó el séptimo día Gabriel se levantó con tanta energía que cuando la mujer lo montó para bajar el cerro, lo hizo con tanta alegría por tener a Gabriel de vuelta que cuando llegó abajo recordó el árbol con frutas; se dirigió hacia él para comer ella y su caballo también.

Luego de terminar de comer estaba tan satisfecha que no quiso llevar a cabo la idea de recorrer toda la isla, así que decidió volver al barco par seguir navegando. Hizo que Gabriel entrara en la pesebrera y luego quitó anclas para zarpar.

Siguió recorriendo los mares, pero un día en la mañana despertó, salió y vio la tremenda tormenta en la que estaba involucrada. Al mirar hacia el horizonte vio una vela blanca, ella pensó que era otro barco.





Fue a ver a su caballo Gabriel, que estaba comiendo la poca comida que le quedaba. Llegó el mediodía y no había almuerzo, hasta que el barco se fue acercando al otro barco. Se pararon los dos al mismo tiempo, la mujer con el capitán del otro barco se pusieron a conversar. El capitán fue tan solidario que les convidó comida a la mujer y a Gabriel, pero les dijo algo muy grave, les dijo que estaban perdidos en un mar lejos de tierra y que para llegar a un continente debían tomar el norte. En ese momento entraron en un dilema, porque no tenían brújula, entonces, ¿cómo sabrían cuál era el norte?

De repente la mujer miró hacia el agua y vio una cajita que flotaba y era de color plateado.

Entonces decidió bajar a ver qué era, cuando tocó el agua nadó hasta llegar la caja, la tomó en sus manos y nadó nuevamente hacia el barco, subió y abrió esta caja tan misteriosa que, afortunadamente, resultó ser una brújula. Al ponerla al aire, la brújula marcó hacia donde estaba el norte. Giró el barco hacia esa dirección y siguió derecho.

En cuanto a Gabriel, estaba comiendo feliz en su pesebrera la comida que le había regalado el capitán del otro barco.

Luego de otros cuantos meses de navegar la mujer divisó a lo lejos tierra, al ir acercándose se fue dando cuenta que era su tierra: Francia, desde donde había zarpado.

Cuando llegó al puerto bajó a Gabriel, limpió el barco y lo puso a la venta.

Al instante llegó un comprador, la mujer le vendió el barco en lo mismo que ella lo había comprado y así, con su dinero y su caballo, regresó a casa, revisó un atlas y se dio cuenta que el lugar que había visitado era Chile, y quedó con muchas ganas de volver.

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE**

LOS BUEYES QUE MATÓ UN RAYO

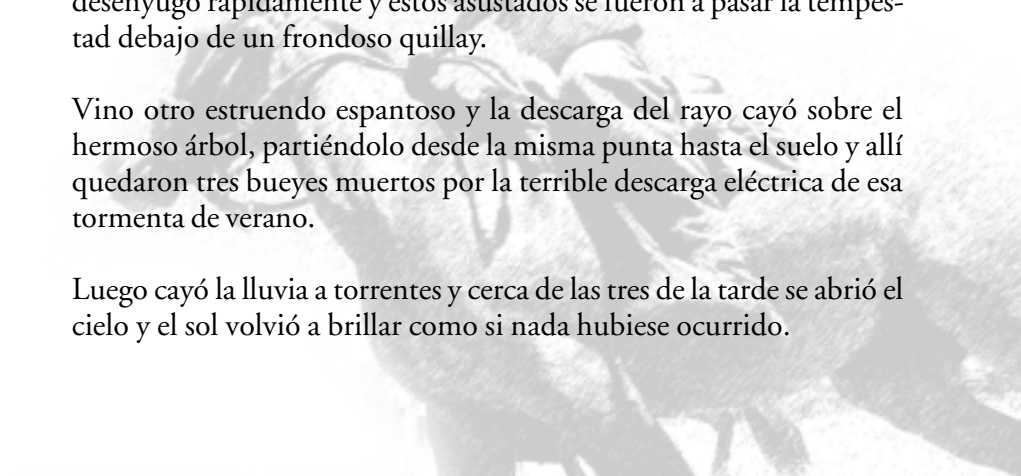
Carla Valesca Guzmán Valenzuela
11 años, 5° Básico
Escuela San Jorge de Romeral
Molina

Cuenta mi abuelito que en el año 1964, en el mes de febrero, se encontraban alrededor de 30 trabajadores guardando el capotillo de trigo en un galpón. Venían las carretas con bueyes tirando la paja desde la era y las dejaban a la entrada y desde allí con horquetas la trasladaban hasta adentro.

Cerca del medio día empezaron a caer una gotitas de lluvia, que cada vez fueron más, al mismo tiempo que se empezó a sentir el rugido de los truenos que parecía que partían el cielo y la tierra. Todos salieron asustados pensando que el galpón se les iba a venir encima. Uno de ellos al ver que los bueyes de las carretas estaban tan inquietos los desenyugó rápidamente y estos asustados se fueron a pasar la tempestad debajo de un frondoso quillay.

Vino otro estruendo espantoso y la descarga del rayo cayó sobre el hermoso árbol, partiéndolo desde la misma punta hasta el suelo y allí quedaron tres bueyes muertos por la terrible descarga eléctrica de esa tormenta de verano.

Luego cayó la lluvia a torrentes y cerca de las tres de la tarde se abrió el cielo y el sol volvió a brillar como si nada hubiese ocurrido.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE

ENTIERROS

Jacqueline Stephanie Garrido Barrueto
11 años, 6° Básico
Escuela G-571 Villa Reina
Parral

Un día cuando mi abuelita estaba en mi casa nos contó una historia que a ella le había ocurrido cuando era joven, ¿quieres saber de qué se trata? Te la contaré...

Alrededor del años 1955, toda la familia de mi abuelita se fue a vivir al sector de la selva, a 12 km al sur de Parral, a una de esas casonas antiguas. Una noche mi abuelita y mi tía (que tenía unos 10 años) vieron que arriba de una cama había una bolsa llena de monedas de plata. Ellas al ver eso se asustaron mucho y salieron corriendo a decirle a los demás. Con los días se acostumbraron a ver este fenómeno, pero no se atrevían a tocarlo ni a tomarlo ya que se dice que cuando aparece un entierro (que así se le llama, ya que dicen que esas monedas son la posesión de ricos antiguos, que para que no se las robaran, las enterraban. Y ahora aparecen buscando algún dueño) hay que tapanlo y dejarlo un año para que no se vaya a otro lugar. Después de este tiempo se destapa y es de la persona. Una tarde de invierno los estaban visitando unos parientes y al pasar por el frente de la pieza, escuchan una voz ¡pásame una banquilla, por favor!, y ellos pensaron que era mi abuelita, y al entrar a la pieza sólo vieron la vela que se prendía y se apagaba. Ellos asustados se fueron a la cocina, donde sí estaba mi abuelita y le contaron lo ocurrido, fueron a ver y allá no había nada. Además, en las

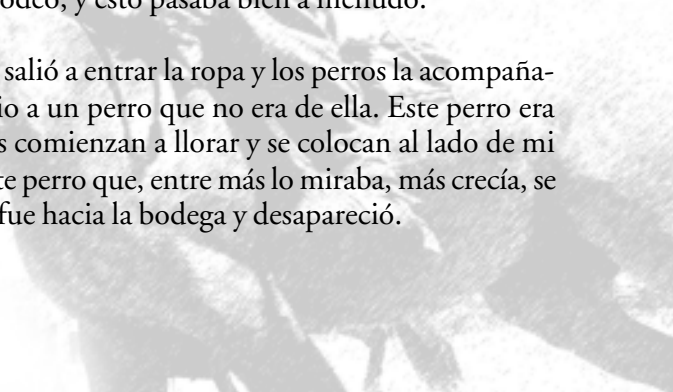
noches cuando iban a dormir, se escuchaba en el techo de la pieza que daban pasos arrastrando algo con piedras. Un día en la mañana, aburridos del ruido que sentían, subieron a ver qué podría hacer ese ruido que sentían. Ellos pensaban que podrían ser ratones o palomas, pero no había nada, y en las noches se seguía escuchando el ruido. Pero no era todo... en las piezas se escuchaba que cerraban las puertas y salían caminando, y al ir a ver no había nadie.

En la bodega, que quedaba al frente de la casa se sentía que lavaban pipas, quebraban huesos y caminaban. En la bodega guardaban vino y el hijo del arrendatario le daba miedo ir solo, así que mis abuelos y mis tíos lo acompañaban, pero no encontraban nada. Un día fueron a estacar un cuero de cordero al lado afuera de la bodega y unos de mis tíos se subió a una ventana con barrotes y mirando hacia dentro de la bodega vio a un hombre a caballo arriba de los lagares, el caballo era negro y las espuelas del jinete brillaban y mi tío gritó ¡El diablo! Se tiró al suelo llorando y se fue donde mi abuelita.

¡Qué lugar! Yo no hubiera soportado estar allí, pero la historia aún sigue...

Al costado sur de la casa había una pesebrera y en el día se veía un conejito que andaba por entre las piernas de las personas, se cruzaba y mis tíos lo querían pillar, pero nunca pudieron porque el conejito desaparecía; pero no le temían ya que era blanco. También a unos cuantos metros había un maitén y en el atardecer salía una gallina negra llamando a sus pollitos y luego desaparecía. Ya a la entrada principal del fundo, al oscurecer se sentía que llegaba un auto y se veían unas luces y mi abuelito pensaba que era el dueño, o sea, su patrón que venía, pero el auto llegaba a una medialuna que había, y se sentía que corrían en vaca, o sea, hacían un rodeo, y esto pasaba bien a menudo.

Una noche mi abuelita salió a entrar la ropa y los perros la acompañaban, pero de repente vio a un perro que no era de ella. Este perro era negro y los otros perros comienzan a llorar y se colocan al lado de mi abuelita. Ella al ver a este perro que, entre más lo miraba, más crecía, se asustó mucho, pero se fue hacia la bodega y desapareció.





Estos sucesos no dejan de pasar y mis abuelos después de algunos años de vivir en la casona, se cambian a otro lugar; y un hermano de mi abuelo, que se fue a vivir ahí, relata que las cosas seguían pasando. Hasta que una noche se ve a una carreta arrastrar piedras que iba hacia la medialuna y desde esa noche no se escuchó, ni vio nada más.

Espero que hayan gozado de esta historia, tal como mi familia y yo cuando la escuchamos.



TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE

MUJER CAMPESINA

Bernardita Isabel San Martín Rojas
16 años, 3º Medio
Liceo Luis Edmundo Correa Rojas
Curepto

En un pequeño pueblo llamado Curepto, a orillas de un estero vivía una anciana llamada Marta junto a sus tres nietos e hijo, quien había perdido a su mujer hace algún tiempo, y para poder alimentar a su familia salía todos los días a trabajar al campo en una gran parcela alejada del pueblo.

La casa de ellos era muy humilde, apenas había una mesa con cinco sillas y tres camas, por lo que debían dormir juntos.

La anciana todos los días salía a buscar leña para cocinar, dejando a los niños en casa.

Fue así como cierto día sin darse cuenta se perdió del camino y no supo por dónde iba, fue así como Marta después de caminar algún tiempo llegó a una cueva, en donde vivía una señora muy amable, la que se encontraba sola en este lugar quien la recibió con mucho cariño y la invitó a quedarse con ella hasta que lo estimara conveniente, dándole de comer y vistiéndola con sus propias ropas hasta llegar a ser grandes amigas; por lo que se quedó allí viviendo.

El padre de los niños, llamado Ruperto, al llegar a su hogar y ver que su madre no estaba, solo sus hijos, sentados a la orilla de un gran fogón llorando por la pérdida de su abuela y le dijeron a él que quizás la causa de su pérdida fue el ahogo en el río.



Es así como la dan por muerta y todo el pueblo se entera y la buscan por mucho tiempo hasta que sus lágrimas y esperanzas son agotadas; por lo que deciden no buscarla más y seguir adelante luchando por sus vidas.

Ahora sus vidas se volvieron más difíciles, ya que Ruperto antes de ir al trabajo debía dejarles a los chicos el desayuno preparado, pero ellos debían hacer el aseo antes de ir al colegio, lavar, entre otras cosas.

Cierto día cuando estaba amaneciendo y los pajarillos cantaban mientras el sol daba sus primeros rayos de luz, vino a la memoria de Marta todo lo que le había recorrido desde que salió de su casa hasta llegar a allí; por lo que decide regresar por donde se había venido despidiéndose de su amiga y prometiéndole que cada día volvería a verla para así contarle cosas que ocurrían en el pueblo y así hacerle compañía.

Pero al llegar al pueblo, la gente que la pudo ver entrando a su hogar se asustó mucho ya que creyeron ver un fantasma, pero los niños no se asustaron porque al verla, pensaron que se había salvado y anduvo rondando por mucho tiempo.

Fue así como al llegar Ruperto y al verla lloró de alegría, la abrazó con mucho cariño y para celebrar este acontecimiento invitó a sus mejores amigos del pueblo he hicieron una gran fiesta, para celebrar la llegada.

Después de haber pasado algunos años, la anciana ya estando demasiada viejita igual iba a buscar la leña y ver a su amiga, pero cierto día no regresó....es así como al aburrirse de esperarla toda la gente decide ir a buscarla, rastreando los alrededores, hasta que la encuentran muerta cerca de la cueva, detrás de unos matorrales, abrazada a un montón de leña, pero solo la pudieron conocer por sus ropas ya que su cuerpo estaba descompuesto.

Al llevarla al pueblo le hicieron un entierro muy humilde y se vistieron de luto por algún tiempo.

Finalmente todos siguieron haciendo sus vidas, pero más unidos que antes....

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE

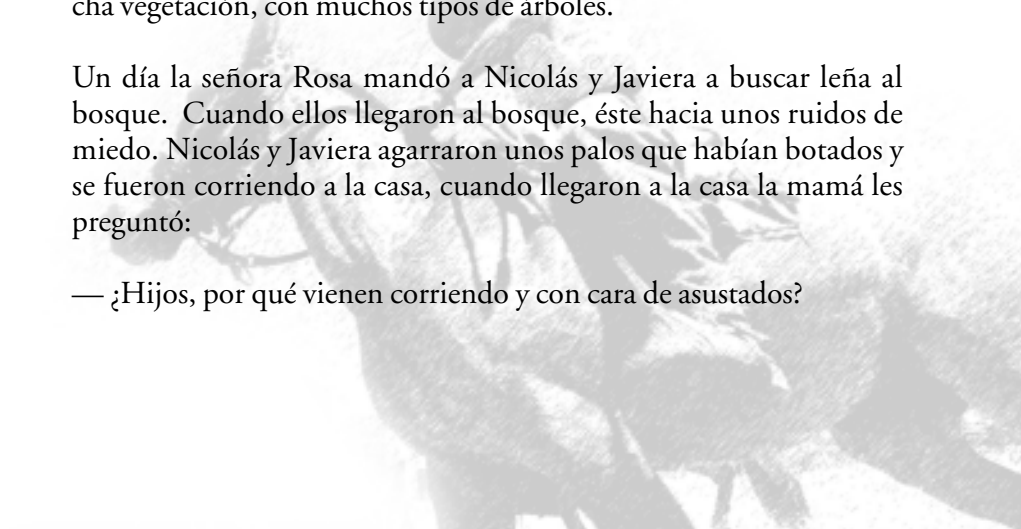
LA FAMILIA DEL CAMPO

Camila Valladares Pereira
9 años, 4º Básico
Liceo San Ignacio
Empedrado

Había una vez una familia que vivía en el campo. El padre se llamaba Héctor Faúndez, la madre se llamaba Rosa Morales, el hijo se llamaba Nicolás y la hija se llamaba Javiera. Ellos vivían en una casa muy linda al lado de un lago que se llamaba el "Sauce". También tenían un invernadero y adentro de él había tomates, lechugas, acelgas y zanahorias y tenían una vaca y varias gallinas. Los niños le ayudaban a la mamá con las labores del campo, por ejemplo: le sacaban leche a la vaca, plantaban y cosechaban las verduras y cocían el pan en un horno de barro. Don Héctor, el papá trabajaba cuidando animales en un fundo que tenía 100 hectáreas y había mucha vegetación, con muchos tipos de árboles.

Un día la señora Rosa mandó a Nicolás y Javiera a buscar leña al bosque. Cuando ellos llegaron al bosque, éste hacía unos ruidos de miedo. Nicolás y Javiera agarraron unos palos que habían botados y se fueron corriendo a la casa, cuando llegaron a la casa la mamá les preguntó:

— ¿Hijos, por qué vienen corriendo y con cara de asustados?





Y los hijos le respondieron mamá:

— ¡Es que en el bosque había unos ruidos de miedo!

Y la madre les respondió:

— Hijos no se asusten. No los voy a mandar nunca más al bosque. Otra vez iré yo.

Un día decidieron hacer un paseo a la ciudad, porque los niños no la conocían. Viajaron a caballo hasta un lugar donde tenían que tomar el bus y cuando llegaron a la ciudad encontraron todo muy bonito, recorrieron por tiendas y muchos lugares, pronto decidieron volver y dijeron a sus padres que les gustaba más el campo, porque era más tranquilo había muchos pajaritos y menos contaminación. Finalmente vivieron felices para siempre en el campo.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VII REGIÓN DEL MAULE

EL CABALLO MISTERIOSO

Esteban Enrique Muñoz Montecino
12 años, 7º Básico
Escuela G-537 Paula Jaraquemada
Longaví

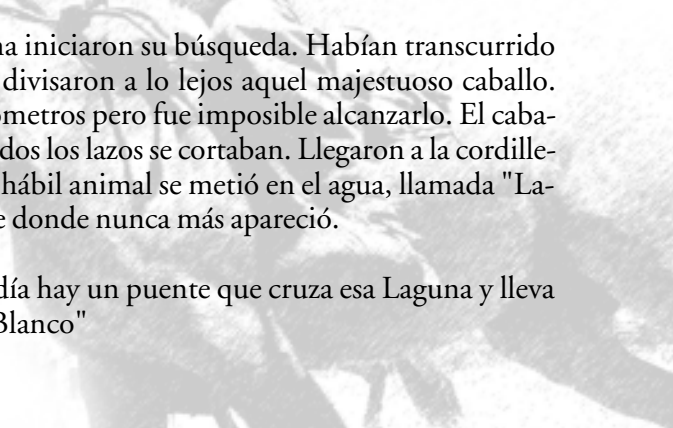
Esta historia, sucedió, según contaba el abuelo de mi papá, en un fundo llamado Santa Elena, cercano a las Termas de Panimávida, allá por el año 1890.

En una laguna que se encontraba en el fundo se podía observar un caballo blanco, el cual en las noches salía de ella para cubrir a las yeguas. Pero los hijos de ese caballo nacían con malformaciones: sin una oreja, sólo con tres patas, sin cola.

Los dueños del fundo no podían explicarse lo que estaba sucediendo, hasta que los capataces contaron lo que habían visto una de esas noches y pensaron que aquel caballo blanco era el que producía estos potrillos defectuosos. Fue así como el patrón del fundo reunió a los mejores hombres y sus bestias para ir en busca del caballo blanco, los mandó a cortar llevín y con ese pasto construyeron fuertes lazos.

Una noche de luna llena iniciaron su búsqueda. Habían transcurrido unos minutos cuando divisaron a lo lejos aquel majestuoso caballo. Corrieron muchos kilómetros pero fue imposible alcanzarlo. El caballo era tan fuerte que todos los lazos se cortaban. Llegaron a la cordillera tras su presa, pero el hábil animal se metió en el agua, llamada "Laguna del Maule", desde donde nunca más apareció.

Es por eso que hoy en día hay un puente que cruza esa Laguna y lleva por nombre "Caballo Blanco"





**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**

EL CARGADERO DE NIEVE

Sebastián Andrés Rivera Carrasco
13 años, 5° Básico
Escuela Rural G-357 El Avellano
Yungay

¿Se han preguntado alguna vez cómo eran los primeros helados que existieron? Niños, adultos y abuelos saben de las exquisiteces de un barquillo. Hoy en día hay tantos sabores y formas...

En esta historia les relataré lo que mi abuelo me contó respecto a los helados.

Donde yo vivo en invierno la nieve suele vestir de blanco las praderas, como se imaginarán, el frío traspasa hasta los más gruesos atuendos de abrigo.

Si bien con los años las cosas suelen cambiar, la naturaleza tiene cambios que hoy en día los campesinos dan fe a través de historias y relatos contados de generación en generación.

Mi abuelo que como muchas otras personas es nacido y criado en este sector, me contó que hace muchos, pero muchos años, un grupo de lugareños se internaba en lo alto de la cordillera con carretas y gran cantidad de fardos de paja. Ustedes se preguntarán ¿para qué era todo eso? Bueno, mi abuelo dice que estos campesinos subían hasta un lugar que llamaban "Infiernillo". Una vez llegados allá, comenzaban a cortar la nieve en grandes cubos los cuales colocaban en las carretas

entre los fardos. Esto era debido a que el viaje demoraba muchos días entonces la paja les servía para mantener el hielo de la nieve.

Estos hombres debían sobrellevar el viaje no sólo por la nieve, sino que también por lo peligroso de la geografía.

Esta nieve la trasladaban hasta el pueblo, donde la vendían al único señor que tenía una heladería. Por lo tanto, los primeros helados que por aquellos años tanto niños como adultos disfrutaban eran gracias a estos recordados cargaderos de nieve traída de nuestra majestuosa cordillera.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA VIDA DE UNA MUJER ANTIGUA

Marcela Ruth Aníñir Llancao
13 años, 8° Básico
Escuela G-802 José Mariano Campos Menchaca
Sara de Lebu
Los Álamos

Se cuenta que, antiguamente, las mujeres tenían los hijos en sus casas, ayudadas, en algunas ocasiones por mujeres un poco ancianas, llamadas parteras.

Había una vez una mujer que tuvo 14 hijos. El último embarazo lo pasó pésimo, ya que no tenía zapatos y debía caminar por el barro y piedras totalmente descalza, puesto que su situación económica era extremadamente mala. Fueron meses de tristeza, llanto y aflicción, pensando en cómo recibiría a su guagua. Pero como siempre, recibió muy feliz a su nueva hijita.

El esposo de esta mujer hacía lo posible por llevar comida a su familia. Un día decidió ir a pescar, ya que sus hijos estaban pasando hambre. Por esos años había muchas machas y le fue muy bien y pudo darles de comer a sus hijos y también vender. Así fue ganando pesitos para poder sobrevivir.

La familia vivía en una casa con piso de tierra, techo de paja; sus camas también estaban hechas con paja y las sábanas de bolsas de harina y frazadas de lana de ovejas que la mujer tejía.

Toda esta pobreza debió pasar esta madre que con el tiempo iba envejeciendo. Su hijo mayor a los 17 años salió a trabajar y después de un año volvió a su casa y llevó ropa y comida para sus padres y hermanos. Por un momento la familia estuvo feliz, sin embargo esa felicidad duró poco, pues su hija menor, que estaba por cumplir los 5 años falleció, puesto que siempre fue muy débil, tal vez por su precaria alimentación.

Después de la muerte de su pequeña hija, la mujer cayó en una gran depresión, se envejeció aún más y ya no tenía fuerzas. Cuando estaba recuperándose de la gran pérdida sufrida, otra mala noticia amargaría a esta familia, su hijo, el que trabajaba en la ciudad, murió, nunca supieron decirle la causa y si había culpables o no.

Después de la muerte de su hijo, la mujer se enfermó y un día rodeada de sus hijos, cerró los ojos para siempre.

Esta historia es muy especial para mí, ya que esa mujer era mi abuelita.





TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA CASCADA DE LA NOVIA

Claudia Lorena Maldonado Figueroa

16 años

Liceo Comercial B-22

Talcahuano

Taihuén, una playa casi paradisíaca, es un lugar pasmoso, de ensueño. Las olas parecen susurrar dulces melodías que se inundaban en el azul del océano y la arena refleja con sigilo el paso del tiempo y se estremece con el caminar del viajero.

El mar que baña esa playa todo lo sabe y si sabemos oír escucharemos su voz. En el silencio de la brisa, las olas murmuran la triste voz de alguien que ahí a su vida dio fin.

En este hermoso entorno se encuentra ubicada una pequeña cascada, que se despeña con fuerza entre las mustias rocas que reflejan el sol y las gotas de agua que salpicando se arrancan, caprichosas, del arco iris que se posa para lucir su esplendor. Quién imaginaría que esta cascada guarda un secreto que ni el paso de los siglos y la hermosura del lugar pueden ocultar.

Corría el año 1884 y en el actual moderno sector de Las Canchas en Talcahuano aún se encontraba en terreno rural. No había más que un par de cabañas, no poseían ni posta ni capilla y desde las ventanas se veía el bosque y majestuoso mar.

Entre las familias del lugar, estaban los Toloza, que tenían gran influencia en la aldea por su alto nivel moral. Esta familia tenía dos jóvenes en edad de nupcias. Una era Sofía, divina con distinción y voz de mando y, menor que María, su hermana. Era María, muy risueña y escrupulosa, de unos dieciocho años de edad, con el pelo largo y negro azabache y mirada cálida y serena como su mar. Las dos vivían con sus padres, personas intachables, con humanos principios y buen tratar.

Los padres, para asegurarle el futuro a su hija mayor, la comprometieron con un apuesto joven de Concepción, de familia insigne y renombrada. Él era Juan, alto y recio como un roble y que con su sola presencia provocaba respeto. María se sentía muy enamorada de Juan, pero éste sólo tenía ojos para Sofía.

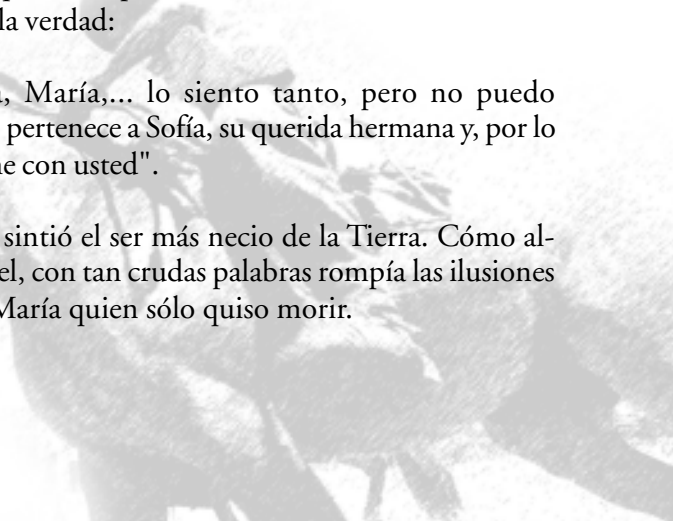
Un catorce de octubre de 1885, llegó la hora en que María y Juan unieran sus vidas para siempre. Estaba todo preparado, desde las flores hasta el cura que los casaría en el patio central de la aldea.

María parecía un ángel con aquel vestido blanco que su madre también había usado el día de su boda; pero algo no andaba bien. Juan estaba profundamente apenado y no quería estar con su prometida; ya que Sofía, presa de angustia y dolor, le había confesado su amor. Juan, que la amaba desde que la vio, le entregó su corazón.

Decidió que no podía cumplir su palabra, que la que debía llevar ese hermoso vestido blanco era su amada Sofía. A pesar de las conveniencias y el silencio afecto que sentía por María salió de la cabaña, caminó hacia la joven y le dijo la verdad:

"María..., mi querida, María,... lo siento tanto, pero no puedo engañarla... Mi amor le pertenece a Sofía, su querida hermana y, por lo tanto, no podré casarme con usted".

Ella se sorprendió y se sintió el ser más necio de la Tierra. Cómo alguien podía ser tan cruel, con tan crudas palabras rompía las ilusiones y el amor de la pobre María quien sólo quiso morir.





Se echó a correr tan rápido que no le costó perder de vista a Juan, quien la siguió instintivamente; mas Juan no conocía el tupido bosque en el que María había crecido. Los matorrales no dejaban pasar la luz del sol, pasaron las horas y Juan desistió de su búsqueda y volvió a la aldea, desechando toda culpa y asegurando que la joven pronto volvería.

Mientras tanto, caía la noche y María, cansada de tanto correr sin rumbo, se detuvo. Sus pasos la habían llevado a un riachuelo, bebió de sus aguas y la luz de la luna reflejó su triste rostro en el agua, las lágrimas se deslizaron presurosas por sus mejillas y se juntaron con las limpias aguas del arroyo. ¿A dónde llevaría sus lágrimas el arroyo? Lo siguió, se acercó a la orilla y se encontró al borde del abismo. Miró hacia abajo: había una playa de arenas de playa y en el horizonte la luna se bañaba tranquila en la paz del inmenso mar. Cerró sus ojos e instintivamente dio un brinco para caer y dar fin a su vida.

Al otro día, la aldea completa salió en su busca. Luego de horas de infructuoso trabajo, llegaron a la playa. Desde ahí se veía el acantilado por donde se despeñaba la cascada. Sólo un largo velo que ondeaba al viento quedaba de la hermosa joven. El mar se había convertido en la última morada de la joven novia.

La gente volvió a la aldea y este episodio decidieron olvidar pero el mar inmortaliza sus penas en las olas y las aguas bañan los recuerdos. Ahora, más de un siglo ha pasado, niños corren por las arenas que el secreto de María custodian, ocultando en cada grano una pena que el suicidio no perdonó... Chocan sucesivamente en las rocas las lágrimas que caen eternamente de lo alto del manantial, y se refugian, furtivas, en el oleaje que viene y va, amparando su alma en las profundidades, para darle la eterna paz que la vida no le otorgó.

"Dedicado a mi padre
que nunca dejó de confiar en mí".

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL AVIÓN ESTRELLADO

Max Alejandro Lepe Soto
13 años, 6º Básico
Escuela F-820 Ana Molina
Tranaquepe, Tirúa

Había una vez unos hombres que venían de la Isla Mocha para Tirúa y el avión traía carne y unos tarros con grasa.

Pero el avión no pudo mantenerse en su vuelo, y se estrelló en una roca que estaba adentro del mar, con los hombres llamados Esteban y Cristián.

Esteban era el piloto y Cristian el pasajero. El pasajero murió y nunca más lo encontraron en el mar, y a don Esteban lo enterraron en la arena para poder salvarle la vida porque enterrándolo se iba a calentar. Los hijos de don Esteban apenas supieron que no llegaba el avión se extrañaron y se pusieron a llorar.

La madre no sabía qué pasaba y el hijo mayor le fue a decir que su padre no llegaba a la cancha de aviación para ir a almorzar y una persona llegó diciendo que un avión se había estrellado y era el avión del papá del niño, el cual se estrelló a la orilla de una roca.

La madre fue a la comisaría a decir que un avión se había estrellado y en el avión iba su marido. Los macheros se hicieron cargo de él y el hombre al momento que se sintió bien dijo: Muchas gracias, amigos, por haberme salvado la vida; y después se fue contento para su casa.



Pero él no se acordó a dónde vivía porque había sufrido un golpe en la cabeza, pero algo sí se acordaba que vivía en Tres Pinos cerca de Cerro Alto. Se fue en un bus de trabajadores porque los otros buses no lo querían llevar porque estaba un poco sangriento y cochino con arena, y después pasaron tres años y pusieron una seña de una santita para rezar la familia para que volviera a casa.

Después que pasaron años y años estos tenían hijos y un hijo quería aprender a pilotear pero su mamá no lo dejó ir a tomar clases para ser piloto, porque no quería que le pasara lo mismo que a su padre y el padre no tenía trabajo se puso a tomar pero el hijo salió de la universidad y él tuvo que trabajar para la casa.

Y después que iban a cumplirse 6 años de a donde se había estrellado dejaron una marca con una boya que pudiera flotar. Los hijos de los 2 hombres crecieron y un día el papá de Carlos le dijo: ese es el hijo del hombre que me estrellé.

"Hola, amigo, como estás". ¿Me conoces? No, ¿quién eres? Le dijo: yo soy el hijo del piloto del que tú padre se estrelló y murió. Ah, sí, ahora me acordé, tú eras el que lloraba por tu padre que creías que era el tuyo, era el mío que había muerto pero todavía lo siento cada vez que lo veo en foto me da una impresión que a mí me irá a pasar lo mismo y el joven se fue para la Isla Mocha para saber cómo había muerto su padre porque el joven llamado Felipe no sabía en qué se había estrellado su papá y cómo había muerto pero una persona le dijo la verdad con quién había muerto y cómo murió, él lloró toda la conversación.

MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

EL PEUCHÉN

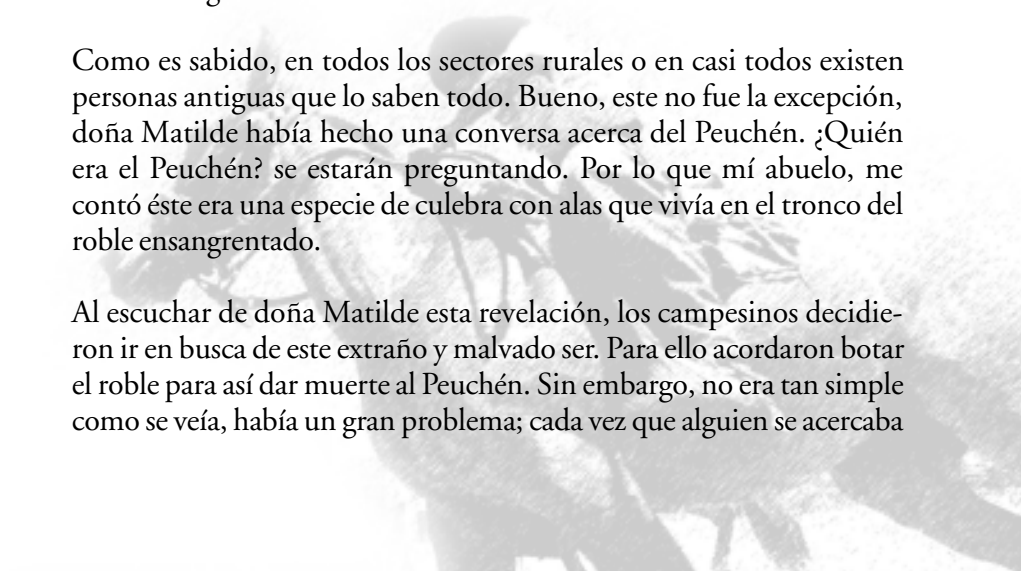
Alexis Abram Rivera Carrasco
11 años, 4º Básico
Escuela Rural G-357 El Avellano
Yungay

Lo que contaré a continuación sucedió aproximadamente en el año 1905 en el famoso fundo Las Cruces.

Dice mi abuelo que en este fundo había un viejo roble chorreado con sangre. La gente que por ahí vivía o pasaba no sabía de qué se trataba. Paralelo a esto comenzaron a darse cuenta que los animales estaban muriendo por circunstancias muy extrañas. Había de toda clase de animales muertos, pero lo realmente similar era que todos ellos estaban sin sangre.

Como es sabido, en todos los sectores rurales o en casi todos existen personas antiguas que lo saben todo. Bueno, este no fue la excepción, doña Matilde había hecho una conversa acerca del Peuchén. ¿Quién era el Peuchén? se estarán preguntando. Por lo que mi abuelo, me contó éste era una especie de culebra con alas que vivía en el tronco del roble ensangrentado.

Al escuchar de doña Matilde esta revelación, los campesinos decidieron ir en busca de este extraño y malvado ser. Para ello acordaron botar el roble para así dar muerte al Peuchén. Sin embargo, no era tan simple como se veía, había un gran problema; cada vez que alguien se acercaba





al roble, el Peuchén le chupaba la sangre, lo que inevitablemente ponía en peligro a los hombres.

Entonces el grupo de campesinos acordaron lo siguiente: Todos los que fueran a tan valiente hazaña debían hacerlo ebrios ya que de esta forma el Peuchén cuando bebiera la sangre también bebería gran cantidad de alcohol. Fueron turnándose de uno en uno, con hacha en mano le daban apresuradamente al roble hasta que por fin lograron botar el árbol y ahí por primera vez lograron ver a tan temida criatura.

El Peuchén intentó huir pero como al chupar sangre también chupó alcohol, en su esfuerzo por volar se fue contra el suelo. Sus alas no le respondieron, entonces los hombres aprovecharon la ocasión y lo mataron dando fuertes palos sobre él.

Con el Peuchén ya muerto, los animales estarían a salvo para siempre.

El roble aún continúa sobre el suelo como una señal de lo que ocurrió, formando una gran mancha roja que ni el agua ha podido borrar.

MENCION HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LA NIÑA ENDEMONIADA

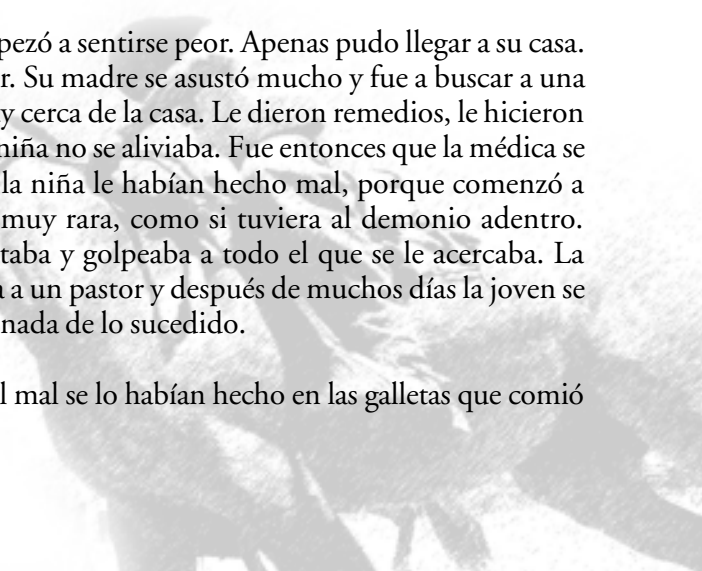
Diego Alberto Roca Pinto
13 años, 7º Básico
Escuela G-802 José Mariano Campos Menchaca
Los Álamos

Había una vez una niña que quería ser carabinera. Para hacer los trámites necesitaba la firma de su papá, el cual nunca la había reconocido, aunque conversaba, a veces, con él.

Un día la mandaron a comprar a Sara de Lebu (ella vivía en Pitra Cui-Cui a 2 kilómetros de Sara). Allí vivía su papá con su esposa, ya que él se había casado con otra mujer, y decidió pasar a su casa. La invitaron a tomar café con galletitas y ella aceptó, pues tenía la intención de pedirle a su papá que firmara los papeles que necesitaba. No se atrevió a pedirselo puesto que comenzó a sentirse mal, además, ya se había hecho de noche y debía irse a su casa.

Al salir de la casa empezó a sentirse peor. Apenas pudo llegar a su casa. Se desmayó del dolor. Su madre se asustó mucho y fue a buscar a una médica que vivía muy cerca de la casa. Le dieron remedios, le hicieron machitones, pero la niña no se aliviaba. Fue entonces que la médica se dio cuenta de que a la niña le habían hecho mal, porque comenzó a hablar con una voz muy rara, como si tuviera al demonio adentro. Decía cosas feas, gritaba y golpeaba a todo el que se le acercaba. La mamá le pidió ayuda a un pastor y después de muchos días la joven se sanó y no recordaba nada de lo sucedido.

La médica dijo que el mal se lo habían hecho en las galletas que comió en casa de su padre.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO

LOS ENAMORADOS

Maricela Alejandra Muñoz Godoy
11 años, 6° Básico
Escuela Rural G-357 El Avellano
Yungay

Me contó mi abuelito que hace muchos años, existió una pareja de enamorados que eran muy felices y vivían en plenitud su profundo amor.

Con el tiempo estos novios decidieron contraer matrimonio y como ambos eran del mismo sector acordaron celebrarlo con una gran fiesta en casa de Rosalía.

Cuando el curita dijo "Hasta que la muerte los separe", los novios sintieron una tenue brisa que acariciaba sus rostros y sin pensarlo sus ojos se encontraron fijamente el uno en otro. Pues aquella mirada tal vez sería el comienzo de un final cercano.

Fue una ceremonia muy hermosa, los copihues adornaban los faroles puestos para la ocasión, las mesas, unas al lado de la otra, demostraban la unión, la amistad y por sobre todo la felicidad. Mientras tanto la pareja de recién casado disfrutaban segundo a segundo las delicias de la noche.

Pasaron no más de tres días y todo era felicidad para esta nueva pareja. El sol parecía irradiar sobre ellos toda su fuerza y juventud.

Una tarde como de costumbre salieron a dar un paseo por el campo, alejándose de la casa sin un rumbo fijo. Cuando ya apenas divisaron los techos de la casa sintieron una leve brisa en sus rostros, como aquella que sintieron cuando se estaban casando. Se detuvieron junto a unos árboles y la brisa ya no era tan suave sino que cada vez era con más intensidad.

No pudiendo con la fuerza del viento, éste los atrapó con una fuerte tempestad elevándolos hasta desaparecer por completo.

Después de un largo rato, sus familiares y amigos, viendo que ellos no llegaban, salieron a su encuentro buscando por todos lados. Se dividieron en grupos. En esta tarea estuvieron varios días y sólo lograron encontrar la bufanda de Rosalía enredada entre las ramas de un árbol. De ellos nunca más se supo...

Algunos cuentan que por los lugares que ellos solían pasear aparece una pareja de pájaros de muy bellos colores. Dicen que su plumaje cambia constantemente de tonalidades jamás visto por el hombre. En sus constantes visitas se siente el trinar que para muchos es la voz de la pareja que canta alegremente su felicidad.





PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA CHUECA

Marcela Beatriz Levín Curinao
14 años, 8° Básico
Escuela Municipal G-339 Huampomallín
Galvarino

Mi abuelo, cuando estaba vivo, me contaba historias y costumbres que practicaban cuando él era joven. La siguiente es una de ellas:

En la comunidad donde vivimos se practicaba, y aún se practica, el juego del palín o chueca. Cuando llegaba una invitación de otra comunidad para participar y ellos aceptaban, se preparaban con entusiasmo.

Para saber si ganarían o perderían, iban al cementerio y desenterraban la cabeza del hermano de mi abuelo, porque él antes de morir era el mejor jugador de chueca de la comunidad; dentro de la cabeza le colocaban la pelotita de greda envuelta con cuero con la cual iban a jugar y luego la dejaban en la casa del mejor jugador que quedaba, y ese era mi abuelito.

Si la cabeza silbaba a las cuatro de la mañana, significaba que ellos iban a ganar y mi abuelo se tenía que levantar para ponerle dos chuecas cruzadas a la cabeza y después derramarle dos litros de muday.

A las ocho de la mañana llegaban todos los jugadores al lugar en donde estaba la cabeza y gritaban, tocaban el cacho (kul-kul) y otros instrumentos mapuches, como forma de agradecimiento por indicarle que iban a vencer. Después todos se iban muy tranquilos y confiados a jugar.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

CASI ME COME EL LEÓN

Gonzalo Andrés Igor Ulloa
16 años
Liceo Martín K. Palma
Nueva Toltén-Queule

El otro día nos fuimos temprano con mi mami y mis dos perros, el Roqui y el Quintín (este último es viejito) a la murta.

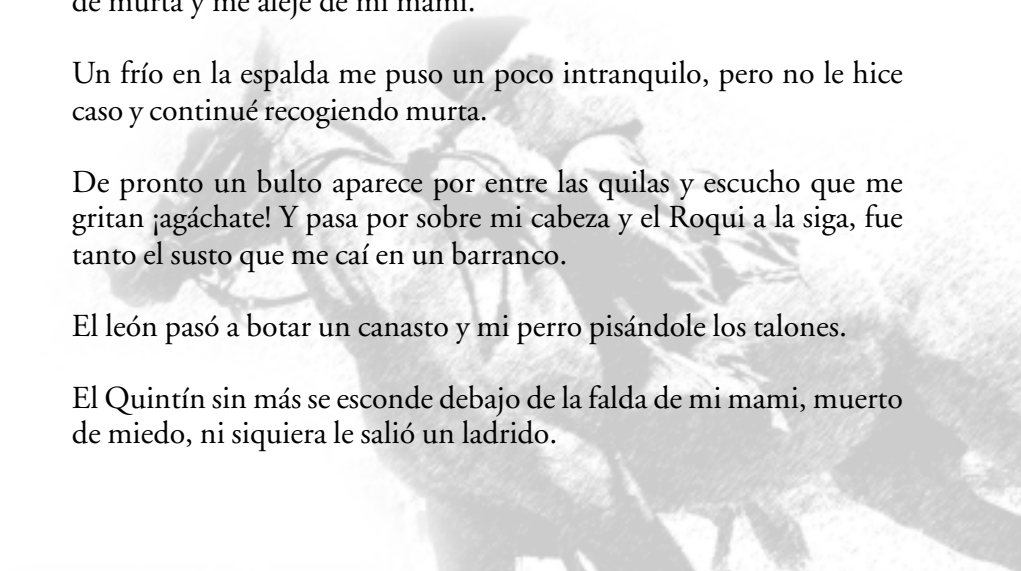
Caminamos como dos horas cerro arriba, hasta llegar al murtal. En este lugar hay dos quebradas que descienden por ambos lados del cerro, con muchas matas de quila y helechos por lo que la vista es muy mala. Dicen que es sitio predilecto por los leones. Pero yo soy todo un hombre y no me da ni una pizca de miedo. Entusiasmados recogiendo murta nos empezamos de a poco a acercarnos a la quebrada, ya ahí que se encuentran frutos mucho más lindos. En eso veo una mata grande de murta y me alejé de mi mami.

Un frío en la espalda me puso un poco intranquilo, pero no le hice caso y continué recogiendo murta.

De pronto un bulto aparece por entre las quilas y escucho que me gritan ¡agáchate! Y pasa por sobre mi cabeza y el Roqui a la siga, fue tanto el susto que me caí en un barranco.

El león pasó a botar un canasto y mi perro pisándole los talones.

El Quintín sin más se esconde debajo de la falda de mi mami, muerto de miedo, ni siquiera le salió un ladrido.





Mi mami bajó corriendo hasta donde yo estaba y con mucho esfuerzo me sacó del barranco. Yo pálido como una cera me pongo a correr cerro abajo.

¡Qué canasto con murta!, lo dejé ahí mismo botado y ni miré para atrás.

Mi mamá me gritaba que me detuviese, que el Roqui siguió al león para la quebrada y yo como más vivo que muerto seguí corriendo. Yo creo que me demoré menos que un avión en llegar a la casa. Mis hermanas me quedaron mirando con una de esas caras de yo no entiendo.

— ¿Qué te pasó?

— ¿Mi mami viene atrás?

— ¿Y tu canasto con murta?

Mucha pregunta junta y yo sólo atiné a decir:

— ¡Cacacasi me me cocome e el león!

— ¡Casi me me coocome el le león!

Y caí al suelo como un saco de papas por el susto y el esfuerzo.

Como a la hora después llegó mi mamá muerta dela risa, que el susto no era para tanto, si el león era un cachorro, y que saltó por ahí porque el Roqui lo siguió.

Y a mí nadie me saca de la cabeza que "casi me come el león" y eso que yo soy todo un hombre.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

MI HISTORIA ENTRE
MAPUÑANCÚ Y CANADÁ

Jimena Muñoz Castillo
13 años, 7º Básico
Escuela F-102 Canadá
Collipulli

Mi historia comienza en 1999, cuando entré a 1º básico en la escuela de Mapuñancú. Ahí estuve hasta 4º año básico. En el año 2003 me fui a estudiar a la Escuela-102 Canadá de Collipulli, ubicada a treinta kilómetros de la ciudad.

Cuando yo tenía 6 años comencé a estudiar en la escuela de Mapuñancú, yo no conocía a nadie. El único que sabía de mi existencia era mi primo Dionisio, pero él no me conocía al principio. Luego de algunas semanas me comenzó a conocer, yo hablaba con él y le ayudaba en lo que podía, en lo que yo sabía. Con el tiempo fui conociendo a las otras niñas y me hice amiga de Macarena y Alejandra, eran mis mejores amigas junto con mi primo. Ese año me esforcé mucho para poder pasar de curso junto con otra niña llamada Oriela; pero ella nunca me pudo ganar, siempre obteníamos las mismas calificaciones, Macarena era la mejor alumna del curso.

E 2º año básico yo conocía a todos los niños de la escuela y para mí esa era la mejor escuela, yo creía que los profesores eran los mejores del mundo, ese año fue uno de los mejores para mí ya que todo tenía sentido. Me acuerdo que era fanática del fútbol y siempre quería jugar. Ese año obtuve el primer lugar en mi curso junto con Oriela y para la despedida realizaron un desfile de trajes de baño.



En 3º año básico nuestra profesora nos dijo que el próximo año nos correspondería el Simce. Eso me hizo ponerme un poco nerviosa, ya que sabía que si nos iba mal, le iría mal a toda la escuela y a los profesores los podrían echar de su trabajo. Ahora comprendo que eso no puede ser, porque no siempre es culpa de los profesores. Uno de los mejores recuerdos los tengo en este año ya que logré muchas cosas importantes, como los paseos de fin de año que realizaba la escuela.

En la escuela había un niño llamado Pedro con el cual yo siempre peleaba porque era demasiado pesado y además creído, pero con el tiempo nos hicimos grandes amigos. Este tenía un amigo llamado Roberto el cual era súper simpático y buen mozo para mis ojos, yo comencé a sentir un gran cariño por él, incluso dije que me gustaba y le conté a mis amigas todo y ellas me comenzaron a molestar y a preguntarme cuándo me iba a casar con él. Le envié una carta de amor que hasta el día de hoy no recibo respuesta.

Ese año construyeron una sede en la escuela, en la cual realizaban actos y además nosotros jugábamos tenis de mesa y nos entreteníamos mucho, después en septiembre realizábamos los juegos populares. Yo ese año fui elegida para ser reina de fin de año con varias parejas más y obtuve el 3º lugar.

En 4º año básico yo estaba súper nerviosa porque nos correspondía el Simce, ese año yo comencé a ir a Collipulli a representar la escuela en atletismo, obteniendo destacados lugares y dejando en alto mi pequeña escuela.

Justo ese año llegó a la escuela una niña nueva llamada Natalia, la cual era súper buena amiga, yo con la Macarena le decíamos a la profesora que ella se sentara al lado de nosotras porque creíamos que era buena alumna, pero, en realidad era regular; nosotras le decíamos todas las tareas porque ella no sabía nada.

Una tarde en la cual nos íbamos, algunos niños quedaron en la calle y uno de ellos lanzó una piedra pegándole a Natalia en la boca, el niño huyó rápidamente que nadie lo alcanzo. Natalia fue llevada a la posta lo más rápido que el profesor pudo y su hermana se fue para avisarle a su abuela.

En 5º año básico se fue mi amiga Oriela y solo quedé yo como una de las mejores alumnas. Ese año realizamos la pascua del conejo. Yo ese año estaba con una tía porque mi madre se había ido a otro lugar, pero yo estaba súper contenta porque igual iba a luchar por mis estudios. En noviembre se realizó la candidatura, con algunos bailes y sorpresas que habíamos preparado. Después le dimos la despedida a nuestra profesora Rosa Soraya Jiménez con una pequeña sorpresa.

En 6º año básico llegué a la escuela Canadá donde conocí a muchas personas simpáticas. Yo tenía como amiga a Karen, una niña demasiado simpática pero con el tiempo todo cambió y nos comenzamos a pelear por culpa de otras personas. Tanta fue mi rabia que le escribí una carta anónima de amenaza la cual me trajo serios problemas. Para mí, Canadá es un lugar súper bonito donde los profesores se preocupan por sus alumnos, aquí aprendí muchas cosas valoricas que me han servido mucho.

En 7º año básico entré dos días después de que las clases habían comenzado y me encontré con mi querida amiga Nicole y juntas lo pasamos súper bien. Un día nos peleamos por broma para que unas niñas creyeran y lo logramos, ellas nunca se dieron cuenta. Yo con la Nicole jugamos mucho y un día en clases de Lenguaje nos dio un ataque de risa tan grande que el tío Arturo nos retó, casi nos manda para afuera y justo ese día tuvimos que leer una carta de amor y Nicole no pudo porque la risa no la dejaba.

Todo el día me la paso siguiendo a Germán, José y a Mauricio porque ellos me dicen grande, todo porque soy baja de estatura. Mido tan sólo un metro y cincuenta centímetros. Tengo doce años. Este año espero pasar de curso y lograr lo que quiero. Quiero estudiar para ser una profesional y ayudar a la gente que se queda en el campo, porque no tienen los medios para salir adelante y tener una mejor vida.





**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
X REGIÓN DE LOS LAGOS**

EL NIÑO CAMPESINO

Marcela Alejandra Aichele Castillo
7 años, 3° Básico
Escuela Rural Nochoco
Puerto Octay

Marcos era un niño campesino, que le gustaba trabajar en el campo. Arreaba ovejas, vacas, etc. Es más, le gustaba hacer todas las cosas de la casa y hacía quesos con la leche de las vacas.

Un día arreando ovejas se encontró con un león que estaba comiendo las vacas y el niño asustado fue donde su papá a decirle que un león se estaba comiendo las vacas. El papá rápidamente fue en busca de un arma. El papá y el niño fueron a ver y el león ya se había comido todas las vacas.

El niño muy triste se fue a su pieza a llorar y no salió hasta el otro día. Después de tanto tiempo fue el cumpleaños del niño y su papá le regaló hartas vacas y el niño muy contento olvidó todo y vivieron muy felices.

SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL PESCADOR

Orlando Raimilla Allancán
10 años, 5º Básico
Escuela Rural San Miguel de Coñimó
Chiloé

Me contó mi papá que una vez que dos hombres fueron a pescar, un lobo de mar los siguió hasta donde era el lugar de la pesca. Cuando tiraron su red al mar, el lobo empezó a comer los pescados en la red. Uno de los pescadores muy enojado golpeó al lobo con una vara y el animal se sumergió.

Una día el compadre del pescador que golpeó al lobo llegó muy asustado, le llevó un telegrama urgente citándolo a la Capitanía de Puerto Montt para el día lunes a las dos de la tarde.

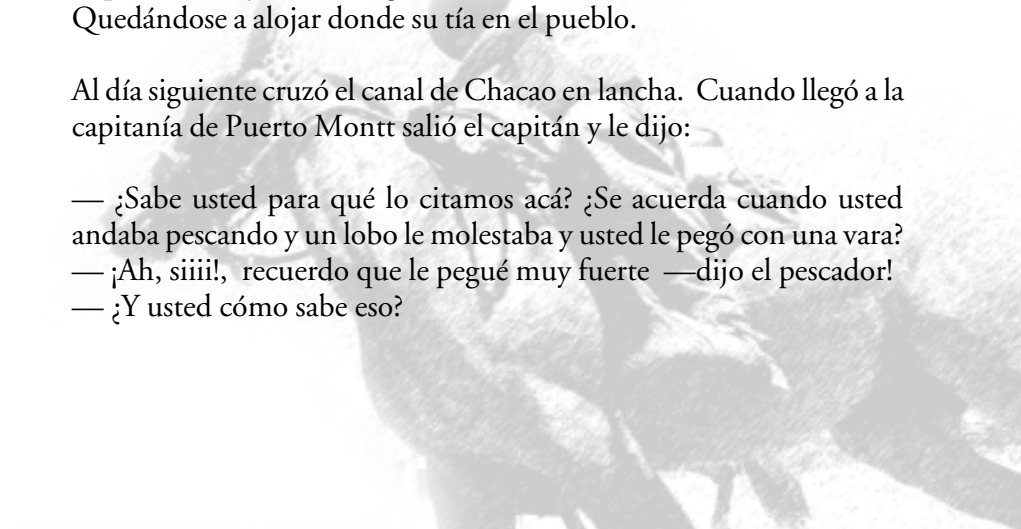
El pescador viajó el domingo a caballo hasta Chacao (cerca de Ancud). Quedándose a alojar donde su tía en el pueblo.

Al día siguiente cruzó el canal de Chacao en lancha. Cuando llegó a la capitanía de Puerto Montt salió el capitán y le dijo:

— ¿Sabe usted para qué lo citamos acá? ¿Se acuerda cuando usted andaba pescando y un lobo le molestaba y usted le pegó con una vara?

— ¡Ah, síiiii!, recuerdo que le pegué muy fuerte —dijo el pescador!

— ¿Y usted cómo sabe eso?





Entonces el capitán llamó a un hombre, el cual salió de una sala herido de un ojo, y el capitán le dijo:

— Mire, mi amigo. Este es el lobo que usted golpeó esa noche! Era un marino del "Caleuche" que andaba de franco" y cazando para comer aquella noche.

El pescador muy asustado preguntó:

— ¿Cómo puedo remediar mi error?

El capitán le dijo:

— El día martes pasará por su sector un barco muy grande. No les preguntes nada. Sólo hazle un gran banquete y así quedarán arreglados tus problemas con la gente del buque.

El pescador hizo lo que el capitán le dijo. Y todos los martes pasaba la tripulación de aquel barco y el pescador le hacía grandes fiestas.

Así el hombre reparó su error con aquel marino y nunca más golpeó a un animal acuático, sobre todo a los lobitos, a quienes les guarda mucho respeto debido al chasco que le pasó en alta mar.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
X REGIÓN DE LOS LAGOS

EL CHIVO

Daniel Alejandro Mancilla Díaz
9 años, 4º Básico
Escuela Rural Nochaco
Puerto Octay

En 1970 mi tío y con sus amigos andaban jugando en una pampa a las escondidas.

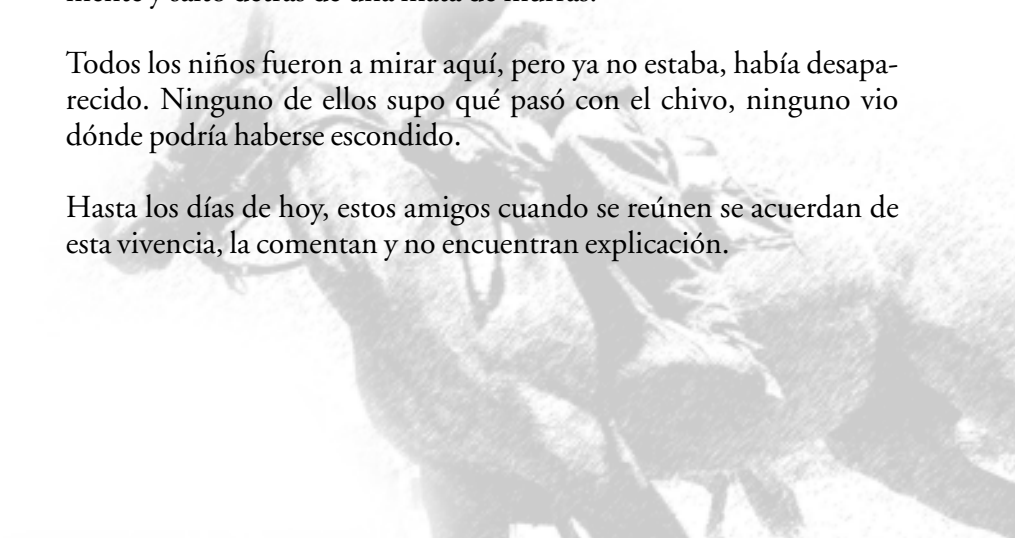
Se escondieron detrás de unas matas y de pronto vieron a un chivo que apareció de la nada en la pampa.

Uno de sus amigos le dijo a mi tío: ¡mira el chivo que está allá! si recién no estaba.

Todos lo quedaron mirando. Cuando el chivo los vio, arrancó velozmente y saltó detrás de una mata de murras.

Todos los niños fueron a mirar aquí, pero ya no estaba, había desaparecido. Ninguno de ellos supo qué pasó con el chivo, ninguno vio dónde podría haberse escondido.

Hasta los días de hoy, estos amigos cuando se reúnen se acuerdan de esta vivencia, la comentan y no encuentran explicación.





**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
X REGIÓN DE LOS LAGOS**

EL TERNERO FENÓMENO

Elio Alejandro Alvarado Uribe
8 años, 3° Básico
Escuela Rural Nochaco
Puerto Octay

Un día 25 de marzo nació un ternero fenómeno durante una hora y media.

Nació por medio de cesárea, por lo tanto se vio que venía sin el urinario, con las patas dadas vueltas y con una cabeza grande, muriendo al instante de nacer.

Luego se cosía la vaca capa por capa.

Después se inyectó para que no sufra ninguna infección y por un período de un mes estuvo en observación. Después de ese mes tuvo una recuperación satisfactoria y ahora se encuentra en producción normal para la planta lechera.

**PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS
IBÁÑEZ DEL CAMPO**

**GENIO Y FIGURA:
DOLFY Y SUS TRAVESURAS**

Belén Atenea Paz Orellana Lagos
12 años, 7º Básico
Escuela Rural Valle Simpson
Coyhaique

El día estaba caluroso, los cinco niños llegaban a su destino, una montaña en Seis Lagunas a 30 km de Coyhaique, donde ahora vivían sus abuelitos, eso sí los abuelos más locos que tenía, porque ya por cumplir setenta años se les había ocurrido venirse a vivir "a la punta del cerro" como se dice. Bueno, a alguien tenían que salir estos nietos tan locos que venían a pasar sus vacaciones con ellos.

Ese verano los cinco primos se reencontraron para conocer el nuevo hogar de sus abuelitos. Les esperaban tantas aventuras que no sabían por dónde empezar.

Dolfy era el mayor de los niños. Con sus trece años era un flaco muy flaco y larguirucho, y me imagino que lo que no tenía en el cuerpo lo tenía en su ingeniosa cabecita, llena de locas fantasías, porque definitivamente él era el más loco de todos y siempre estaba creando algo nuevo.

Después de él venía su hermana Barby, ella era más rellenita y tenía mucha fuerza. Con sus nueve años parecía una vieja chica, siempre ayudaba en la casa, demasiado trabajadora y amorosísima, siempre nos protegía de las locuras de Dolfy y así también se las daba cuando a él se le pasaba la mano con nosotras.



A continuación venía Anja, que pronto cumpliría ocho años y aunque no era hermana de los demás niños, era como si lo fuera porque todos éramos súper unidos. Ella sí que era un tiro al aire, flaca, desordenada y chascona, no estaba ni ahí con nada. Fans incondicional de Dolfy, no se perdía ni una aventura, dura como una roca, nunca lloraba, andaba todo el día como sapo y no le importaba, porque había que corretearla para meterla al baño.

Toto ocupaba el cuarto lugar del grupo, pero era el menor de sus hermanos después de Dolfy y Barby, de 7 añitos, tan flaquito y travieso como su hermano mayor, lo seguía en todas sus locuras y aunque a veces quedaba llorando, jamás culpaba a su Dolfy, porque él era su ídolo.

El concho del clan era yo, Belén, que entonces solo tenía cinco años, gordita y regalona de todos, me encantaba salir a correr con la Barby porque según yo, teníamos que "enflacar".

En resumen, todos nos dejábamos envolver por las locuras de Dolfy. Jugamos, nos reímos, y hasta lloramos, pero ¡qué bien lo pasamos las vacaciones!, creo que nunca olvidaré ese verano tan increíble junto a mis primos.

Lo primero que hicimos al llegar aquella tarde fue salir a conocer la montaña de abajo hasta arriba, la recorrimos por todos lados, anduvimos entre las quilas, nos enredamos en los calafates, trepamos por los árboles, rodamos por las laderas y por supuesto bajamos todos empolvados y llenos de cadillos, pero ¡qué felices estábamos!

Esa primera noche en la montaña fue mágico, ya que el solo hecho de cenar con velas y con el cielo estrellado sobre nuestras cabezas fue increíble para nosotros que veníamos de la ciudad.

Después de preparar nuestro campamento con carpas y todo, porque en la pequeña cabaña no entraba toda la familia, nos fuimos a dormir, y fue para nosotros como estar en una película.

Por supuesto que nos quedamos dormidos de puro miedo, con las historias de muertos y extraterrestres que Dolfy nos contó esa noche.

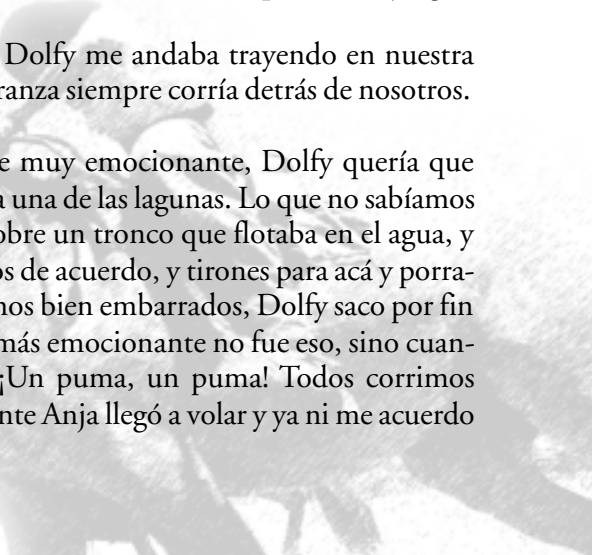
Me acuerdo que la primera mañana en el campo despertamos felices y con muchas ganas de salir a intrusear porque nos metimos por todos lados. Así fue como conocimos a todos los animalitos del lugar. Había un perro que se llamaba Rambo que era un gran policial que los carabineros dieron de baja porque nunca aprendió sus lecciones. El gato Rasputín era un lindo gatito colorín y juguetón que nos seguía a todas partes. Estaba también el chancho Juancho que a fines de ese verano pasó a mejor vida. La vaca Martuca era una gordota que nos daba rica leche todas las mañanas. El pato Pito con su pata Pita y sus patitos, con los que nos entreteníamos largos ratos en una lagunilla que había por ahí cerca. Y la más importante por supuesto era la Goyita, una yegua que el tata había comprado para que nos entretuviéramos esas vacaciones, pero sorpresa gran, fue cuando la fuimos a ver y estaba muy acompañada de otro caballito más pequeño.

Yo me enamoré enseguida de la pequeña Esperanza, de pelaje clarito y rubio ¡era hermosa! Ella había nacido hace solo una semana, y los abuelitos no nos habían contado nada, para que fuera una linda sorpresa, y sí que lo fue ¡todos quedamos boca abierta!

Desde el principio todos nos encariñamos con la Goyita y su potranquita, cada mañana nos iban a despertar con unos trompazos en la carpa o nos iban a esperar como guardias a la salida de la cabaña, para salir a cabalgar o simplemente para estar cerca de nosotros. Yo creo que nos llegaron a conocer bien, porque nos seguían a todas partes, claro por donde podían pasar y la verdad es que fueron unos muy buenos compañeros de juegos.

Nunca voy a olvidar cuando Dolfy me andaba trayendo en nuestra amiga Goyita y la tierna Esperanza siempre corría detrás de nosotros.

Nuestra primera aventura fue muy emocionante, Dolfy quería que fuéramos a sacarnos una foto a una de las lagunas. Lo que no sabíamos es que era una foto artística sobre un tronco que flotaba en el agua, y bueno entre que nos poníamos de acuerdo, y tirones para acá y porrazos para allá y cuando quedamos bien embarrados, Dolfy saco por fin su famosa fotografía. Pero lo más emocionante no fue eso, sino cuando mi loquito primo gritó. ¡Un puma, un puma! Todos corrimos llenos de pánico, hasta la valiente Anja llegó a volar y ya ni me acuerdo





lo rápido que llegamos al camino, parecía que el corazón se nos iba a salir por la boca. Al final, igual nos salvamos porque si no, claro, no les estaría contando esta historia.

El día que hice de enfermera fue cuando mi buena Barbarita se enfermó de la guatita y tuvo mucha fiebre, es que también mi prima comía sapos y culebras, así que en algún momento se tenía que enfermar.

Esa mañana los chicos se fueron muy temprano a recorrer la montaña, porque la noche anterior Dolfy había estado hablando de cementerios indígenas y tesoros, que debían estar escondidos en algún lugar de esas montañas, así que nos entusiasmó tanto que programamos la búsqueda para el otro día, sin contar, claro, con que la Barby amanecería tan enferma.

El cuento corto es que ellos se fueron los tres solos y anduvieron todo el día perdidos. Al regresar mis primas Anja y Toto me contaron que efectivamente sí había un cementerio lleno de esqueletos, que había un gran palo que indicaba el lugar exacto y se alzaba hasta sesenta metros, era tan impresionante de alto que se perdía en el cielo y bajo sus gruesas y secas raíces estaban enterrados los tesoros.

A mí me llevaron unos caballitos de bronce y a la Barby una pulsera de piedras brillantes de no sé qué. Mi prima quedó tan deslumbrada como yo con los regalos y como le siguió tan bien el juego a su hermanita mayor, yo quedé convencida de la existencia del cementerio Indígena. Sin duda, que nuestro paseo al río fue uno de los días más entretenidos. Mis abuelitos dejaron de trabajar, cosa que nunca hacían, y con mis tíos, mi mamá, trabajadores y primos todos nos fuimos de picnic familiar, pero esta vez que en la Van, porque el lugar quedaba hartito más lejos que las Seis Lagunas.

El sol brillaba con toda su fuerza aquella mañana. Aquí en esta región no son muy comunes las altas temperaturas, pero ese día el calor ya quemaba. El lugar era espectacular, y genial, y especial, y todo, y me faltan palabras para definirlo porque realmente lo recuerdo muy, pero muy bello.

Un río de aguas bajas y claras corría rodeado de grandes rocas y una maravillosa vegetación de grandes helechos y árboles, coigües y ñires que parecía que se agachaban a tomar agua por sus orillas.

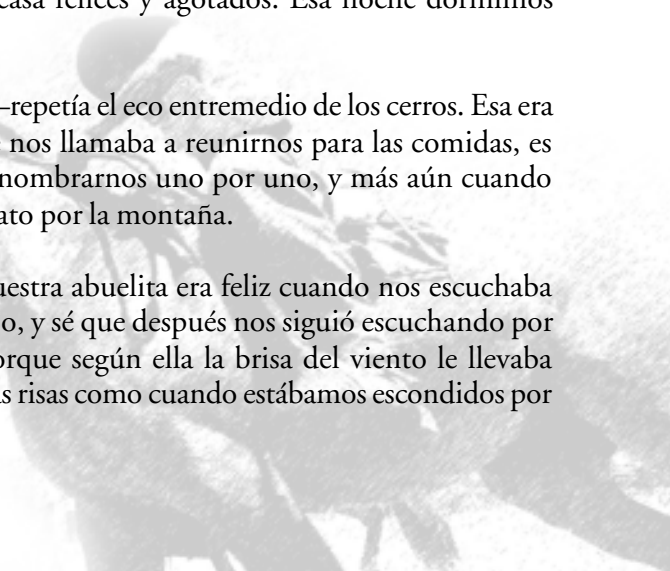
Había una gran roca en medio del río, de más o menos cinco metros de donde Dolfy y mi tío se tiraban piqueros. Nosotros los mirábamos encantados y como éramos los más chicos jugábamos en la orilla y "chapotábamos como patos" cuando de pronto... se produjo un gran silencio, y vimos que algo verde se movió en el agua y comenzó a flotar y avanzar hasta donde nosotros estábamos; nosotros gritamos como locos, era ¡un horrible y enorme cocodrilo!.... ¡ja, ja, ja! Inflable, claro. Cómo no verlo bien antes de ponernos a gritar, y el cariñosito de Dolfy por supuesto que no estaba por ningún lado, de quién más podría haber sido la brillante idea, ja, ja, pero igual cuando lo pillamos se gana una buena capotera y unos merecidos chapuzones por bromista.

Antes de regresar, jugamos una "pichanga" entre chicos y grandes, la Anja por supuesto era la más buena para las patadas; el Tata el más tramposo y cochino; Toto el más picante, por todo se picaba; la Barby jugó de arquera por un lado y mi tío Elías gordito, al otro arco. Yo corría como trompo para acá y para allá y tiraba la pelota para cualquier lado. Dolfy fue el que más se aburrió ese rato, porque si hay algo que no le gusta a mi primo es el fútbol ¡eso sí que no!

Después de comernos nuestra rica parrillada con hartos mosquitos y todo, regresamos a la casa felices y agotados. Esa noche dormimos como angelitos.

— ¡Patrulla, patrulla! —repetía el eco entremedio de los cerros. Esa era la voz de mi Lelita que nos llamaba a reunirnos para las comidas, es que le salía muy largo nombrarnos uno por uno, y más aún cuando nos perdíamos a cada rato por la montaña.

Pero yo sé que igual nuestra abuelita era feliz cuando nos escuchaba reír y jugar por el campo, y sé que después nos siguió escuchando por mucho tiempo más porque según ella la brisa del viento le llevaba nuestras voces y nuestras risas como cuando estábamos escondidos por la montaña.





Tan escondidos como cuando anduvimos tres días tras las huellas del dinosaurio porque Dolfy nos había convencido que los restos de huesos encontrados en una quebrada eran los fósiles de algún enorme animal extinto hace millones de años.

Definitivamente Dolfy siempre se las ingeniaba para crear las travesuras más increíbles, siempre estaba tramando algo divertido, ya sea debajo del agua, o sobre la tierra o en la punta del cerro. Él hizo que ese verano fuera el más mágico y encantador de mi infancia...

Los días pasaron rápidamente y las vacaciones pronto llegaron a su fin, los cinco primos nuevamente volvieron a separarse por muchos años.

Ahora que soy más grande y tengo doce años, me doy cuenta que nunca hubo un puma y que el cementerio solo era de restos de troncos que quedaron como testimonio de uno de los tantos incendios forestales que asolaron esta Región de Aysén, allá por los años en que yo ni soñaba con nacer.

Los famosos regalos del tesoro indígena eran chucherías que Dolfy había traído del norte para crear una de sus fantásticas historias. Y los huesos de dinosaurio no eran más que los restos de algún vacuno que habrían faenado por allí cerca.

¡Ay, ese Dolfy, cómo nos engañó!, si ahora cuando lo recuerdo, me llega a dar risa de todo lo que pude llegar a imaginar y a creer tan ciegamente en mi inocente cabecita de cinco años.

Después de siete años que no nos veíamos, este verano volví a reencontrarme con Dolfy, mi primo el más loco de todos que ya con sus veinte años sigue tan loco y travieso como antes.

¿Sabes lo último que se le ocurrió? Pues, vestir a mi perro Apolo con un peto de la Barby, la bufanda de la Anja, el sombrero del Toti y como broche de oro unas gafas... definitivamente loco, pero esa es una historia que les contaré en otro capítulo.

Mi primito querido nunca va a cambiar ni a crecer... y eso, ¡me encanta!

Dedicatoria: "Este cuento esta dedicado especialmente a Rodolfo Alexander mi primo loco y travieso y a la Patrulla del 98".





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS
IBÁÑEZ DEL CAMPO

EL COFRE DE VIDRIO

Elizabeth Marcela Norambuena Gómez
10 años, 6° Básico
Escuela Gabriela Mistral
Puerto Río Tranquilo, Río Ibáñez

Cuenta la historia de un papá que estaba muy enfermo y viejo; que había trabajado duro, pero los infortunios lo dejaron en la bancarrota, ya que no podía trabajar. Las manos le temblaban.

Tenía tres hijos, pero vivían tan ocupados que no tenían tiempo de cuidar a su padre. El papá pensó en darles una lección y mandó a fabricar un cofre grande y lo llenó de vidrios rotos, le echó una llave, y lo dejó debajo de la mesa. Cuando sus hijos fueron a cenar lo tocaron con los pies y preguntaron ¿qué hay en ese cofre? El anciano respondió: ¡son algunas cosillas que he ahorrado! Los hijos lo empujaron y sonó un tintineo. El hijo mayor dijo ¡debe estar lleno de oro! y se pusieron de acuerdo para cuidar a su padre.

El menor fue el primero que lo cuidó y le cocinó por una semana. El siguiente fue el segundo hijo, y a la semana fue el mayor, así siguieron por un tiempo hasta que el anciano murió.

Cuando terminó la ceremonia buscaron en toda la casa la llave, y abrieron el cofre, fue tal la sorpresa que lo encontraron lleno de vidrios rotos. Con esto aprendieron una lección, que uno nunca se debe ir por la plata, sino por el gran cariño que se le tiene a la persona.

TERCER PREMIO REGIONAL
 CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
 XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS
 IBÁÑEZ DEL CAMPO

LA MULA RUANA

Paola Moldenhauer Foitzick

12 años

Coyhaique

— ¡Tatita, Germán, cuéntame una historia!...

— ¿Una historia, tatito? A ver, déjeme recordar alguna, ...¡Ah, ya recuerdo una muy simpática! Se trata de una de esa cuando yo viajaba con mis tropas de vacas de Valle Simpson hasta Campo Grande; en el tiempo de veraneo, esto ya hace muchos años, por ahí por los años '50, demorábamos 10 a 15 días tropiando, cuando el tiempo estaba bueno. Otras veces demorábamos un poco más porque con las lluvias crecían los ríos y nos atrapaban sin darnos vado. Quedábamos ahí a la espera para cruzar. El más fiero era el Ñirehuoro, pero mientras tanto nos comíamos unos buenos asados, tortas fritas y harto vino para pasar el frío, además no faltaba el que le hacía al guitarreo y salían por ahí algunos bailoteos alrededor del fogón; eran tiempos muy lindos, tiempos que ya no vuelven.

— Tatita, ¿y en qué transportaban sus casas, cómo lo hacían?

— ¡Ah! Ahora viene la historia que le voy a contar.

— Antes transportábamos todas las casas en pilcheras y carretas, un pilchero para cada cosa y una carreta con bueyes para otra. Por lo general llevaba 3 ó 4 pilcheros y unos 2 ó 3 carretas, porque teníamos que llevar los víveres para el año, las pilchas, harina, yerba, etc., y también un pilchero exclusivo para llevar el vino, en donde le poníamos un chivo que hacía 35 litros, este era el mejor pilchero y el que más cuidábamos... ja, ja, ja...



— ¿Tata, cómo le ponían vino al chivo?

— El chivo era un cuero que se costuraba y después de quedar bien cerrado se llenaba con vino y tenía que durar todo el viaje.

— Bueno el cuento es otro, se trata de una mula. En uno de esos tantos viajes, en donde llevaba mis pilcheras y mis perros, llevé una mula ruana, mañera y empacé como ella sola; íbamos de viaje pasando por Mañihuales, que en esos tiempos solo eran un par de casas de algunos pobladores. Estábamos pasando los pilcheros en uno de los pantanos, cuando le tocó el turno a la mula. Entre tironeos y gritos pasó con el barro hasta la panza y siguió camino abajo; cuando quise ir a buscarla ni por dónde estuvo. Ya para esto la noche se nos dejaba caer, así es que armamos el campamento y nos pusimos a descansar del día agotador, la noche nos acompañaba porque teníamos una linda luna y estaba estrelladito. Acabábamos de pucherear, cuando de repente empezamos a escuchar unos ruidos y como unos quejidos. Los perros empezaron a ladrar medios asustados y en eso mi amigo Juan dice, "...oye escuchaste eso, a lo mejor es un fantasma o un loco"; "no, hombre, vamos a ver qué pasa". Así es que fuimos a ver entre asustados y nerviosos hacia donde venían dichos ruidos. En eso vimos un bulto que se paraba y se agachaba.

— ¡Viste que es un fantasma! —decía Juan.

— No, hombre —le decía yo.

— ¿Y qué era, Tata?

— Adivine, mi chica, adivine.

— No sé...

— Era esa mula idiota que se había encajado una pata en una raíz y había roto los quintales de harina, entonces estaba blanca y con el reflejo de la luna parecía un fantasma; hasta ahí no más llegó nuestra harina para el viaje, perdimos 3 quintales, por esa mula testaruda y además nos hizo pasar un buen susto.

— ¿Le gustó la historia, Tatito?

— Sí, Tata, muy divertida, ¿mañana me cuentas otra?

PRIMER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

LA APARICIÓN DEL CALEUCHE

Alejandro Blas Glucevic Almonacid
14 años, 1º Medio
Liceo Experimental - UMAG
Punta Arenas

Era un día domingo con cielos nublados, en la hermosa isla de Huar, que queda a tres horas de recorrido en las deterioradas lanchas, partiendo desde Puerto Montt. Ese día preparaban, como todos los domingos, el viaje de Huar hacia la ciudad de Pto. Montt, ya sea para vender las papas, corderos, peces, etc. Aquel día viajaba mi bisabuela y su marido, él está muerto y mi abuela vive en el día de hoy en aquella isla donde voy a pasear todos los veranos. Retomando mi relato, mi abuela me contó que ese día fue a Pto. Montt. Ese día tuvieron que tomar un atajo, obviamente por vía marítima, debido a lo nublado del cielo lo que redujo el viaje de tres horas a dos horas y un poco más. Salieron rumbo a Puerto Montt, el viaje era hermoso, por sus paisajes y esas toninas jugando al compás de la lancha.

Llevaban alrededor de 45 minutos cuando, de forma inesperada, empezó a caer una gran capa de neblina que no dejaba ver más allá de tres metros de distancia desde la vieja lancha que estaba en muy mal estado y no resistiría ningún tipo de movimiento. Mi bisabuela, llamada Juana Rosa Guerrero, iba en la cubierta de la lancha de, aproximadamente, unos seis metros de largo, el cual no era suficiente espacio para las más de 30 personas que viajaban, entre los que iba



mi bisabuelo que se instaló en la cabina a jugar cartas con unos amigos, al lado de su botella de chicha de manzana. Mi abuelo estaba tan curado que no sabía ni lo que estaba jugando. Estaban lo más bien, sólo con algunas pequeñas dificultades debido a la neblina, pero nada serio. De repente, una enorme ola estremeció la lancha, no sabían de dónde venía, ya que no había viento. Al mismo instante y sin que nadie se diera cuenta, aparece una enorme embarcación de madera que venía a una gran velocidad, pero eso no era nada, lo peor era que iba directo hacia la lancha para destruirla, era el "Caleuche", según mi abuela que ya había visto a esta extraña embarcación.

Dijo que era el "Caleuche por el tipo de tripulantes que llevaba a bordo, eran de baja estatura, pálidos como si estuvieran muertos y muy bien vestidos. La enorme embarcación estaba cerca y mi abuela le dice a su marido, que estaba tirado de borracho y sin chicha, que no se le ocurra de insultar al barco o a su tripulación porque podría ser fatal para la gente que estaba totalmente asustada por lo que estaba ocurriendo y por lo que podía ocurrir.

Estaban todos rezando para no morir en la catástrofe y trataron de tirar bengalas, pero éstas estaban malas debido al tiempo que estaban guardadas si usar.

Hicieron señales con luces, pero nada resultaba, sólo quedaba esperar y rogar que no pasara nada malo. Estaba a punto de que sucediera lo inexplicable, el "Caleuche" se encontraba a pocos metros y segundos de partir en dos la pequeña embarcación cuando, de forma mágica e insólita, la espesa neblina no dejó ver al enorme barco el cual se hizo humo en forma inmediata. Todos los tripulantes de la pequeña lancha quedaron sin palabras, el silencio reinaba en ese espacio cerrado de neblina. Mi bisabuela y los pasajeros quedaron muy impactados, mi bisabuelo, que no sabía ni dónde estaba parado, no entendía mucho lo que acontecía. Al ver que todas las personas estaban con tremendos ojos y sin habla, lo único que hacía era seguir la corriente. Después de unos 30 segundos, aproximadamente, todos los pasajeros miraron al lado opuesto de donde apareció la gigantesca embarcación debido a un extraño ruido producido por un lobo de mar. Fue ahí cuando todos

quedaron con la boca abierta: vieron al enorme barco fantasma a gran distancia de la lancha, perdiéndose poco a poco en la espesa neblina, hasta perderlo de vista.

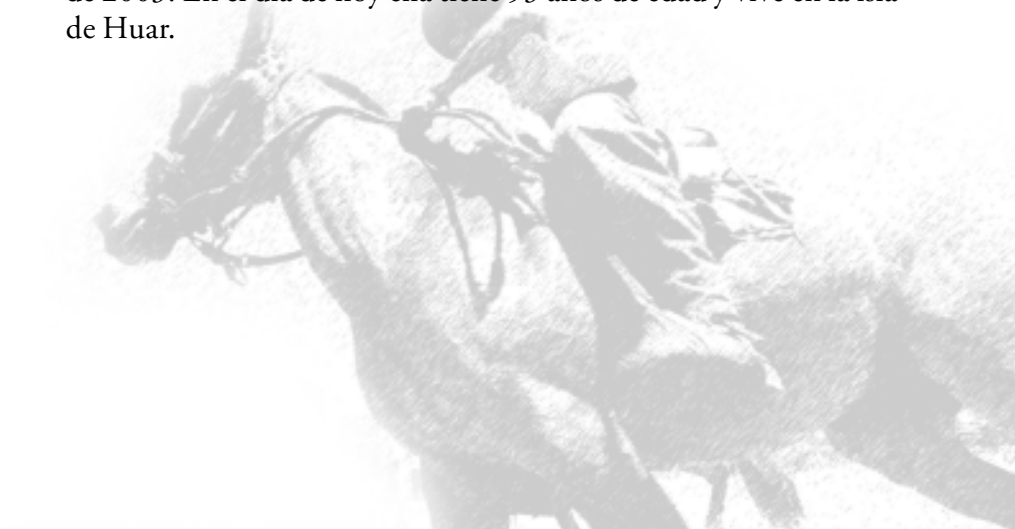
Mi bisabuelo se desmayó, algunos lloraban, otros reían y, los más locos, gritaban como malos de la cabeza. Nadie se explicaba cómo había sucedido, cómo estuvieron tan cerca de la muerte y no les había pasado nada. Nadie podía creer que habían visto al "Caleuche" y que estuvieron a pocos metros de él.

Al pasar la neblina, la lancha se encontraba varada en unas enormes rocas y con algunas tablas desclavadas, no tenían ni la menor idea de dónde se encontraban. Después de un largo tiempo tuvieron que llamar por medio de una radio a Puerto Montt para que los fueran a rescatar antes de que subiese la marea, de lo contrario morirían ahogados o por frío.

A la hora después de haber llamado, ya era de noche y el frío reinaba, mis dos abuelos y los pasajeros, finalmente fueron rescatados y llegaron a Puerto Montt algunos sanos, otros con principio de hipotermia y mi abuelo malo de la caña.

La embarcación lamentablemente se hundió y mi abuelo nunca más toma chicha mientras viaja en lancha.

Esta historia me la contó mi bisabuela Juana Rosa G. en el verano de 2003. En el día de hoy ella tiene 93 años de edad y vive en la isla de Huar.





SEGUNDO PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

EL INDIECITO ASTUTO

David Velásquez Velásquez
11 Años
Escuela Diego Portales
Laguna Blanca

Don Lino es una persona muy anciana, yo diría que es el personaje más antiguo de Villa Tehuelches. A la mayoría de los niños les encanta conversar con él, pero más divertido aún es escuchar sus historias, que tratan acerca de aventuras y anécdotas, de los indios tehuelches.

Yo he escuchado varios relatos, pero hoy se me viene a la memoria uno bien particular, que es mi favorito.

En esos tiempos se celebraba un gran acontecimiento en la hermosa Villa Tehuelches y de todas partes venían los indios con sus mujeres y familias las cuales a pesar de pertenecer a una misma etnia, se diferenciaban por lo material. Los más ricos llegaban montados en hermosos caballos y lucían bellas vestimentas con cueros bien curtidos y los más pobres asistían transportados en carretones y también a través del medio de transporte más antiguo en la historia de la humanidad, los pies.

En fin, se dice que el amor no tiene barreras y aun en esos tiempos este hermoso sentimiento envolvió a dos jóvenes indígenas, los cuáles no podían disfrutar de su amor porque, cómo un indio sin posesiones podía fijar sus ojos en la hija de un cacique rico...

Bueno, volvamos al principio. A esta gran fiesta llegó la hermosa india junto a su padre y el indiecito, a quien no le faltaba osadía, se acercó al cacique y le propuso que realizaran una apuesta. El gran cacique, que no era conocido sólo por sus riquezas, sino también por su enfermizo hobby de realizar apuestas, ante esa proposición estalló en risa y por sólo, la curiosidad, de ver qué le daría este indio pobre cuando perdiera, aceptó y le dijo: —a ver jovencito, ¿qué me apuestas?, —bueno— dijo el joven, si pierdo, seré su sirviente, pero si gano, usted deberá darme una vaca con tres terneros—, —trato hecho, ahora dime ¿cuál es la apuesta? Y el indio le dijo:

— Cuando usted vaya a comer, yo seré capaz de sacarle la comida del plato sin utilizar mis manos.

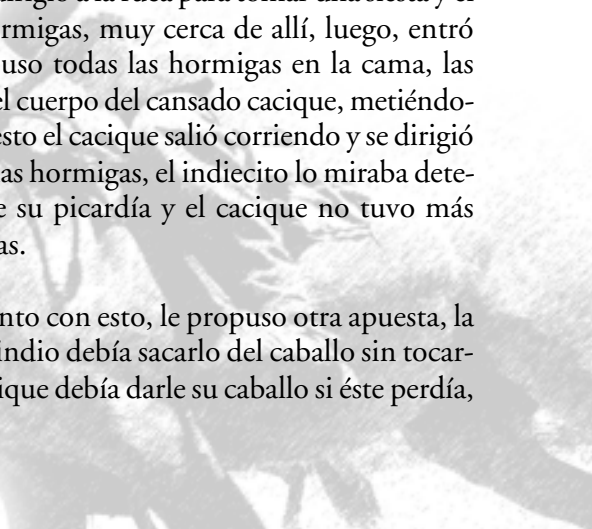
El cacique le dijo que eso era imposible y se dirigió a la ruca de un amigo para almorzar. El joven indígena que era muy hábil, se subió al techo de la vivienda y aprovechándose de un agujero que había en ésta, arrojó una bola de paja sobre el plato, lo cual hizo que toda la comida saliera disparada, el cacique muy furioso, salió afuera, pero no le quedó otra alternativa que pagar la vaca y los terneros; sin embargo, como el cacique detestaba perder, le propuso al indio otra apuesta, pero esta vez él le dijo:

— Te daré 50 ovejas si me sacas de la cama sin tocarme.

— Bueno —dijo el indiecito.

De esta manera, el cacique se dirigió a la ruca para tomar una siesta y el joven astuto fue a recoger hormigas, muy cerca de allí, luego, entró silenciosamente a la ruca y puso todas las hormigas en la cama, las cuales comenzaron a recorrer el cuerpo del cansado cacique, metiéndose dentro de su ropa, al sentir esto el cacique salió corriendo y se dirigió al río, para bañarse y quitarse las hormigas, el indiecito lo miraba detenidamente, muy contento de su picardía y el cacique no tuvo más remedio que darle las 50 ovejas.

El porfiado cacique, no contento con esto, le propuso otra apuesta, la cual consistía en que el joven indio debía sacarlo del caballo sin tocarlo, el joven aceptó, pero el cacique debía darle su caballo si éste perdía,





así mientras el gran cacique terminaba de secarse, el indio fue a cortar cactus y lo puso bajo la manta donde iba el jinete, cuando llegó el cacique, montó su caballo y este comenzó a corcovear tirando al cacique al suelo, nuevamente el joven y astuto indígena había ganado.

Desesperado, el cacique le dice al indio que le apuesta lo que sea si es capaz de montar al caballo más arisco de este lugar y así el indio montó al Negro, el caballo más salvaje que ha habido, pero este era tan salvaje como el joven y de alguna manera estos dos seres eran uno solo, por lo cual el joven montó y cabalgó al Negro sin problemas, venciendo una vez más al gran cacique, quien resignado, le dice al indio qué quiere a cambio, la respuesta, dejó asombrado al cacique y cómo no iba a ser así, si el premio que el indiecito quería era la mano de su hermosa hija, fue así como este humilde indio, gracias a su astucia logró realizar el sueño de estar junto a su amada, después de todo, ahora ya no era pobre, ya que tenía una vaca, terneros, ovejas y dos caballos, que le permitirían a él y a la joven, iniciar una nueva vida.

TERCER PREMIO REGIONAL
CATEGORÍA "B": ME LO CONTÓ MI ABUELITO
XII REGIÓN DE MAGALLANES Y LA
ANTÁRTICA CHILENA

EL CASTIGO

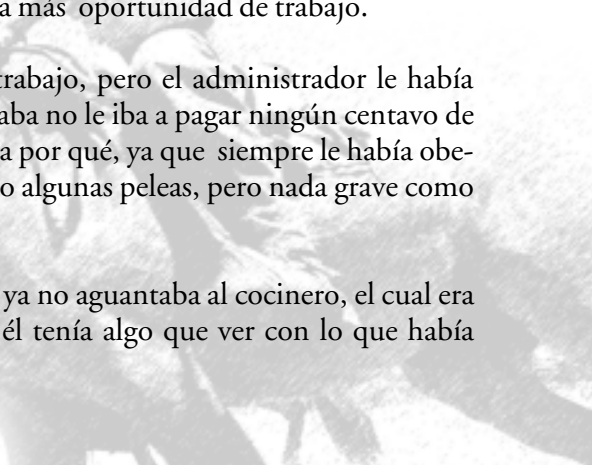
Valeria Soledad Ampuero Uribe
15 años, 1º Medio
Liceo Experimental - UMAG
Punta Arenas

En la estancia más cercana a Puerto Natales, "Río Tranquilo", había una antigua y lujosa casona, la cual estaba rodeada de árboles y montes sin vegetación alguna. Allí vivía el administrador de la estancia, don José Gallardo Rojas; su mujer, doña Francisca Rosales Paredes; un cocinero llamado Pedro Gómez Rosas y un viejo peón, el cual tenía que hacer todo lo que le ordenara el administrador y la mujer.

El peón, don Marcos Paredes Vargas, ya era de edad y estaba aburrido de la soledad, ya que sólo tenía derecho a visitar a su familia una vez al mes, la cual vivía en Puerto Natales. Su familia estaba conformada por su mujer, que estaba muy enferma, y su hijo quien se iba a casar con una chica, la cual quería irse a el norte, a la ciudad de Concepción ya que ella pensaba que allá había más oportunidad de trabajo.

El peón quería retirarse del trabajo, pero el administrador le había amenazado con que si se retiraba no le iba a pagar ningún centavo de jubilación, Marco no entendía por qué, ya que siempre le había obedecido en todo, habían tenido algunas peleas, pero nada grave como para llegar a esto.

Marcos no hallaba qué hacer, ya no aguantaba al cocinero, el cual era un bocón. Pensó que quizás él tenía algo que ver con lo que había





sucedido con el administrador, ya que se llevaban mal, porque el anterior administrador le había obsequiado a Marcos y su mujer un viaje a Viña del Mar y Pedro había quedado muy picado.

Pasaron unas semanas y la mujer de Marcos empeoraba. Ella tenía un cáncer terminal. Marcos pidió permiso para poder realizar una diligencia, por suerte le dieron permiso. El peón decidió ir a hablar con un viejo amigo el cual vivía en una pequeña estancia, él realizaba practicas misteriosas, como sanamientos, hechizos, etc.

— Hola amigo —le dijo el anciano cuando llegó donde su amigo.

— Hola, Marcos.

— Te vine a pedir un gran favor —le expresó con cierto temor.

— Dime no más —respondió el otro.

— Mira, tengo a mi mujer muy enferma, necesito que la sanes.

— Pero tú sabes que si ahora me pillan no sé qué va a pasar —señaló el hombre con cierto resquemor.

— Antes podía hacer lo que sea, pero ahora cambió la cosa.

— Por favor, hazlo —suplicó Marcos.

— ...Bueno —dijo el otro de mala gana. Trae a tu mujer mañana como a las ocho treinta de la mañana.

— Sí, mañana estaremos aquí.

— Ya, te espero. Chao

— Chao.

Marcos fue a la ciudad a ver a su mujer. Le contó lo que había sucedido y ella accedió a realizarse lo propuesto.

Al otro día a la hora acordada estaba oscuro y a punto de ponerse a llover, el matrimonio se dirigió a la casa del hombre que estaba en la estancia. Era una casa muy vieja y grande, con ventanales oscuros. Entraron en la casa, sobre la mesa había yerbas, velas, unos potes con aceite y unos mechones de pelos. La mujer se tendió sobre la mesa, el hombre empezó a pegarle levemente con las ramas, luego vertió sobre ella un aceite negro y, después, uno amarillo y le hizo la marca de la cruz en la frente. A continuación le pasó unos pelos para sacarle el aceite. El hombre le aseguró a Marcos que en tres días la mujer se sanaría por completo.

Pasaron los tres días pero la mujer no se sanó, Marcos estaba muy angustiado y decidió volver donde su amigo. Éste le dijo que no podía hacer nada, sólo había una posibilidad para sanar a la mujer...

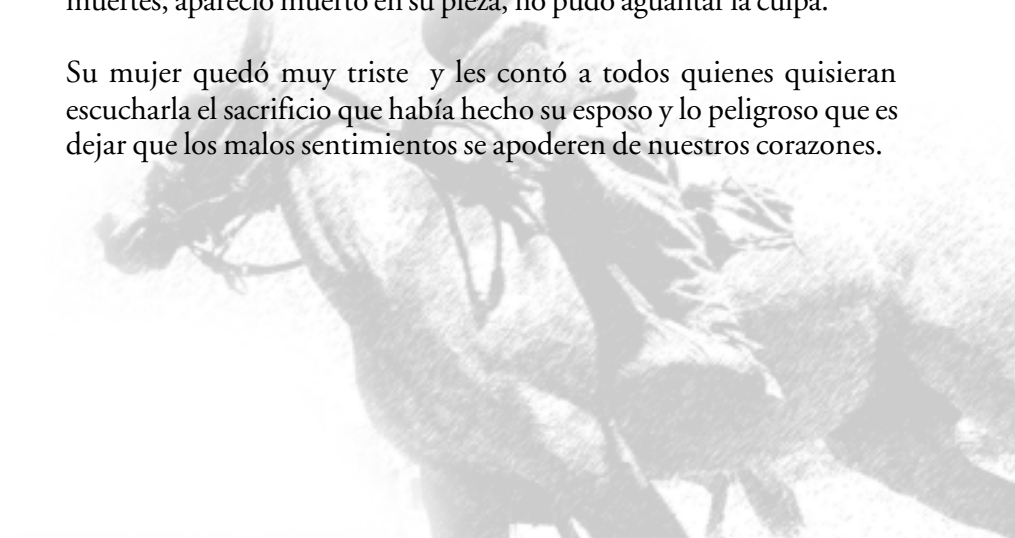
Marcos decidió realizar un pacto con el diablo y, así, lograr que su esposa se sanara. La condición era que él entregara su alma, como ya era de edad no le preocupó esta condición.

Realizó el rito y los pocos días su mujer se sanó. Pero Marcos tenía otros problemas y le pidió al diablo que se presentara ante él. El demonio se presentó bajo la forma de un culebrón, una serpiente muy grande la cual tenía mucho poder...

Un día, el cocinero estaba junto a un río cuando se le aparece la serpiente la cual le quitó el aliento y el hombre quedó muerto. Marcos fingía estar muy triste, pero por dentro estaba muy feliz. El anciano tenía mucho odio acumulado en su corazón. Pasaron los funerales del cocinero y el peón volvió a tener peleas con el administrador. De nuevo, invocó al diablo, apareció la serpiente y le pidió que matara al administrador. Así sucedió, el administrador apareció junto al río muerto, la mujer desconsolada por aquel suceso, intento buscar culpables, pero no los encontró.

Ya había pasado un año y medio desde las muertes del cocinero y el administrador y Marcos se sentía culpable, no hallaba qué hacer. Siguieron pasando los meses y cuando ya se habían cumplido dos años de las muertes, apareció muerto en su pieza, no pudo aguantar la culpa.

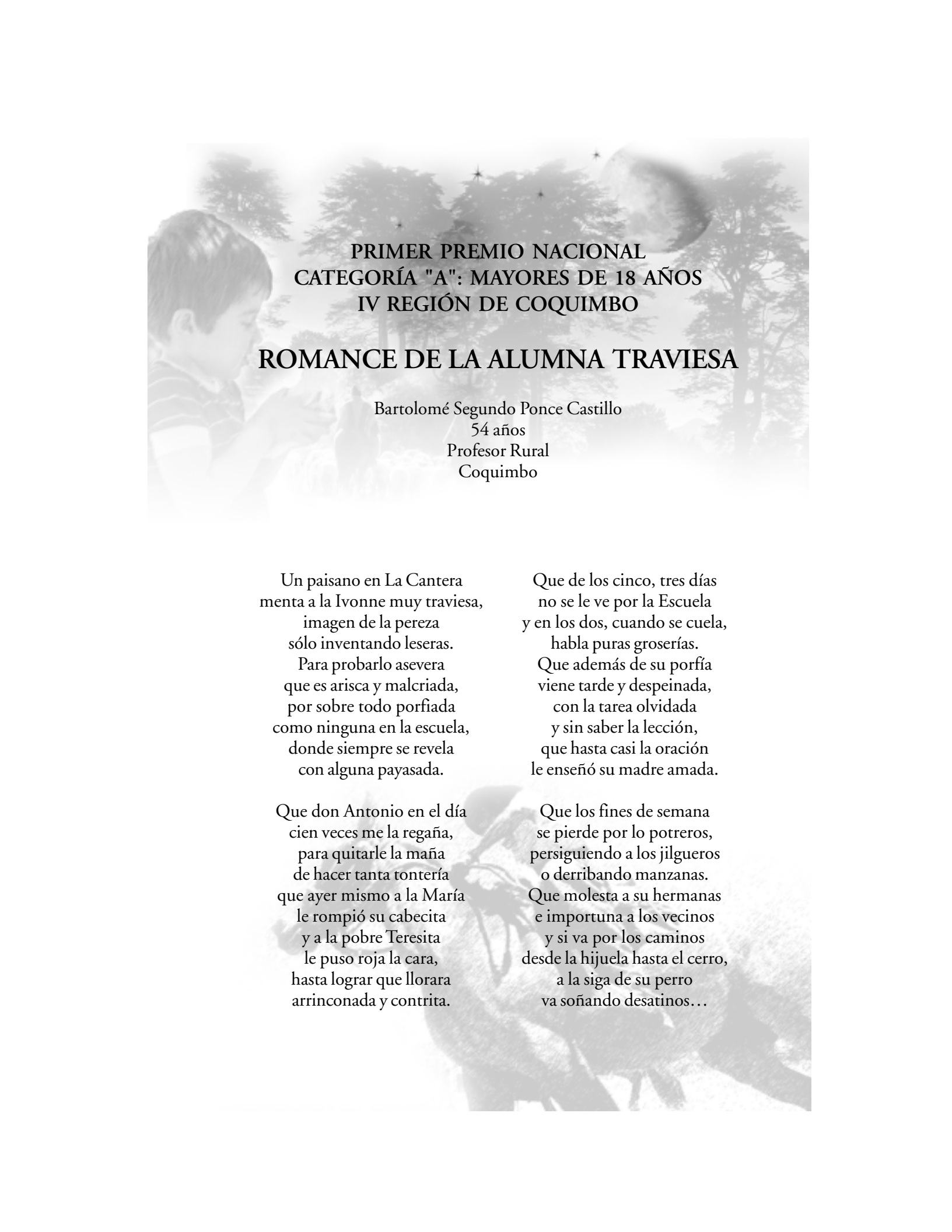
Su mujer quedó muy triste y les contó a todos quienes quisieran escucharla el sacrificio que había hecho su esposo y lo peligroso que es dejar que los malos sentimientos se apoderen de nuestros corazones.





4º CONCURSO DE
POESÍA DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA A
"MAYORES DE 18 AÑOS"



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

ROMANCE DE LA ALUMNA TRAVIESA

Bartolomé Segundo Ponce Castillo
54 años
Profesor Rural
Coquimbo

Un paisano en La Cantera
menta a la Ivonne muy traviesa,
imagen de la pereza
sólo inventando leseras.
Para probarlo asevera
que es arisca y malcriada,
por sobre todo porfiada
como ninguna en la escuela,
donde siempre se revela
con alguna payasada.

Que don Antonio en el día
cien veces me la regaña,
para quitarle la maña
de hacer tanta tontería
que ayer mismo a la María
le rompió su cabecita
y a la pobre Teresita
le puso roja la cara,
hasta lograr que llorara
arrinconada y contrita.

Que de los cinco, tres días
no se le ve por la Escuela
y en los dos, cuando se cuela,
habla puras groserías.
Que además de su porfía
viene tarde y despeinada,
con la tarea olvidada
y sin saber la lección,
que hasta casi la oración
le enseñó su madre amada.

Que los fines de semana
se pierde por lo potreros,
persiguiendo a los jilgueros
o derribando manzanas.
Que molesta a su hermanas
e importuna a los vecinos
y si va por los caminos
desde la hijuela hasta el cerro,
a la siga de su perro
va soñando desatinos...



Respondo desde esta sala
Amigo, porque es un templo,
donde es tan puro el ejemplo
de quien usted pinta mala.
Tiene en su alma de percala
el perfume de una flor,
se lo dice un Profesor
que con pasión la defiende,
pues la conoce y entiende
como ella siembra el amor.

Es verdad, siempre está ausente
pero si viene no falta,
ese clavel que resalta
en su manito inocente.
Y cuanta alegría siente
al compartir su membrillo
o entonar con su voz de grillo
una ronda de Gabriela,
en el patio de la escuela
para todos los chiquillos.

Y si explico la fracción
le resulta tan extraña,
que al número lo acompaña
con un tierno corazón.
Y prefiere, con razón
cuando juegan al cordel,
ir con la Juana Raquel
mi niña ciega del aula,
para alegrarla en su jaula
con los sones de un rabel.

Y quien la vio me contaba
cómo esa tarde de invierno,
sabiendo al maestro enfermo
con honda pena lloraba.
Pero usted, señor, callaba
dándole muy mala fama,
a quien humilde nos ama
sin ponernos condición,
ofrendando el corazón
como una bendita flama.

Cuando premien la esperanza,
la bondad, la fe, el cariño...,
o el tierno botón de un niño
se haga sol en lontananza,
iniciaremos la danza
por esa luz satisfechos,
para poner en el pecho
de mi niña una medalla...;
y feliz si el gesto acalla
su rezongo o su despecho.

PIRQUINERO

(A mi padre, pirquinero en la mina "La Famosa")

CUARTETA

Porque soy un pirquinero
del Norte Chico famoso,
persigo el metal precioso:
capacho, combo y culero.

GLOSA

Por el abrupto collado
a raíz sanlorenzina,
tengo de cobre una mina
en su vientre colorado.
Con el diablo he trabajado
siendo apir o barretero,
disputándome el venero
en el pique, el socavón...,
valiente como un león
porque soy un pirquinero.

La vida al roto minero
le exige su sacrificio,
al borde del precipicio
donde es cateador-muestrero.
De niño me hice aguatero
o del arriero, marucho,
barrené con el cachucho
y aprendí a enmaderador,
ya viejo fui un chancador
del Norte Chico famoso.

Por Combarbalá, Tamaya,
Punitaqui, La Variola...,

la llaucana es hembra sola
si el metalito se palla.
El venero jamás falla
en el Tulahuén famoso
y el Huatulame lluvioso
me ofrenda la veta buena...,
por Vicuña y La Serena
persigo el metal precioso.

Al pirquín mi padre vino,
también mi tatita Floro
y el bisabuelo Isidoro
con lo diaguita en su sino.
Pirquinero peregrino
por el andino sendero,
mi ancestro se hizo minero
con su lámpara a carburo,
rastreado el oro más puro:
capacho, combo y culero.

DESPEDIDA:

Grande hicieron nuestra tierra
los antiguos pirquineros,
de los quiscos compañeros
allá en la escarpada sierra.
También fueron a la guerra
en el Batallón Coquimbo,
combatiendo en aquel limbo
con valentía y arrojo,
por el azul, blanco y rojo
siguiendo al bravo Orozimbo.



GLOSARIO ETIMOLÓGICO

ANDINO: Andes, vasta cordillera de la América Meridional, de antu, sol, inti en quichua.

APIR: El minero que acarrea a cuesta metales, del aymara, apir, cargador.

CACHUCHO: Nombre dado al diablo, demonio o Satanás.

CAPACHO: Especie de zurrón de cuero, que los mineros cargan en la espalda y se utiliza para acarrear los metales.

COMBARBALÁ: Río afluente del Huatulame, departamento de la provincia de Coquimbo, y villa cabecera del quichua cumpa, almadana, y de rpayá, enviar cumparpayay hacer partir con almadana o martillo.

COMBO: Martillo de los mineros, del quichua y aymara cumpa, almadana.

COQUIMBO: Región, provincia, puerto y ciudad cabecera, bahía y península entre la misma y la de Herradura, de co, agua; y de cúpun, trozar, y trozo de cualquier cosa = trozo, porción de agua.

CULERO: Trozo de cuero usado por los mineros, que atándose a la cintura, por delante, les servía para protegerse el culo y las piernas.

DIAGUITA: De la lengua kaká o diaguita. Pueblo antiguo, argentino-chileno, que vivía al norte del río Choapa, en las actuales regiones de Coquimbo y Atacama.

HUATULAME: Cerro, río y poblado al interior de la provincia del Limarí.

LLAUCANA: Barreta o barreno corto de los mineros, de llakuay o llagkuay, besar, y la partícula instrumental na, instrumento para cavar la llauca.

MARUCHO: El ayudante del arriero.

PALLA: Pallar. Recoger y seleccionar minerales según su respectiva calidad, verbo español formado del quichua pallyay.

PIRQUINERO: Pirquin, pirquen, pirquinero, pirquinear, trabajar al pirquin, beneficio de una mina agotada, trabajar con pocos fondos, de púlln, hacer con esmero y diligencia una cosa, y de cun, partícula en que terminan muchos verbos sin modificar su significado, púllcún, trabajar con esmero en algo, supliendo con diligencia la escasez de recursos.

PUNITAQUI: Una aldea, cerro y arroyo Salala, afluente del Limarí, en el departamento de Ovalle, del aymara puní, desgrefñado, y de thaqui, camino = camino desgrefñado.

QUISCO: El cactus alto que se levanta a manera de cirio, del quichua quichca = espina.

TAMAYA: Un cerro con minerales en Ovalle, del aymara thamasjaña, dañarse mucho = echarse a perder.

TULAHUÉN: Un lugar en la Provincia del Limarí, de thúlla, una garza blanca, y de huen, asociación de dos individuos, especie de dual = dos garzas, macho y hembra.

VICUÑA: Cuadrúpedo de la familia de las auchenias, de lana finísima, y villa cabecera del departamento del Elqui, del quichua huykuña, hikuña, que en aymara se dice huari.





SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
X REGIÓN DE LOS LAGOS

MUJERES VIRTUOSAS

Eliana María Sepúlveda Alcamán
59 Años
Maestra Rural
Panguipulli

I

Vengo de lejanas tierras
del bosque nativo
de verdes colores
plagado de mitos.

Mujeres virtuosas
plantas que dan vida,
frutos olorosos,
grandes maravillas.

II

Si observo los cerros
que adornan mi pueblo
con tantos colores
de aves y de flores.

Embriagan mi alma
el ulmo florido
el palo que es santo
y el trébol de espinas.

III

Veo en sus mujeres
con sus manos de ángel
curando los males
calmando dolores.

Recogiendo frutos
y plantas virtuosas
que limpian la mente
y dan vida al cuerpo.

IV

Aquellas que guardan
la buena semilla
las plantas del huerto
para la familia.

¡Y qué maravillas!
las manos que tejen
las medias de lana
ajuares de niño
y así protegerse
del frío y la lluvia.


V

Con tanto cariño
cultivan sus plantas,
dialogan con ellas,
dan gracias a Dios;
por la vida sana,
por el sol que nace,
por tener un bosque
para contemplar.

VI

Mujeres virtuosas
del bosque nativo
fueron preferidas
de poder gozar
todos estos dones
que la madre tierra
dio a un pueblo, que nace,
en tan bello lugar.





TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

EL INFIERNO

Raimundo Hernán León Morales
67 años
Auxiliar de Servicios Menores
Pichilemu

1º

Soñé que me había muerto
Y me fui al Más Allá
Me encontré con Satanás
Pero con brazos abiertos
Me decía muy contento
"Hombre, te estaba esperando"
Contigo estoy enterando
El kilaje pal'asao
Dios mío en tar'asustao
Bañadito transpirando.

2º

Pasé al living comedor
Y estaba la diabla vieja
Arreglándose las cejas
Y pintándose a color
"Hola mi negro guatón"
Me dijo aquella vampiro
Por qué profundo suspiras
Que sientes algún recelo
Aquí es más rico que el cielo
Y no se agotan las pilas.

3º

Si tu cuerpo algo desea
Súbete al segundo piso
Sírvelte un plato de erizos
Y después la pololeas
Aquí no existen peleas
Todo es gratis la garzona
Tú eres muy bella persona
No pienses estar condenaos
Aquí son todos salvaos
Se come, goza y se toma

4º

En el subterráneo habían
Centenares de curaos
Taba el diablo revolcao
Que apenas se conocía
La diabla allí entretenía
También jugando canasta
Mientras pelaban las paltas
Para servir los completos
Tortas, queques y el cubierto
Las más sabrosas comidas.

5º

El baile allí es rotativo
Y a media luz el farol
Pa' la cumbia y rocanrol
Se ve que el diablo es batido
Bailan hey los impedíos
Cojos, zuncos y con muletas
Animan aquella fiesta
Unas muy preciosas lolas
Sirviendo ricas piscolas
Y otras armando retretas

Por fin el diablo advertía
Cerrando un ojo y sonriendo
"No cuenten que aquí en el
 infierno
Se baila de noche y de día
Sabrán los de la otra vida
Y se vendrán en expreso
Como haciéndose los lesos
Coparán los aposentos
No habrá que echarle pa'dentro
Menos de chupar un hueso...





**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**

VIAJE INTERIOR

María Isabel Paineo Espinoza
54 años
Profesora de Educación General Básica
Penco

Paisaje otoñal...
deambulo distraída
bajo mis pisadas
crujimiento de secas hojas
rastros de tu visita indudable;
árboles vestidos con desnudez
proyectan extrañas formas,
seductoras
invitan ...
¿Al vuelo imaginativo acaso?
Creo ver extrañas figuras
millares de ojos merodean,
avanzan
invadida soy
escudriñan mi alma,
se apoderan de mi esencia.
Imposible es
despojarse de aquella fuerza
atrae,
es un poderoso laberinto,
el desfiladero a mi origen,

raíces indígenas,
mi estirpe,
la sabiduría ancestral.
Ahora ya no siento soledad
estoy con ellos...
Visito a Llanquilén, mi abuelo,
¡qué nombre tan fastuoso, excepcional, insuperable!
Protegida me siento,
peligro no existe en el ambiente;
su presencia, cercana permanece,
sobre mí desliza su clara mirada,
con infinita ternura me arrulla.
Estás en mí...
Despierta mi aletargada conciencia.
Estoy
están,
estamos...
¡Soy!





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
XI REGIÓN DE AISEN

BUENA LEVADURA

Ricardo Altamirano Aravena
61 años
Profesor
Puerto Aisen

Estrujaré la memoria
para contarles un cuento
y así como ayuda el viento
a elevar desde la noria
agua fresca, va la historia
de mi abuela Carolina,
de dulce voz cantarina
que a las seis de la mañana
por años, meses, semanas,
madrugó con sus gallinas.

Sin más vueltas digo ahora
cuando el corazón palpita,
que es una imagen bendita
la que mi alma atesora
y que nació esta señora,
generosa y maternal,
si no me informaron mal,
allá por San Carlos Ñuble
y espero nunca se nuble
este recuerdo especial.

Se desplazaba ligera
arrebujada en su chal
y bajo el frío invernal
o en albas de primavera,
con sus zuecos de madera
paseaba por su jardín
y alegre cual serafín
cantaba con voz bajita
unas canciones bonitas
que nunca tenían fin.

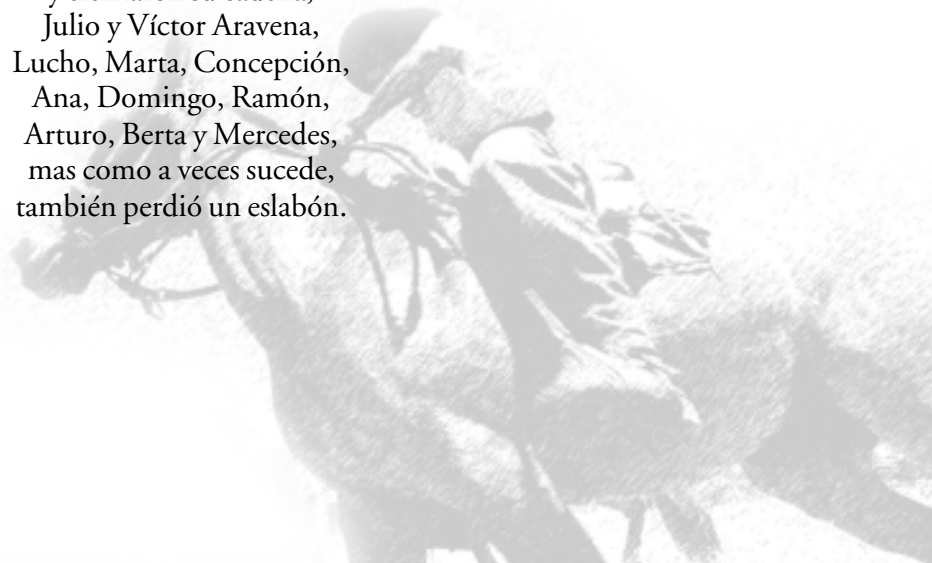
Buenas hierbas cultivaba
con esmero y con paciencia,
pues conocía la ciencia
que cada planta guardaba
y a sus nietos nos contaba
una hermosa poesía
de un gigante que medía
legua tres cuartos de altura,
tan grande era su estatura
que en las nubes se perdía.

Locuaz y conversadora,
contaba historias hermosas
y entre muchas otras cosas
yo recuerdo en buena hora
que ejerció de Preceptora
cuando dieciséis cumplió
al tiempo que se casó
con don Nolberto Aravena,
la descendencia fue buena
porque de ahí vengo yo.

Eso fue en Cayucupil,
al pie de la Cordillera
de Nahuelbuta y quisiera
decir de modo gentil
que he guardado como mil
historias que me contó,
de mi abuelo que murió,
de su padre tinterillo
y que en sus ojos el brillo
esmeralda relució.

Trajo al mundo una docena
de hijos sin aflicciones,
seis mujeres, seis varones,
y trenzaron su cadena,
Julio y Víctor Aravena,
Lucho, Marta, Concepción,
Ana, Domingo, Ramón,
Arturo, Berta y Mercedes,
mas como a veces sucede,
también perdió un eslabón.

Así mi abuela pasó,
por este mundo contenta,
vivió cerca de noventa
y su recuerdo quedó
en los hijos que crió,
y que en sus nietos perdura,
porque buena levadura
usó en el pan que amasó
y que siempre compartió
Doña Carolina Acuña.





MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "A": MAYORES DE 18 AÑOS
REGIÓN METROPOLITANA DE SANTIAGO

EL CAMPESINO ANIÑADO

Iván Juan Villafaña Cofré

47 años

Técnico mecánico automotor

Quilicura

(Texto en contrapunto entre un campesino y su patrón)

(Patrón)

IMira, Ramón, te llamaba
teniendo mucho que decir
los trabajos sin porvenir
por las ventas apagadas.
No quiero que muy tomada
los dichos sean a pecho;
yo sé que fuiste derecho
en las labores del campo;
reza por todo los santos
para que vuelvas al hecho.

(Campesino)

II

¿Acaso me está diciendo
de aquí me tengo que ir?
después que pudiera surgir
y los productos venderlo.
A los calores y vientos

estaba en la estación;
con lechugas, papas, melón,
tomates, uva, zapallo;
¡mire cómo tengo callos!
Y mi sensible corazón.

(Patrón)

III

Creo que te distes cuenta
no tengo pa' tu salario
te digo son re' varios
que se van en marcha lenta.
Bajaron mucho las ventas
no la cobranza del "Iva";
el contador no me estima
la bencina, el puchero;
lo que digo es en serio
¿cómo tirar para arriba?

(Campesino)**IV**

Vaiga lento, patroncito.
Entiendo que me despidió,
escuche ahora mi voz
deje hablar un ratito.
De mis años juntaditos
previsiones descontadas;
cuentas bien aclaradas
debiendo los dos quedar:
mucho me tendrá que pagar
no habiendo chamulladas.

(Campesino)**V**

¿Conoce usted el nombre
la "Inspección del Trabajo"?,
esa que pone atajo
al mostrar eso del sobre.
Bolsillos con ningún cobre
no habrían de así quedar;
con reclamos y a luchar.
No se quedará viendo,
así que vaiga sabiendo
muchos peros ha de saltar.

(Patrón)**VI**

¿Quién te enseñó eso?
Seguro un abogado.
Por acá por estos lados
no se ve ninguno de esos.
Te estás colocando leso
aprender sólo tonteras;
vaigamos a la higuera

y así mejor conversar;
la Violeta nos va a llevar
empaná, té y tetera.

(Campesino)**VII**

Oiga, patrón, no me venga
con la comida a engrupir
yo sólo exijo salir
con plata y claras cuentas
sus mentiras me revientan
sabiéndole la jugada;
le entrego sus empanadas
y también su tetera,
mire que doña Carmela
"de noche va ocuparla".

VIII

¿Por qué eres así, Ramón?
¿qué tenís que decir de ella?
Su persona es muy bella
sus cabellos y corazón
su gran marido "leucotón"
comprende que es celoso;
tú sabes al darle el coso
"nadie" lo puede aceptar;
ella no debe conversar
que delicado esposo.

(Campesino)**IX**

Ya pues, patrón, no se haga
ni tampoco el olvidao
aún no me ha pagao.
Quiero irme a la playa.
No me venga hacer la talla



que hablé con el contador;
rapidito será mejor
vaiga contando billetes;
será un lindo paquete
de azulaos el color.

(Patrón)



X

Mira, hombre, si te digo
cómo me falta la plata
malas cosechas de papas
algo se salvó el trigo.
Esperemos en el vino
con su venta algo juntar;
para poderte cancelar
de todo por única vez;
si volvieras a fin de mes
dígame tranquilo estar.

(Campesino)

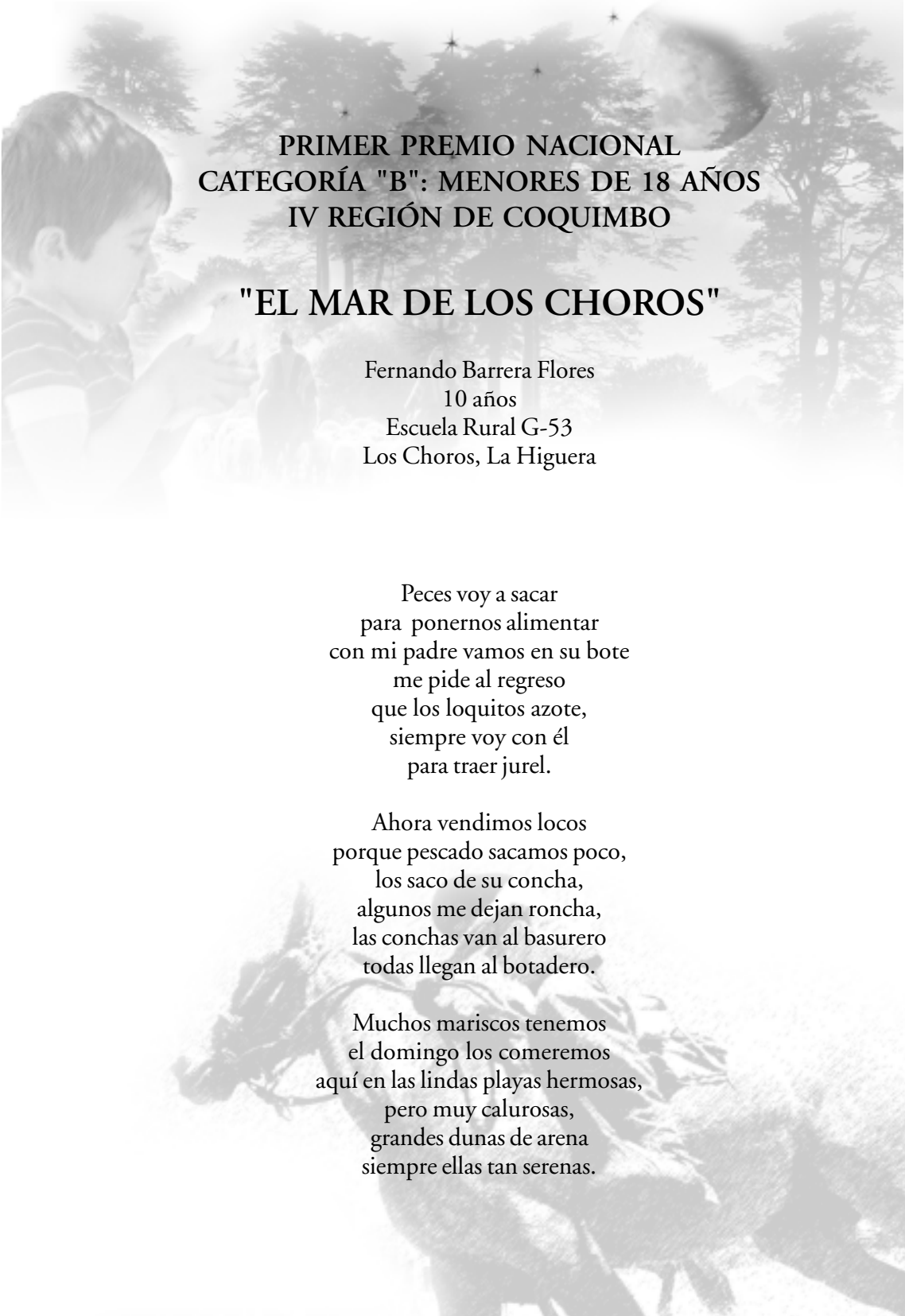
XI

Me queda mucha paciencia
porque soy muy re' consciente,
pero téngalo presente
me voy de aquí entienda.
Los caballos con sus riendas
y las carretas cargadas;
mi familia preparada
a otro fundo va llegar;
mejores me han de pagar
¡no acepto malas cuentas!



4º CONCURSO DE
POESÍA DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA B
"MENORES DE 18 AÑOS"



PRIMER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

"EL MAR DE LOS CHOROS"

Fernando Barrera Flores
10 años
Escuela Rural G-53
Los Choros, La Higuera

Peces voy a sacar
para ponernos alimentar
con mi padre vamos en su bote
me pide al regreso
que los loquitos azote,
siempre voy con él
para traer jurel.

Ahora vendimos locos
porque pescado sacamos poco,
los saco de su concha,
algunos me dejan roncha,
las conchas van al basurero
todas llegan al botadero.

Muchos mariscos tenemos
el domingo los comeremos
aquí en las lindas playas hermosas,
pero muy calurosas,
grandes dunas de arena
siempre ellas tan serenas.



SEGUNDO PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
IX REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

LA OVEJA PEPA


María Cecilia Vera Rifo
3° Básico
Escuela Municipal G-787
La Frontera de Angostura, Curarrehue

La oveja Pepa
Tenía un Telar
Para hilar su lana
Y su vestido usar

La ovejita pensaba ...
Me voy a resfriar
Porque según dicen
Me van a esquilar

Esta oveja
Se fue a descansar
Para al otro día
Salir a pastar.

La oveja Pepa
Se levanta y reza
Sale de su pieza
Y se toma una oreja



TERCER PREMIO NACIONAL
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
VI REGIÓN DEL LIBERTADOR
BERNARDO O'HIGGINS

TEMPORERA

Crisma Brisila Valenzuela Rodríguez
17 años
Liceo Óscar Castro Zúñiga
Olivar

Madre, la madre del campo
abnegada y sencilla
esforzada y guerrera

Que busca de prisa
mitigar el hambre
que a sus niños apremia

Quién podría suplir
las necesidades
de tus hijos tristes
cuando de mañana les dejas

Solo ella, solo ella
que resiste al cansancio
y se muestra serena

A pesar del dolor
a pesar de su tristeza

Tan grande es su amor
tan grande es su pena
que los medios no importan
para dar lo que ellos esperan.



MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
IV REGIÓN DE COQUIMBO

"VIDA EN LOS CHOROS"

Ángelo Marín Bahamondes
11 años, 5° Básico
Escuela Rural G-53
Los Choros, La Higuera

Por fin llegó la primavera
los animales corren por la pradera
los agricultores van a los huertos,
cosechan ricos alimentos
cuando venden
hacen descuentos.

Mi pueblo vive de la aceituna
y se comen también algunas
lo mejor es el aceite de oliva
para tener una larga vida,
también hay otras frutas
se las comen las aves astutas,
algunas sacamos para comer,
otras ve van a perder.

**MENCION HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
I REGIÓN DE TARAPACÁ**

MI COMUNA DE COLCHANE

Eddy Challapa Mamani
12 años, 6º Básico
Escuela E-50
Colchane

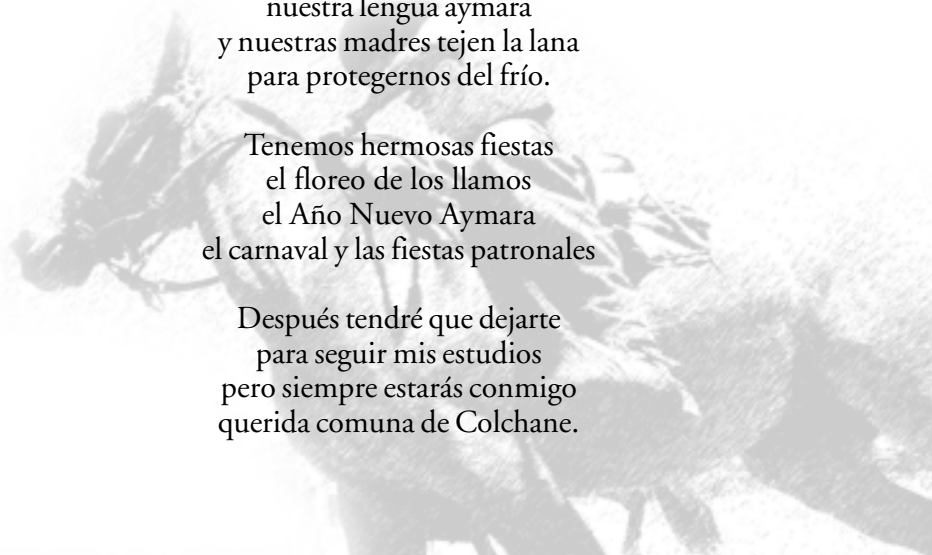
Mi comuna de Colchane
es un lugar precioso
con ruidos de viento
y sonrisas de niños.

Si caminas por ella
verás quínoas sembradas
y pastores con sus animales
junto a sus perros guardianes.

Los abuelos nos enseñan
nuestra lengua aymara
y nuestras madres tejen la lana
para protegernos del frío.

Tenemos hermosas fiestas
el floreo de los llamos
el Año Nuevo Aymara
el carnaval y las fiestas patronales

Después tendré que dejarte
para seguir mis estudios
pero siempre estarás conmigo
querida comuna de Colchane.





**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**

CIELO

Carolina Magali Torres Hernández
16 años, 2º Medio
Liceo Técnico-Profesional Jorge Sánchez Ugarte
Concepción

Cielo majestuoso e infinito
En tu silencio quisiera volar
Y contarle a las estrellas
Que con ellas quisiera jugar

Me maravillo cuando veo
El arco iris en tu inmensidad
Y tus nubes que juegan
Con el viento sin parar.

Deja que las aves te acaricien
Deja que me pueda confundir
Con la brisa que hasta ti llega
Y así pueda reír.

Dame tu azul intenso
Dame tu gris invernal
Dame la alegría
De poderte contemplar.

**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**

A NOSOTROS

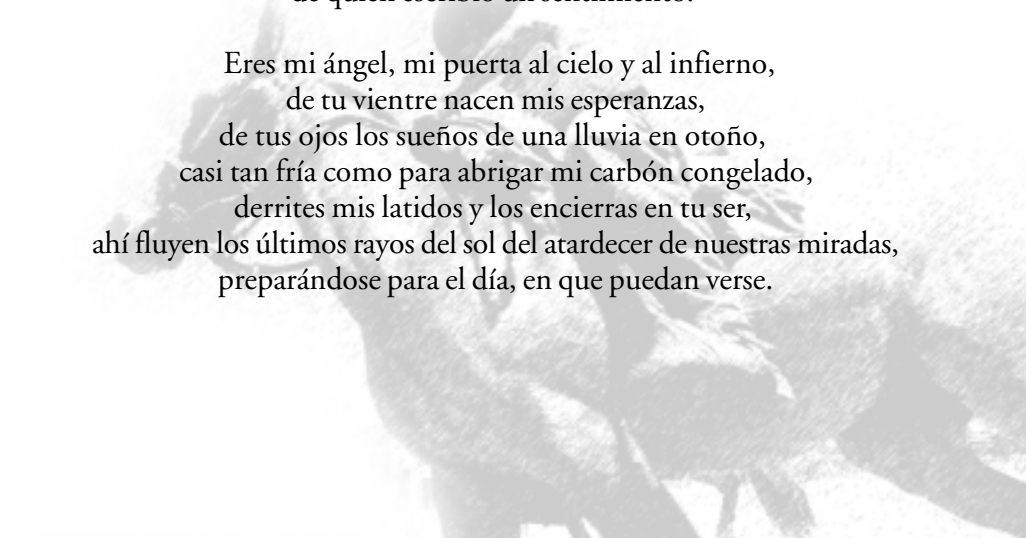
Mario Esteban Cifuentes Morales
16 años, 3º Medio
Antuco

Está escrito en las venas de mi corazón, que derramaré sangre por
acariciar tu boca,
que mis manos tocaron el fuego de una mirada escabrosa delatando
el delito de sumir las almas en las lágrimas de la primavera.

He tocado cada pétalo, he bebido cada gota de sangre de tu boca, el
veneno prohibido de las penumbras dolorosas del existir.

Poseo en mis brazos llagas de quien abrasó una rosa y dejó caer su
alma en el vacío, de los ojos eternos, entregando a las llamas, al hielo
de quien escribió un sentimiento.

Eres mi ángel, mi puerta al cielo y al infierno,
de tu vientre nacen mis esperanzas,
de tus ojos los sueños de una lluvia en otoño,
casi tan fría como para abrigar mi carbón congelado,
derrites mis latidos y los encierras en tu ser,
ahí fluyen los últimos rayos del sol del atardecer de nuestras miradas,
preparándose para el día, en que puedan verse.





Pequeña flor, rocío perpetuo, primavera de Neruda irrumpes en mis sentimientos y mis sueños como forjando la arena en que caminamos, desprecias la soledad, solapas el tiempo de los mares, como fingiendo un accidente que nunca sucedió más que en el palpitar de nuestras almas y se deposita en la llama de nuestras vidas.

Desde ese segundo nos hemos quemado en cada beso, en cada mirada, la hoguera crece consumiendo nuestros seres, vaciando el dolor y el desprecio al mundo implantándose en nuestras entrañas, despojándonos de la sangre fría que rodea la existencia perdida entre los árboles de la ciudad, pero cada día al atardecer en tus ojos es más hermoso.

Está escrito en las lágrimas de la muerte que mi último suspiro dijo tu nombre, que mi último palpitar te pedía a gritos, que lo último que vi fueron tus ojos y lo último que dije fue: Te amo.

**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
IV REGIÓN DE COQUIMBO**

CAMINANDO POR MI PUEBLO

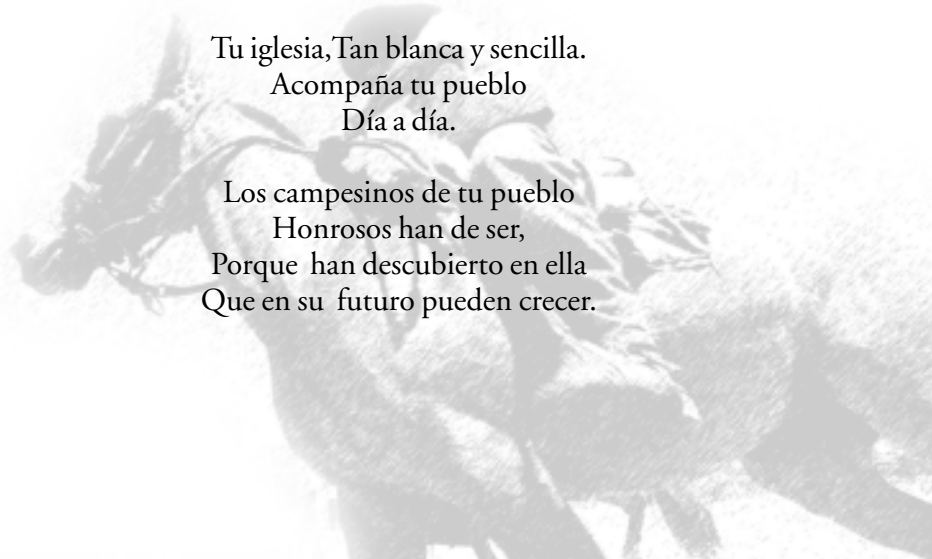
Melissa Beatriz Tapia Tapia
13 años, 8º Básico
Escuela Teresa Cannon de B.
Los Vilos

Pueblo de Mincha norte
Campos de tierra buena
Blancas son las rosas
De tu iglesia
Que cultivan tu gente buena.

Tu tierra es serena,
Generosa hacia los montes y cerros
En donde el río con sus brazos amorosos,
Llena de vida tus bosques más frondosos.

Tu iglesia, Tan blanca y sencilla.
Acompaña tu pueblo
Día a día.

Los campesinos de tu pueblo
Honrosos han de ser,
Porque han descubierto en ella
Que en su futuro pueden crecer.





El cerro y sus animales
El río y sus camarones
Tierras de fruta jugosas
Hacen sentir sus corazones.

Al terminar mi camino
Nunca callaré,
Porque siempre y por siempre
¡minchana yo seré!

MENCION HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
XI REGIÓN DE AYSÉN DEL GENERAL CARLOS
IBÁÑEZ DEL CAMPO

PAYAS

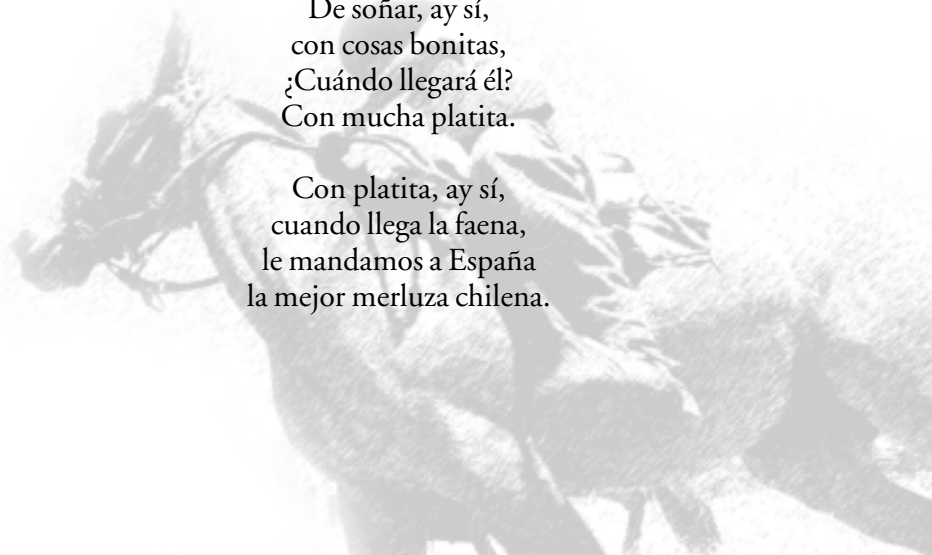
Creación colectiva, alumnos de 3º, 4º y 6º año Básico.
Escuela Nuestra Señora de la Divina Providencia
Puerto Gaviota

Somos de Puerto Gaviota,
chilenitos pescadores
y hasta las sirenitas,
nos dan sus amores.

Sus amores, ay sí,
cuando vamos a pescar,
las señoras quedan solas
y aprovechan de soñar.

De soñar, ay sí,
con cosas bonitas,
¿Cuándo llegará él?
Con mucha platita.

Con platita, ay sí,
cuando llega la faena,
le mandamos a España
la mejor merluza chilena.





Muy chilena, ay sí,
y debemos destacar
a todas esas mujeres
que se hacen a la mar.

A la mar, ay sí,
esperando la barcaza
me pasé toda la noche
y todavía no pasa.

Nunca pasa, ay sí,
por Machelán y Amparo
y del cielo el Padre Ronchi,
nos guía como un faro.

Como un faro, ay sí,
acá no pasamos pena,
con este bello entorno
que es la isla Magdalena.

Nuestra isla, ay sí,
donde la lluvia trota,
le contamos a todo el mundo:
¡Somos de Puerto Gaviota!

**MENCION HONROSA
CATEGORÍA "B": MENORES DE 18 AÑOS
VII REGIÓN DEL MAULE**

EL VAQUERO

Paolo Carrasco Gómez
6º Básico
Escuela Costa Blanca
Constitución

Al alba todos los días el niño que es un vaquero
con una rama de pino camina por los potreros.

La vaca con paso lento viene bajando el camino
mugiendo a su terreno que lo está dejando bien lamido.

Su ternero tan tierno apenas recién nacido
tiene un lucero en la frente y su pelo bien colorido.





**2º CONCURSO DE FOTOGRAFÍA
DEL MUNDO RURAL**

CATEGORÍAS:

"BLANCO Y NEGRO"

"COLOR"

**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**ALEXIS JAVIER DÍAZ BELMAR
REGIÓN METROPOLITANA**



**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**CESAR ANTONIO JOPIA QUIÑONES
REGIÓN METROPOLITANA**



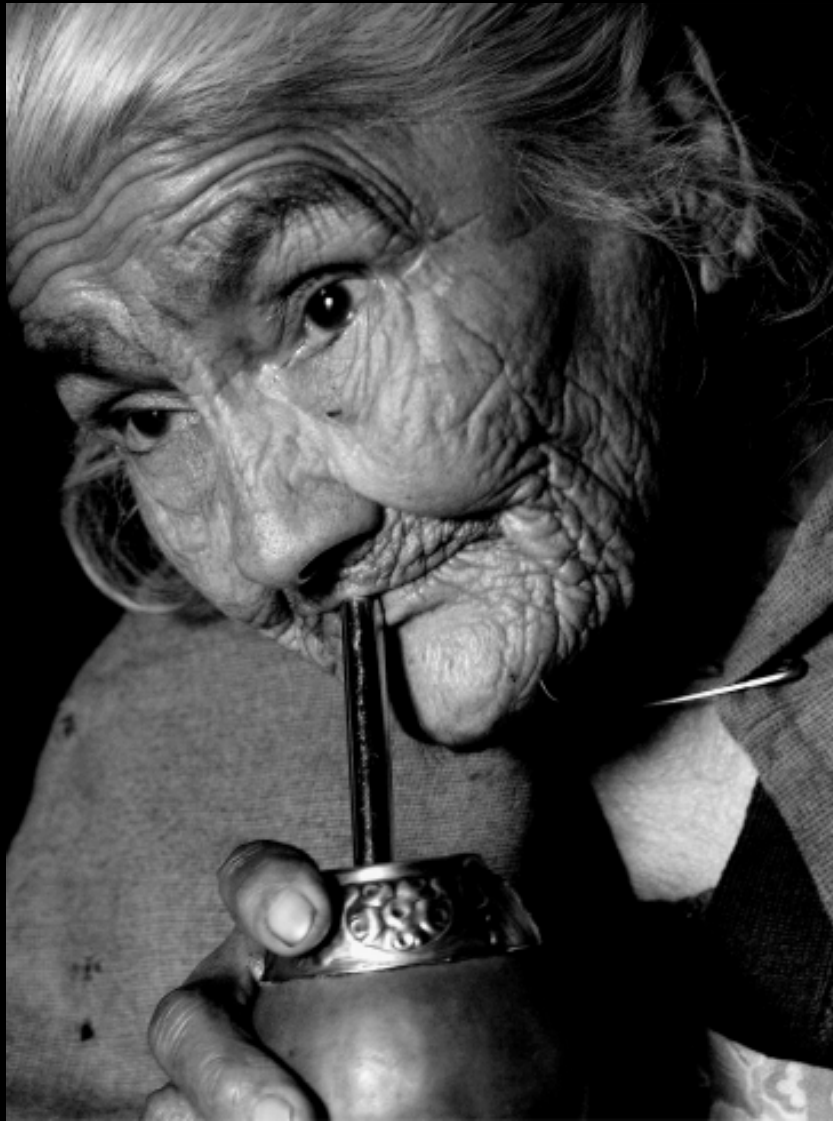
**TERCER PREMIO
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**NUALIK BURUCKER BOWEN
REGIÓN METROPOLITANA**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**PAULA ANDREA SANHUEZA GONZÁLEZ
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**JOSÉ ROZAS DEVIA
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA BLANCO Y NEGRO**

**CLAUDIO ALONSO JIRÓN
REGIÓN METROPOLITANA**



**PRIMER PREMIO
CATEGORÍA COLOR**

**RODRIGO ROMO MUÑOZ
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**



**SEGUNDO PREMIO
CATEGORÍA COLOR**

**PAULA ANDREA SANHUEZA GONZÁLEZ
VIII REGIÓN DEL BIOBÍO**



**TERCER PREMIO
CATEGORÍA COLOR**

**NUALIK BURUCKER BOWEN
REGIÓN METROPOLITANA**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA COLOR**

**FERNANDO APARICIO BERNAT
REGIÓN METROPOLITANA**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA COLOR**

**EDUARDO E. CORVALÁN MUÑOZ
VII REGIÓN DEL MAULE**



**MENCIÓN HONROSA
CATEGORÍA COLOR**

**ROBERTO PATRICIO BUGUEÑO OLIVARES
IV REGIÓN DE COQUIMBO**

